

**José Martí:  
PENSAMIENTO  
Y ACCIÓN**





JULIO LE RIVEREND (La Coruña, España, 1912-La Habana, 1998). Doctor en Derecho Civil (1940) y en Ciencias Sociales, Políticas y Económicas por la Universidad de La Habana (1941), Maestro *cum laude* en Historia por el Colegio de México (1947), Doctor Honoris Causa de la Academia de Ciencias de la URSS (1973), Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana (1995). Director del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba [ACC] (1965-1972), y del Archivo Nacional de Cuba (1962-1969), vicepresidente de la ACC (1965-1970), viceministro de Educación (1972-1974), director de la Biblioteca Nacional “José Martí” (1977-1987). Embajador permanente de Cuba ante la UNESCO (1974-1977). En 1981 fundó la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, y fue su presidente hasta 1995. Recibió numerosas distinciones: Distinción por la Cultura Nacional (1981), Orden Félix Varela de Primer Grado (1982), Orden de las Palmas Académicas de la República Frncesa y Orden Carlos J. Finlay (1993), Premio Nacional de Ciencias Sociales (1995), Medalla Juan Marinello (1996). Colaboró con numerosas revistas nacionales y extranjeras. Entre sus principales publicaciones se encuentran: *La Habana: biografía de una provincia* (1960); *Historia económica de Cuba* (1971); *La República, dependencia y Revolución* (1966); *José Martí: pensamiento y acción* (1982) y *La Habana, espacio y vida* (1992).

**Julio le Riverend**

**José Martí:  
PENSAMIENTO  
Y ACCIÓN**

**Introducción de Hernán M. Venegas Delgado**



La Habana, 2012

Asesoría académica / DR. IBRAHIM HIDALGO PAZ  
LIC. ENRIQUE LÓPEZ MESA

Asesoría editorial / LIC. ELA LÓPEZ UGARTE

Cuidado de la edición / CECIL CANETTI  
Redacción / YISLENY LÓPEZ DELGADO  
Diseño interior y cubierta / NYDIA FERNÁNDEZ PÉREZ  
Corrección / REGINA ARANGO ECHEVARRÍA  
Composición / LUISA MARÍA GONZÁLEZ CARBALLO

Primera edición, 1982  
Segunda edición revisada, 2012

© Julio Le Riverend, 2012  
© Sobre la presente edición:  
Centro de Estudios Martianos, 2012

ISBN: 978-959-271-196-9

Centro de Estudios Martianos  
Calzada 807, esquina a 4  
El Vedado, CP 10400  
La Habana, Cuba  
Fax: (537) 8333721  
E-mail: cem@josemarti.co.cu  
editorial@josemarti.co.cu  
www.josemarti.cu

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Dedicamos *José Martí: pensamiento y acción* al centenario del natalicio del doctor Julio Le Riverend (1912-1998), uno de los más reconocidos maestros de la historiografía cubana.

Esta segunda edición corrige, amplía y actualiza la anterior. Cualquier modificación obedece al interés de facilitar la búsqueda de las fuentes bibliográficas que, en el caso de los textos de José Martí, se han ido reeditando con posterioridad al momento en que el autor concibiera el libro; tal es el caso de las *Obras completas. Edición crítica*, que publica el Centro de Estudios Martianos.

Reproducimos aquí los ensayos sobre José Martí que el doctor Le Riverend publicara en la edición precedente, más seis estudios suyos que fueron apareciendo en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, sin que se compilaran hasta ahora en forma de libro. Estos, propuestos por el investigador martiano Enrique López Mesa, complementan la primigenia intencionalidad del autor de *José Martí: pensamiento y acción*, de “dar coherencia ideológica e inteligibilidad actual al análisis de una obra prodigiosa”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Sin dudas, tal como se califica en el prólogo a la primera edición (Julio Le Riverend: *José Martí: pensamiento y acción*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1982, p. 1, reproducido en esta íntegramente), prodigiosa resulta la obra martiana por su capacidad de crecer y reacomodarse, “como una verdadera ‘obra en marcha’”. (Ver Osmar Sánchez Aguilera: Palabras liminares a *Las martianas escrituras*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011, p. 7).

Con este título, el Centro de Estudios Martianos también rinde homenaje a nuestro Apóstol en el 160 Aniversario de su natalicio. Ponemos a disposición de nuestros lectores un texto que, con la misma intensidad del momento en que vio la luz por vez primera, logra cumplir cabalmente el propósito para el cual fue realizado entonces: iluminar los aspectos de la presencia anunciadora martiana “–en el ámbito del pensamiento activo cubano y latinoamericano– de los tiempos en que hemos podido, sin forcejeos ni ligereza, entroncar su obra con nuestro quehacer diario”.<sup>2</sup>

El equipo editorial que trabajó en este proyecto agradece su contribución, sugerencias y coordinación, al doctor Hernán M. Venegas Delgado, autor de la introducción a esta edición, y a Eloísa, así como a Ada Rosa y a Lochy, hijas y nieta del maestro Le Riverend, respectivamente, quienes acogieron y apoyaron nuestra propuesta cuando solo era una idea.

<sup>2</sup> Prólogo a Julio Le Riverend: *José Martí: pensamiento y acción*, ob. cit., p. 2. Ver pp. 13 y 14 de este libro.

## JULIO LE RIVEREND BRUSONE, MAESTRO

A propósito del centenario del nacimiento del maestro Julio Le Riverend Brusone (1912-1998), el Centro de Estudios Marianos ha tenido a bien celebrar esa fecha memorable para la cultura cubana y latinoamericana en general, invitándonos a releer su obra en torno a la figura de José Martí Pérez, hombre universal, latinoamericano y cubano medular.

Y no podía ser de otra manera. La obra y personalidad de José Martí es la que explica el compromiso intelectual, político y social asumido por el doctor Le Riverend desde su juventud. Con una veintena de años, este es presidente de la Unión de Avance, miembro del primer Partido Comunista de Cuba y del Ala Izquierda Estudiantil, es decir, de lo más representativo de las organizaciones de izquierda de su época. Obligado por la tiranía machadista, marcha al exilio en Francia, tierra de sus antepasados. Allí es nombrado, en 1932, secretario general de la Unión Latinoamericana de Estudiantes (UCLAE), país donde además, mostrando su vocación internacionalista, se afilia al Partido Comunista Francés (PCF). En Francia, Le Riverend también muestra su vocación latinoamericanista, denunciando en carta colectiva de protesta las torturas cometidas por la férrea dictadura de Juan Vicente Gómez en la fraterna Venezuela. Con toda evidencia, está ya fuertemente arraigado en su conducta el sentido latinoamericanista del más grande de todos los cubanos, José Martí.

Un lustro después es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Páginas*, una de las más señaladas publicaciones que

contribuyeron al desarrollo socio-político en estos difíciles años del decursar nacional, recién salido de una tiranía, la de Gerardo Machado, y entrado en otra, la de Fulgencio Batista. Y precisamente en Cuba, el entonces joven Julio Le Riverend refuerza sus lazos de cercanía con otra figura emblemática del pensamiento cubano del siglo xx, la de Emilio Roig de Leuchsenring, maestro de la cultura y de la historia cubana, creador de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, en la que funge como miembro fundador y primer secretario.

En el interin, hombre incansable, Le Riverend obtiene el doctorado en Ciencias Sociales, Políticas y Económicas (1941) por la Universidad de La Habana, plataforma idónea desde la cual asciende a una escala soñada en su vocación latinoamericanista, la de estudiar en el prestigioso Colegio de México. Esta institución es cuna de lo mejor de la intelectualidad mexicana y latinoamericana en general de la época y de lo que es tan importante como esto, la acción en El Colegio de los profesores republicanos españoles exiliados en México, país al que aportaron la savia de lo mejor de la cultura hispana. Allí obtiene el título de maestro por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en esa tan fructífera estancia en el país hermano que Le Riverend realizó entre 1943 y 1947.

De estos profesores recuerda siempre el autor de estas líneas a don Silvio Zavala, por el significado de este maestro mexicano para Le Riverend y para toda la América Latina y el mundo. Sus enseñanzas, de las que fue muy cercano Le Riverend, imprimirían un sello particular a la obra de este último, sello que me transmitió en especial por el significado de la obra de varios novohispanos ilustres que anunciaron tanto el compromiso con su patria naciente como con la América nuestra, desde Clavijero hasta fray Servando Teresa de Mier, por citar solo dos ejemplos.

Precisamente ese compromiso e identificación plena de lo mejor de la intelectualidad, ahora mexicana, con la América hispana, refuerza aún más la idea martiana de *nuestra América*, de forma más amplia, que ya Le Riverend llevaba inculcada desde su juventud. México, entonces, no podía ser mejor caldo de cultivo para sus ideas universales con base en estas tierras. Llamo la atención a seguir sus artículos, dispersos en innumerables

publicaciones mexicanas y cubanas de la época, sobre estos próceres e intelectuales que supieron dar lo mejor de ellos en función de las que José Martí denominó como “repúblicas dolorosas” de *nuestra América*.

Uno de sus primeros trabajos, la *Síntesis histórica de la cubanidad en el siglo XVIII*, publicado en 1940 en Cuba, abre una vertiente que nunca se agotaría en su obra. Es precisamente la del estudio de la patria del criollo, del criollaje, que tanto llamó su atención desde entonces, pese a que sus conocidos estudios de historia económica cubana siempre pujaban por ganarle la partida al escaso tiempo con el que contaba Le Riverend, intelectual y hombre de acción, siempre imbuido en su compromiso político y social hasta su muerte, el 12 de mayo de 1998, verdadero día de luto para la cultura cubana y latinoamericana.

La figura del criollo, nunca abandonada por él, aparecerá a partir de entonces en varias publicaciones, como la revista de divulgación popular *Bohemia* y en la revista universitaria cubana *Islas*, en 1988. Un año antes de su muerte, en 1997, quien escribe estas líneas, fue llamado por él a través de mi hijo Hernán, a su entrañable casa en la calle de La Loma, en el barrio habanero de Nuevo Vedado. Allí, junto con mi hijo, entonces un joven estudiante de Historia a quien dedicaba su precioso tiempo, me entregó el manuscrito inconcluso de su obra sobre el criollo para que, conjuntamente, hiciéramos un buen libro, de donde resultó *Estudios sobre el criollo* (2005). Lamentablemente, su muerte no nos permitió completar la obra que ambos, el maestro y el alumno, hubiéramos deseado, pero sí mantuve con todo rigor y pulcritud su precioso legado, añadiéndole una interpretación general sobre la figura del criollo en América Latina, tal y como habíamos acordado desde el inicio.

Cuba siempre estaría en las miras de Le Riverend, incluso estando en México. Allí publicó dos de sus libros que anunciarían la principal vertiente de su obra historiográfica: *La economía cubana durante las guerras de la Revolución y el Imperio franceses (1789-1808)*, de 1943, y *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*, de 1945, obras que le permitieron presentar una interpretación mayor en el tiempo sobre nuestros problemas económicos, la *Reseña histórica de la economía cubana y sus*

*problemas*, también impresa en México en 1956, cuando hacía algunos años que había regresado a Cuba.

Curiosamente pocos autores analizan a fondo, en esa continuidad de la obra de historia económica cubana, la importancia que tuvo la incorporación de Le Riverend a la escritura de los capítulos de historia económica cubana que aparecen en esa obra monumental, desigual sí, si se quiere, pero también sólida y aportadora, que es la *Historia de la nación cubana* publicada a partir de 1952 a propósito del cincuentenario de nuestra República. Es esta la base de esa incuestionablemente famosa obra *Historia económica de Cuba* de Le Riverend Brusone que cuenta con una cincuentena o más de ediciones en todo el mundo desde su primera edición de 1963 hasta la fecha. En esta vertiente se localiza también su libro *Problemas de la formación agraria de Cuba: siglos XVI y XVII*, editado por primera vez en 1987, de forma rústica, por la Biblioteca Nacional José Martí, para salvar los escollos que le puso una editorial a su autor, entonces director de esa prestigiosa institución de nuestra patria.

Otra dimensión poco trabajada —o al menos no tanto como merece— en la obra Le Riverend es la dimensión regional y local, injustamente marginada casi siempre en la obra de nuestros mejores historiadores del siglo xx, pero no por este quien, con la fina sensibilidad del historiador y con muy amplias miras, pudo prever que la historia de Cuba era mucho, muchísimo más, que la historia habanera y de su *hinterland*. *La Habana. Biografía de una provincia* (1960) vino a constituir, en nuestra opinión, la mejor de las obras provinciales que habían sido convocadas para su publicación por la Academia de Historia de Cuba, no solo por sus resultados, sino por la propuesta de trabajo regional en sí que la misma encierra, a lo que se añade que Le Riverend, habanero universal, demostraba, de paso, el verdadero valor de la capital cubana y de su entonces provincia, dentro del contexto nacional. Algo más de treinta años después, en 1992, el maestro completa su visión regional al incluir a la ciudad como ente propio, más allá del de capital de un país. Este fue el caso de *La Habana, espacio y vida*, que aún con las premuras con que le condicionaron la escritura de esta obra, a propósito del 500 aniversario del “descubrimiento” de América, la misma guarda toda una enseñanza, en la que la vida

económica va de la mano con la vida social y política de una gran urbe. Ojalá podamos contar en el futuro mediato con una edición popular de esta obra, dirigida no solo a la llamada “capital de todos los cubanos”, sino a la Isla entera, a la Cuba profunda, como insistía una y otra vez en llamarla el entrañable Joel James.

Para este discípulo del maestro Le Riverend, su sensibilidad ante este serio asunto historiográfico significó que el gran historiador mirase con agrado la tesis de licenciatura sobre el declive de la economía de la región trinitaria en el siglo XIX, que había presentado este “guajirito” villaclareño en 1971 al entonces Instituto de Historia de la Academia de Ciencias, del cual Le Riverend era presidente. Por supuesto, esto resultó el honor de recibir, a partir de entonces, sus enseñanzas en materia de historia económica cubana y de historia latinoamericana y caribeña, enfocada invariable aunque no exclusivamente a través del historicismo martiano, consustancial a su pensamiento historiográfico, como se podrá ver en los artículos que a propósito se incluyen en el presente libro. Esa tesis de licenciatura y la de doctorado, sobre similar temática, pero para todo el centro cubano (1989), no hacen sino corroborar otra arista menos conocida, la de la vocación pedagógica de Julio Le Riverend, la de educador, asumida desde su posición de profesor en las universidades de La Habana y Las Villas, en sus posteriores responsabilidades en el Ministerio de Educación cubano y en particular en sus libros, donde todos bebimos, bebemos y continuaremos bebiendo esa savia de cubanía impercedera.

La dimensión política de su obra, muchas veces situada detrás de la dimensión económica, quizás injustamente, se vio expuesta desde 1961 con las más de veinte ediciones hasta la fecha que es *La República: dependencia y Revolución*, en la que su autor desenraña la relación umbilical entre ambos fenómenos, República y Revolución, tal y como la vida lo demostró finalmente si lo miramos con la perspectiva de medio siglo. Podrán objetársele a Le Riverend cierta pasión política al escribir su obra, pero ¿cuál historiador no la tiene? Lo que sí no podrá objetársele es su utilidad para una mejor y más acabada comprensión de esa convulsa sesentena de años que se correspondieron con el pasado siglo, claves para nuestra vida nacional e individual, de cada uno de los cubanos e incluso de sus descendientes, sin excepción.

Y no podía ser de otra manera porque, precisamente, esa dimensión política de la obra de Julio Le Riverend se expresa en su extensa actuación pública a partir del triunfo de la Revolución y hasta su muerte, signada siempre por la ética y actuación martiana, que es la otra gran vertiente de su trabajo como escritor, generalmente disperso en artículos científicos y también de divulgación, como son los que ahora se presentan al lector.

De estos textos, su trabajo “Teoría martiana del partido político”, de 1942, fue publicado por Emilio Roig dentro de su compilación *Vida y pensamiento de Martí*. Este artículo lo identifica muy tempranamente con la idea de la unidad revolucionaria en torno a un partido político único, que tan cara se haría menos de veinte años después a la Revolución triunfante de 1959. De aquí su interés renovado por el tema muchos años después al publicar sus nuevos textos “Génesis del PRC: la Comisión Ejecutiva de 1887” (1988) y “La Comisión Ejecutiva de 1887 a la luz de su entorno y de la experiencia política de José Martí” (1992) que resume de forma magistral en su trabajo “Historia, política, sociedad. José Martí en el giro histórico de su tiempo”, publicado en ese crucial año de nuestra existencia nacional que fue el de 1992.

Hurgando en el proceso de formación martiano, Le Riverend nos presenta en 1968 y a propósito del centenario del inicio de las guerras independentistas en Cuba, su texto “Martí en la Revolución de 1868”, publicado en el recordado número 50 de la revista *Casa de las Américas* de 1968, trabajo que resume el quehacer político en el joven Martí de esos años. Diez años después, retoma de nuevo ese proceso formativo del Apóstol con su texto de 1978 “Martí en España”, producto de una conferencia dictada en la televisión cubana acerca de esa etapa crucial en la formación martiana dentro de la metrópoli colonial, destacando con fina sensibilidad la multilateralidad de ese proceso de aprendizaje en un joven revolucionario, que definitivamente le permite conformar su pensamiento con amplias miras sociales y no solo políticas, digo, si es que ambas se pueden separar en realidad. De esta última tesis deja el maestro Le Riverend constancia a través de dos artículos publicados en 1978 en el periódico *Granma*, “Martí: formación de su pensamiento social”.

Ese hurgar en el pensamiento martiano, en el proceso de apropiación e identificación total de Le Riverend con su Maestro, con el de todos los cubanos que fue José Martí, es emprendido por el primero desde su posición de historiador con un texto medular de 1979: “El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo”, publicado por el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, al que sigue otro, no menos importante que dedica a José Martí en el discurso por su investidura como Profesor Emérito de la Universidad de La Habana en 1985, bajo el título “Martí en la Historia. Martí historiador”.

Así, textos como “Martí, ética y acción revolucionaria” (1969), “Reflexiones al paso: la acción revolucionaria en José Martí (1983) y “Estudios y aproximaciones. José Martí: estilo y política (1880-1888)” (1994), nos permiten comprender mucho mejor ese otro texto que para algunos se les antojó en su momento como algo desproporcionado, “Martí y Lenin: una aproximación”, publicado en 1979 por la revista *Política Internacional*, pero que, en nuestro criterio, más allá de cualquier señalamiento crítico, supo comparar, justamente, a dos entre las figuras políticas más trascendentales de la época contemporánea, en momentos precisamente en que sus respectivos países se debatían entre la vida y la muerte de sus también respectivas y profundas revoluciones sociales, a la postre relacionadas íntimamente.

En resumen, tal y como me confesó en sentidas palabras una hija del maestro, su padre quiso mucho este libro, que ahora se presenta a los lectores, lo cual dice también mucho de la identificación entre José Martí Pérez y Julio Le Riverend Brusone, cubanos raigales, latinoamericanistas universales, argumento más que suficiente para figurar entre las obras de cabecera de todo cubano, caribeño y latinoamericano, y en general de todos los amantes de nuestras tierras.

HERNÁN M. VENEGAS DELGADO  
México, 15 de mayo de 2012



## PRÓLOGO

El Centro de Estudios Martianos pone en manos del lector una recopilación de artículos y ensayos acerca de algunos temas relativos al Maestro. Todos animados por una misma intención, la de darle coherencia ideológica e inteligibilidad actual al análisis de una obra realmente prodigiosa. Si se ha logrado lo dirá el lector, entendiendo, y esto es fundamental, que no ha habido ni podrá haber, una adscripción del pensamiento de Martí al marxismo, aunque sí hubo en él una presencia indudable de la dialéctica materialista, más acentuada cuanto más político es su objeto.

Obvio es que tanto por su acción como por el pensamiento que la orientaba, y se deducía de ella, Martí no se anticipa a nuestro tiempo, lo cual no sería cosa menor sino verdadera proeza; su vida creadora pertenece a los albores de nuestro tiempo. Si él comentó con singular profundidad el fenómeno imperialista naciente, si él no se propuso, simplemente, reproducir en Cuba, el esquema “clásico” democrático-burgués —el de 1789— su tiempo no puede ser más que el nuestro, aunque nos hallemos en el otro extremo histórico del proceso. He ahí la más significativa posibilidad de aproximación, de la cual estamos conscientes. Y ello no requiere que hagamos un absurdo esfuerzo por incorporar a Martí al marxismo. Tampoco hubiera sido un ejercicio apropiado dictaminar con mayor o menor acierto académico sobre el idealismo martiano. Lo que nos ha interesado, más bien, ha sido en qué medida hubo en él un idealismo “impuro”, o sea, una presencia materialista, anunciadora —en el ámbito del pensamiento activo cubano

y latinoamericano— de los tiempos en que hemos podido, sin forcejeos ni ligereza, entroncar su obra con nuestro quehacer diario. Llamarle, como lo hizo Fidel en 1953, “autor intelectual del asalto al cuartel Moncada” implica mucho más que una categorización sistemática de su obra. Hay que comprenderla desde la vida de hoy, en todas y cada una de sus ideas y actividades.

Tal sería la conclusión a que pueda arribarse, al cabo de la lectura de estas páginas, pues nacieron bajo ese signo. Aun antes de la conferencia sobre la teoría martiana del partido político, esto es, desde 1937, en la revista *Páginas*, el autor andaba buscando ese camino. Lograr una concepción más clara de los problemas no es cosa fácil, a veces, inalcanzable por los caminos convencionales. La Revolución nos ha puesto, a los que laboramos antaño y a los que laboran hoy, en condiciones excepcionales, para planear —mirarlo desde lo alto de un cambio histórico sustancial— sobre el pasado y el presente, para hallarles la lógica de sus relaciones y, por ende, su significación recíproca.

# TEORÍA MARTIANA DEL PARTIDO POLÍTICO\*

## I ANTECEDENTES

### *Visión de la Guerra de los Diez Años*

Tras los intentos de 1851, viene la pacificación impuesta por el capitán general Concha; bien pronto, seis años después, habría de turbarla una seria crisis económica. Debida, en primer término, a la contracción de los mercados europeos, es más aguda en la Isla, porque el ingenio no satisfacía las exigencias de una producción creciente: era costoso y de capacidad industrial menguada. Por lo pronto, el crédito se deshizo, las quiebras arrastraron consigo no pocas fortunas. El reformismo aparece; y la ocasión propicia esta ideología de *pedigree* fructuoso. Pero el reformismo no constituye, ahora, una floración ocasional; va, por el contrario, a integrar un cuerpo de doctrina que veremos crecer, y perderse, en los períodos históricos subsiguientes. El síntoma de la madurez nacional aparece en este fenómeno; además, el separatismo se consolida, si bien resulta, entonces, más fácil negar la dominación española que elaborar un programa minucioso y detallado como el de los Comisionados a la Junta de Información.

Las tres directrices del reformismo —social, económica y política—, constituidas en fuerte unidad, chocan, descalabrándose, con el frente monolítico que formaron los dirigentes de la

\* Publicado en *Vida y pensamiento de Martí*, t. 1, La Habana, Colección Histórica Cubana y Americana, dirigida por Emilio Roig de Leuchsenring, 1942.

Metrópolis. La insurrección llegó prontamente. Salvo que los documentos dispersos —escondidos o escamoteados— aporten nuevos elementos, datos rectificadores, hasta ahora poco sabemos del período de incubación de la Guerra de los Diez Años; la impresión que dejan los materiales a mano es que fue un lapso muy limitado, lo que unido a otros elementos, permite deducir que la revolución fue espontánea. Los hombres colocados a su frente —Céspedes más que otros— son disparados, proyectados por sus compañeros de conspiración. Recordad la pugna entre los núcleos, el ardor de Figueredo, la impaciencia de Ruz, la vehemencia de Maestre; recordad los estallidos de Bayamo en las fiestas de Santiago y Santa Ana.

Céspedes fue hombre capaz de dejarse precipitar en la aventura, y de encabezarla al mismo tiempo; poseía en alto grado cualidades de dirigente; mas tropezó en mala hora con una democracia “campestre y levantisca”. Nótese que, además, la espontaneidad fue producto de una región, Oriente, pues Camagüey y Las Villas solo respondieron después de las instancias y el ejemplo de aquella. La desproporción, en este sentido, aumentó los males de la espontaneidad.

Los criollos llevaron a la contienda un sentimiento anticolonial potente. La tesis del origen anexionista del movimiento ratifica tal aserto. No hubo entre los libertadores quienes creyeran posible un arreglo de la cuestión cubana dentro del ámbito imperial hispano. Pero, mientras algunos creían saludable la incorporación de Cuba a Estados Unidos, otros, más realistas, solo aspiraban a la independencia. La postura ante lo porvenir resultó, pues, diversa. Hubiera sido necesario un concierto previo acerca de ello. Y como no lo hubo, surgen tempranos desajustes. A la pregunta: ¿Cómo se organizará la república?, Agramonte contestaba con sus arranques dantonianos; Céspedes prefería resolver un problema diferente: ¿Cómo organizaremos la guerra para ganarla? Comprendéis por qué el acuerdo entre ambos era cosa efímera y tornadiza.

La intervención del esclavo imprimió, a la revolución concebida por los jefes orientales, sentido diferente. El negro liberado da contenido propio a la lucha, pues con el triunfo viene implícita

su libertad, y en la guerra ya se mostraba francamente la convivencia racial. No podía haber acuerdo entre una masa, que negaba la esclavitud, y la jefatura que aspiraba solo a facilitar las manumisiones. Los jefes militares no apadrinaban la abolición gradual, querida por algunos dirigentes orientales. Conocéis, sin duda, la consigna que lanzó en aquellos días el valiente “Chicho” Valdés: “¡Viva la república de españoles, cubanos y africanos!”. También aquí la espontaneidad impulsó los hechos más allá de los objetivos señalados por caudillos y dirigentes.

¿Hubo acaso un partido político en 1868? No; aunque se dispusiera de instrumentos de conspiración tan eficaces como las logias masónicas y los núcleos locales. También faltó el programa, aunque se tuviera una aspiración general y confusa a la separación del imperio español, sin precisar, ya lo hemos dicho, los lineamientos del *status* venidero. Muestras indiscutibles de la espontaneidad son estas.

La revolución cobró forma y adoptó un programa, sobre la marcha de las operaciones militares. El manifiesto de Céspedes (10 de octubre de 1868) no puede considerarse tal; no es la nota común ideológica, aunque en su texto figuren extremos de anhelo unánime, hasta de los grupos más cercanos a la Metrópoli, como es el caso de la colonización blanca. Nuestro Enrique José Varona<sup>1</sup> establecía una gradación singular en el asociacionismo político: en primer lugar, situaba a los *grupos* agregados de personas en los que domina el politicastro; después, a veces legítimos, están unidos en los propósitos y procedimientos, y en los cuales impera el caudillo; y, como ejemplo más alto, ponía a los *partidos*, en los que hay principios, organización, eficacia y verdaderos dirigentes.

Fácilmente concebiréis a cuál tipo corresponde la organización de la Guerra de los Diez Años. Hubo núcleos, quizás grupos; no hubo partido. Esta guerra fue acción combinada de núcleos más o menos vigorosos, capaces de representar a un sector del pueblo; en 1895 la guerra es movilización del pueblo a través de un partido, que conjuga sin torpezas a todas las clases, acordadas,

<sup>1</sup> Elías Entralgo: *El ideario de Varona en la filosofía social*, publicaciones de la Biblioteca Municipal de La Habana, Municipio de La Habana (Departamento de Cultura), 1937, p. 33.

por razón de los tiempos, en un programa general e ineludible. Los caudillos, formidable reunión de caudillos, sirvieron, en tanto las operaciones militares parecieron felices, de armazón política, en 1868; solo mientras la masa del ejército y de los alzados no sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Únicamente la intervención de los caudillos, grandes y capaces, pudo mantener la guerra durante tan largo período; más se hubiera realizado, es claro, de constituir esas fuerzas atomizadas un aparato flexible y eficaz, común a todas las regiones.

Legó la paz, el año 1878. Ambos bandos estaban vencidos; pero, a la revolución tocaba la peor suerte. El Pacto del Zanjón no fue discutido por el Gobierno, ni siquiera por los jefes militares superiores; como el alzamiento, diez años antes, resultó cosa de núcleos, espontánea, salida de la masa de los guerreros. Unos cuerpos de ejército lo aceptaban, otros permanecían indiferentes, como agazapados. Difícil es mantener la disciplina en circunstancias como aquellas. Quedó, entonces, una impresión funesta de huida, de desbandada. El decaimiento de los espíritus más fuertes, la desorientación popular fueron consecuencias inmediatas de tales hechos. La emigración fraccionada se dividió un tanto más a medida que le llegaban combatientes descontentos. Unos cuantos hombres con Martí al frente, se dispusieron a secundar la Guerra Chiquita, y los venció, al cabo, la realidad.

Algunos, capaces, notaron estar en presencia de una etapa de paz armada: era preciso aguardar y, sobre todo, preparar. Los más cortos de entendimiento sentáronse a divagar. Los ambiciosos treparon, los escépticos miraron a sus negocios, los españolizantes pacificaron sin miramientos. En cambio, los dirigentes de Madrid comprendieron que las reformas no satisfarían a quienes habían ganado libertad plena con las armas. También Martí, desde 1877, sospechaba que la revolución había de alcanzar nuevamente los niveles más altos y, en consecuencia, se preparó para el combate vigoroso.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Papeles de Martí* (Archivo de Gonzalo de Quesada), recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, Imp. El Siglo XX, 1935, t. 3, p. 79.

El pueblo, asombrado, entristecido de su propio largo dolor, siguió lealmente la vía autonomista, postrer asidero mientras se recomponían las cosas.

Martí contradijo solo una vez los signos manifiestos de esa voluntad popular. Creyó posible mantener la guerra porque algunos cubanos la querían; pero vio, sintió, que el grupo, cada vez más exiguo de patriotas, se sacrificaba estérilmente. Su carta a Emilio Núñez, el año 1880, marca un viraje de actitud: “deponga usted las armas”, fue la consigna, y trabajemos por modelar la nueva generación de soldados. Su intervención en el proyecto Gómez-Maceo no se apartó de esa línea.

### *Cuba en la década de los ochenta*

Se apagaba el eco de los disparos, obra de impacientes generosos e inoportunos, y ya la Isla sufría transformaciones radicales. El ingenio azucarero pugna por desaparecer y dar paso al central; los esclavos son liberados. Con la cesación del ingenio, disminuye la riqueza en manos cubanas; surge la clase de los colonos. Pero la abolición produce una falta de brazos aterradora, y el central no consigue estabilizarse: algunas regiones presenciaron vueltas parciales al sistema antiguo de producción.

El negro liberado corrió adonde le parecía más conveniente: a las ciudades, a las tierras libres, cuando el precio o la situación lo permitieron, o al monte, como los apalencados. No hubo para esta masa oportunidad industrial diferente del ingenio. No obstante, huyó del infierno azucarero. ¿Queréis la explicación de ello? Decidle a un preso cumplido que retorne voluntariamente a la celda. La masa errante trastornó el panorama político y social insular; trabajó en lo que pudo y cuanto pudo, rozó las instituciones urbanas y la cultura gustosa —aunque no la hubiera en grandes dosis por aquel entonces—; se fundieron, en el trajín diario, los dos problemas: el del blanco desplazado, el del negro que se percataba ya de su fuerza, y se colige cuál pudo ser el producto de tal ensamblamiento. Al negro no escapó que del autonomismo era indiferente, cuando no enemigo de sus reivindicaciones legítimas.

La trascendencia del cambio operado se alberga en que desapareció bruscamente, en favor de la solución revolucionaria, el

equilibrio de las clases coloniales. El esclavo no era factor político decisivo; el campesino, el proletario, sí lo eran, y de los libertos no surgieron hacendados, ni colonos, ni profesionales ricos, sino gentes pobres. Ni un solo negro aspiraba a volver a su tierra tras haber conquistado una fortuna; en cambio, muchos proletarios y campesinos blancos lo creían posible, y lo buscaban. En la población negra no se reprodujeron, pues, las divisiones habidas entre los blancos. La revolución recibió, de este modo, un aporte negro unificado, cuantitativamente alto. Y la presencia del negro libre planteó además, una cuestión de calidad relativa a la democracia; sus razones tuvo el gobierno central cuando concedió al negro una “igualdad social” que ya existía en la manigua.

Inteligir estas modificaciones sociales y económicas era faena de político certero, no propia de superficiales diletantes, ni de “políticos de papel”, que saben cómo se gobierna al Canadá e ignoran cómo ha de gobernarse a Cuba. Perdonadme si os digo que Martí fue, sobre todo, un gran político; ello es hartó sabido. Pero es que lo fue por haber llegado a descubrir las conclusiones —tanto adversas a la revolución como favorables— ocultas tras el panorama movido y turbio de Cuba.

## II

### FORMULACIÓN SUCESIVA DE LAS IDEAS DE MARTÍ

Cree el martiano Manuel Isidro Méndez —y cree bien— que el Maestro aparece formado cabalmente, el año 1871. Publicó, en aquella sazón, un folleto titulado *El presidio político en Cuba*; a partir de entonces quedaría al Maestro, según esta tesis, solo el trabajo de totalizar los desarrollos particulares de su pensamiento. En el orden político, al menos, brotaron notas características antes de la fecha indicada: la preocupación unitarista, por ejemplo. Ved, si no, en *El Diablo Cojuelo* (1869) lo que dice en réplica al semanario festivo *El Cucharón del Diablo*: “Espere usted, señor Cucharón, espere usted. Entre nosotros nunca hubo ni libertad, ni unión. Casi tenemos la una. Poco a poco logramos la otra. Aquí sucede con esto una cosa muy particular; hay tres de un mismo

partido; uno está enfermo y no puede escribir; el otro puede escribir; pero el otro no tiene dinero”.<sup>3</sup>

Muy pronto su atención se desvía hacia el problema de la unidad política del pueblo cubano.

Más tarde, los apuntes dispersos sobre Carlos Manuel de Céspedes dejan entrever algunas de las directrices fundamentales de su ideario; son de la época en que dice al Ministro de Relaciones Exteriores de Honduras: “No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias”.<sup>4</sup> Y sabido se tiene cómo había de utilizar en su constante polémica con los autonomistas tan grande verdad.

El impulso de la Guerra Chiquita le restó tiempo para confeccionar materiales políticos exhaustivos. No obstante, en algunos escritos muestra líneas decisivas de su vida: “A prepararnos para la paz, en medio de la guerra, sin debilitar la guerra: a esto ha ido”.<sup>5</sup> Dice a nombre del Comité Revolucionario de Nueva York. Y todo su esfuerzo posterior se orientó a evitar que la lucha armada y la república venidera fueran, como en 1868, elementos ajenos, contradictorios a veces, y cuando menos, motivación de choques fraccionales. Volved la mirada a la discrepancia entre Agramonte y Céspedes. Desde 1880 hasta 1895 observarnos ese anhelo adscripto a cada paso que diera; en marzo del año 1895, dirá a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, sus colaboradores: “Yo, tal vez pueda contribuir a ordenar la guerra de manera que lleve adentro sin traba la república”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> José Martí: *El Diablo Cojuelo, Cuba. Política y revolución, en Obras completas de Martí*, dirigidas por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, Editorial Trópico, 1936, t. 1, p. 30. [En este ensayo, que data de 1942, las citas son tomadas de Editorial Trópico, por lo que se expresa el título del volumen y el año de su edición; después de este indicaremos tomo y página. Para esta edición las referencias han sido actualizadas: JM: *El Diablo Cojuelo, en Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, t. 1, pp. 19-21. En lo sucesivo, OCEC. (N. de la E.)]

<sup>4</sup> *Papeles de Martí*: Ob. cit., t. 3, p. 78.

<sup>5</sup> JM: “Proclamas. El Comité Revolucionario Cubano de Nueva York”, en *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 1, p. 186; OCEC, t. 6, pp. 171-179.

<sup>6</sup> JM: “A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra” [Montecristi], 25 de marzo [de 1895]. *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 8, p. 180; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y

En 1882 le pareció que se avecinaba el combate final; Gómez y Maceo preparaban un vasto plan, tenían –parecían tener– medios suficientes para ello, la emigración respondía ricamente a la iniciativa del Comité Patriótico de la Emigración presidido por Salvador Cisneros Betancourt. Idea Martí, entonces, un plan general de organización que comunica en carta a Gómez. A su entender “si no está en pie [...] un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país – ¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces?”.<sup>7</sup>

Ved cómo aparece ya la tesis esencial; no hay revolución posible sin organización, sin partido político revolucionario. Pero no basta; exige también que se rechace “toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles”, que se forme “un cuerpo visible y apretado” con los hombres capaces de reprimir su impaciencia en tanto que no tengan modo de remediar en Cuba, con una victoria probable, los males de una guerra rápida, unánime y grandiosa.

Seguir la adjetivación; por sí sola explica muchos aspectos pasados por alto. “Cuerpo visible y apretado”, o sea un partido notorio y sólido, responsable, no una camarilla de conspiradores que se esfuman después de cometer el error o de recaudar los fondos; “alardes inoficiosos y pueriles”, lo que significa, en suma, rehuir aventuras y propagandas indiscretas o no ajustadas a las fuerzas de que se dispone; “victoria probable”, y si no lo es, por desconocerse los factores integrantes de la realidad cubana, déjense los trabajos de organización para oportunidades más felices; “guerra rápida, unánime y grandiosa”, o sea que la lucha armada, preparada como para vencer, requiere el menor daño del

---

Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 4, pp. 122-123. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta reedición serán representados con la inicial *E.* (*N. de la E.*)]

<sup>7</sup> JM: “Al general Máximo Gómez”, Nueva York, 20 de julio de 1882, *Cuba Política y revolución*, 1936, t. 1, p. 208; *OCEC*, t. 17, p. 329.

país, unidad y dimensiones apropiadas a las del pueblo que la nutre y a las del país que se le opone.

La carta explica también el por qué Martí dice a Gómez tales cosas: es peligroso imponer una guerra ordenada a capricho porque “nuestro país abunda en gente de pensamiento, y es necesario enseñarles que la revolución no es ya un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsoramente de pensamiento”.

Parece que Gómez no se percató de la advertencia. En octubre de 1884, Martí se aparta del proyecto; hartamente conocida es la carta que escribió al Generalísimo. Hela aquí resumida: contra el aventurerismo, contra la dictadura.

Gómez, en su *Diario de campaña* —editado no ha mucho merced a las gestiones de don Gerardo Castellanos, y a la cooperación inmediata del teniente coronel Sosa de Quesada— atribuye a Martí el haber contribuido al fracaso de 1886 con esa actitud de celoso demócrata. Otros papeles de aquel maravilloso guerrero, sin embargo, suministran una visión más exacta del colapso ocurrido.

Veamos, Gómez en 1885 estima, oponiéndose a la tesis peyorativa de Flor Crombet, que la parte política de la revolución es indispensable.<sup>8</sup> Ahora bien, un año antes, en el Proyecto de organización se limita a proponer la unidad de acción, escuetamente.<sup>9</sup> La correlación de fechas indica que Martí, y desde luego las dificultades, influyeron en ese viraje patente del gran caudillo. Empero, muy arraigada estaba la concepción militar, activista, de la revolución, para que se dispusieran convenientemente los planes. De momento pareció extinguirse la actividad martiana. El proceso iniciado en 1882 se liquidó, después de mucho vaivén, en 1886; las causas son conocidas. Gómez en su *Diario* muestra la íntima y dolorosa impresión que le dejan las evasiones de los responsables, el desajuste de los jefes, el incumplimiento de los comisionados.

<sup>8</sup> *Epistolario de héroes*. Cartas y documentos históricos coleccionados por Gonzalo Calmiles, La Habana, Imp. El Siglo XX, 1922, p. 114.

<sup>9</sup> *Ideario cubano. II. Máximo Gómez*, recopilación y prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, Cuadernos de Historia Habanera, 1936, p. 6.

Recorramos ahora, siquiera ligeramente, las ideas emitidas, en aquellos días, acerca de la organización revolucionaria. Hay un atisbo inteligente en la carta que Eusebio Hernández escribió a Maceo en 1882: “Organización es lo que nos hace falta, y para organizar se necesita unidad de acción y de pensamiento”.<sup>10</sup>

Figueredo, a su vez, dice a Maceo en 1884: “la unificación de ideas hace creer que la revolución de hoy será más feliz que las anteriores”.<sup>11</sup>

Una conciencia general e imprecisa de que los males de la Guerra Grande debían analizarse, publicarse y discutirse para remediarlos en la oportunidad futura emerge con voces no oídas hasta entonces.<sup>12</sup> Ninguno de los veteranos tiene la mirada aguda y el pensamiento flexible bastantes a convertir ese análisis en actitud efectiva de rectificación.

En este orden de ideas hallamos una muestra, la más alta, que procede de Maceo; propone en carta a José A. Rodríguez (1886) una organización del Partido Separatista. Veamos las bases: 1ro.—Voto popular y libre; 2do.—Centros locales, que elijan a los dirigentes; 3ro.—Separación de mandos. Muchos aspectos recuerdan la organización del Partido Revolucionario Cubano; son interesantes las diferencias, muy apreciables por cierto. Los centros locales eran unidos, no estaban constituidos por clubes diversos sino por unidades de trabajo; el Partido Revolucionario Cubano tenía en su base a los clubes, y como organismo intermedio a los Cuerpos de Consejo regionales. Además, para Maceo el mando militar preexistía al Partido; el Generalísimo contaría la votación de las unidades locales y entregaría la dirección del partido a quien fuera electo. El mando militar y el control de los fondos surgía autónomo, extraño al Partido. Y son estas —lo sabéis— cuestiones muy delicadas de toda revolución. Gómez recibió el mando, en 1892, de manos del Delegado, es evidente que con anuencia de

<sup>10</sup> *Epistolario de héroes*, ob. cit., p. 141.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 161.

<sup>12</sup> Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, introducción por Fernando Ortiz y biografía por Rafael Montoro, La Habana, Col. de Libros Cubanos, Cultural, S.A., 1931, t. 3, p. 219, nota 1.

la masa; el Partido, el pueblo, consagraban a su jefe militar, respaldándolo.

Martí renunció en 1884 a sus gestiones; estimaba deber primero no enturbiar las de Gómez y Maceo. Dejó que el proyecto fuera desvaneciéndose. No cortó, sin embargo, las relaciones establecidas con Trujillo, Lucena, Poyo y otros cubanos. En el recogimiento de su diaria plática y de su correspondencia, fue conformando el nuevo espíritu entre los hombres más aptos de ganar, entre los que no eran veteranos aguerridos, y, por ello, estaban casi limpios de aventurismos y de reservas ideológicas.

En 1887 un nuevo personaje, Juan Ruz, agita la emigración con sus planes guerreros. Se constituye en Nueva York una comisión ejecutiva a la que Martí traza líneas de actividades inmediatas. Son estas: 1ra.—Acreditar en el país la solución revolucionaria, procediendo con pulcra democracia; 2da.—Organizar la parte militar, con la unión de los jefes, afuera, y, adentro, con los “trabajos de extensión”, no de mera opinión; 3ra.—Unión igualitaria de las emigraciones; 4ta.—Impedir la hegemonía de intereses de clase, raza, localidad, o grupo militar o civil; 5ta.—Impedir que la propaganda anexionista debilitara a la revolución.<sup>13</sup>

Huelga comentar la totalidad de ese plan: reitera y amplía los principios indicados hasta ahora. Sin embargo, notamos que es programa de emergencia, destinado a suplir con la intensidad de los trabajos el tiempo insuficiente para ordenar la guerra próxima, muy cercana, inmediata según Ruz. ¿Por qué admitía Martí tal precipitación, él tan dado a esquivar las aventuras? Examinaremos el problema a raíz de los alzamientos de Holguín (1893) y de Lajas (1894). ¿Por qué insiste en repudiar el anexionismo? Es que tal doctrina constituye, a la sazón, un enemigo peligroso. Creo haber hallado la explicación; recordad que los cubanos no pensaron de la misma suerte acerca del futuro de la Isla una vez separada, si bien todos aspiraban a tal separación. No era difícil demostrar la conveniencia de una separación con anexión o incorporación a Estados Unidos. Pequeño y sutil argumento —diréis— pero en ello descubría el anexionismo fuerzas reales. El anexionismo vivía,

<sup>13</sup> JM: “A Juan Arnao”, Nueva York, 5 de diciembre de 1887, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 2, p. 32; *E*, t. 1, pp. 432-433.

además, favorecido por la incapacidad de análisis de algunos cubanos, incrédulos en punto a establecer una democracia con nuestros materiales humanos; le impulsaban, asimismo, los intereses conservadores, aliados de las pretensiones expansionistas de Blaine.

Notamos en el plan de 1883 otra de las tesis martianas; pretendía él organizar a las emigraciones, no al país; este debía ser auxiliado desde el exterior, él mismo tendría que prepararse para la revolución: no le caería del cielo, ni de las tierras vecinas.

El año 1890 finaliza la paz. No hay reformas, ni hay ventajas para los cubanos; los autonomistas amenazan con una guerra que no quieren ni están dispuestos a organizar; inicia-se el movimiento económico que es potente unidad cubana. Miserable es la Isla; los fraudes, el desarreglo administrativo, la presión tributaria insoportable, el presupuesto deficitario cada vez más, impiden cualquiera solución, así sean transaccionales. No es que los gobernantes españoles no quisieran reformar la Isla; es que no podían; tanto más cuanto que eran representantes de los intereses coloniales. Los verdaderos liberales, sagaces, y consecuentes partidarios de las reformas, si es que llegaban al poder, se perdían entre la maraña de apetitos y confabulaciones.

### III CONCEPTOS FUNDAMENTALES

#### *¿Qué es la política para Martí?*

La pregunta exige un desentenderse de la experiencia republicana, menguada es claro, pero no muy diferente de la que, por vivir en la América libre, previo Martí. No busquemos disquisiciones sabias —si es que alguien ha tenido la ingenua pretensión de buscárselas—; dirijámonos a las alusiones incidentales. Él no sabe si Aristóteles fundó la *Política*, o si la creó Maquiavelo, y si lo sabe quiere ignorarlo para decir, a su vez, lo que esta pueda ser. “La política es una resolución de ecuaciones. Y la

solución falla cuando la ecuación ha sido mal propuesta”.<sup>14</sup> dice en 1892.

Más tarde añadirá: “La política es el conocimiento del país, la previsión de los conflictos lamentables o acomodados ineludibles entre sus factores diversos u opuestos”. Este último concepto será reiterado en 1894.<sup>15</sup>

¿Qué nos sugieren estas lecturas? Tienen un evidente fondo unitario. La política es actividad referida a factores, a elementos varios; desconocer alguno, así sea el más pequeño, conduce al fracaso o hacia lo que no es política. El acomodo o ajustamiento será posible, desde luego, en la república democrática, en la que ningún derecho —ningún derecho— sea mermado.

Si es complejo de factores, así deberá ser también el instrumento que forjemos para vivirla, sin que pueda faltar uno solo de los factores. Hay que plantear crudamente los términos de la ecuación cubana. Y, ante todo, el término inicial, que es, lo comprendéis, la Guerra de los Diez Años.

### *Dinámica de la crítica histórica*

Precisa esclarecer las particulares condiciones del movimiento revolucionario cubano. Esa labor teórica ocupó una buena parte de su vida, casi toda la vida de Martí, aun antes de 1880. No pudo apreciar directamente la marcha de la Guerra de los Diez Años; sin embargo, fue el único resumidor de sus experiencias. No faltaron en aquella los hombres de talento; si bien carecieron de visión panorámica. En el año 1877 escribía un libro, historia de la Guerra de Cuba, y, por ello, obtuvo información diversa y fresca. Solo dejó apuntes sencillos; guardó dentro de sí, e incorporó a su desvelo diario, las conclusiones del libro que no escribió. En 1892, Sanguily, Gómez y Estrada Palma dirimen una polémica

<sup>14</sup> JM: “La agitación autonomista”, *Patria*, Nueva York, 19 de marzo de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 2, p. 173; *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 332. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

<sup>15</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 6, p. 203; *OC*, t. 3, p. 139.

de prioridad o firmeza revolucionaria; él, mientras tanto, edifica el Partido Revolucionario Cubano.

Todo lo aprovecha en su afán de popularizar la crítica eficiente de la gesta anterior. El análisis no era simple pirueta de discuti- dor, ni solaz de juez olímpico, sino ciencia enderezada a revita- lizar el sentimiento independentista; ello explica que pudiera salvar la esencia alentadora de la revolución. Confesemos que era modo cabal de dirigir a la masa —fatigada de tanto revolucionario señorial, de las “calaveradas marciales”, de las “rachas ambicio- sas” —, hacia los objetivos limpios. La primera base del programa de 1887 —acreditar la solución revolucionaria— se cumplía de esta suerte. Reproduzcamos algunos tópicos salientes de su juicio his- tórico.

Las prácticas viciosas de la Guerra de los Diez Años “echaron en brazos de España más guerrilleros, en el desconsuelo de una aspiración engañada, que los que se ganó con la paga o el terror”.

La guerra cayó “en la paz inesperada [...] perdida solo por falta de preparación y de unidad”.<sup>16</sup> Frase esta que deviene el punto de gravitación del análisis teórico y de la realización práctica de su vida. Otros contenidos de este género ponen a la luz un hallazgo genial de la crítica martiana; me refiero al carácter espontáneo de la primera revolución, al “entusiasmo fácil y rudimentario” que la movió, al “mero estallido de decoro”. Contra la espontaneidad existe un remedio: el partido político.

### *¿Qué es un partido político revolucionario?*

Muchas veces contesta en el transcurso de su obra, y en varias formas, lo que dificulta la exégesis. De los varios elementos obtenemos —destilamos— alguna conclusión, ajustada a la totali- dad del pensamiento martiano. Las citas aportadas corres- ponden al periódico *Patria*, abarcan un período de tiempo muy reducido, aunque riquísimo en punto a intensidad experimental, completa y frecuente. En primer lugar, partido es un agregado “de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres.

<sup>16</sup> JM: “Las elecciones del 10 de abril”, *Patria*, Nueva York, 16 de abril de 1893, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 5, p. 11; OC, t. 2, p. 296.

[...] la semejanza de los caracteres [...] decide e impera en la formación de los partidos”.<sup>17</sup>

Os parecerá muy diluida, cargada de fragmentos éticos, no porque estos fueran extraños a la política martiana, sino porque no parecen satisfacer totalmente la raíz de su pensamiento práctico. Antes, el año 1892, había dicho: “cuando se amasa un partido [...] libre de todo interés de persona [...] no es un partido, en verdad lo que se amasa, sino un pueblo”.<sup>18</sup>

Finalmente, en 1894, toparemos con esta definición: “Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales”.<sup>19</sup>

¿Cuál os parece la más fiel? Para mí, sin dudas, la segunda: el partido es el pueblo. Amplia y limitadora a la vez, se adecua a las circunstancias de la Isla, a las del movimiento revolucionario. Si el partido no es el pueblo, no podrá dirigir la revolución del pueblo. El pueblo cubano, masa heterogénea, atomizada, de clases, razas —todas sujetas al poder ajeno y esterilizador— ha de lanzarse a la insurrección; el partido que no contara con todos los factores no podría vencer al poder imperial. Todas las clases de la sociedad estaban igualmente sometidas a los intereses de la Metrópoli; todas, pues, estaban igualmente dominadas por el afán de separarse de España. El partido ha de ser, según esto, organizado en forma vertical, abarcadora, no de modo horizontal, limitado a una clase o a una raza. Este fundamento, piedra de toque del Partido Revolucionario Cubano, responde a la calidad del problema colonial, problema de liberación nacional. O sea, que precisa establecer una gradación de las cuestiones presentes: una, cimera, es la del sentimiento nacionalista, el “emanciparse de los compromisos de Geografía o Historia”; menos trascendentes son las de índole clasista y racial.

<sup>17</sup> JM: “Mi raza”, *Patria*, Nueva York, 16 de abril de 1893. *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 5, p. 16; *OC*, t. 2, p. 299.

<sup>18</sup> JM: “Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario”, *Patria*, Nueva York, 18 de junio de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 3, pp. 132-133; *OC*, t. 2, p. 22.

<sup>19</sup> JM: “Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”, *Patria*, Nueva York, 31 de marzo de 1894, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 6, p. 161; *OC*, t. 3, p. 104.

Martí comprendió la correlación de esos problemas con el partido político. Y puesto que las mencionadas en último lugar surgían de todos modos, les dio amplio margen en la organización del Partido Revolucionario Cubano.

Respondiendo a esta concepción *popular*, Martí dio una base local, firme y diversa al Partido Revolucionario Cubano. Los clubes podían ser predominantemente constituidos por obreros, pequeño-burgueses, profesionales o burgueses, de acuerdo con las iniciativas de fundación o las peculiaridades de localidad. Los había, muchos por cierto, mixtos; los hubo nacionales (como los puertorriqueños) e internacionales. Solo exigía comunidad de objetivo inmediato —vedlo, objetivo inmediato—, aspiración unánime se requería para lograr la independencia absoluta. Desde el momento en que se aceptaba tal reivindicación común podía ingresarse al Partido Revolucionario Cubano, tanto “los partidarios de las novedades más adelantadas en la batalla del hombre confuso por la plena y definitiva libertad” como los liberales más tímidos.

Encima de tal variedad de materiales se articulaba el aparato del partido. Ciertamente es que los proletarios fueron elemento insustituible, sobre los que se apoyó el Maestro, como gente más pura y desinteresada, al decir de Garrigó; pero no cerró la puerta a los burgueses.

### *Capacidades del dirigente*

He aquí una cuestión abundante en la obra martiana. Desde 1885, en carta a Trujillo, dice: “Unos ven para ahora, y son los más, y cuya vista alcanza menos. Otros ven para ahora y para luego, que es como se debe ver en las cosas de los pueblos, para quienes lo presente no es más que la manera de ir al porvenir”.<sup>20</sup>

Además de exculparse de los ataques que se le dirigían entonces, por su apartamiento del plan Gómez-Maceo, intenta mostrar vías francas de la revolución. La vieja polémica entre Agramonte y Céspedes, entre la república de mañana y la guerra inmediata,

<sup>20</sup> JM: “Al director de *El Avisador Cubano*”, Nueva York, 6 de julio de 1885. *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 1, p. 224; *OCEC*, t. 22, p. 324.

desaparece, si el dirigente realiza, en su persona, la síntesis de las dos cualidades: el ver para hoy, y el ver para mañana.

En esta línea de pensamiento, ofrece ejemplos muy interesantes. Así, cuando dice: “Azuzar es el oficio del demagogo y el del patriota es precaver”.<sup>21</sup>

O bien cuando explica, en su labor de conformación de un espíritu rectamente político “los sucesos históricos no pueden prepararse, ni llevarse a cabo, sin un cuidado exquisito, calculando con la mayor precisión posible el instante, los resultados y los elementos”.

“Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir. Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos”.<sup>22</sup>

Si la política es un planteamiento de ecuaciones, solo podrá dirigir quien sea capaz de tener en cuenta todos sus factores, y percibir a dónde ha de conducírseles, o adonde pueden marchar, en caso de que no pueda enfrenárseles. La tesis activista, militar, de la revolución conducía al fracaso o a la dictadura republicana, a la imposición de un grupo sobre la voluntad del pueblo. Esto lo veía Martí, no lo veían Gómez, ni Maceo.

Ved cómo de aquella definición de la política hemos trazado líneas rectas y firmes entre los tópicos diversos del problema político cubano. Busquemos ahora otro filón pródigo.

## IV DIALÉCTICA

### *Presencia dialéctica de los movimientos políticos*

Permítaseme decir que hay en Martí rasgos dialécticos muy acentuados. Provengan directamente de Hegel, el grande —el doctor Jorrín indicaba en noche anterior esta posibilidad— o bien procedan de Krause, son indiscutibles. Esa contextura dialéctica le

<sup>21</sup> JM: “A Ricardo Rodríguez Otero”, Nueva York, 16 de mayo de 1886, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 1, p. 239; E, t. 2, p. 28.

<sup>22</sup> JM: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York”, 24 de enero de 1880, *Cuba. Discursos revolucionarios*, 1937, t. 9, p. 34; OCEC, t. 6, p. 145.

permitió inteligir y respetar al fundador del socialismo científico, a Carlos Marx, y lo condujo a posiciones simili-marxistas. Si de Marx tomó algo fue, sin duda, la precisa distinción entre los caracteres de la revolución proletaria y los de la revolución democrático-burguesa, nacional. Siguió a esta última, posible y necesaria en Cuba, sin olvidar la fuerza creciente y el aporte indispensable del proletariado. Martí se formó en el seno de países diversamente montados, y pudo captar la naturaleza varia de sus problemas; no son idénticos los de una democracia plutocrática —como Estados Unidos— y los de una pseudo-democracia, latifundiaría, semi-colonial. No es esto lo que pretendemos indagar, aunque sea tema sugestivo —que de ningún modo debe confundirse con el realismo político martiano—, y que ya un joven trabajador, Antonio Martínez Bello, ha comenzado a desbrozar.

¿Qué es la revolución? ¿Qué es la guerra? Ya sabéis: él examina los problemas con visión totalizadora; nada se le escapa, a todos los elementos pone cuidado. Pero, si al recto conocer la esencia política no siguiera un examen congruente de la revolución, de la guerra civil, poco se hubiera adelantado; elabora con tal ocasión uno de los atisbos dialécticos de su obra pródiga. Frente a la mezquina concepción del evolucionismo intocable, inmutable en su forma —máxima conquista dialéctica del autonomismo—, Martí, más consecuente con Hegel, dice:

Miente a sabiendas, o yerra por ignorancia o por poco conocimiento en la ciencia de los pueblos, o por flaqueza de la voluntad incapaz de las resoluciones que imponen a los ánimos viriles los casos extremos, *el que propale que la revolución es algo más que una de las formas de la evolución*, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el *choque* súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida, los factores opuestos que se desenvuelven en común.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York”, 10 de octubre de 1888 en *Ideario*, ordenado por Manuel Isidro Méndez, La Habana, Col. de Libros Cubanos, dirigida

La revolución constituye, pues, el tope de una evolución, el choque súbito de factores que buscan formas de acomodo, o formas de ajustamiento que diría Mondolfo, comentarista italiano del marxismo. Notad, sin embargo, una quebradura: dialécticamente las nuevas formas no son inmutables, sino que deberán marchar hacia nuevas transformaciones; pero Martí cree, en cambio, encontrar formas *definitivas* de vida. De tal modo parece estacionarse en la revolución nacional, lo que no es plenamente cierto. Solo indica el objetivo posible en la situación cubana de entonces, mientras en otros fragmentos de su obra monumental vislumbra los problemas que surgirán después, en el seno de la república democrática. Para él, la república democrática es, también, una reivindicación obrera, cuando dice a los anarquistas: “primero es ensanchar las condiciones del combate, para poderlo librar más fácilmente”;<sup>24</sup> y, como de paso, hemos señalado otro de sus rasgos dialécticos.

No se crea que estas menciones se encuentran al azar, como perdidas en la variedad extraordinaria de sus escritos. Otras hay; oigámoslas: “el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución [de los Diez Años] era una nueva forma de ella”.<sup>25</sup> Juzga aquí inevitable el choque con la Metrópoli, y facilita sólida base para destruir la teoría autonomista. Por otra parte, la propaganda del “partido de la paz” amenazaba con la guerra, fomentándola por ende; removía y renovaba la agitación insurreccionista y a poco del tronar apocalíptico, en las tribunas o en la prensa, los dirigentes pacifistas olvidaban la realidad denunciada para adscribirse al evolucionismo impenitente. A esta doble y engañosa postura de los autonomistas contestaba Martí: “Cuando el mal es preciso, el mal se hace”.<sup>26</sup>

---

por Fernando Ortiz, Cultural, S.A., 1930, p. 24. (La cursiva es nuestra. *N. de la A.*); *OC*, t. 4, p. 229.

<sup>24</sup> JM: “La política”, *Patria*, Nueva York, 19 de marzo de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 2, p. 180; *OC*, t. 1, p. 337.

<sup>25</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York”, 10 de octubre de 1890, *Cuba. Discursos revolucionarios*, 1937, t. 9, p. 122; *OC*, t. 4, p. 248.

<sup>26</sup> JM: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York”, *ob. cit.*, p. 36 y en *OCEC*, p. 146.

“Prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público; y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo, en acuerdo con lo que se prevé”.<sup>27</sup> Y no sigamos; son extraordinarias las alusiones al juego peligroso de los liberales, juego que a veces adquiere los síntomas de una provocación al estallido popular impremeditado y fácil de someter.

A tanto llegaba el ritmo dialéctico del pensamiento martiano, que reconocía, en determinadas condiciones, la vigencia del partido de la paz, del partido evolucionista. No quisiera demorarme en este punto. Decía él que el partido autonomista era consecuencia del Pacto del Zanjón, que había sido engendrado por la guerra, contenía aportes revolucionarios esenciales y, no obstante, pretendía desconocer la verdad de la guerra. De instrumento se había erigido en única y permanente expresión del programa cubano; de medio, intentaba convertirse en finalidad de la revolución, trocada, así, en simple evolución. De existir “como debe y para lo que debe” el partido de la paz, él lo hubiera aceptado sin reservas. No le pide que tenga una mano en el parlamento de Madrid y otra en el parlamento silencioso; no cree que el partido de la paz deba ser mixtura oportunista. Que sea solo parlamentarista; pero que se sirva de esto como etapa, como escabel para ordenar la voluntad del pueblo hacia formas superiores, hacia la insurrección, comandada por un partido especial, adecuado. Ya sabéis que el partido autonomista, en 1895, continuó su propaganda, permaneció vivo, sin fuerza popular es claro, después de haber prometido disolverse.

### *Teoría y práctica*

Es hora ya de que señalemos cómo se unen la teoría y la práctica martianas. Una palabra trágica para los que pretendan escribir en español, el verbo hacer, toma importancia excepcional en este punto: “Hacer es el mejor modo de decir”, dice en el primer número de la *Revista Venezolana*, el año 1881. Pragmatismo vulgar fuera, o sometimiento mezquino a la vida, esta sola concepción

<sup>27</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York”, 10 de octubre de 1887, *Cuba. Discursos revolucionarios*, 1937, t. 9, p. 80; *OC*, t. 4, p. 221.

del mundo. A nadie escapa que la *Revista Venezolana*, al hacerse, decía también; ello no se ocultó a Martí, que pretendía crear un centro de cultura viva, donde el decir tuviera papel dirigente. Con el tiempo este principio se desenvuelve en su complemento: “Decir es hacer, atando se dice a tiempo”.<sup>28</sup>

Estamos en 1890, y el movimiento separatista dice su vieja y renovada consigna, a través de los ensayos preparatorios del Partido Revolucionario Cubano, instrumento del hacer subsiguiente.

Todo ello es susceptible de más precisos desarrollos: “Hacer es el único modo eficaz de censurar a los que no hacen”.<sup>29</sup>

Viejo tema, sin duda vinculado, a la política, en la que sobran argumentadores holgados, incapaces de entrar en las cosas de los pueblos, como en la carne sangrante de la res, “con la camisa al codo”.

“Hacer, es el único modo eficaz de responder”.<sup>30</sup>

Tienen estas expresiones ligámenes íntimos con el resto del pensamiento martiano, lo que subraya una vez más la trabazón unitaria de su pensamiento. El Partido Revolucionario Cubano fue, ante todo, una unidad de trabajo, de consciente y ordenado hacer, único posible. Hacer, pues, es la correlación necesaria del decir; pero se trata de un hacer cualificado, hacer lo que sea preciso en cada momento, lo que resulte inmanente de los factores actuales.<sup>31</sup>

Este hacer, pues, como concepto dialéctico entronca con lo que denominamos, no hace mucho, dinámica de la crítica histórica. En las condiciones peculiares de incertidumbre y desconsuelo de los ardimientos revolucionarios, era preciso salvar la sustancia de la guerra, aquel hacer incompleto y desorientado. La expresión

<sup>28</sup> JM: “A los cubanos” [septiembre de 1890], *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 2, p. 99; *E*, t. 2, p. 217.

<sup>29</sup> JM: “El Partido”, *Patria*, Nueva York, 25 de junio de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 3, p. 154; *OC*, t. 2, p. 51.

<sup>30</sup> JM: “A Gonzalo de Quesada”, Santiago de los Caballeros, 19 de febrero de 1895, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 8, p. 129; *E*, t. 5, p. 70.

<sup>31</sup> JM: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York”, *ob. cit.*, p. 34; *OCEC*, pp. 133-134.

teórica de los errores, la reposición de los principios políticos democráticos, de la fundamentación de la igualdad de razas, eran de todo punto requeridas, porque “los errores son una utilísima semilla”,<sup>32</sup> lo que de ninguna manera resta impulsos para un hacer completo y acertado, ni deja exento de responsabilidades al que cometió los errores o soportó que otro los cometiera impunemente. De ahí que él aludiera a “la labor de ciencia verdadera, local y original, de ciencia histórica de la época y del continente”,<sup>33</sup> que van realizando las emigraciones.

También dice; que ninguno de los preceptos del Partido Revolucionario Cubano fue ideado sino para remediar un error pasado.

Y no sigamos por esta vía, pues hay mucho que comentar en la obra del Maestro, fuerte síntesis de juicio histórico y político.

Además, rechaza, en el orden teórico, las doctrinas montadas sobre experiencias de países ajenos a Cuba y en general, a la América Hispana. No repudia las creaciones de otros pueblos, las limita en cuanto a inserción en los troncos americanos. He aquí otra manifestación de síntesis teórico-práctica.

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se destanca la sangre cuajada de la raza india.<sup>34</sup>

Políticos reales que conozcan a su pueblo es lo que él quiere, no políticos de papel, librescos. Y para conocer es preciso ir a

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 19; *OCEC*, p. 134.

<sup>33</sup> JM: “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, en *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 3, p. 55; *E*, t. 3, p. 85.

<sup>34</sup> JM: “Nuestra América”, en *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *Nuestra América*, 1939, t. 19, p. 12; *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ta. ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 9.

la raíz. Por ello, sin duda, “hombre es quien estudia las raíces de las cosas”.<sup>35</sup>

## V REALIZACIÓN VITAL

### *El Partido Revolucionario Cubano*

Arquitectura sencilla y eficiente tuvo el Partido Revolucionario Cubano: clubes en la base, cuerpos de consejo regionales intermedios y, en el tope, el delegado, a cuyo lado un tesorero dirige la conservación, y el empleo, de los fondos. El ajuste de tales organismos es cabal.

El doctor Federico Castañeda, digno amigo, nos ha señalado una tesis valiosa, según la cual el Partido Revolucionario se inspiró en las organizaciones republicanas de los fenianos. No he podido consultar la obra en que se expresó tal opinión; creo, no obstante, haber encontrado algunos puntos de semejanza. Los fenianos organizados, allá por 1860, en Estados Unidos principalmente, fomentaban una revolución con el objeto de establecer la república democrática de Irlanda. Son, pues, elementos emigrados, como los cubanos; combinaron el trabajo público, legal, con el conspirativo o ilegal, orientaron sus pasos hacia la preparación armamentista, notas que se observan asimismo, en el Partido Revolucionario Cubano; pero advertimos dos divergencias esenciales: los fenianos no trataron de ganar la voluntad de su pueblo, querían llevar la guerra, dejarla caer, como del cielo; por otra parte, tampoco deseaban que su pueblo los respetara como a libertadores. Llegaron a decir a los campesinos irlandeses: “Os cazaremos como a ladrones y a ratas”. Nunca el Partido Revolucionario Cubano mostró un divorcio tal con la masa que pretendía salvar.

El Partido Revolucionario Cubano, así formado, ligaba en su trajín diario, los dos géneros de trabajo posibles: el conspirativo

<sup>35</sup> JM: “A la raíz”, en *Patria*, Nueva York, 26 de agosto de 1893, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 3, p. 61; *OC*, t. 2, p. 377.

y el visible. Las relaciones orgánicas con la Isla eran estrictamente secretas, así como la preparación de guerra. La obra de propaganda y de acopio de fondos era pública. Los Cuerpos de Consejo servían de filtro seleccionador en estos trabajos; reducían —¡Oh, milagro!— la indiscreción de los cubanos.

Los clubes podían dirigirse al delegado a través de los Cuerpos de Consejo. En cambio, este se comunicaba directamente tanto con unos como con otros. Sobresale, pues, el cúmulo de facultades reunidas en manos del Delegado. Es cierto que los Cuerpos de Consejo podían comunicarse entre sí para deponerlo, lo que solo se daría en caso de que la totalidad votara conforme.

Como veis, el delegado tenía un ligamen electoral directo con la masa; en lo demás era libre, muy libre. Se explica que algunos cubanos, con Enrique Trujillo al frente, le acusaran de dictador. El Maestro calló de momento ante los reparos presentados; mas no desperdió ocasión para evidenciar las razones y ventajas de ese mando unipersonal.

Dice a Gonzalo de Quesada: “La delicadeza, variedad y empeño de los trabajos de la Delegación, habrán de permitir, y aun de imponer, el repartimiento de sus funciones; y llamaré sin temor, en busca de consejo y ayuda, al corazón de todos los que no hayan negado aún asilo en él a la virtud y a la patria”.<sup>36</sup>

Compartirá, pues, el mando; es una primera negación de la suspicacia de Trujillo, aunque incompleta, es claro. Y dirá más tarde al presidente del club José M. Heredia, de Kingston: “Y pareció mejor dar este ejemplo de obedecer y ejecutar a una sola persona responsable de sus demoras y de sus traiciones, que a una Junta numerosa, donde aparte del peligro de las tendencias diversas, confesas o disimuladas, pudiera levantar obstáculos nimios y continuos a la ejecución”.<sup>37</sup> Y aquí ya encontramos, una justificación basada en la experiencia de las precedentes

<sup>36</sup> JM: “A Gonzalo de Quesada”, Nueva York, 9 de mayo de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 3, p. 61; *E*, t. 3, p. 88.

<sup>37</sup> JM: “Al presidente del club José María Heredia, Kingston”, Nueva York, 25 de mayo de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1936, t. 3, pp. 77-78; *E*, t. 3, p. 110.

organizaciones colegiadas. Para garantizar la eficacia de este unipersonalismo –según los Estatutos–, el Delegado debía mantener al tanto de sus trabajos a los Cuerpos de Consejo. Y como para coronar esta defensa de su organización, dice, afinándose en el requisito de la elección anual: “el Partido Revolucionario Cubano es la unión de pensamiento y voluntad de todas las organizaciones cubanas y puertorriqueñas del destierro, y que el representante electo por ellas, después del examen y voto personal de cada uno de sus miembros, no es la cabeza imperante e inamovible [...] sino un comisionado de su pueblo”.<sup>38</sup> El fundamento es completo, como veis. Lejos de querer instaurar dictaduras civilistas, se expuso a que le echara fuera del mando una confabulación electoral, harto susceptible de urdirse por los hábitos de división de los cubanos. Afortunadamente, la percepción popular, de calidad indiscutible, ratificó la fe y adhesión de los clubes, los años 1893, 1894 y 1895, en medio de “aquel aplauso grato que viene del placer con que los oyentes reconocen en el que les habla su propio pensamiento”.<sup>39</sup> Nada más cierto; él fue expresión política de la conciencia cubana, la más alta de todos los tiempos. Ningún hombre es solo producto de sí mismo.

### *Programa y plan*

Pero, el Partido Revolucionario Cubano debía hallarse, en fin, articulado a los principios teóricos de la revolución cubana; debía ser algo más que una forma, poseer un contenido. Sabéis que el Partido tuvo Programa, las Bases, cuya reivindicación central, la independencia absoluta, enmarca toda su vida. Hay, junto a esta base superior, otras, como la de no establecer compromiso con pueblo o gobierno alguno.

Formuló, pues, un programa necesario, viable y diáfano: “Sin fin fijo no hay plan fijo, sin plan fijo es muy dudoso el éxito de

<sup>38</sup> JM: “Persona y patria”, en *Patria*, Nueva York, 1ro. de abril de 1893, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 4, pp. 222-223; OC, t. 2, p. 277.

<sup>39</sup> JM: “La recepción en Filadelfia”, en *Patria*, Nueva York, 20 de agosto de 1892, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 4, p. 42; OC, t. 2, p. 137.

una revolución”.<sup>40</sup> Plan fijo, no es plan inmutable, sino objetivo bien delineado. Y no comprendía solo, a mi ver, la ordenación material de la guerra, sino la promoción de una mentalidad política unitaria. Por algo dice a Poyo: “Muévame en junto a su ejército; no le deje tiempo para fruslerías intestinas. Úrdameles una buena conferencia sobre *El carácter cubano probado en la guerra y el destierro, sobre los elementos sociales de Cuba...* Preparémosles una fiesta vistosa, dramática, toda de asuntos revolucionarios”. Véase cómo explica el papel revolucionario del Partido. Ni trabajo escueto, agotador y esterilizante; ni propaganda habladora y ampulosa. El Partido es una comunidad de trabajo, orientada hacia precisas metas; todo paso se da por, y para la independencia. Martí cree que el estancamiento de los organismos conduce a la desintegración. Cuando no se tenga ocasión para el trabajo material, directo, práctico, hágase trabajo de conciencia, de educación, de entusiasmo; a la masa no se le puede —no se le debe— mantener en la ignorancia de sus propias fuerzas. Sobre la marcha diaria del Partido creará una percepción rectamente política.

Y que él ponía muy por alto el espíritu de educación lo dice, el año 1895, una circular que firmara con Gómez: debía explicarse a la tropa los beneficios de la república y el espíritu fraternal de la guerra.<sup>41</sup>

El plan incluía, pues, el programa, la teoría revolucionaria. “Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y a dónde va, y qué le ha de venir después”.<sup>42</sup>

Recordad la condición que pedía Martí en los dirigentes, y veréis la íntima textura de sus ideas. Recordad su tesis de la aparición de una conciencia —“gente de pensamiento”— y veréis cómo se liga igualmente a estos conceptos.

<sup>40</sup> JM: “Al presidente del club José María Heredia, Kingston”, ob. cit., p. 77; *E*, t. 3, p. 109.

<sup>41</sup> JM: “Circular. Política de la guerra”, 28 de abril de 1895, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 8, p. 230; *E*, t. 5, pp. 183-184.

<sup>42</sup> JM: “A Gonzalo de Quesada”, Cayo Hueso, mayo de 1893, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 5, p. 43; *E*, t. 5, p. 342.

Hay algo que prometimos dilucidar, hace unos minutos. ¿Por qué Martí, tan dado a preparar con cuidado exquisito la revolución, no desprecia las oportunidades, así fueran insuficientes? Lo veremos ahora con relación a los alzamientos de Holguín y de Lajas. Collazo sostiene la tesis de que Martí fomentó tales levantamientos prematuros, abandonándolos en cuanto notaba la indecisión popular. Nada más falso, por lo menos en el estado actual de las fuentes. Martí aprovechó esos intentos; pero se mantuvo alejado de toda complicidad en su origen. La tesis de Martí ante esos estallidos puede resumirse en la forma siguiente: trabajemos porque la revolución no sea espontánea, de “entusiasmo fácil y rudimentario”; dispongámonos a socorrerla, a estimularla, no sin comprobar antes que las fuerzas en movimiento son capaces de resistir el tiempo necesario para que la emigración acopie los refuerzos. Muy lejos está, pues, de lo que supone Collazo, y muy cerca del realismo político, apto para transformar en ventajas todos los obstáculos. En los casos citados más arriba (Holguín y Lajas), ved cómo aprovecha las circunstancias. Dice en 1893 a Gonzalo de Quesada: “Sigilo, artículo muy breve sobre esto, en que lo principal sea que el suceso confirma nuestras predicciones”.<sup>43</sup> Y añade: “Cuando surgió la rebelión escasa o misteriosa, reservó [el PRC] sorprendido su concurso, hasta que se les vieran las relaciones a los cubanos alzados, o desapareciese el misterio”.<sup>44</sup> Interpretese bien su reserva de concurso; apenas tuvo conocimiento de los hechos, movió a todos los cuadros del Partido, galvanizó a sus hombres para tenerlos prestos en caso de necesidad. Ved todo ello en el tomo V, *Cuba. Política y revolución*, de las *Obras completas* que va publicando la editorial *Trópico*, bajo la dirección de Gonzalo de Quesada y Miranda. Es muy probable que a la mayoría de los cubanos de su tiempo —entre ellos Collazo— escapara la finura de tal maniobra.

<sup>43</sup> Ídem.

<sup>44</sup> JM: “El Partido Revolucionario a Cuba”, *Patria*, Nueva York, 27 de mayo de 1893, *Cuba. Política y revolución*, 1937, t. 5, p. 60; *OC*, t. 2, p. 336.

## VI

### ADENTRARSE EN LA POLÍTICA DESDE AHORA

Martí difuso, soñador, más poeta que político, tiene que dejar el paso a Martí realista, humano, certero, sagaz y astuto. ¿Fue él acaso un tonto hablador, con los ojos torcidos del éxtasis y la mano cansada de escribir el relato de sus visiones? No, amigos, no fue tal. Nos lo dicen testimonios de Estrada Palma y de Máximo Gómez. Aquel opinaba que el Partido Revolucionario había demostrado ser la forma apta de organizar a los cubanos;<sup>45</sup> este ya en la manigua, se percató de que existían jóvenes de alta conciencia y comprensión,<sup>46</sup> “gente de pensamiento”, en suma.

Por encima de todo fue consecuente y hábil político; su política no era, desde luego, simple maniobra, ayuna de contenido, pero, al cabo, era maniobra, fina, en que el amor neutralizaba la incompreensión de los hombres. Tuvo una visión real de lo que son los pueblos, de lo que era el pueblo cubano, cuyos vicios atribuía al régimen colonial. No se detuvo, sin embargo. Al contrario, dio fuerte batida a “los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir”,<sup>47</sup> y al “patriotismo de polvos de arroz”, remiso a colaborar “so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina”.<sup>48</sup>

En otro lugar dice: “los pueblos no están hechos de los hombres como debieran ser, sino de hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie; sino que han de obrar conforme a la naturaleza humana y de batallar con los hombres [...] o contra ellos”.<sup>49</sup>

<sup>45</sup> *La Revolución de 1895. Según la correspondencia de la Delegación Cubana de New York*, Biblioteca Histórica Cubana, Editorial Habanera, 1932, t. 1, p. 41.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>47</sup> JM: “Discurso en el Liceo Cubano, Tampa”, 26 de noviembre de 1891, *Cuba. Discursos revolucionarios*, 1937, t. 9, p. 161; *OC*, t. 4, p. 273.

<sup>48</sup> *Ídem*.

<sup>49</sup> JM: “La guerra”, *Patria*, Nueva York, 9 de julio de 1892, *Cuba. Política revolucionaria*, 1936, t. 3, p. 189; *OC*, t. 2, p. 62.

Tenemos, pues, que adentrarnos desde ahora en la política. No nos satisfarán muchos de sus aspectos pero tenemos que hacerlo: es la única vía hacia el mañana, hacia los hombres mejores.

Hasta la guerra civil, espantajo de los reaccionarios y timoratos, es instrumento de perfección del hombre, tiene virtudes asépticas:

La guerra no se puede desear, por su horror y desdicha; aunque un observador atento no puede desconocer que la guerra fomenta en vez de mermar, la bondad y justicia entre los hombres, y que estos adquieren, en los oficios diarios y sublimes del combate, tal conocimiento de las fuerzas naturales y modo de servirse de ellas, tal práctica de unión, y tal poder de improvisación que, en un pueblo nuevo y heterogéneo sobre todo, los beneficios de la guerra, por el desarrollo y unificación del carácter del país y de los modos de emplearlo son mayores que el desastre parcial, por la destrucción de la riqueza reparable y la viudez de las familias. La conservación de la propiedad que se puede reponer, importa menos que la conservación, o la creación del carácter, que ha de producir y mantener la propiedad.<sup>50</sup>

No he podido resistir el impulso de transcribir todo este fragmento, notable por varias razones. Os suplico que no lo confundáis con una exaltación de toda clase de guerra; se refiere a la guerra civil, a la guerra por la liberación nacional.

Mucho resta por examinar; otros, háganlo. He abusado un tanto de vuestro concurso paciente, y debo dejaros. Sabed que he puesto la solicitud más amorosa en estas páginas. No merece menos quien, además de político sin igual, fue hombre de amor y de trabajo. Reviva su espíritu en el pueblo, encarne, sin torceduras oportunistas, en los movimientos políticos del futuro; es el único voto que podemos hacer. Nuestra Cuba —que aún no es nuestra— lo pide. Y que así sea.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 187; *OC*, p. 61.

## MARTÍ EN LA REVOLUCIÓN DE 1868\*

La conmemoración de la revolución de 1868 plantea a los cubanos la posibilidad de realizar un balance de lo que sabemos sobre nuestro pasado y lo que precisa conocer si, como es lógico, nuestra profunda transformación material y humana de hoy exige una comprensión más cabal de todo el proceso. No es el lugar, claro está, para rendirnos esa cuenta de ciencia y de conciencia, pero sí lo es para señalar que hay muchas cuestiones pasadas por alto o ignoradas. Faltan, como es obvio, trabajos de base sobre los cuales fundamentar el tratamiento de esas cuestiones. Sin embargo, algunos de ellos pueden y deben abordarse, partiendo de la masa de información y de análisis disponibles en este momento. Es el caso de las relaciones que históricamente se establecen entre José Martí, el hombre, el individuo, y esa Revolución como ambiente y estímulo. Ciertamente, la cuestión no había pasado inadvertida; pero el énfasis se ponía en la personalidad singular del forjador de la revolución de 1895. Y esto, a nuestro ver, limitaba de un modo decisivo la apreciación de los vínculos entre ambos.

El gran guía revolucionario de Cuba en el último tercio del siglo XIX enriqueció su pensamiento y su acción con experiencias propias, nacionales, y con experiencias universales. Partiendo de la situación cubana concreta, desde 1868 pudo realizar una colosal obra de creación política, a la vez teórica y práctica, en

\* Publicado en la revista *Casa de las Américas*, La Habana n. 50, a. IX, septiembre-octubre de 1968.

la que aquellos dos elementos se integran de una manera total y con una profundidad no frecuente para su tiempo y en la América Latina. Pudiera afirmarse que los problemas de la patria naciente fueron la chispa avivadora de su genio político y su actividad incansable.

Aun cuando su biografía es muy conocida, y no creemos que deba ocuparnos especialmente, vale decir que toda su vida, y por precisar, su niñez y su adolescencia, transcurren en momentos singulares de la patria y del mundo. Traspuesto el año 1853 en que nace, se habrán de manifestar los elementos de una crisis estructural del sistema esclavista de trabajo, a cuya sombra han crecido condiciones técnicas de carácter capitalista, tanto en la industria azucarera como en la del tabaco. Ello supone la aparición de un proletariado que adquirirá más adelante, al abolirse la esclavitud, toda su vigencia como clase social, y, al par, se traduce en la ruina de una parte de la clase terrateniente y el empobrecimiento acentuado en grupos de la clase media colonial. Y lo que es más significativo cuando se trata de Martí, la crisis general y los cambios que ella implica a lo largo de su pugnaz desencadenamiento y culminación, suponen la aparición precisa, neta, de una clase media cada vez más empobrecida ideológica y psicológicamente menos distante de la gran masa desposeída, de la cual ya no está separada por la esclavitud. Los testimonios de que disponemos hasta hoy acerca de la recesión entre 1857 y 1866 parecen indicar que el advenimiento del capitalismo forja su camino a través del agudizamiento de las diferencias entre pobres —pueblo desposeído— y propietarios, parte de los cuales pasan al primer grupo por razón de la crisis y de los cambios estructurales a que nos referimos.

La depresión económica tiene consecuencias políticas de suma importancia. Baste decir que ella desemboca en la revolución de 1868, cuya significación radica, por un lado, en el hecho de que se han ahondado las diferencias dentro de la clase terrateniente, escindida en dos grandes grupos —los poderosos azucareros del Occidente y los menos poderosos del Centro y del Oriente— y, por otro lado, en que acelera todos los procesos de tipo capitalista que se están produciendo en el seno de la economía esclavista.

Sirvan estas someras referencias para situar a Martí, hijo de la clase media colonial y, concretamente, de un empleado público de ínfima categoría, pues su padre era celador de policía; discípulo de Rafael María de Mendive, de familia terrateniente arruinada; en un medio que, pese a lo escaso de la investigación económica y social realizada hasta hoy, podemos considerar como sumamente dinámico. Ya sabemos lo que estas situaciones provocan: una aceleración y, al par, una condensación de la experiencia humana. Un joven que aprende casi sin saberlo a contemplar con ojos críticos el mundo movedizo que le rodea está en óptimas condiciones para dar de sí los frutos que en tiempos de otro ritmo, no pueden sazonar. Hay en Martí, en todo, la política, las letras, la actividad, un estilo que difiere radicalmente del que se observa en la vida de los cubanos nacidos, digamos, unos veinte o treinta años antes que él. Mientras estos se proyectan hacia el pasado, o, de alguna manera, no son capaces de superarlo totalmente, él vive disparado hacia el futuro que intuye primero, razona después y empieza a construir con afán en los últimos años de su corta existencia. Esto mismo, los cuarentidós años que le bastan para realizar una obra de creación singular, reflejan este cambio de ritmo y de estilo. A partir de Martí los grandes conductores del pueblo serán hombres jóvenes, como un reflejo de que la ingente acumulación de experiencia social y popular despierta la conciencia patriótica cada vez más temprano: Mella, Martínez Villena, Guiteras, Echevarría, Camilo, ¿qué son sino la reiteración histórica de este fenómeno?

Hay más, mucho más de lo que comúnmente se aprecia, en su inserción social. Porque, en verdad, si Martí es capaz de concebir la nación que se está formando y de proyectar su entera realización, ello se debe a que no está unido por su origen a estructura fundamental alguna de la organización social cuya crisis sirve de ambiente a su niñez y su adolescencia. Y, por haber nacido en La Habana, no está vinculado a un terruño específico. Pertenece a los grupos portadores de un concepto de la nacionalidad mucho más profundo y nítido que el de los patricios dirigentes de la revolución de 1868.

Tales son los fundamentos de su personalidad. Todo ello encuentra una vía para expresarse en 1868. A la crisis de los elementos digamos materiales de la sociedad, se une entonces la crisis del pensamiento, de la conciencia que es, además, el parto doloroso de la nacionalidad hasta entonces en evolución germinativa. Por esta razón, precisa considerar como un momento decisivo en la formación de su carácter y hombría, este de los años 1868-1870, los cuales abren la primera etapa de su vida a modo de torrente, pues se nos revela como una personalidad hecha en tanto en cuanto algunas de sus características están dadas de una vez y para siempre.

La personalidad de Martí ha sido estudiada generalmente como un producto del entrecruce de influencias: la guía del maestro querido, Mendive, la dulzura telúrica de la madre, la violencia elemental del padre español. Todo ello es ciertamente de importancia, y más en un joven de quince años; sin embargo, no pocos hombres tuvieron entonces todo eso y aún más sin que en ellos se produjeran parejos resultados. Sería poco decir, y él mismo no lo suscribiría, que todo ello venía como prefigurado en su condición genial o en una vocación biológica o psicológica, para explicar la cual no tenemos antecedentes familiares o domésticos muy favorables. Que poseyó un genio creador, que su honestidad y desinterés fueron ejemplares, que tuvo una entereza y una valentía moral excepcionales, nadie lo pone en duda; pero “hay tiempos de maravilla”, como él mismo diría refiriéndose a la gran guerra de 1868-1878, aquellos en que la condición humana, la excelsa, brota con plenitud en medio de la cambiante vida de una crisis de las condiciones sociales.

Fueron esos tiempos de maravilla los que transformaron a Martí, de adolescente que era en militante irreductible de una revolución trascendente. Quizás no nos hemos empeñado en vincular a Martí con lo que ocurre en su mundo inmediato por aquellos días. Ciertamente es que algunos biógrafos, como Manuel Isidro Méndez, e historiadores como Ramiro Guerra, describen el personaje y los hechos. Sin embargo, es posible que debemos subrayar aún más, mucho más, la relación entre el uno y los otros. Con este propósito vamos a describir los acontecimientos políticos de La Habana desde 1865.

Cuando se convocó a la Junta de Información en Madrid (1865), muchos habaneros creyeron que se estaba en el camino de las reformas. Las elecciones no se efectuaron bajo los mejores auspicios, pues los colonialistas utilizaron cuantos recursos tuvieron a mano para lograr una mayoría favorable. Sin embargo, doce de los dieciséis comisionados eran reformistas, y el gobierno se vio forzado a respetar los resultados; es más: algunos de los designados por el gobierno suscribieron parte del programa reformista. Entre octubre de 1866 y abril de 1867, decursaron las deliberaciones. Nada se hizo, e incluso el gobierno contrarió, aumentando los impuestos, las razonadas proposiciones de los reformistas. Una nueva caída económica hacía más necesarias las reformas, y, al no producirse estas, una parte de los terratenientes quedaba desposeída de los medios adecuados para capear la tormenta que se gestaba en las entrañas de la sociedad esclavista. En efecto, no todos los propietarios de tierras y de ingenios habaneros estaban en condiciones de afrontar el pago de los impuestos vigentes, viejos y nuevos; menos aún lo estaban los de otras regiones. Decir que la situación de los grupos pobres de la población era mucho más difícil, no es necesario. En todo caso, poseemos testimonios de lo que sufría y pensaba uno de ellos, el “artesano” tabacalero, expresado todo en las páginas del periódico *La Aurora*. Y si ello no bastase, recordemos que la emigración proletaria al sur de Estados Unidos, por causa de la miseria, había comenzado poco antes y proseguía de modo creciente. Toda la Isla comenzó a agitarse. La Habana no fue una excepción. Pero todavía en 1866 cuando volvía de Madrid cargado de fracaso y burlado, Morales Lemus se permitía insultar al viejo patriota Macías y a sus camaradas de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico (Madrid) llamándoles “descamisados”. Sin duda, como diría Ramón Roa, “porque no eran hacendados ni hombres de rico bufete, aunque todos vivían de su trabajo honradamente”.

Fracasado el Reformismo, la solución radical se abrió paso. La polémica pública y el coqueteo momentáneo de las autoridades con ciertas libertades, favorecieron el radicalismo novísimo de la clase media. En cierto sentido, la actitud de los jóvenes del Louvre —los “tacos”—, cuya indisciplina atentaba directamente

contra la autoridad de que se consideraban investidos los representantes del régimen colonial: soldados, policías, jueces, mandantes de toda laya y categoría, venía a simbolizar el espíritu de resistencia que germinaba en la población habanera. Primero fue en diciembre de 1863, cuando los “tacos” festejaron a una compañía de artistas españoles del Teatro Tacón lanzándole desde la primera fila de lunetas —que previsoramente habían ocupado— toda clase de proyectiles. De ello resultó la prisión de un numeroso grupo de escandalosos, entre los cuales figuraba el “Canario”, exoficial del ejército español, licenciado en 1861, Manuel Suárez Delgado, más tarde general (1868-1878) y mayor general (1895-1898) del Ejército Libertador. Un año más tarde, hay algún indicio de que el mismo Suárez y otros jóvenes conspiraban por la independencia.

El año 1866 —el del fracaso del Reformismo— fue pródigo en incidentes. La agitación crecía de tal modo, que por resolución del gobierno político de La Habana se prohibió la lectura en los talleres de tabaquería, por perniciosa. El temor de las autoridades llegó a suspender las clases nocturnas para artesanos que daban Rafael Morales y González y sus amigos en el colegio El Progreso; habían reunido hasta ochenta alumnos. La Sociedad Económica intervino para lograrles la autorización; pero no tuvo éxito. Finalmente, se les amenazó con la cárcel si no desistían de su proyecto. Este grupo de “moralitos” llevó la agitación a Santiago de las Vegas, donde el gobernador suspendió el acto de inauguración de la Sección de Ciencias del Liceo (25 de julio de 1866) cuando se estaba efectuando.

No iban a la zaga los “tacos”, los cuales silbaron gustosamente al improvisado tenor español Boy el 17 de abril; dos días después, un grupo de españoles silbó a la actriz Adela Robreño y al poeta Alfredo Torroella en la función organizada para recaudar fondos para Luisa Pérez de Zambrana y sus hijos. A los detenidos se les preguntó muy seriamente “si sabían lo que era ‘taco’ y si pertenecían a la asociación de ‘tacos del Louvre’”. Poco después se ocupaban ejemplares del periódico *La Voz de América*, y a mediados de agosto era detenido y conducido al Morro, Timoteo Pedro Díaz, a quien se acusaba de ser secretario de una junta revolucionaria cubana en Filadelfia. Como la ola

revolucionaria crecía, los trabajos conspirativos realizados en Oriente y Camagüey plantearon la necesidad de unión. Pedro Figueredo vino a La Habana en octubre de 1867, y Morales Lemus a nombre del Club de La Habana le negó ayuda. En septiembre de 1868, Salvador Cisneros obtuvo una promesa de colaboración, basada en la impresión que recibió durante su viaje Francisco Javier Cisneros, director de *La Opinión*, enviado en agosto por Morales Lemus a todas las provincias con el objeto de informarse. Cuando resonó el grito de independencia en La Demajagua (10 de octubre), la capital se conmovió. Hubo inútiles conatos de conciliación: es el caso de la triste conferencia con Lersundi (24 de octubre de 1868), promovida por los elementos terratenientes que no querían una revolución a la que unos se veían arrastrados y otros consideraban como presagio cierto de ruina. El capitán general no permitió que los comisionados expusieran sus ideas.

Surgió entonces el *laborantismo*, la batalla de propaganda, de rumores, de divulgación de noticias, de ayuda económica a la revolución, armas eficaces siempre que se utilicen para organizar y dar un programa a la población descontenta. La Habana y su región, imposibilitadas de contrarrestar al ejército español y a los voluntarios, luchó como pudo, y quizás de la peor manera: sin la esperanza de morir peleando. El 20 de noviembre se unió a los libertadores un habanero: Luis Ayestarán y Moliner, el primero que reconocía —desde lo alto de su inserción social— la necesidad de luchar por la independencia. Ese joven de la aristocracia habanera es un símbolo, pues representa la nueva actitud que los reformistas ya no podían sofrenar. El dos de ese mes un grupo, en el que figuraban Agustín de Santa Rosa —veterano de la conspiración del Ave María—, Francisco Lufriú, José A. Cintras Garay, José Miguel Nin y Pons, dio el llamado “Grito de Luyanó”, efímera aventura que fracasó como, más tarde, el intento de Candelaria. Esos grupos respondían a una conspiración que habían iniciado Ambrosio Valiente, José M. Mestre y José M. Gálvez, a los que se unieron más tarde, José Hernández Abréu, José de Cárdenas Gassie, José Gerardo Domenech y otros más. Vendían bonos de la Revolución, interceptaban documentos oficiales, ayudaban a los que deseaban unirse al ejército libertador. Y

aunque no se dispone de toda la información necesaria, puede afirmarse que de toda la región habanera, de Guanabacoa, de Regla, de Bejucal, de Güines hubo jóvenes incorporados a las huestes separatistas.

Desde diciembre la agitación fue ganando fuerza. El doce de dicho mes salieron más de cincuenta jóvenes, muchos de ellos escondidamente, en el vapor Morro Castle, solo para volver en la goleta Galvanic que arribó el veintisiete a las costas de Camagüey; expedición que, como se desprende del manifiesto que para ella redactó Antonio Zambrana, constituía un aporte “oficial” de la región habanera a la Revolución. Además de Zambrana, figuraban en ella, Julio Sanguily, “Moralitos”, Luis Victoriano Betancourt y su hermano, Francisco Jorrín, antaño participe de las tertulias de Nicolás Azcárate, José María Aguirre, muerto en Campaña (1869) y otros más. La medida de la crisis se dio cuando el joven Camilo Cepeda, de veintidós años, preso en Sancti Spíritus, muere tuberculoso en La Habana el 30 de diciembre de 1868; los hechos callejeros mostraron claramente cuál era el sentir popular. El párroco de Monserrate —etapa urbana final de los entierros— se negó a recibir el cadáver del “insurrecto” Cepeda, mas el pueblo lo llevó a la iglesia de La Salud y de allí, en hombros, hasta el cementerio. Y aunque la policía cerró la entrada del camposanto, fue arrollada por los ocho mil habaneros indignados que dieron sepultura al infeliz patriota.

Inicióse el año 1869 en medio de la mayor excitación juvenil, en espera de la orden de alzamiento. Como todo propiciaba las manifestaciones de descontento, el entierro del joven Tirso Vázquez (7 de enero), muerto de una estocada por un oficial del ejército español, congregó al pueblo en el cementerio, adonde se había llevado anticipadamente el cadáver para evitar la manifestación. Desechado el proyecto de pasear por La Habana el féretro, la multitud encolerizada desfiló desafiando a la guarnición de la Batería de la Reina (Vedado), llegando amenazadora hasta la iglesia de Monserrate, donde se dispersó. Si los habaneros de más prestigio político hubieran comprendido su papel, la capital caía en manos de los revolucionarios; pero esos personajes eran anexionistas o reformistas y, por consiguiente, no

podían concebir una acción revolucionaria decisiva. En estos días del año, ya el doctor Agustín Coronado y Piloña, José García de Tejada, condenado a muerte en 1853, y Matilde Rosain fabricaban, de acuerdo con Francisco León y Agustín Medina, de cuya suerte hablaremos, balas en un horno aparentemente destinado a la fundición de zinc para pilas eléctricas usadas en las instalaciones telegráficas.

“Encuentro que aquí son insurrectos los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los negros y que hasta el aire que respiramos y los adoquines de la calle son insurrectos”. Era la imagen de La Habana que daba un militar español contemporáneo.

El ambiente fue tornándose más agresivo. Lersundi apeló a los voluntarios; al inmigrante “sin instrucción ni arraigo”; al que venía a enriquecerse y, se encontraba una economía controlada por una aristocracia que, a sus ojos, era una sola. En consecuencia, la masa de inmigrantes sin esperanza —que Zaragoza denominó la “clase media”— ganó la calle para descargar por igual su furia destructora sobre los criollos y españoles ricos, en beneficio de los tenderos y los burócratas. Comenzaba lo que Morales Lemus denominaría la lucha entre “jacobinos” y “girondinos” españoles. Cuando Dulce —que no era un criminal pervertido sexual como Lersundi, sino un cobarde moral— vino a gobernar, ya solo había una fuerza en La Habana: la turba de inmigrantes explotados, resentidos e incultos. Diríase que había renacido la demagogía “piñerista” de 1820, pero esta vez desprovista totalmente de liberalismo.

La alteración del orden fue cosa rutinaria en la capital. Todo esfuerzo de conciliación se estrellaba contra la demagogia integrista: los mínimos intentos del capitán general Dulce en ese sentido solo contribuían a enconar más los ánimos. La libertad de prensa se tradujo en la aparición de numerosos periódicos, de una u otra ideología, que libraban verdaderas batallas campales. Hubo trastornos públicos el 12 de enero cuando la policía sorprendió un depósito de armas en Carmen y Figuras.

Y vinieron las trágicas jornadas del 22 al 25 de enero. Sumamente expresivo es el hecho de que el 23 de enero de 1869 salió a la luz el único número de *La Patria Libre*, redactado por José Martí.

El asalto al teatro Villanueva se debió a que la Compañía de Bufos Habaneros, de vuelta de su gira por Santiago de Cuba, adquirió la peligrosa fama de “insurrecta”, a lo cual contribuyó el “guarachero” del elenco –Jacinto Valdés– cuando una noche avanzando hacia el público dio un viva a Carlos Manuel, coreado por los espectadores. Dulce se limitó a llamar al indiscreto actor amenazándolo con darle cuatro tiros, aunque, pasado el tiempo, se le procesó junto con el dueño del teatro y tuvo que huir a México, escapando de la pena capital que se le impuso. La noche del 22 de enero actuaba en el teatro referido la compañía llamada los Caricatos, y bajo la presidencia del regidor Fernández Bramosio se representaba el sainete *El perro huevero*. Como los voluntarios estaban predispuestos, se habían dado cita en las afueras del teatro para atacarlo con cualquier pretexto. Al oír que se decía por uno de los personajes: “Pues yo digo que no tiene vergüenza, ni poca ni mucha, el que no diga que viva la tierra que produce la caña”, el público rompió en aplausos y los voluntarios, en la calle, respondieron con vivas a España marchando sobre el teatro, desde el cual respondieron con disparos algunos jóvenes. Agotado el parque de los cubanos, los voluntarios penetraron al local y se ensañaron sobre la masa indefensa de espectadores.

Después asaltaron la casa de Leonardo del Monte (actual Palacio Aldama), que saquearon. Más tarde –como no pudieron depredar la barbería Nicolás (de los bajos del Hotel Inglaterra)–, fueron al café Louvre, cuartel general de los “tacos”, y entraron disparando a mansalva, de lo cual resultó la muerte de un inocente empleado de Hacienda; tomaron por las calles Neptuno, San Rafael y Prado disparando ciegamente. En San Miguel y Consulado una bala perdida mató al fotógrafo Cohuer en el piso alto donde vivía. El dueño del café atacado –señor Payret– se hizo voluntario, “para defenderse de nosotros mismos”, decía.

En total: catorce muertos y numerosísimos heridos. Martí cuenta que la turba, las pandillas –a cuyo cargo estaba el “honor de España”– “llenaron de cadáveres la calzada de Monte y las calles de Jesús María”. Pero los patriotas ripostaban: el 23 de marzo un grupo se apoderó del barco *El Comanditario* y lo llevó

a Nassau, de acuerdo con Juan Bautista Osorio, su hermano Pascual y Eloy Camacho, que eran de la tripulación. Los patriotas aprehendidos por el depósito de armas de la calle Carmen –Francisco León Nuez y Agustín Medina– fueron condenados a muerte. El 9 de abril, después de una arenga que dio el primero al subir al patíbulo, sonaron disparos de casas de los alrededores de la Punta. La turba integrista ripostó y en las calles quedaron siete muertos, entre ellos una mujer; pero no se calmaron con esto, pues se siguió atropellando y asaltando hasta el siguiente día. Lógicamente, muchos criollos emigraban. Dice Zaragoza que del 26 al 30 de enero de 1869 tuvo que refrendar los pasaportes de doscientas noventinueve familias. Al cabo de dos años, sumaban varios millares. Los que no quisieron escapar eran llevados al destierro: el 27 de febrero salieron doscientos cincuenta a Fernando Poo, Carlos Baliño entre otros. Los había de todas las ciudades y pueblos de la provincia: Regla, Güines, San Antonio de los Baños, etc. Y ese día la turba exigió y obtuvo el fusilamiento de un infeliz ratero a quien algunos voluntarios atribuyeron un ¡Viva Cuba! Con él murió de un tiro un subcomisario de policía que opinó en contra de su ejecución. Con razón dice Ramiro Guerra que ese era el síntoma de la impotencia del régimen: cuanto más aterrorizaba, menos lograba dominar al separatismo.

No bastaba. Los días 14 y 15 de mayo se inició el ataque al capitán general Dulce: se denunciaron los fraudes de los peninsulares ricos, se atribuyó malos manejos a generales del ejército. Después del incidente de los presos del Galvanic (22 de abril), que las autoridades pretendieron proteger, la crisis se desencadenó. El jefe de la Marina y otras autoridades, incluso el segundo cabo, se rindieron a los voluntarios, y Dulce, abandonado, renunció. La Plaza de Armas fue el teatro de la villanía colectiva, de lo que puede “un corazón miserable lleno de cieno en lugar de sangre” que diría el agredido general Peláez... Después de estos tiempos, los “buenos españoles”, los de la Plaza de Armas, los del Teatro Villanueva, los de la casa de Leonardo del Monte, fundaron el Casino Español. Claro está que el terror abrió un abismo. Mientras José Manuel Mestre se inclina a las más violentas soluciones, con referencias muy claras a la “combustibilidad” de la caña

y de los esclavos, el marqués de Móntelo cierra filas con el colonialismo para acabar rápidamente con la “guerra vandálica que están haciendo los *libertadores* de Cuba”. ¡Pobre Marqués, que por sobra de dinero que no podía gastar todo en aventuras galantes en Europa, había adquirido fama de culto y hasta de liberal!

Ya no había freno, La Habana era ciudad poseída por unos forajidos extranjeros –a quienes en la sombra agitaban logreros de levita y condecoración– más peligrosos que Lengue Romero o Manuel García. Un voluntario asesina por azar al norteamericano Isaac Greenwald y el gobernador, Caballero de Rodas, para poder ajusticiarlo –por miedo a Estados Unidos– tiene que atribuir su acción a la obra de los “laborantes”. Fue fusilado el 5 de marzo de 1870.

Nada detenía ya a la horda. Pero nada detenía a la Revolución. En La Habana se traficaba con armas y seguía preparándose el alzamiento. Familias enteras, como la del que fue general José María Aguirre, se incorporaron a la Revolución. Había agentes de la Junta como el teniente fiscal sustituto de la Audiencia, Máximo Du Bouchet, que fueron deportados. No faltaban las comunicaciones regulares por medio de los barcos de cabotaje y los que venían de Estados Unidos y de México, como lo prueba la copiosa correspondencia entre Villaurrutia y Ponce de León. Hombres al mando de Carlos García llegaron de Estados Unidos y fueron sorprendidos en una casa de la calle Neptuno. Murió uno en la refriega, otro cayó preso y al día siguiente (21 de octubre de 1871) fue ajusticiado. La policía detuvo a sesenta y siete ciudadanos y los deportó a Isla de Pinos. El Quinto Batallón del millonario Ramón Herrera se distinguía en todas estas “gloriosas” acciones. Por eso, fue el que cosechó para su jefe y su capitán –Ramón López de Ayala– los lauros de la triste jornada del 27 de noviembre de 1871, mientras los capitanes Federico Capdevila y Víctor Miravalles y Santa Olalla se oponían a la incalificable hecatombe. Este mismo López de Ayala creía que la Universidad de La Habana era “un criadero de víboras eternamente dispuestas a revolverse contra sus mismos padres”. Ciertamente es que, por ejemplo, la clase de Historia de España estaba desierta...

La agitación patriótica no se limitó a La Habana. En Santiago de las Vegas, un grupo de conspiradores fue detenido en 1868, la víspera de su alzamiento. En San Antonio de los Baños, otro grupo fue sorprendido (conspiración de las “biajacas”) y sus componentes deportados a Fernando Poo; entre ellos hubo algunos como Sebastián Hernández, alzado con otros más durante unos días. En esta zona actuaba Carlos García en 1870, aunque sin éxito. Ese mismo año el patriota Maza Arredondo atravesaba Matanzas y llegaba hasta la zona sureste de La Habana.

En los primeros meses del año 1869, José Martí no solamente participa en este movimiento, según se desprende de su propio testimonio, que tendremos ocasión de comentar más adelante, sino que adquiere, pudiera decirse de súbito, una primera conciencia política que se expresa en su famoso soneto al 10 de Octubre y en las páginas de dos periódicos: *El Diablo Cojuelo*, publicado en colaboración con Fermín Valdés Domínguez y *La Patria Libre*, que tenía por subtítulo estas palabras tan prometedoras: *Diario Democrático Cosmopolita*. En *El Diablo Cojuelo* hay realmente elementos de una extraordinaria calidad, como por ejemplo cuando se dice:

Otros de esos que llaman sensatos patricios, y que solo tienen de sensato lo que tienen de fría el alma, reúnen en sus casas a ciertos personajes de aquellos que han fijado un ojo en Yara y otro en Madrid, según la feliz expresión de un poeta feliz, y que con solo este título pretenden imponer sus leyes a quien tiene muy pocas ganas de sufrir tan ridícula imposición. A ser yo orador, o concurrente a Juntas, que no otra cosa significa entre nosotros la tal palabra, no sentaría por base de mi política eso que los franceses llamarían afrentosa *hésitation*. O Yara o Madrid.<sup>1</sup>

Cuando un joven de apenas quince años resuelve la situación de su país en los términos de la disyuntiva “O Yara o Madrid”, se

<sup>1</sup> José Martí: *El Diablo Cojuelo*, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 32. [En lo sucesivo, *OC.*; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, t. 1, p. 20. Para esta edición todas las citas de Martí han sido y actualizadas (*N. de la E.*)].

puede afirmar que tiene una conciencia clara de que no hay soluciones intermedias y que por consiguiente, el reformismo —endémico en los “sensatos patricios”—, es, en el mejor de los casos, una melodía agradable para endulzar la vida de los colonialistas.

La prisión y condena de Martí después de registrar la casa de Fermín Valdés Domínguez no podría explicarse por una simple estupidez del aparato represivo. Seguramente las autoridades, por alguna razón, lo juzgaron peligroso en extremo.

Y la madre, Doña Leonor Pérez, no actuaba sino con el pensamiento puesto en la participación de su hijo en todo el movimiento revolucionario. Son muy conocidos los versos en que él cuenta el episodio de aquellos días y, aún más, cómo lo relata en un artículo publicado en México en 1875:

No basta que sobre un teatro indefenso y repleto, sobre mujeres, y hombres, y niños, se haya lanzado a un tiempo una muralla encendida de fusiles; no basta que en cada fiesta popular hayan ensangrentado con idiotas o con desventurados las calles de La Habana; no basta que en las haciendas de Puerto Príncipe, este mismo hombre que manda matar ahora, haya puesto grilletes al pie de las mujeres, y quemado las casas que hallaba en su camino, y fusilado a los hombres que encontraba en ellas, y que todo esto lo firmase en su decreto de 14 de abril. ¡Ni que en cada pueblo de la Isla se cuenten a centenares los fusilados sin formación de causa, y en La Habana como en los pueblos, y muchas veces en La Habana, hasta que aquel fusilamiento de ocho hermanos míos, rifados, pregonados, asesinados, que me hirió en el corazón, los espantó del asesinato y de sí mismos! ¡Ni Rivero, ni Greenwald, ni Cohuer, ni el pacto de sangre que firmó Dulce el día de Fernando Poo con los voluntarios de La Habana, ni los horribles días de enero que llenaron de cadáveres asesinados la calzada de Jesús del Monte y las calles de Jesús María, y los que mi madre atravesó para buscarme, y pasando a su lado las balas, y cayendo a su lado los muertos, la misma horrible noche en que tantos hombres armados cayeron el día 22 sobre tantos hombres indefensos! ¡Era mi madre: fue a buscarme en medio de la gente herida,

y las calles cruzadas a balazos, y sobre su cabeza misma clavadas las balas que disparaban a una mujer, allí en el lugar aquel donde su inmenso amor pensó encontrarme!<sup>2</sup>

En definitiva, sabemos que él fue condenado. Quizás la vehemencia con que asumió toda la responsabilidad de las acusaciones que se le hicieron contribuyó a este resultado; pero este mismo hecho refleja que había en él desde aquel momento una calidad revolucionaria singular que nos lo presenta a la luz de ese proceso político de su patria en general y de la capital en que vivía, como un militante de primera fila.

En este gran cuadro de agitación revolucionaria halló Martí su primer camino, que no abandonaría jamás. Su bautismo de fuego, en la prisión con trabajos forzados, le da una singular categoría de joven revolucionario. Y en sus piernas, para siempre adoloridas, perduraría la huella de los horrendos grilletes.

La biografía de Martí es sobrado conocida para que intercalemos aquí datos accesibles a todos. Sabemos de su condena a trabajos forzados, de su confinamiento en la finca El Abra en Isla de Pinos al amparo de un español generoso, sabemos también de su partida para España. Mientras él sufría la pesada condena y se veía obligado a partir de Cuba, la Revolución se transformaba en un vigoroso movimiento armado que mantenía en agitación desesperada a las fuerzas colonialistas en las provincias de Oriente Camagüey y Las Villas. Martí no se incorporó a las fuerzas que peleaban en los campos de Cuba. Consideró necesario realizar, dentro de la propia Metrópoli, en el seno del antro colonialista, en Madrid, la obra de denuncia y de propaganda que iba a promover sus primeras obras de importancia.

“Creí yo que era oportuno—proclamada como había sido la República [en España]—que alguien les hiciese entender cómo, si hasta entonces había sido infame, sería desde entonces doblemente fraticida su guerra contra Cuba”<sup>3</sup>, decíale en carta de 1873 a Néstor Ponce de León.

<sup>2</sup> JM: “El parte de ayer”, *OC*, t. 1, p. 116; *OCEC*, t. 1, pp. 241-243.

<sup>3</sup> JM: “Carta a Néstor Ponce de León”, Madrid, 15 de abril de 1873, *OC*, t. 1, p. 98; *OCEC*, t. 1, p. 111.

En Madrid aparece *El Presidio Político en Cuba* y un documento de una gran riqueza ideológica y literaria titulado *La República española ante la revolución cubana*. El primero es una denuncia vehemente de los abusos colonialistas ocurridos en Cuba; el segundo es una verdadera requisitoria que pone a los liberales españoles, verdaderos o supuestos, ante el crimen que con ellos en el poder, se está cometiendo contra Cuba. Lo fundamental es que Martí mantiene su vieja consigna “O Yara o Madrid”. Esto es, al demandar de los republicanos la solución de los problemas de Cuba, señala que hay una sola: la independencia. Al cabo de cinco años, la perduración de la lucha heroica de los libertadores es para él una demostración irrefutable de que solo ese camino se franquee al pueblo cubano y a la España no cómplice de los crímenes colonialistas. Por ello dice que ni plebiscito, ni elecciones a diputados, ni otras reformas bastan.

“Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?”<sup>4</sup>

En verdad, Martí continúa esta línea de pensamiento a través de otros trabajos contemporáneos como el que se refiere a “Las reformas”. Su tesis de este caso expresa que “las revoluciones no pasan en vano por los pueblos, si un pueblo antes de la revolución no puede ser después de ella como era”,<sup>5</sup> es inaceptable que las reformas conserven en medio de la lucha heroica del pueblo cubano, la validez que pudieron tener antes de 1868. En suma, la solución que pretendía el reformismo, ya no era posible: la contradicción entre el pueblo cubano y el colonialismo, estaba planteada en sus términos más agudos y no existía condición alguna para que se produjera una forma de colaboración y entendimiento. Porque para Martí, la solución es clara —recordemos: “O Yara o Madrid”—, y lo es porque no hay un solo elemento que una verdaderamente a los cubanos y a los españoles sino que, por el contrario, todo los separa. Precisamente en el trabajo

<sup>4</sup> JM: *La República española ante la Revolución cubana*, OC, t. 1, p. 92; OCEC, t.1, p. 104.

<sup>5</sup> JM: “Las reformas”, OC, t. 1, p. 108; OCEC, t. 1, p. 122.

sobre la república española, expresa muy claramente sus ideas al respecto:

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fue gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España. —Y si faltan, pues, todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria.— Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y amor.<sup>6</sup>

No debemos abundar en estas consideraciones porque apreciamos de modo cabal el valor formativo de estos primeros años en que Martí participa del movimiento revolucionario y lo defiende ideológicamente en el seno del colonialismo. Los acontecimientos posteriores a 1871 no servirían sino para ratificar el concepto que Martí tenía de la necesidad de la lucha armada para la independencia; lo que él llamaba la guerra necesaria e inevitable.

Pero cabe subrayar una vez más que la revolución de 1868 y la lucha que entabla el pueblo cubano a lo largo de diez años fue la fuente nutricia del pensamiento de Martí en su primera etapa. Y digamos, para que no haya en esto equivocación alguna, que el pensamiento de esa primera etapa no se altera sustancialmente en años posteriores sino que se enriquece con los aportes que hemos llamado universales; por el contrario, a medida que pasan los años y teniendo en cuenta que la revolución de 1868 terminó en una tregua imposible, el llamado Pacto del

<sup>6</sup> JM: *La República española ante la Revolución cubana*, OC, t. 1, p. 94; OCEC, t. 1, p. 106.

Zanjón, para Martí la guerra se hace cada día más necesaria y más inevitable.

Pero si nos limitásemos a decir esto no estaríamos apreciando otro aspecto del valor formativo de la revolución de 1868 en el pensamiento de Martí. Nos referimos a la incitación, digamos, teórica que constituyen las experiencias de esa guerra.

Durante su estancia en México, Martí continúa los debates públicos iniciados en España y por consiguiente acopia información sobre aquella gran experiencia histórica, elaborándola políticamente.

Creemos que no debe dejar de subrayarse el hecho de que Martí concibió en los momentos finales de aquella gran guerra un libro que reflejara su importancia y analizara sus caracteres. Cuando en 1878 solicita de Máximo Gómez datos sobre Céspedes y la guerra, lo hace para escribir este libro. Quizás del mismo lo único que ha quedado son fragmentos, algunos de los cuales aprovechó más tarde para su famoso artículo sobre Carlos Manuel de Céspedes.

En estos fragmentos se refiere él a algunos de los problemas fundamentales de la Revolución.

Al parecer, el estudio de la personalidad de Carlos Manuel de Céspedes le permitió analizar el problema de la organización revolucionaria y por eso al referirse al grave conflicto —que tanto apasiona a los historiadores y a todos los cubanos— surgido entre la Cámara de Representantes y el Presidente, que era como es sabido Carlos Manuel de Céspedes, dice Martí refiriéndose a los vetos que este último ponía a las leyes propuestas por el cuerpo deliberante:

Se le acusaba de poner a cada instante su veto a las leyes de la Cámara. Él decía: “Yo no estoy frente a la Cámara, yo estoy frente a la Historia, frente a mi país y frente a mí mismo. Cuando yo creo que debo poner mi veto a una ley, lo pongo, y así tranquilizo mi conciencia”. // La Cámara; ansiosa de gloria—pura, pero inoportuna, hacía leyes de educación y de agricultura, cuando el único arado era el machete; la batalla, la escuela; la tima, la sangre.—Y venía el veto.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> JM: Fragmentos, *OC*, t. 22, p. 235.

En este párrafo se destaca, en todo su vigor, la objetividad de Martí, cuya percepción de la realidad esencial de cada momento y de lo que en consecuencia debe hacerse es una de las más brillantes características de su genio político.

Martí penetró con profundidad en la cuestión y por ello pudo durante muchos años referirse a este aspecto de la estrategia revolucionaria sin caer en esquematismos; más bien aprovechó adecuadamente tal experiencia para organizar el Partido Revolucionario Cubano y la guerra de 1895. A nuestro criterio, comprendió de modo cabal el valor que tenían al par la posición de Céspedes y la de la Cámara. Observemos que Martí excluye al gran Ignacio Agramonte, pues siempre menciona la Cámara en oposición a Céspedes. No es fácil sustanciar lo que hay implícito en ello. Quizás, el hecho de que Agramonte deja su cargo de representante y se ocupa en los deberes militares, donde se reveló su genio vigoroso; quizás porque Agramonte comenzó en 1870 a comprender la ineficacia del mando deliberante sobre las jefaturas militares; quizás la circunstancia de que la oposición se agudiza y conduce a una crisis institucional cuando ya Agramonte ha caído frente al enemigo. “Él [Céspedes] tenía un fin rápido, único: la independencia de la patria. La Cámara tenía otro: lo que será el país después de la independencia. Los dos tenían razón; pero, en el momento de la lucha, la Cámara la tenía secundamente. Empeñado en su objeto rechazaba cuanto se lo detenía”.<sup>8</sup>

No negaba Martí al uno por afirmar al otro; sino que definió el problema como una cuestión de perspectiva. Su análisis nos fuerza a pensar que la contradicción entre aquellas dos fuerzas era más bien aparente, en el sentido de que no respondía esencialmente a diferencias de intereses sino a un modo unilateral de contemplar la lucha armada y sus necesidades. Martí estaba en lo cierto, porque si bien una revolución no se puede conducir parlamentariamente, no es menos cierto que en el seno de ella tienen que estar dándose las bases de lo que será el Estado Revolucionario cuando el enemigo sea derrotado y los libertadores asuman el poder. Y si se analizase, que no lo vamos a hacer en

<sup>8</sup> Ídem.

este momento, todo el arsenal teórico que respalda la obra de organización, de unidad y de programa que él realiza desde 1887, se verá que Martí dirige lo fundamental de su esfuerzo hacia esta integración operativa de lo inmediato y lo futuro, de la revolución y de la República. Y es importante que señalemos en este momento que para él, la guerra —necesaria, inevitable, forjadora de un pueblo— es solo un momento, forzosamente breve, en que los hombres se aprestan a crear toda una nueva vida en el país; si se muestra partidario de un mando militar, porque la guerra así lo exige, no es menos enfático cuando critica las aventuras o las “calaveradas marciales” o cuando se refiere a que un país liberado no podrá estar a la merced de los caudillos de una guerra como la que entonces se gestaba, armada de un programa definido, basada en una conciencia popular y firme, y organizada con la colaboración y el entusiasmo de los veteranos, que ya entonces eran grandes héroes del pueblo cubano.

En relación con la Guerra de los Diez Años, toda la obra de Martí está impregnada de dilucidaciones singulares. Veamos un párrafo muy importante: “la revolución entera queremos (...) no la revolución que continúe los errores de la guerra pasada e in-tente fundar el país con una oligarquía disimulada y senil de característica literaria sobre un haz de comarcas noveles, de *democracia campestre y levantisca*”.<sup>9</sup>

El lenguaje martiano, pese a lo que estiman algunos comentaristas, es muy preciso. Aquí debemos destacar que la revolución de 1868 no era para él la revolución “entera”, y no lo era a causa de sus errores. Claro está que él no se refiere a los dirigentes de aquella gran contienda cuando habla de la oligarquía o, en todo caso, alude a caracteres del grupo social después de los años transcurridos, desde el 1878; pero sí alude a la revolución de 1868 cuando habla de la “democracia campestre y levantisca”, o de las “comarcas noveles”, porque reiteradamente subraya la frenadora influencia del localismo.

<sup>9</sup> JM: “La recepción de Filadelfia”, *Patria*, Nueva York, 20 de agosto de 1892, OC, t. 2, p. 138.

Hacia 1882, le dice a Máximo Gómez: “Por mi parte, General, he rechazado toda excitación a renovar aquellas perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas, ni aquellas jefaturas espontáneas”.<sup>10</sup>

“Camarillas de grupos”, “jefaturas espontáneas” ¿no nos dan una idea de los elementos negativos que frenaron la heroica lucha iniciada en 1868?

tan ocasionadas a rivalidades y rencores: solo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado aparezcan unidas por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable, todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de reprimir su impaciencia en tanto que no tengan modo de remediar en Cuba con una victoria probable los males de una guerra rápida, unánime y grandiosa, y de cambiar en la hora precisa la palabra por la espada.<sup>11</sup>

Y es curioso subrayar que coincidiendo con él tanto Maceo como Eusebio Hernández y otros patriotas insisten en que precisa organizar la revolución, y además, darle unidad de acción y de pensamiento. Tanto los veteranos de 1868 como el propio Martí habían comprendido que era forzoso aprovechar las experiencias de aquella extraordinaria contienda para poner sobre bases sólidas la nueva guerra necesaria. Y no es que se tratase de una simple crítica más o menos teórica o libresca dirigida a los que encabezaron nuestra primera gran guerra de liberación, no, pues Martí subraya el hecho fundamental de que entre los grandes de la patria lo esencial, lo real en el acontecer histórico fue precisamente la decisión de pelear incansablemente contra el colonialismo. Se trata más bien de que la experiencia de todos los cubanos se había enriquecido y aportaba a la organización elementos que la dispersión regional de la revolución de 1868 no permitía, objetivamente, que se dieran en su seno, por razón de inmadurez nacional. Que en lo

<sup>10</sup> JM: “Carta al general Máximo Gómez”, Nueva York, 20 de julio de 1882, *OC*, t. 1, p. 168; *OCEC*, t. 17, p. 327.

<sup>11</sup> Ídem.

profundo de la realidad histórica este concepto nuevo de la unidad sea el reflejo de los cambios sociales que se producen en Cuba después de 1868 y, en primer lugar, de la aparición del proletariado, al abolirse la esclavitud, no quita valor a la formulación teórica de la cuestión de la unidad, tal como lo hacen Martí, Maceo, Gómez y otros.

Para Martí, los discursos del 10 de octubre de 1887, desde 1887 hasta 1891, fueron oportunidad de añadir nuevos elementos al análisis de la revolución de 1868 sin que, por otra parte, sus juicios opacasen la positiva inspiración que ella tenía que ser para el pueblo de Cuba.

En primer lugar, la exaltación de las cualidades creadoras de la revolución. En 1889 decía refiriéndose a la revolución de 1868 lo siguiente:

entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria y las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; “pero ¿somos nosotros?” se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia.<sup>12</sup>

He ahí una forma muy completa de subrayar las posibilidades creadoras de una revolución, y cómo ella transforma al hombre, le da una estructura que él mismo nunca sospechó tener.

Por otra parte, en esos famosos discursos que estamos comentando, Martí dilucida ante los cubanos el hecho que le da fin a la revolución de 1868, esto es, el Pacto del Zanjón. Lo ve como algo que parte o se origina en “los intereses y hábitos creados en el ejercicio de la guerra y las pasiones de mando y de localidad

<sup>12</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Hardman Hall, Nueva York”, *OC*, t. 4, p. 237.

que desfiguran y anulan los más bellos arranques”.<sup>13</sup> Confiesa él que allí, en la emigración, “hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva”<sup>14</sup> y, sobre todo, subraya que se han “compuesto en un alma sola (...) los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior”.<sup>15</sup> No sabemos que en obra alguna de Martí haya siquiera un esbozo que explique este calificativo de *tibia* que él le da en 1891 a la dirección de la revolución de 1868; pero como se refiere a la “dirección diversa y tibia” y todo ello está vinculado al concepto del Pacto del Zanjón, cabe suponer que Martí se refería a los momentos finales de la gran lucha heroica.

Creía él, y con ello destacaba ante el pueblo cubano lo fundamental de la guerra, que “nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos”.<sup>16</sup> Juicio histórico correcto, pues, en realidad, los colonialistas no vencieron. Por eso, se empeña en que la espada fuera asida firmemente en la nueva guerra, de tal modo que no volviera a caer de las manos del pueblo en armas.

No menos importantes fueron las referencias al hecho de que las emigraciones durante la revolución de 1868 marcharon por un lado, enfrascadas en múltiples polémicas, y el pueblo armado iba por otro. Por eso él puede, tras de asegurar en la realidad activa de los trabajos revolucionarios, la unidad entre los unos y el otro, decir que las emigraciones se preparaban a salvar a Cuba con una “labor de ciencia verdadera local y original de ciencia histórica de la época y del continente”.<sup>17</sup> Y por mencionar solamente en este

<sup>13</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Hardman Hall, Nueva York”, 10 de octubre de 1890, *OC*, t. 4, p. 249.

<sup>14</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Hardman Hall, Nueva York”, 10 de octubre de 1891, *OC*, t. 4, p. 261.

<sup>15</sup> Ídem.

<sup>16</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Hardman Hall, Nueva York”, 10 de octubre de 1890, *ob. cit.*, p. 248.

<sup>17</sup> JM: “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 436; *E*, t. 3, p. 85.

aspecto una idea, recordemos que en el discurso del 10 de octubre de 1891 se refiere a los “infantiles organismos revolucionarios de antes, que fueron grandes en su día”<sup>18</sup> y ya lo eran adecuados para las nuevas actividades revolucionarias.

La paz que siguió a la guerra no era para Martí sino una nueva forma de ella y, en tal sentido, un estado totalmente transitorio, sobre todo si, como demostraba él reiteradamente el reformismo autonomista era incapaz de transformar, siquiera fuese en pequeña medida, la situación del país.

Si cupiera resumir las ideas de Martí respecto de la gran experiencia histórica de la revolución de 1868, podríamos decir que ella fue el argumento central para señalarle al pueblo cubano que había una tarea incumplida. No fue pues su obra de crítica un mero análisis teórico, sino sobre todo, un instrumento práctico para recomponer el espíritu revolucionario, para proponer nuevas realizaciones políticas al pueblo de Cuba.

Sería a todas luces incompleto subrayar solamente la experiencia histórica de la revolución de 1868 como elemento fundamental en la última etapa del pensamiento político revolucionario de Martí.

Conviene hacer algunos comentarios en este sentido. Hubo dos etapas definidas en la formación de Martí: una primera –fundamental– en que el pensamiento y la acción adquieren algunos de sus caracteres permanentes al compás de la experiencia propia nacional; y una segunda, en que aquellos elementos se vieron enriquecidos por los aportes de una universal contemplación del mundo de la época. Y es preciso subrayar que el conocimiento de la América Latina, el asomarse a Europa, y el penetrar profundamente en las desgarradas entrañas del pueblo norteamericano cuando está surgiendo agresivo y voraz el capitalismo financiero, constituyeron hechos de sustancial importancia en este fenómeno de universalización del pensamiento de Martí. Ello vale sobre todo si se tiene en cuenta que Martí en su propaganda no reflejaba simplemente su propia experiencia de aquel mundo sino que, en lo sustancial,

<sup>18</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Hardman Hall, Nueva York”, ob. cit., p. 263.

expresaba por su boca lo que sentían los emigrados cubanos que eran varios millares. De modo que en su ingente labor de orientación no es solamente la revolución de 1868 como tarea incumplida la que le exige a los cubanos armarse de nuevo, sino es también el conocer las ambiciones yanquis y lo que ellos pensaban y cómo trataban a los cubanos. Cuando Martí dice en el discurso del 10 de octubre de 1887: “¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene, por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes!”<sup>19</sup>

Y cuando más tarde la alianza entre empresarios españoles y yanquis y políticos al uso crea el grave conflicto tabacalero de Cayo Hueso y de Tampa, Martí le señala a los cubanos que solamente hay una tierra en que se podrían tener todos los derechos y todos los deberes que estos implican, y que esa tierra es la patria, cuya independencia, para no seguir en suelo extraño en el que no aman a los cubanos, es preciso conquistar con las armas en la mano. Ahí se reúnen en un solo motivo las dos grandes direcciones del pensamiento martiano.

Dos grandes direcciones, hemos dicho. Es verdad, la historia refundiría, como ya había ocurrido en su actividad diaria, esas dos vertientes. Los hechos que jalonan el quehacer revolucionario del pueblo de Cuba durante el período que corre de la muerte de Martí hasta el día de hoy, son la mejor prueba de esta profunda y creciente unidad de lo propio y lo universal.

En este año que es del Centenario, y por simbólica casualidad histórica, el Año del Guerrillero Heroico, una vez más, con fervor redoblado si fuese posible, todo el pueblo de Cuba contemplará los cien años de su lucha para rendir homenaje a los grandes héroes del pasado y evocar a nuestros buenos héroes del presente. Martí viene a nosotros para ayudarnos en la gran tarea de comprensión cabal del pasado; él es el vínculo que nos une a la primera gran

<sup>19</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Masonic Temple, Nueva York”, *OC*, t. 4, pp. 223-224.

revolución cubana. La historia de hoy nos lo acerca y le da más categoría a sus realizaciones.

Por eso, se alzarán aún más la figura gigante de José Martí que se hizo revolucionario con la revolución de 1868, la analizó y la comprendió, y fue capaz de continuarla superándola, porque en lo hondo de su pensamiento y de su acción estuvo siempre presente la confianza inquebrantable en el poder de su pueblo y de los otros pueblos y la convicción plena de que serían capaces de llevar a cabo, cuando fuera preciso, la guerra necesaria e inevitable.

## MARTÍ: ÉTICA Y ACCIÓN REVOLUCIONARIA\*

Es fácil, tras de un acercarse asiduo a la obra político-revolucionaria de José Martí, apreciar la constante preocupación y afirmación ética, como parte inseparable de la acción transformadora. Algo, y por cierto no desechable, han dicho de todo esto: Manuel Isidro Méndez, biógrafo ejemplar; Medardo Vitier, analista perspicaz; L. Griñán Peralta, penetrante estudioso, y, no ha mucho, E. Martínez Estrada, él mismo de martiana calidad, han tomado el tema y lo han visto con inteligente mirada. Por razones que todos aprehendemos sin dificultad, el último de los mencionados es el que presenta un cuadro más completo de las relaciones entre el eticismo y la acción revolucionaria.

Sin embargo, no siempre hemos sido capaces de ponderar la importancia y el mensaje de lo ético en Martí. Prejuicios teóricos o inexperiencia acerca del valor del ser humano en los grandes momentos de decisión, esto es, un desconocimiento del hombre concreto y su conducta, quizás nos han conducido, entre otros a mí, a ignorar u olvidar todo el sentido congruentemente revolucionario de lo que pudiéramos llamar, si no deseásemos esquivar toda pendería, la teoría de la conducta del hombre. Este error en los historiadores puede ser el reflejo de que no se están formando —como debe ser— en una activa, compleja, profunda y, desde luego, honesta experiencia de la vida humana. Y al cabo de los años, nos damos cuenta de que en ello está el secreto —si no todo él, a lo menos

\* Publicado en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, n. 57, a. X, noviembre-diciembre de 1969.

mucha parte— de la imposibilidad de juicios historiográficos capaces de darnos una visión equilibrada de la dinámica histórica. Debíamos volver, con nuestro saber más rico, con nuestra experiencia histórica más varia, a la idea muy prestigiada en los teóricos de los siglos XVII y XVIII, de que el historiador necesita conocer bien el ser humano para penetrar mejor en lo social y colectivo. Es obvio que al decir esto, y mirando al prestigio creciente de la psicología en el análisis de nuestro mundo, un hombre de hoy da por sentado —como quería Marx— que el “animal político” que es el ser humano, no lo es ni podría serlo sino dentro de la sociedad, como parte de ella.

En definitiva, a estas consideraciones nos conduciría el propio Apóstol, para el cual la vida, esto es, la actividad del hombre, como práctica individual y social al par, era un objeto de tanta entidad que hasta pensó escribir un libro sobre su concepto. Ya sabemos que le faltó tiempo para hacerlo; pero igualmente nos percatamos de que en su obra, aparentemente disperso, hay más de un libro sobre el concepto de la vida, sus formas, sus leyes, su significación y contenido.

No es menos de considerar que en este pasar por alto lo ético vital en Martí se esconde también una posible repelencia al individualismo e idealismo que aparece en todo el conjunto de aforismos y normas que él elabora y expresa en forma múltiple a lo largo de su obra escrita. ¿Quién no ha pensado, con ocasión de sus primeros encuentros con el pensamiento de Martí, que todo lo que en él atañe al hombre es lo idealista, el “lado débil” de su obra? Por lo general, y ello se aplica especialmente a este sector de su pensamiento, se ha querido ver en el Apóstol a un ser distanciado de la realidad e incapaz de verla: “Es el más falso de los juicios que sobre él puedan formarse”, dijo Vitier; porque en efecto, ni siquiera en este campo del individuo, tan propicio a la evasión filosófica, Martí se pierde en las nubes de una fantasía o de un subjetivismo irreversible.

## LA RAÍZ DEL ETICISMO MARTIANO

En este terreno, no hay suficientes estudios realizados como para mostrar el origen *social* de su pensamiento; ni —mucho menos— de

la forma en que evoluciona la ética práctica —como acción— en el medio cubano desde el momento en que se desata (fines del XVIII) el acelerado y contradictorio desarrollo económico, político y social del país. La indagación no carecería de interés si se advierte que hay un hecho común: el régimen esclavista, dentro de un contexto colonial invariable que abarca también la vida de Martí, aunque no la permea ni la vicia sino, por el contrario, la desafía y la contradice.

Desde el punto de mira en que nos situamos hubo, claro está, una rápida acumulación o condensación de experiencia de los cubanos sobre sí mismos. Esto es, el tiempo como historia, y esta como experiencia, desempeñaron un papel decisivo; pero no todo fue forzosamente eso. El hecho de que Martí por su condición humilde, en tiempos en que la población desposeída aumenta y se empobrece; en que la clase terrateniente se escinde y, por ello, pierde la posibilidad de hacerse del poder en el país, o sea, de dirigirlo, ya que su ala radical, revolucionaria, la de 1868, no logra los objetivos históricos propuestos y necesarios en aquel momento; en que, por virtud de este malogro histórico, los grupos sociales desposeídos van a tener que forjar su propio programa y designio, para lo cual están, sin duda, en condiciones apropiadas, aunque sin la suficiente elaboración previa; el hecho de que Martí, repito, contradiga y supere, de un modo exhaustivo, los conceptos políticos, sociales y éticos que aún reinan en los años de su niñez, no significa, a nuestro juicio, que no hubiera transmisión ideológica entre el pasado y él y su obra.

Quizás un estudio de la evolución de las ideas éticas en Cuba desde el padre José A. Caballero nos daría más de un argumento para ver si no una total continuidad por lo menos un cierto énfasis común en algunas cuestiones; énfasis que va adquiriendo precisión y hondura con el cambio de la realidad colonial.

En este sentido, e independientemente del hecho de que, por su inserción social, Martí es portador de sentimientos y pensamientos más penetrantes que todos los cubanos precedentes, bien ha hecho Manuel Isidro Méndez en señalar que las ideas de Luz respecto del hombre y a su formación, a su conciencia, pueden ser una raíz del pensamiento ético martiano. La hipótesis tiene en su

favor el hecho de que Mendive, discípulo de Luz, guía en momentos decisivos de su niñez a Martí. No debía desecharse otra posibilidad: la de una suerte de difusión —quizás también difusa y, por consiguiente, con las naturales derivaciones hacia lo negativo, de un lado, y lo positivo, de otro— de las ideas lucianas a raíz de su muerte en 1862, cuando el Apóstol tiene nueve años y está abriendo los ojos de su razón a la contemplación de su mundo, injusto, absurdo, sórdido.

Comprendo que esta hipótesis —la de una transmisión ideológica— encontrará muchas objeciones. No por Martí, en quien el pasado se purifica y enriquece, sino por Luz. Ciertamente, Luz no ha sido objeto de estudios que lo pongan en relación exacta con su tiempo. Entre el juicio de Maceo, exacto e incompleto, y el de sus discípulos y seguidores, también exacto e incompleto, la historiografía cubana ha estado frente a la personalidad de Luz como en un estado de perplejidad. Maceo, como es sabido, lo calificó, sin error, de educador del privilegio; discípulos, seguidores y apologistas —que son los peores— lo transformaron en el forjador de la revolución de 1868. Una y otra cosa constituyen distorsiones históricas de una verdad sustancial.

Habría que ir a otras esferas para buscar los elementos de una valoración de Luz más adecuada a nuestro afán de explicar la historia. Miremos la época de Luz. Hay una profunda corrupción. El progreso dentro de las condiciones esclavistas se transforma en el peor de los estancamientos: alcanzado por la clase dominante interna el máximo poder posible, se llega a una suerte de “equilibrio”, caracterizado por el temor al cambio. Que no hubiera cambio suponía que la sociedad esclavista profundizara sus vicios, desajustes y corrupciones. Ello, a su vez, alcanza de lleno, en primer término, a la clase interna dominante y culta, de carácter esclavista, la que históricamente debió llevar el peso de la transformación de Cuba y no fue capaz de rematarla. La fuerza envilecedora del esclavismo colonial es cosa subrayada por viajeros como Xavier Marmier y David Turnbull y por cubanos como J. A. Saco. Degrada al amo tanto como al esclavo, y aquel, además se hace cómplice del poder colonial.

Los tiempos de Martí tienen no menos poder que los de Luz. Subsiste la esclavitud, y el colonialismo —bestializado tras del

alzamiento del 10 de octubre— es aún más corruptor, si cupiera, que veinte años antes. Ya la defensa del cubano y de lo cubano, no están solamente en la predicación de lo ético, sino en la acción revolucionaria que implica, forzosamente, pues de otro modo no sería revolución, la acción ética.

Ni aún en Martí hemos tratado de ver lo ético en su justo valor; mucho menos queremos verlo en Luz. Sin embargo, está ahí. Como están ahí la indignación de Marx ante la explotación industrial de los niños británicos o la de Lenin frente a la miseria del *mujik* y el lujo pervertidor de la oligarquía zarista, con todas las connotaciones éticas propias del caso. Se nos dirá que los grandes revolucionarios de todas las épocas son también grandes indignados contra la corrupción, el vicio, el lujo venenoso —por sí mismo y por mal habido—, lo que no era el caso de Luz. Pero ha habido quienes no siendo revolucionarios han sentido pareja náusea: ¿se lo negaremos? ¿Se lo negaremos aun cuando su tiempo no fuera el de los grandes revolucionarios? ¿Por qué negárselo a Luz? Y entonces, ¿por qué negar que su eticismo llegara a Martí, al par que este recibe el impulso de Saint-Just, de Bolívar, de Varela, de Emerson, de Wendell Phillips, de Céspedes y Agramonte?

Lo que en Luz es solamente prédica y, por ende, carece de la eficacia que le comunica la acción; en Martí es acción y prédica para transformar al hombre y a la sociedad. O sea, en Martí, aún más que en los hombres de la revolución de 1868, se evidencia la unión íntima de esas dos líneas que venían evolucionando por separado desde principios del siglo XIX.

Pero, se nos dirá: ¿en qué consiste la prédica de Luz? A nuestro entender, Luz es el primero que plantea la necesidad de la creación de una conciencia ética y, claro está, ello va destinado al “privilegio”, que diría Maceo; pero era precisamente este “privilegio” quien necesitaba de esa conciencia, de esa ética en la conducta, si es que se disponía a desempeñar el papel histórico que le correspondía. La crisis profunda que discurre entre 1850 y 1867 pondría en movimiento, en acción por primera vez, la prédica luciana. Por primera vez, nos parece mejor decirlo así, se prueba en la historia de Cuba que el hombre ha de vivir conforme a principios, ha de tener una conciencia que guíe y no lo abandone al simple

juego de unos intereses que sobre ser falsos y retrógrados, son repudiables por su capacidad para corromper y desmoralizar la sociedad.

Superación de la prédica de Luz que está, sin embargo, a su modo de sermón, y como tal ineficaz para transformar ciertamente al hombre y a la sociedad, en lo profundo del nuevo programa cubano después de 1868.

Esta tesis que en forma de tentativa e incitación presentamos aquí deberá sustanciarse aún más, sí se aborda el estudio de Luz con mayor objetividad y sobre todo comparándolo con Martí, partiendo del pensamiento y del tiempo de este. Como si dijéramos: regresando por la historia para ver, de verdad, dónde está —si lo hubo— el embrión de cada idea de cada hecho.

## LO PROPIO Y NACIONAL

Hasta ahora, lo que hemos analizado, esto es, origen social de Martí: condiciones del país y la sociedad; trasmisión ideológica, forma parte de lo propio y nacional que influye en Martí y contribuye sustancialmente a modelar su personalidad. Tan poderoso era todo aquello como fuerza formativa, que es cosa común en los historiadores y biógrafos afirmar que a los quince años —en 1869— el joven Martí se nos aparece con lo fundamental de su pensamiento y su acción debidamente definidos. Claro está que los días aquellos, tan cargados de acontecimientos, que lo arrastran a la lucha, a la acción, son decisivos en cuanto a poner todo lo aprendido (heredado o adquirido por sí) en función de la actividad político-revolucionaria. Y lo que es más importante, son decisivos para que esa *nuez*, como diría Martínez Estrada, de las ideas y la acción se convierta por la experiencia de la vida en la gigantesca obra del Apóstol.

Todo ello, lo que ya estaba en él y lo que se añade de inmediato, se refleja en *El presidio político* (1871), que según Méndez, quizás comenzó a escribir en su refugio de El Abra, Isla de Pinos. Como nota interesante, debemos subrayar que lo ético aparece en un primer plano aunque no por encima de lo político. Ambos están, en alguna medida, divorciados. No podríamos afirmar que

esa separación se deba al momento —aún formativo— o al hecho de que aquella primera obra refleja el puro estallido de una indignación y un dolor que, por natural carácter, han de eludir toda especulación política, o si no toda, han de eludirla en gran medida para llegar de un modo más directo, más por sentimiento que por teoría, a los que están destinados a leerla, esto es, al pueblo español. Y vale, como de pasada, decir que, en lo adelante, Martí sabrá en cada momento, expresar sus ideas conforme a cada momento, manejando los elementos constitutivos: experiencia histórica, ética, lenguaje de manera adecuada al tema, a las circunstancias, al objetivo de su intervención, a la naturaleza social, cultural y psicológica del que lo escucha o lo lee. Apuntemos, como característica digna de tenerse siempre en cuenta, que solamente al final de su vida militante —especialmente en el momento grave de la decisión entre 1891 y 1895— las ideas capitales aparecen entrelazadas totalmente, como si la índole del esfuerzo ciclópeo que realiza para levantar conscientemente a todo un pueblo exigiese tal universalidad ideológica en la expresión de las cuestiones por muy específicas que fueran. En suma, que el carácter unitario de su obra tan señalado por todos los que la han examinado adecuadamente, es también un elemento que se desarrolla, histórico, creciente, a lo largo de su vida afamada y bregadora.

Fuera lo que fuese, lo esencial es que el eticismo original aparece y se destaca en *El presidio político* con una fuerza excepcional. Allí aparece, por ejemplo, esa promesa y certitud de no odiar a hombre alguno sino al sistema —colonial— en que aquel se pervierte; pero, como si fuese necesario, por razón del momento, añade: “Mi cabeza, sin embargo, no quiere hoy dominar a mi corazón”.<sup>1</sup> O sea, no es capaz todavía de enfrenar su indignación para que reine, como señora de su vida, la razón política, de ciencia.

<sup>1</sup> José Martí: *El presidio político en Cuba, Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 57. [En lo sucesivo, *OC.*; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, t. 1 p. 76. En lo sucesivo, *OCEC. (N. de la E.)*]

El sentido que tiene todo es el que hemos apuntado más arriba: la realidad de la vida, de su existencia —desde aquella adolescencia, tan madura— es la chispa que provoca su pensamiento ético y su acción transformadora. Martí, hijo de circunstancias, se va a tornar en padre de ellas.

## LA UNIVERSALIZACIÓN

En verdad, a esa como chispa que constituyen los elementos propios, nacionales, va a sumarse una experiencia decisiva: la permanencia en Estados Unidos durante los años 1880 a 1895 tras de un giro por la América Latina que le servirá una y otra vez de trasfondo crítico para su valoración de la sociedad “alta”, desarrollada. En nuestros países descubre al hombre *natural*, telúrico, “la masa conmovedora”, victimada por la “falsa erudición”, que es, al par, explotadora e irreal. El conocimiento inmediato de la sociedad norteamericana en los tiempos de formación y ascenso del capitalismo financiero, monopolista, fue por su parte fuente principal de su pensamiento político-social. A lo nacional y propio, se junta lo continental latinoamericano y a esto, como si se coronase la pirámide de su obra teórica revolucionaria, se añade lo yanqui, burgués, capitalista en su expresión históricamente más acabada, que es el imperialismo.

No es ajena sino, al contrario, muy congruente esta experiencia con el desarrollo de sus ideas éticas. Sin duda, la crítica a que él somete dicha sociedad, comunica a su pensamiento sobre el hombre y su conducta, un aliento militante o de choque contra la sociedad burguesa, sus vicios y distorsiones y contradicciones. La crítica a la democracia norteamericana, plutocrática, que él ve en sus implicaciones y orígenes socioeconómicos, es un todo, en el cual las ideas éticas también han de desempeñar un papel polémico. Ética y acción revolucionaria pasan entonces a un grado de integración teórica y práctica más alto y complejo. No se trata por cierto de varias fases de un mismo quehacer sino de una sola cosa: crítica de la concepción democrático burguesa, ética y acción se entrelazan y no viven en él independiente la una de las

otras. Me apresuro a decir que cuando hablamos de una crítica de la sociedad burguesa, no queremos decir que ella tuviera pareja connotación en el pensamiento martiano, puesto que él no tenía en sus manos el mismo arsenal de conceptos que nosotros; sin embargo, su análisis crítico lo lleva a ver que es la riqueza apropiada individualmente la que vicia todo, la que constituye el mecanismo básico de esa sociedad injusta. Y, por consiguiente, describe con suma perspicacia algunos de los caracteres esenciales de la sociedad burguesa y contra ella es su protesta. Que él no tuviera, pleno y accesible, otro sistema con que sustituir aquel, no puede ocultar el hecho de que Martí se alza contra una determinada sociedad explotadora, y le ve el origen de toda su fea existencia.

## LA RIQUEZA: ENEMIGO DE LA CONCIENCIA DEL HOMBRE

Es el año 1881, y se manifiesta el núcleo central de su pensamiento sobre la riqueza individual, en el artículo antológico sobre Cecilio Acosta: “Compró su ciencia a costa de su fortuna; si es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! ¡y cuánto decoro perdido! ¡y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno!”<sup>2</sup>

Todavía no se ha engarzado totalmente lo ético con lo social; pero hay un substrato de esta vinculación en el hecho que Acosta simboliza para Martí, el hombre que no se rinde por dinero “amargo y tenebroso” a las sollicitaciones de las circunstancias –las feas circunstancias– en que vive. Y si lo ve así, es precisamente porque son los momentos en que él mismo ha roto con toda posibilidad de carrera para su personal beneficio en la tierra cubana colonializada. Era forzosa, diríamos, esta aproximación al gran venezolano.

<sup>2</sup> JM: “Cecilio Acosta”, *OC*, t. 8, p. 161; *OCEC*, t. 8, p. 104.

Ya sabemos la importancia de esa decisión ética, pues de ella depende y dependía su ruptura definitiva con Carmen Zayas Bazán, el alejamiento de su hijo y la inexistencia de un hogar para sí tan necesario en quien vivió dado plenamente a sus contemporáneos.

Desde luego, así como sucedía en su pensamiento, creía Martí que el hombre realmente debe renunciar a la riqueza personal, si tiene conciencia y decisión para realizar una vida conforme a principios y objetivos trascendentales.

En esta línea de la riqueza repudiable, la contemplación de lo que ocurre en Estados Unidos es de capital función modeladora, porque el fenómeno de la “metalificación helada”<sup>3</sup> del hombre va, a consecuencia de su familiaridad con la vida del país a acoplarse de modo íntimo con lo social. Que esto, que lo social, los conflictos y desajustes entre pobres y ricos y los abusos de poder político y económico que estos últimos ejercen contra aquellos, está también entre sus primeras impresiones acerca de Estados Unidos, quiere decir que la integración con lo ético se produce como resultado de un desarrollo que, como en otros aspectos de su obra y su personalidad, es característico de su vida cada vez más rica y más consciente de este necesario enriquecimiento.

Esbozamos aquí una hipótesis. Fueron ciertos procesos políticos, que él, admirador de la democracia norteamericana en 1881, consideraba absolutamente ineludibles, para una justa convivencia humana, y que en Estados Unidos degeneran al contacto con las riquezas insolentes; los que propiciaron ese proceso de amalgamación o condensación de lo ético y lo revolucionario, surgido con independencia el uno del otro en la etapa formativa (1862-1871). En efecto, las elecciones son “recias y nauseabundas”. Todo el sistema electoral, en su práctica, le revela el poder corrupto del dinero y la entraña maligna de quienes para acrecentar caudal y garantizarse poder, que ayude a acumular más riquezas, lo emplean en desvirtuar la voluntad y la opinión nacional.

<sup>3</sup> JM: *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, p. 16.

También en 1881, dice:

No están en el fondo de los barriles de cerveza, ni en la voluntad ruin de unos cuantos vagabundos o menesterosos mercadeables, las leyes venideras de un pueblo fuerte y bueno. Se sienta mal el que se sienta sobre hombros pagados; porque, acabado el goce del dinero, para servir a nuevo señor, o para recobrar decoro ante sí propios, los hombres pagados dan, de una sacudida de su espalda, en tierra con los pagadores.<sup>4</sup>

Y en 1887 culmina:

¿Qué ha hecho para atajar esos males el Senado, donde los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría, aunque los senadores son electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la Presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? ¡Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vote por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?<sup>5</sup>

Han quedado lejos los días en que, apenas llegado a Estados Unidos, siente cierto respeto por el millonario *self made* que encarna en Carnegie, cuya verdadera significación de explotador bien pronto descubre, y lo dice en una crónica de gran importancia para apreciar el desarrollo de sus ideas. Cada día más los millonarios serán una expresión humana –viva– de todo lo repelente de aquella sociedad que ha puesto en el lugar de más prestigio el afán de lucro individual.

<sup>4</sup> JM: “Carta de Nueva York. Una campaña electoral”, *OC*, t. 9, p. 112; *OCEC*, t. 9, p. 123.

<sup>5</sup> JM: “Cartas de Martí. Historia del último Congreso”, *OC*, t. 11, p. 175.

## EL TRABAJO CREADOR

Hacia 1883 y con motivo de los artículos en que con discreción suma comienza a desarrollar su pensamiento sobre la América Latina, desde las páginas de la revista *La América*; se introduce un nuevo elemento de su ética: el trabajo y en particular el agrícola, como clave del desarrollo de nuestros países. No es de sustanciar aquí la cuestión del papel que para él desempeña la agricultura en el porvenir de su América, como motor del progreso.<sup>6</sup>

Nos interesa, sí, destacar que el trabajo debe ser un elemento esencial para la formación del hombre y de las sociedades en la América Latina. El trabajo como creación forma un concepto en torno al cual se nuclean numerosas ideas políticas, sobre todo de educación política.

Peligroso es para un pueblo “el contacto de una agrupación de hombres inactivos que no crea ni aspira”. Y lo es, porque “las virtudes entran por los ojos, como entran por los oídos. Lo que se ve, se tiene en la mente. La mente se habitúa a lo que ve; y no debe tenerse delante de los ojos lo que no se quiera que quede en la mente”.<sup>7</sup> “La holganza es crimen público. Como no se tiene derecho para ser criminal, no se tiene derecho para ser perezoso. Ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella”.<sup>8</sup>

En este párrafo, la holganza, que es crimen individual y público, se contrapone al trabajo “directo”. ¿Qué significa eso? A mi entender se trata del trabajo que crea aquellos objetos necesarios a la humanidad, porque —él mismo diría— que todo hombre debe aprender a hacer algo que necesiten los demás. “Es inútil y generalmente dañino el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador”<sup>9</sup>, añadirá en sus apuntes de un viaje.

<sup>6</sup> Cf. estos artículos suyos: “A aprender en las haciendas”, “Inmigración”, “Inmigración italiana” y “Trabajo manual en las escuelas”, *OC*, t. 8, pp. 275-277, 285-288, 377-378 y 378-380; *OCEC*, t. 18, pp. 104-105, 153, 194-195 y t. 19, pp. 101-103, respectivamente.

<sup>7</sup> JM: “Inmigración italiana”, *OC*, t. 8, p. 379; *OCEC*, t. 18, p. 195.

<sup>8</sup> Ídem; *OCEC*, t. 18, p. 194.

<sup>9</sup> JM: *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, *OC*, t. 19, p. 203 y en JM: *Diarios de campaña*, edición crítica, investigación, prólogo, notas y

Pero todo esto que se concibe como trabajo individual y disciplina formadora es, por lo mismo, forja de pueblos. “Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear”.<sup>10</sup>

Lo que, evidentemente, nos presenta un individualismo trascendente y desposee al pensamiento martiano del carácter de sermón ineficaz y lo transforma en una fuerza histórica, impulsora, encaminada a la concepción de una nueva sociedad. Si este pensamiento no es la vía por donde le entró como si fuera tuétano de su acción el populismo proletario que tanto se destaca en su obra, a lo menos constituye un puntal de sus ideaciones sociales. En Estados Unidos, el hombre útil, los hombres útiles que crean lo que necesitan los demás son, al par, los desvalidos, los menesterosos, los perseguidos, y para colmo de su indignación, los despreciados dentro de una sociedad que solo paga culto a la riqueza.

Nueva York no oye el clamoreo de esa gente buena y productora: se lo impide “el ruido de la fragua de oro”, porque las “grandes ciudades bursátiles” tienen todos los caracteres negativos de “las mesas de juego”.<sup>11</sup> “Fragua de oro” y “mesa de juego”, vienen bien con aquella otra expresión: “¿dónde acaba el negocio en las bolsas, y empieza el robo? ¿o todo es robo, y no hay negocio?”.<sup>12</sup>

## NUEVA DIGRESIÓN SOBRE LA VIDA NORTEAMERICANA

Como expresamos más arriba, el análisis crítico de la democracia norteamericana que es, para él, arma indispensable en la preparación de la guerra, ya que el anexionismo se opone a la

---

anexos de Mayra Beatriz Martínez, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 56.

<sup>10</sup> JM: “La escuela de Artes y Oficios de Honduras”, *OC*, t. 8, p. 15; *OCEC*, t. 19, p. 222.

<sup>11</sup> JM: “Cartas de Martí. Las inundaciones del Ohio”, *OC*, t. 9, p. 353; *OCEC*, t. 17, p. 43.

<sup>12</sup> JM: “Un día en Nueva York. La mañana”, *OC*, t. 12, p. 69.

independencia de la patria, explica en gran medida el desarrollo de sus ideas entre 1881 y 1885. A las primeras confusiones, sucede una cada vez más nítida observación de la sociedad capitalista en la época de los monopolios que, lejos de ser ajenos a su comprensión de todo aquello, figuran una y otra vez lapidados en su obra escrita.

Ya no admirará a ese falso héroe que es el pobre enriquecido, sino solamente a aquellos que aporten de cierto algo al patrimonio de la humanidad. A partir de ese momento, la riqueza y la prosperidad cobrarán valor solamente como “bienestar” que es concepto colectivo en su sentido más actual —vislumbrado por Martí— siempre que implique en su necesaria creación la “virtud”. Como él diría en 1893: “Hay crímenes en política, y hay política baja y superior, y en las dos hay crímenes. Pero hay una política sin crimen, que es la que conoce y mueve los elementos reales de un país para su mayor bienestar, y la habitación decorosa del hombre en él”.<sup>13</sup>

Y, mucho antes, diez años antes, había expresado esa idea rotundamente refiriéndose al preocupante sesgo que tenía la vida en la Argentina donde se despertó el amor al lujo y el afán de lucro.

La prosperidad que no está subordinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la Naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y

<sup>13</sup> JM: “¡Para Cuba!”, *OC*, t. 2, p. 411.

ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada a su patria infeliz, junto a la mesa llena de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana.<sup>14</sup>

En 1885 se referirá al “inmoderado” deseo de aumentar las riquezas materiales “a costa aun de la libertad futura de la Nación”, que es tema como el precedente, relacionado de modo interno con la idea de la vía propia —latinoamericana— para el desarrollo; ahí tenemos lo que él no quiere como destino de nuestros pueblos.<sup>15</sup> Sobre esto volveremos.

Martí logra una comprensión cabal de lo que es la sociedad de los millonarios. Por ejemplo, la beneficencia y la piedad son formas de escamotear las cuestiones graves. Cuando increpa al millonario Morgan porque da cuantiosos recursos para Seminarios y teólogos, considera que no es la “fe en el cielo” lo que hay que darle a los “artesanos” adoloridos sino la “fe en la tierra”. Menos ayudarles con hospitales y hospicios y asilos sino construirles casas en barrios “sanos, alegres, rientes, elegantes y luminosos para los pobres”.<sup>16</sup> Para él, los millonarios, cuya fortuna no puede alcanzarse con trabajo honrado, son como aquel Juan de Robles que construyó un hospital, más primero “hizo los pobres”.

Lo más grave es que el culto individual a la riqueza es el peor ejemplo para un pueblo. La civilización “metalificada” está destruyendo la capacidad del hombre para creer en lo “extraordinario y grandioso”; cerrado este camino, la inteligencia se dedica a copiar lo que ve, que no es más que la creación de fortunas personales.

El culto general a la riqueza, pagado por todos, trae a todos ofuscados. El hombre cree, en engaño, que su principal, si no su único objeto en la tierra, es acumular una fortuna. Y le parece que toda otra dedicación que no sea la egoísta es una mala acción, muy censurable. Despoblado, pues, lo que

<sup>14</sup> JM: “Juan Carlos Gómez”, *OC*, t. 8, p. 189; *OCEC*, t. 19, p. 270.

<sup>15</sup> JM: “Cartas de Martí. En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos”, *OC*, t. 8, p. 87; *OCEC*, t. 22, p. 23.

<sup>16</sup> JM: “Carta de Martí. Suma de sucesos”, *OC*, t. 9, p. 390; *OCEC*, t. 17, p. 67.

en el viejo lenguaje poético se llamaba el cielo, y no creyendo en lo posible de lo extraordinario en la tierra, ni estándose muy dispuesto a crearlo, la inteligencia creadora, de suyo, tiene que emplearse,—y en crear copias de lo que ve, se emplea.<sup>17</sup>

Todo ello es congruente con su reiterada expresión de que los cubanos —sobre todo los emigrados revolucionarios corren un riesgo notable por convivir en una sociedad, como la norteamericana, que exalta el éxito económico, cualquiera que sea su precio.

Con cierta pausa sistemática fue Martí abordando los problemas. En aquel medio de pugnaz aparición de los monopolios brotan como agolpadas numerosas ideas, salen a borbotones y se matizan en el entrecruce con lo ya dicho por él. Una idea que presenta, con permanencia esencial, esa multifacética apariencia, es la del servicio a la sociedad, a los demás y entre estos especialmente a los desamparados, los trabajadores, los desposeídos. Recordemos como dijo refiriéndose a los “artesanos”. “¡Es de morderse los labios de cólera, de no andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención!”<sup>18</sup>

Claro está que el servicio es una decisión humana, independientemente de su carácter social necesario. Juzgando por sí mismos, el juramento que hizo en la niñez de luchar contra la esclavitud tiene todo el énfasis de una vocación firme.

El talento, es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados. Por ahí se mide a los hombres. Solo se es dueño exclusivo de aquello que se crea. El talento viene hecho, y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no nos lo dimos. De modo que emplear en nuestro beneficio exclusivo lo que no es nuestro, es un robo. La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y

<sup>17</sup> JM: *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 82.

<sup>18</sup> JM: “Carta de Martí. Suma de sucesos”, OC, t. 9, p. 390; OCEC, t. 17, p. 67.

de la humanidad, a quien heredamos. Es un ladrón el hombre egoísta. Es un ladrón el político interesado.<sup>19</sup>

Aún más, emplearlo en “caracolear con la mera fantasía es un delito público” pues la inteligencia se ha hecho para servir a la patria. “Perro ladrón” le llama él a la que no sirve para tan altos designios.<sup>20</sup> Como sabemos su poesía estuvo siempre vinculada a la obra político-revolucionaria. A veces, nos da la impresión de que se vigilaba severamente para evitar el “caracoleo”.

Párrafo excepcionalmente ejemplar de su forma aforística en la que, por otro lado, se encadenan todas las ideas matrices o centrales de su obra. Talento, desamparados, trabajo “directo”, creador, goce personal de lo que no es nuestro, robo, egoísmo y política interesada, robo también. Con razón él diría a Bartolomé Mitre y Vedia que componía cada artículo como si fuera un libro, en una definición genial de su propia obra que nadie ha podido superar.

Talento y cultura son de todos y por ende, estarán al servicio de todos, a menos que nos los apropiemos personalmente, pues entonces serán un robo, ¿hay aquí una reminiscencia de la célebre frase de Proudhon? Es posible si tenemos en cuenta otras expresiones similares, algunas de las cuales hemos reproducido.

La forma excelsa del servicio es el sacrificio. “Todas las desventuras comienzan en el instante en que,—disfrazado de razón humana,—el deseo obliga al hombre a separarse,—siquiera sea la desviación imperceptible,—del cumplimiento heroico del deber”.<sup>21</sup>

En este caso, como en otros, el servicio implica renunciamiento, no mero desinterés. No es tampoco un sacrificio, al modo de los santos que se daban como víctimas al malo, para salvar con su ejemplo a los buenos. Es falso que Martí quería sacrificarse o morir en esta forma. Si acaso había que saber morir en la Cruz todos los días, si fuese preciso para lograr aquella “fe en

<sup>19</sup> JM: “La campaña electoral en los Estados Unidos”; *OC*, t. 12, pp. 43-44.

<sup>20</sup> JM: *Fragmentos*, *OC*, t. 22, p. 142.

<sup>21</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, *OC*, t. 21, p. 138.

la tierra” que exigían los pobres, los tristes, los pueblos explotados como el suyo. Este diario morir no es más que el enfrentamiento con todas las fuerzas que se oponen a la felicidad de los hombres.

Deja de hacer el bien por gozar de paz egoísta; “El deber del hombre virtuoso no está solo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí”, sino que la virtud triunfe entre los hombres; no es hombre “quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres”;<sup>22</sup> quien usa del conocimiento para servirse de los hombres y no servirlos “debe ser mirado como un enemigo público; por la nación”; un sinnúmero de frases jalonan el desarrollo de esta idea. Las últimas formulaciones en que el fin social (podríamos decir también, aunque con reservas, terrenal) del sacrificio son de los años decisivos en su acción revolucionaria (1892-1893), como si la gran tarea que se ha impuesto le exigiera —más que nunca— impedir toda confusión de carácter religioso, místico, sobre su programa ético y social. Y vale aclarar que si en Martí hay una presencia de la vida ultraterrena, esto no quiere decir que su pensamiento sea de carácter religioso. Nos dirá en un texto esclarecedor de sus *Cuadernos de apuntes* cuál es el morir trascendente. “Morir no es nada, morir es vivir, morir es sembrar. El q. muere, si muere donde debe, sirve. En Cuba, pues, ¿quién vive más que Céspedes, que Igno. Agramonte? Vale, y vivirás. Sirve y vivirás. Ama, y vivirás. Despidete de ti mismo y vivirás. Cae bien y te levantarás”.<sup>23</sup>

Es la perduración por la obra humana: de servicio, de amor o de liberación. En definitiva, “el que no sabe despreciar la vida, no la merece”.<sup>24</sup>

Los que no son capaces de esa suerte de sacrificio o de ese morir, son los egoístas, cuya expresión política está en los anxio-nistas y en los reformistas. Son,

los hombres medrosos, o necesitados de puntal, hechos a la vida por permiso y a la altivez graduada, que no se sienten

<sup>22</sup> JM: “Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario”, *OC*, t. 2, p. 24; “A la raíz”, *OC*, t. 2, p. 380.

<sup>23</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, *OC*, t. 21, p. 370.

<sup>24</sup> JM: *Fragmentos*, *OC*, t. 22, p. 89.

con cintura para ver cara a cara el trabajo verdadero, y la semilla de la muerte; los hombres soberbios, que en sí miran el tipo y la cumbre del mérito humano, y se aman y se contemplan, y duermen con casaca y almuerzan pavo real, se niegan a reconocer en los demás la originalidad y entereza que no hallan en sí propios.<sup>25</sup>

los que creen que es modo de adquirir nacionalidad el declararse insuficiente para conquistarla y pedir ingreso en la “federación soberbia”. Los egoístas del reformismo,

ni reconocen en los demás el fuego que falta en ellos, ni en la virtud ajena sienten más que ira, porque descubre su timidez y avergüenza su comodidad. Los egoístas, frente a su vaso de vino y panal, se burlan, como de gente loca o de poco más o menos, como de atrevidos que les vienen a revolver el vaso, de los que, en aquel instante tal vez, se juran a la redención de su alma ruin, al pie de un héroe que muere, a pocos pasos del panal y el vino, de las heridas que recibió por defender la patria. Esto es así: unos mueren, en suprema agonía, por dar vergüenza al olvidadizo y casa propia a esos mendigos más o menos dorados, y otros, mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos.<sup>26</sup>

Porque “no es la caja solo lo que hay que defender, ni es la patria una cuenta corriente, ni con poner en paz el débito y el crédito, o con capitanear de palaciegos unas cuantas docenas de criollos, se acalla el ansia de conquistar un régimen de dignidad y de justicia”.<sup>27</sup>

De paso, obsérvese qué descripción más acabada de la índole social de los reformistas de su época.

Esos, no tienen valor para sacrificarse, pero debían tener “a lo menos, el pudor de callar ante los que se sacrifican,—o de elevarse, en la inercia inevitable o en la flojedad, por la admiración

<sup>25</sup> JM: “Carácter”, *OC*, t. 2, p. 75.

<sup>26</sup> JM: “A la raíz”, *OC*, t. 2, pp. 377.

<sup>27</sup> JM: “Autonomismo e independencia”, *OC*, t. 1, p. 355.

sincera de la virtud a que no alcanzan. Debe ser penoso inspirar desprecio a los hombres desinteresados y viriles”.<sup>28</sup>

Frente a esa gente, el ejemplo de los patriotas, del pueblo “solo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria. Y aun ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno, porque si va con él alguna esperanza de bien propio, por legítimo que parezca, o sea, ya se empaña y pierde fuerza moral. La fuerza está en el sacrificio”.<sup>29</sup>

“La fuerza está en el sacrificio”: la fuerza de la revolución es esa, y no otra.

Egoístas, perezosos y soberbios, esto es, cubanos incompletos, son los que se oponen a la revolución; constituyen las oligarquías que temen y desprecian al pueblo, a la masa. Frente a ellos, el servicio a la patria.

Al servicio de la patria se sale desnudo, a que el viento se lleve las carnes, y las fieras se beban el hueso, y no quede de la inmolación voluntaria más que la luz que guía y alienta a sus propios asesinos. La patria no es comodín, que se abre y cierra a nuestra voluntad; ni la república es un nuevo modo de mantener sobre el pavés, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios que, en la ruindad de su egoísmo, se creen carga natural y señores ineludibles de su pueblo inferior. La patria, en Cuba y Puerto Rico, es la voluntad viril de un pueblo dispuesto al triunfo de su emancipación, a un triunfo indudable por el arranque unido y potente de la libertad contra el corazón inmoral y el tesoro arruinado de sus opresores.<sup>30</sup>

Y para que no quepa duda sobre su pensamiento acerca del futuro, de los conservadores egoístas y soberbios, al par, diría en uno de sus apuntes, algo que calló en público, pues él sabía que no era el momento de decirlo “y a los que quieren entrar en lo ya conseguido, se les dice que es ley en política, o vida de la Nación, como

<sup>28</sup> JM: “El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, *OC*, t. 3, p. 263.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 266.

<sup>30</sup> JM: “¡Vengo a darte patria!”. Puerto Rico y Cuba”, *OC*, t. 2, p. 255.

en la vida personal, que nadie goce de un beneficio cuyo precio no ha pagado”.<sup>31</sup>

En la carta a Mercado él señala el peligro de las oligarquías enfrentadas a la “masa conmovedora” del pueblo. Ahí tenemos ya una posibilidad de apreciación de su actitud futura frente a ella: negarles los beneficios de la República por no haber pagado su precio.

Y todo ello, este caudal singular de su pensamiento ético, se vincula a una de las grandes tesis políticas de Martí. Para él, como dice en su carta a Joaquín Macal (1877) “La vida debe ser diaria, movable, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sino inquirir la manera de hacer prácticas las útiles. Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más”.<sup>32</sup>

Tema reiterado una y otra vez, como que es uno de los hallazgos más importantes de su genial pensamiento, tan pleno de originales ideas. Hay que situarse en aquel tiempo en que todavía imperan los “modelos” político-sociales para comprender la poderosa hondura de ese principio que proclama la necesidad del desarrollo propio.

Claro está que el peligro mayor está en la admiración servil a la democracia norteamericana.

Imitemos. ¡No!—Copiemos. ¡No!—Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.—Creemos, porque tenemos necesidad de creer. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?<sup>33</sup>

También dice a los que se deslumbran por la ilustración que hay en Estados Unidos. “Y si el estado general de ilustración en

<sup>31</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 165.

<sup>32</sup> JM: “Carta a Joaquín Macal”, OC, t. 7, p. 97; OCEC, t. 5, p. 83.

<sup>33</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 16.

los Estados Unidos os seduce, a pesar de la corrupción, de su metalificación helada, ¿no podremos nosotros aspirar a ilustrar sin corromper?—La realiza...

“Yo quiero educar a un pueblo que salve al que va a ahogarse y que no vaya nunca a misa”.<sup>34</sup>

El segundo párrafo apunta a lo ético, a lo verdadero que es el hecho salvador antepuesto a la diligencia formal de carácter religioso.

Hay que mantener puro el espíritu de nuestros pueblos, de modo “que no nos deslumbre el tamaño, ni nos corrompa el espectáculo del amor excesivo a la riqueza”.<sup>35</sup>

Pues el ejemplo no ayuda a construir patria ni pueblo: “De lo que se ha de hablar es de la ineficacia e inestabilidad del esfuerzo por la vida en la tierra extranjera, y de la urgencia de tener país nuestro antes de que el hábito de la existencia meramente material en pueblos ajenos, prive al carácter criollo de las dotes de desinterés y hermandad con el hombre que hacen firme y amable la vida”.<sup>36</sup>

Y como remate de todo su pensamiento: “en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: ésta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas; lo está trastornando, afeando y deformando todo. Los que imiten a este pueblo grandioso, cuiden de no caer en ella”.<sup>37</sup>

Aunque lo pasemos por alto, señalemos las expresiones tales “enfermedad de su grandeza; trastornando, afeando y deformando todo”. Desde entonces, veía el Maestro lo que sería la creación más absurda y bestial que en el orden histórico haya producido el capitalismo occidental.

La propaganda y la mente elemental, propia a la servidumbre, ya entonces abrían camino a la idea irrefutable —como tabú ideológico— de que tamaño y comodidades materiales eran

<sup>34</sup> Ídem.

<sup>35</sup> JM: *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 71.

<sup>36</sup> JM: “A la raíz”, OC, t. 2, p. 378.

<sup>37</sup> JM: “Cartas de Martí. Un domingo de junio”, OC, t. 10, p. 63; OCEC, t. 17, p. 228.

los elementos de la grandeza de un pueblo, y no es así, dice Martí.

La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas, y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos, y mujeres venales y egoístas: pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.<sup>38</sup>

Instituciones propias, leyes propias, ajuste de los factores naturales del país, sentimientos, cultura y ética propios: he ahí todo un programa. Y claro está siempre que lo universal se injerte en ese tronco de lo propio, sean bien venido, porque Martí no es “autoc-tonista”, ni desprecia su mundo, sino que va con él. Aún más: va con él porque es capaz de trazarle nuevos caminos.

## OBJETIVO FUNDAMENTAL

Como todo confluye en un objetivo fundamental, él mismo se ocuparía en decir a dónde se dirige toda la acción y la teoría que parece como desbordarse constantemente de lo que escribe o dice. Pues no se trata simplemente —aunque es mucho— de cambiar estructuras y vida material, hay más en su largo y tenaz batallar por la liberación frente al colonialismo.

Un párrafo que data de 1892 resume el programa de transformación del hombre y de la sociedad coloniales. “Nuevo queremos el carácter, y laborioso queremos al criollo, y la vida burocrática tenemosla por peligro y azote, y bregaremos por poner la tierra abierta, con el trabajo inmediato y diverso, a la vida natural, que

<sup>38</sup> JM: “Honduras y los extranjeros”, *OC*, t. 8, p. 35.

es en la república la única garantía del derecho del hombre y de la independencia del país”.<sup>39</sup>

El nuevo carácter se basa en el “trabajo inmediato y diverso”, no en el ocio, ni en el puro cultivo de algún producto; desprecia la vida burocrática como opuesta a lo laborioso; y todo se integra con el derecho y la independencia. Se trata de todo un cambio del ser humano, del por qué se desarrolla la revolución libertadora y se instaurará la República.

## SIGNIFICACIÓN DE LA ÉTICA DE MARTÍ

Convendría reflexionar un poco sobre toda esta riquísima gama y entrecruce de las ideas éticas de Martí. De inmediato, vemos que no se trata de un aspecto desechable de su obra, sino de algo consustancial a ella, y por ende, requerido de un ahondar que nos permita ver con claridad el papel que desempeña en toda ella. Esto es necesario, además, porque la vida del Apóstol es una sola, si bien lo que predomina en ella es la práctica y no la formulación verbal con existencia independiente de la práctica o solo como fase preparatoria de ella. Con razón diría: “Antes de hacer colección de mis versos me gustaría hacer colección de mis acciones”.<sup>40</sup>

Esta indagación tiene que estar presidida por un análisis que nos ponga en el camino de una valoración real, objetiva, de sus ideas éticas.

No son esas ideas un simple “apoyo” de la acción transformadora, ni son tampoco un “adorno” palabrero. Por otro lado, sería incorrecto suponer que Martí veía lo ético y lo político en dos tiempos: esto, primero, y lo otro, después; o sea, no veía lo ético como un simple “resultado” de la acción.

La acción transformadora implica una toma de posición ética que, como decisión del individuo, forma parte de aquella y la forja en cierta medida. Tienen, pues, un origen común, No puede haber, nos parece, otra interpretación de las relaciones entre ambas sino

<sup>39</sup> JM: “Los cubanos de afuera y los cubanos de adentro”, *OC*, t. 1, p. 479.

<sup>40</sup> JM: Fragmentos, *OC*, t. 22, p. 129.

esta, ya que Martí, en su propio y personal quehacer, es hombre de decisiones tomadas por razón de principios. No es que se sobreponga a la realidad o la ignore, sino que cuando esta le plantea un problema lo decide conforme a normas de conducta presididas, claro está, por la tarea de la liberación y caladas de un sentido del deber personal muy vigoroso. Ello no significa que él exija a los demás pareja capacidad de voluntad para vencer lo feo y sórdido de la vida. Ir “con los hombres como son, —o contra ellos”<sup>41</sup>, es uno de sus principios de acción; para liberar a Cuba es necesario el heroísmo, pero este se puede forjar con el ejemplo, con el poder impulsante del pueblo patriota, con la creación de una conciencia.

Por esta vía, la ética es necesaria, y se abre paso en la propia acción transformadora. Objetivamente la revolución necesita no solamente un hacer para destruir el viejo régimen, sino también y sobre todo una preparación para construir toda una nueva vida. Lo que se necesita, en suma, es una creación de conciencia que produzca cambios sustanciales en la conducta del hombre individual. Si se repara en los textos que hemos copiado y en otros muchos más, similares a estos, se encontrará que Martí intenta y lo logra en su nivel histórico, educar a unos, convencer a otros de que la Revolución no es cambio de nombre sino del hombre. Además, esto es así porque la batalla que se libra por la independencia sería seguida de otras para salvar la República nueva, como dice a Carlos Baliño en una ocasión. Para Martí, no hay revolución sin creación de una nueva conciencia ética, en la que la persona desempeña un papel primordial. Es un humanista en el sentido que tiene confianza en los hombres, los cree capaces de superar sus propias limitaciones, y en fin, de ser conducidos para bien de ellos mismos, adquiriendo de la realidad que se transforma, una mayor altura moral. Su elogio de las virtudes creadoras del carácter y de la Patria de la guerra, no es sino eso: la convicción de que en la acción se forja, y hay que forjar, un nuevo carácter. Esto, al par, lo veía él como fenómeno social y como hecho individual. La revolución de 1868 enseñó, según Martí, a los cubanos señoriales y a los cubanos esclavizados

<sup>41</sup> JM: “La guerra”, *Patria*, Nueva York, 9 de julio de 1892, OC, t. 2, p. 62.

a convivir, y esto era, al par, transformación colectiva y cambio individual. ¿Cómo extrañarnos que él viera esa misma posibilidad en la acción revolucionaria, preparatoria y en la guerra que se avecinaba?

Este mensaje de la creación de conciencia, en que él plantea el “nuevo carácter del cubano, no es una fórmula idealista. Creemos que la fidelidad de su pensamiento y de su acción a la realidad que él avizora y observa siempre, para prepararla, seguirla y cambiarla, debe llevarnos a reducir su idealismo a los justos límites de una posición trascendentalista, en la que se destaca, por encima de todo lo demás un angustioso esfuerzo por conciliarla con el materialismo. Desde el día siguiente del cese de la Guerra Chiquita él percibe el nuevo choque y se apresta para hacerle frente. Y su apresto confía tanto en las condiciones objetivas como en las subjetivas. Aunque la guerra es “necesaria”, hay que prepararla y dirigirla. Por lo mismo, aunque él confía en el hombre, no lo ve por encima de su mundo, sino dentro, creándose y recreándose, al compás de lo que le exige la realidad. Tan social es su pensamiento sobre estas cuestiones éticas que podría formarse, con sus frases y expresiones, un volumen sobre la sicología política de las clases reaccionarias.

¿Es esto individualismo? ¿O acaso voluntarismo? Sí lo es, se encuentra más cerca de posiciones como la tesis XI de Marx sobre Feuerbach (hay que transformar el mundo, más que explicarlo) que del individualismo o del voluntarismo rampante. Esto sea dicho al margen, sin indagar mucho sobre el voluntarismo de la fórmula del genial fundador del socialismo científico, con el cual, por otra parte, no sería científico confundir a Martí.

Además, sin ir tan lejos en el orden ideológico, en Martí no aparecen el hombre y su voluntad como algo que proscribiera la existencia del mundo y de interrelaciones de los seres que lo habitan y componen. No hay espacio en Martí para un cultivo del señorío de lo individual como lo hubo en Luz. Su tiempo, su tarea, su experiencia lo llevaron a otras conclusiones.

## MARTÍ EN ESPAÑA\*

Quizás —y aún más, sin quizás— fuera preferible hablar de Martí y las Españas, porque en efecto, a lo largo de su vida, no conoció una España genérica, y España no era ni podría ser realmente un ente único. Existió para él una España que negaba la liberación de Cuba, y otra que la propiciaba, que simpatizaba con ella. La España que no malquería a Cuba era amada por Martí, de este modo ese concepto irreal y unívoco de España, implicó en la obra y la vida de José Martí, una contradicción y al par una unidad. Contradicción de la “otra” España; unidad en la querencia de una justicia para todos.

Era como si con el andar del tiempo, en su concepción de la lucha por la liberación de Cuba, hubiera algunos elementos mínimos de guerra civil en decrecer permanente y, en su lugar, apareciesen vigorosas manifestaciones de lo fundamental: la liberación nacional.

Los contactos, las íntimas conexiones de Martí con las Españas, presentan una serie de aspectos que vamos a comentar someramente.

La presencia íntima de España, la más íntima, le vino de la cuna. Hijo de padres nativos de España, Martí es cubano de primera generación y por un fenómeno que no se dio solamente en

\* Conferencia impartida en el ciclo Martí en su mundo, transmitida por la televisión cubana, en el marco del 125 aniversario del natalicio de José Martí, en 1978.

él, aunque en él indiscutiblemente constituye el caso más alto, los hijos de españoles de primera generación fueron, en gran número connotados patriotas cubanos. Lo que muestra más este sesgo de los hijos acriollados de españoles, es el hecho que los padres de Martí en momentos de miseria suma no vuelven la mirada a su tierra natal, van a México a reunirse con el hijo. Quizás a regañadientes lo siguen y en lo profundo de su carácter español, el del padre y el de la madre, lo admiran y respetan.

A este efecto escribió Martí en ocasión de la muerte de su padre. “Recuerda *Patria* a un empleado español que, en un domingo de mucha luz, cuando se iban acercando los días creadores del sesenta y ocho, se volvió al hijo de repente y le dijo así: “Porque yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra”: ¡y el que quiere hoy más a aquel empleado español, el que lo tiene a todas horas, en la sombra que hoy es, de compañía y de consejero, es un corazón cubano!”.<sup>1</sup>

Fue la experiencia de lo español en su hogar la primera acerca de un pueblo envenenado por el flamear ilusorio de una bandera o por el éxtasis ante glorias de sangre, las de la conquista ni siquiera legítimas en el pasado que se evocaba. Pueblo que en la brusquedad de su expresión, oculta virtudes prístinas; pueblo, que a veces nos parece avergonzado de mostrar su original ternura, porque los de mando secular allá en su tierra nunca la tuvieron para él.

Esta primera experiencia fundamental, porque al llegar a España años después, Martí comprueba en ese pueblo virtudes que en determinado momento él no había podido apreciar en toda su dimensión humana en los padres y especialmente en el padre.

Bien pronto, viene una nueva experiencia de la España en su anticipada madurez. El año 1869 se incorpora Martí de lleno para siempre, de un modo irrevocable, al movimiento revolucionario cubano. Los colonialistas, la España que él no quiso y no pudo querer, le torturan, le persiguen, le encarcelan.

<sup>1</sup> José Martí: “Carta de un español”, *Patria*, 14 de mayo de 1892, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 4, pp. 411-412. [En lo sucesivo, *OC*. (*N. de la E.*)]

Se define entonces de manera diáfana la antinomia nacional, cubanía contra españolidad, amor a la patria contra el poder dominante colonial. Oposición ciertamente irreversible frente a cuanto intentasen trasfundirles sus padres fuera de amor a aquella patria lejana o fuera de conformismo gananciero. Es que Martí, además, formaba —por la inserción social de su familia— parte de la población pobre colonial, sumida en los profundos dolores de la tierra cubana por la dominación de una oligarquía comerciante y terrateniente, mezcla de elementos españoles y criollos más antiguos; todo le llamaba a poseer, a desarrollar, a integrarse en una filiación política, muy diferente de la de sus padres y de la de los colonizadores.

Tal es la base sustentadora de una progresiva elaboración de su entendimiento de España, de las Españas. Partió del amor a la patria para inteligir al mundo en su totalidad y para comprender y entender a las Españas.

Una nueva experiencia le esperaba. Llegado a la Metrópoli en 1871, adquiere un conocimiento superior sobre el país español, su gente y sus desgarramientos. Ello fue posible por numerosas razones, quizás, principalmente por su conexión inmediata con medios estudiantiles e intelectuales en las universidades y en el Ateneo de Madrid. No debe olvidarse que eran aquellos los días de un recobro del impulso liberal español. Conoció sus problemas y las soluciones propuestas, debatidos desde 1810, flanqueados siempre, pospuestos siempre, y sobre todo después del trágico agotamiento de la revolución de 1868 encabezada por Prim.

En aquel contacto con la tierra y sus problemas no perdió Martí su norte patriótico. Prueba de ello es la publicación, tanto de *El presidio político en Cuba*, como de ese ensayo fogoso titulado *La república española ante la revolución cubana* en el cual intenta poner al nuevo gobierno ante sus propias contradicciones. En ambos, el uno, recuerdo de la represión colonial, y el otro, construcción más política acerca de las relaciones entre Cuba y la situación política de España, Martí logra adquirir una visión más honda de los problemas de su patria sometida.

España, en este caso, le iba mostrando diferentes y simultáneas dimensiones políticas. Lo que ocurre con Martí es lo que en el

decurzar de la historia contemporánea ocurrió a otros libertadores de países coloniales: encontraron una más clara revelación de la verdad que ya llevaban por dentro, al situarse en el centro metropolitano, en el corazón del poder colonial que aherrojaba sus tierras. Mencionaríamos al paso a Ho Chi Minh.

Allí estaba, en España, cuando la república española, efímera, desapareció bajo el peso de la ofensiva oligárquica. Fue testigo entonces de la sangrienta represión del general Burgos contra el pueblo de Zaragoza a principios de 1874. Quizás participó en las manifestaciones públicas de descontento popular frente al golpe de estado, y allí estaba él, junto a un personaje que menciona como el negro Simón, en esos momentos de pelea del pueblo de Aragón frente a los intentos reaccionarios. Es más, en una velada en honor a las víctimas de la represión de aquel general, se leyeron unos versos de Martí. Así fue cómo al ponerse en contacto con el pueblo español le descubre sus virtudes, las aprecia y considerándose solidario de esas virtudes, logra entender un poco más la complejidad de las relaciones entre la Metrópoli y su patria.

En esta vinculación con los problemas de España, y el conocimiento directo, inmediato, de la gente española, Martí aprecia cualidades que se le revelan como aquellas que tenían sus padres: la dignidad, el honor, la entereza. Y es que para la conciencia de Martí, conciencia ética en la acción, la dignidad, el honor y la entereza que ya había probado en sus padres, se le muestran en el pueblo español como una condición esencial. Sobre todo comprendió que era un pueblo sometido a una secular parálisis por razón de la política interna de dominación de las oligarquías tradicionales.

No se veía nacer en los días en que estaba Martí, la oportunidad de un nuevo camino de convivencia y de mando, siempre aplazado como hemos dicho. Explica él que se pretendía reconstruir a España, “trabajada nación”, como dice textualmente, donde los campos estaban “como petrificados de espanto desde su esfuerzo en las comunidades y las germanías”<sup>2</sup> del siglo XVI y se intentaba rehabilitar a España, dice irónicamente, burlescamente,

<sup>2</sup> JM: “España”, *OC*, t. 14, p. 140; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2005, t. 10, pp. 88. [En lo sucesivo

con ardides políticos, trampas y fullerías más o menos convencionales y conocidas o con puras pláticas de liberalismo formal palabrero o con alardes de reorganización del ejército, ejército que por ser el de la oligarquía, si se reorganizaba era para andar de la misma manera que había andado antes de la reorganización, o con, subraya aquí el elemento económico, halagos a las fuerzas mercantiles, es decir, a los intereses exportadores españoles que querían mantener el régimen político para mantener el mercado colonial.

Aprendió Martí, en aquella España de su tiempo, una lección, la del progreso y la democracia, impedidos por estructuras y grupos esclerosados que se negaban a toda reforma, a todo progreso por minúsculo, por inocente, digamos, que fuese. Por lo tanto se negaban a cualquier modificación del estatuto colonial de su país. Esta era la España que él malquería, la que no pudo querer en modo alguno.

En numerosas ocasiones –y esto lo aprovechó él como una lección política que le permitió entender ciertos fenómenos de la América Latina de aquellos tiempos– se refiere a los estériles intentos de reforma ensayados por las fuerzas progresistas españolas, razón de más para reafirmar su pensamiento revolucionario día a día, fortaleciendo su conclusión de que solo había un camino para Cuba, la independencia, o como él lo expresó, el año 1869, en el periódico *El Diablo Cojuelo*, “O Yara o Madrid”.

En España Martí realizó estudios, estudios que fueron decisivos para su formación. En el instituto de segunda enseñanza y en la universidad de Zaragoza, realizó como una proeza en muy corto tiempo, todos los estudios que necesitaba hasta graduarse. Como dice en algún lugar de su clásica biografía Manuel Isidro Méndez “Martí tenía la capacidad de estudiar en minutos lo que otros necesitan estudiar en años”.

En esta Zaragoza que él conoció profundamente, donde fue recibido como amigo y donde como hemos dicho llegó a participar en el descontento popular frente a la caída de la república

---

los textos que remiten a esta reedición serán representados con las iniciales OCEC. (N. de la E.).

española, allí conoció Martí como en Madrid, algunas de las corrientes del pensamiento de más importancia de su época: el bakuninismo, derivado después en el anarquismo español clásico, la socialdemocracia, uno y otro como elementos de desfiguración de lo que había sido el originario pensamiento del primer movimiento obrero expresado en la primera internacional de trabajadores fundada por Marx. Allí conoció el positivismo que rechazó, y allí conoció la orientación filosófica krausista —una derivación más o menos secundaria del idealismo alemán, uno de cuyos elementos integrantes fue la llamada filosofía de relación que atendía a la unidad entre el sujeto y el objeto poniéndolos en relación—, a través de la cual nos ha parecido que se introdujeron en el pensamiento de Martí, por estudio, por decisión de incorporar ese pensamiento a lo que él ya venía acarreado desde sus años mozos, se introdujeron, repito, elementos dialécticos de pensamiento como instrumento para el análisis de la realidad.

Los españoles que encabezaron este movimiento filosófico, en España ecléctico, porque el peso del pensamiento y el poder tradicional de las oligarquías forzaba un poco a penetrar no por una puerta principal sino flanqueando la resistencia de los elementos más reaccionarios, fueron Julián Sanz del Río, Francisco Giner y Nicolás Salmerón, a quienes muestra Martí no en una ocasión sino en varias el más alto respeto y estimación.

De modo que también en este sentido, en el sentido ideológico, España deja una huella en Martí. Que posteriormente en la América Latina y finalmente en Estados Unidos Martí se pusiera en contacto con otras corrientes e incorporara nuevos elementos de esas corrientes ideológicas a su propia obra, no invalida el hecho de que fue en España donde se produjeron sus primeros contactos con un mundo ideológico que no existía en Cuba, que no había llegado a Cuba y que difícilmente hubiera llegado a Cuba.

Hay también lo que el maestro siempre recordado cuya ausencia siempre tendremos que sentir, el maestro Juan Marinello, llamó la españolidad literaria de José Martí. Marinello presentaba esta españolidad literaria por una aproximación de Martí desde el punto

de vista más profundo —íntimo quizás— con algunos de los más altos valores de la literatura clásica española. Mencionaremos solo dos: Baltazar Gracián y Santa Teresa de Jesús.

Pero hemos dicho aproximación y en verdad no era más que esto, pues no había, no podía haber entre Martí y estos clásicos, una verdadera filiación como subraya el propio Marinello. Martí como hombre de su tiempo sintió que se le imponían imágenes, palabras y conceptos nuevos y diferentes. Mostró un gran poder creador de palabras españolas y podríamos citar por ejemplo la palabra “lamericos” para significar aquellos que están a sueldo de las clases dominantes, la palabra “ultraguilistas” para calificar a los imperialistas más furibundos de su época en Estados Unidos o aquella otra palabra la “metalificación” que incluye todo, resume todo su concepto sobre lo que es la lucha por el lucro individual, implacable, en Estados Unidos. Su estilo no tiene la ceñida sobriedad de esos grandes maestros de la literatura española, porque el mundo que él contemplaba era mucho más complejo, más vario, más dinámico que el del Siglo de Oro de la literatura española.

Con todo y que Martí era hombre intimista que miraba mucho dentro de sí y decía mucho de sí mismo, ese mundo requería una riqueza verbal descriptiva superior, y Martí fue fiel a esa exigencia más que a una filiación de arcaísmo literario.

De todos modos si hay algo que se destaca en Martí como escritor, es precisamente ese rasgo genético, quizás impreciso de su españolidad, españolidad que fue más bien un aliento de raíz con hojas y frutos propios.

Pero cuando está llegando al final de su vida, cuando culmina su gran obra patriótica y de pensamiento, lo español alcanza en Martí una definición, una dimensión, un nivel definitivo. En las vísperas del alzamiento de 1895, Martí da a lo español un sentido mucho más profundo, que no tiene ni siquiera comparación con lo íntimo de la españolidad de su hogar, que no tiene, aunque se base en ello, relación profunda con la admiración que siente por el pueblo español y sus virtudes y que tampoco podemos decir que se equipara con este fenómeno final de su pensamiento, el hecho que él comprende la tragedia de España, que no tiene

libertad en sí y no puede darle libertad a la miserable colonia que explota.

Para él en los momentos finales cuando se desencadena la revolución de 1895, esa guerra de liberación sería obra de los cubanos patriotas, que la empezarían y terminarían por su unión con los españoles buenos, con la España buena, la España que podía ser amada por Cuba y la España que podía amar a Cuba, la España que no se había podido expresar en el poder de España, la España que no había logrado vencer las oligarquías tradicionales y que se sentía también desposeída de una patria como los cubanos.

Allí, en ese pensamiento de una guerra que comienza con los cubanos armas en manos y termina por la alianza de los cubanos patriotas y los buenos españoles, por una patria común del futuro, allí se descubre una visión del mundo que le conduce a entender la liberación de la patria no como una obra singular específica, perdida en el mundo e ignorada de este, sino como algo en lo que tiene, puede y debe haber un interés, una acción, una colaboración, una cooperación: una unidad de todos los que necesitan liberarse de los aprovechadores del poder político y económico que gobernaba en la Metrópoli.

Pero, por otra parte, esta idea de la unión del cubano patriota con el español bueno, con la España amable, es también idea que está vinculada en lo profundo a la idea de la lucha contra el poder amenazante, contra la agresión no ya latente sino inmediata que llama a las puertas de Cuba; del imperialismo yanqui.

De modo que al concluir su vida con esta presencia de una de las dos Españas, la que puede ir junto con Cuba a una pelea común, la contradicción inicial nacional empieza a ser sustituida por una unidad que va más allá de las fronteras y de los mares. Para él la revolución cubana trascendía del marco nacional para resonar en un mundo que, a despecho de matices y apariencias diversos, planteaba parejos problemas al pueblo de Cuba a los de la América Latina, al de España e incluso al de Estados Unidos.

Es la alta síntesis, sin duda, de una vida práctica, sesuda como él mismo diría, nacida de un sentido profundo de la realidad

social. Así, la presencia de las Españas en Martí, repetimos, desde lo íntimo del hogar español hasta la culminación de una guerra concebida como obra común, es, como decíamos, una de las huellas más profundas y por consiguiente más perdurable en su vida y en su obra.

## MARTÍ Y LENIN: UNA APROXIMACIÓN\*

La Revolución es un permanente homenaje a la ejemplar significación de la obra de José Martí. En actos públicos, aunque sean solemnes, no se da la medida de la valoración en que se tiene al gran guía del siglo XIX; solo la construcción ingente de un nuevo país con un nuevo ser humano nos da esa medida. Desde luego, los actos conmemorativos permiten año tras año abordar los temas martianos, a la luz de la experiencia inmediata que enriquece nuestra comprensión del hombre y de su tiempo o bien porque, a medida que dilucidamos aspectos del pasado, podemos hallar nueva significación o matices de su pensamiento y de su actividad. Decir que es inagotable el estudio de la obra de Martí, es reconocer que la experiencia histórica nos ofrece cada vez más posibilidades de integración de un conocimiento científico superior.

Martí en su tiempo que es también nuestro, presenta oportunidades extraordinarias de análisis y de meditación y es fuente inextinguible de incitación a la actividad creadora. La historia que transcurre después de su muerte está llena de hechos que en la apariencia son casuales y en lo profundo tienen una vinculación estrecha con él, que fue gran realizador y constructor de pueblo. No es, pues, un azar que en el mes de enero al par que recordemos su nacimiento debamos rememorar igualmente la

\* Este trabajo, con el título "Martí y Lenin", apareció en la revista *Política Internacional*, La Habana, a. 8, n. 28. primer semestre de 1970.

caída de luchadores singulares como Julio Antonio Mella, asesinado, Rubén Martínez Villena, vencido por una enfermedad que su entrega a la lucha revolucionaria acentuó, y Jesús Menéndez, víctima de la conjura de los enemigos del pueblo de Cuba, que es como decir los enemigos del pensamiento, de la acción y del ejemplo de José Martí. Todos esos que cayeron en un mes de enero representaban la vuelta de Martí a la lucha por la liberación de Cuba. Murieron en la senda trazada por él tomando precisamente el quehacer por el extremo en que él lo había dejado: esto es, en el planteamiento definido necesario de la liberación nacional contra el imperialismo.

El 21 de enero de 1924 caía, agotado por la gigantesca tarea de darle un camino verdadero a la liberación del mundo, Lenin, que había conducido al pueblo ruso a la creación primera de una sociedad nueva. Y no es un azar que en el mes de enero podamos reunir en la memoria del pueblo cubano a tan diferentes, y, en el caso de Lenin tan distantes, luchadores para intentar un examen siquiera sea somero de la significación que tienen en su conjunto. El pueblo de Cuba ha aprendido a ver las conexiones, las hermandades profundas que ligan a los seres humanos diferentes y lejanos. Todos, de Martí a Jesús Menéndez, todos con Lenin, forman parte de una misma tradición, se encuentran, en el azar de fechas, unidos por la vigencia de leyes generales de desarrollo social. Y hoy, convocados por la fuerza creadora de la Revolución Cubana se juntan para ayudarnos a comprender un poco más, un poco mejor, de dónde venimos y hacia dónde, con su ejemplo, debemos ir.

Huelga decir que este recuento no intenta descubrir alguna verdad desconocida para los lectores. Simplemente hemos de reflexionar sobre la figura de Martí en este año en que celebramos el Centenario de Lenin. Excluimos la comparación entre ambos, porque no es apropiado realizarla entre elementos históricos diferentes. Tampoco intentamos aproximarlos por razón del pensamiento porque aun cuando en Martí hubiera ideas, como embriones, que en Lenin se desarrollan hasta sus más agudas consecuencias, precisaría realizar una tarea de análisis cuyos resultados no son particularmente prometedores; ciertamente evitamos hablar de una filiación ideológica entre Martí y Lenin,

como no fuera en un orden muy general. Tampoco podríamos acercarlos por razón de su respectiva creación política, las cuales forman parte de diversos niveles históricos y no pueden concebirse sino en su diferencia.

Sin embargo, hay algo en ellos que nos invita constantemente a unirlos. A reunidos y asociarlos más allá del hecho objetivo que Cuba y su pueblo han completado la obra del uno siguiendo por la senda del otro. Nos parece que hay algo más en estos grandes dirigentes.

1. Ese algo más podría hallarse en el hecho que forman parte de una misma época. Martí es el primer gran hijo de la época del predominio imperialista y de la liberación nacional de los pueblos. Nació cuando se gestaba, creció cuando el imperialismo crecía y aprendió a conocerlo cuando apenas comenzaba a manifestarse en el mundo y en la patria su repudiable carácter opresor. Nació Martí diecisiete años antes que Lenin. En la formación de ambos, con todas sus implicaciones, señorea la entrada de la humanidad en una etapa de prodigiosa creación de los pueblos.

Martí sintió golpear sobre su sensibilidad humana la brutal fuerza del capitalismo monopolista, y por eso, lo denunció. Lenin penetró en la más honda entraña del mismo, y lo venció. Lo que Martí avizoró con precisión, Lenin lo analizó con profundidad. En Martí la comprensión fue eje de una acción práctica, encaminada a la liberación de un pueblo; en Lenin la comprensión se transformó en arma que universalizó la lucha por la liberación de los pueblos. Ser hambres de una tierra o de un continente, es también serlo del mundo. Ser universal —la más alta dimensión histórica posible— equivale a ser hermano de todos los demás seres humanos como lo fue Lenin. Por eso hoy pueden estar reunidos Martí y Lenin en la colosal tarea de transformar desde su raíz a esta tierra cubana haciendo de ella un bastión de la humanidad futura.

Hijos de una misma época actuaron en diferentes contextos histórico-sociales. Partiendo del dolor de su propia tierra, la contemplación del mundo los hizo revolucionarios; y también por el hecho de haberlo sido puede encontrarse en ellos elementos de aproximación humana e histórica.

2. Se incorporaron a la lucha revolucionaria en plena adolescencia: Martí fue condenado a presidio a los dieciséis años de edad, en 1869; Lenin, detenido por primera vez cuando tenía diecisiete años en diciembre de 1887. Temprano despuntaron como militantes y precisamente por ello no es fácil delimitar cuáles fueron las principales motivaciones de su actividad revolucionaria, pues, en hombres de esa talla todo sucede —hasta lo más extraordinario— con una espontaneidad asombrosa. Sin duda, a ese brotar de la acción revolucionaria contribuyeron la remoción de la conciencia de los jóvenes de su tiempo, la agitación de grandes contingentes del pueblo, el desencadenamiento del proceso revolucionario, en suma. En Cuba, la revolución del 10 de octubre de 1868 conmovió a todo el país; en Rusia, el surgimiento del movimiento obrero, las actividades heroicas e impresionantes de los populistas, como la ejecución pública del zar Alejandro II y el intento de ajusticiar al zar Alejandro III en 1887, lo que valió a Alejandro Ulianov, hermano mayor de Lenin la pena de muerte, acentuaron el ritmo revolucionario. Ambos —Martí y Lenin— pertenecen a la ola revolucionaria de su pueblo a partir del primer momento. Fogueados desde entonces arribaron a la madurez con una valiosísima reserva de experiencias.

3. Para ambos, en el principio, fue la acción, pues ni uno ni otro poseían en aquellos momentos iniciales una concepción plena de la situación y de su propio papel. Aún más, esa concepción no la había en los diversos componentes del movimiento revolucionario. Empero, cuando empieza la etapa de la creación política puede observarse en ellos una creciente y diáfana combinación de lo teórico y lo práctico. Es que la actividad revolucionaria, en momentos de búsqueda afanada de los caminos para la liberación, les exigió, con imperativa urgencia, ahondar en el análisis de su propio tiempo y quehacer. Son jóvenes y por no haberse criado en un concepto cristalizado del movimiento revolucionario precedente pueden crear un pensamiento político, original en cuanto enfrenta y resuelve nuevos problemas.

Martí, una vez llegado a España, tras la conmutación de su condena en 1871, continúa la agitación en pro del ideal supremo de la independencia y comienza a elaborar las experiencias de la

guerra revolucionaria que libra su pueblo hasta 1879. Lo que aprende en el México y la América Latina de entonces y las conclusiones que extrae del conocimiento de aquella primera guerra cubana, acerca de la cual proyectó escribir un libro, son los pilares de su construcción teórico-práctica. Lenin perseguido hasta el punto que se le prohíbe continuar sus estudios, sacudido por la ejecución de su hermano, se inicia en el análisis sistemático del marxismo desde 1888. Y cuando llegan los años de creación del Partido bolchevique (1897-1904) conoce y valora como nadie puede hacerlo, la historia del movimiento revolucionario precedente. En ambos, lo histórico, que es experiencia, revela nuevas posibilidades teóricas y prácticas; para el uno y para el otro, lo nuevo brota como resultado del análisis crítico del proceso del cual forman parte.

4. Posiblemente, uno de los primeros hallazgos tanto de Martí como de Lenin en este aspecto del conocimiento cabal de su tierra y de su gente, fue la necesidad de ajustar lo universal a lo propio. La vida, lo vivido, les exigía el desarrollo particular de lo universal. Martí se percató de ello cuando descubre que el modelo norteamericano de la democracia ni es modelo, ni puede servir para otra cosa que no sea la dominación de Cuba, y también, cuando afirma que los “cristales ingleses” no sirven para mirar a la América Latina o que un “decreto de Hamilton no le para la pechada al potro del llanero”.<sup>1</sup> Y Lenin en su polémica con los “amigos del pueblo” en 1894 define precisamente el marxismo como una explicación científico-revolucionaria de la sociedad que debe ser aplicada a cada caso concreto tanto en el tiempo como en el espacio, negando que las obras del genial pensador comunista lo explicaran “todo”, sin más. Desde aquella fecha se observa su ahincada dedicación al estudio profundo de lo concreto de su patria (desarrollo capitalista, situación agraria, etc.).

<sup>1</sup> José Martí: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 6, p. 17. [En lo sucesivo, *OC.*; *Nuestra América, Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ta. ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 9. (*N. de la E.*)]

5. Sería interesante en este punto establecer un hecho común en la biografía de Martí y de Lenin. Una gran parte de la vida de ambos —que, por cierto, no fue particularmente larga, pues uno muere a los cuarentidós años y el otro, a los cincuenticuatro— transcurre lejos de la patria. Mantienen, claro está contacto estrecho con ella, pues han establecido y cultivan las relaciones con militantes revolucionarios afines; sin embargo, objetivamente se encuentran lejos de la tierra natal. Ello no les impide ver cada vez con mayor nitidez dónde radican los problemas principales y cómo deben ser abordados para que su solución se corresponda íntegramente con la Revolución que ellos conciben y preparan. Desde luego, no se trata de pura y simple intuición, sino del conocimiento exacto que tienen de su pueblo, de la situación social, política y económica del país, de las clases y sus respectivas posiciones y, obviamente, de que se han vinculado con numerosos informantes. Ambos sostuvieron una copiosa correspondencia que no se ha conservado íntegramente porque su carácter clandestino la destinó a perecer en cuanto alcanzara sus objetivos. También emplearon mensajeros y agentes que volvían con valiosa información recogida en diferentes medios revolucionarios.

6. Cada cual por su vereda, llegó a comprender que la solución a los ateneantes problemas del pueblo, tenía que ser revolucionaria, subversiva y subvertidora. Como es obvio, se plantearon objetivos diferentes, si bien se aproximan porque la Revolución concebida por ellos es exhaustiva, en lo que se refiere a la liquidación de la situación donde ella se gesta como una necesidad ineludible. Martí en su obra titulada *La república española ante la revolución cubana* (1874) lejos de hacer un simple llamado a los liberales y los progresistas españoles de la época, está demostrando que ni ellos siquiera han podido modificar la situación colonial y que, por consiguiente, mucho menos lo harían los colonialistas convictos y confesos. De este modo, Martí se mantiene alineado con los que luchan en Cuba con las armas en las manos porque ha comprendido que es esa la única salida. Años después, sus escritos revelan que la situación del país le va confirmando esta concepción radical. Por eso, en los momentos de febril preparación de la nueva guerra, acentúa su sólida

argumentación contra todos los que intentan la revolución a medias, pues, en verdad, escamotean la Revolución. La gente anexionista y la reformista sostienen, por igual, que el pueblo no está preparado para el gobierno propio o que hay un peligro de predominio del negro o que Cuba seguirá el camino triste de los demás países latinoamericanos, desde su independencia en 1820-1825, tesis especialmente enderezadas a que los cubanos acepten cualquier “menor mal”. Son los “revisionistas” de la consigna de la independencia nacional, porque su propaganda ofrece lograr la independencia a través de procesos que no conducen a ella.

No menos intensa fue la batalla de Lenin contra populistas, mencheviques, “economistas” y liquidadores todos los cuales coincidían en una idea fundamental: la imposibilidad de realizar una verdadera revolución por las mayorías del pueblo ruso, bajo la dirección del proletariado. Para estos también el pueblo ruso carecía de aptitudes o de experiencia o de cultura. Cuando Lenin los acusaba de renegar del pueblo y ponerlo a la zaga de la burguesía y del zarismo denunciaba toda la falsedad de esas ideas, que también constituían soluciones de “menor mal”, revisionismo rampante.

7. Esta Revolución, profunda, radical, que cada cual, conforme a su tiempo, propugnaba, no era ni podía ser, un mero cambio de algunas estructuras. Martí, en todo momento, habla de transformar al pueblo y al hombre, para hacer de ellos entes conscientes, cultos, responsables, capaces de llevar sobre sí la carga de una gigantesca tarea. La Revolución de Martí quiere que el pueblo cubano se modifique de tal modo que no quede en la patria un solo vestigio del colonialismo, porque él sabe que las revoluciones a medias, como había sucedido en la América Latina, consagraban la situación colonial. Lenin a su vez, postula también que la democracia burguesa y toda otra solución a medias impedirán la transformación plena del país y del pueblo. El gran dirigente bolchevique, en repetidas ocasiones, se refiere a los cambios de estructura y de conciencia que deberán producirse a consecuencia del desarrollo revolucionario de su patria.

Ambos coinciden en este aspecto: la Revolución es profunda, total y habrá de producir cambios sustanciales, o no será Revolución

y, por consiguiente, el régimen tradicional seguirá existiendo por más que se le cambie la apariencia.

8. Acción fundamental fue, para ellos, la creación de un partido. Pocos elementos acercan al Partido Revolucionario Cubano y al Partido Bolchevique, pues fueron producto de condiciones objetivas y de metas específicas. Sin embargo, entroncan por la común raíz del pensamiento que les da vida. Para Martí, como para Lenin, no podía haber revolución sin un instrumento orgánico que la expresase y la orientara. Esto es, no concebían una Revolución sin Estado Mayor, pues ella es choque armado; en última instancia, la veían como un ejército en el cual el mando es condición indispensable. Bastaría observar que el concepto de “vanguardia” aplicado al partido en tiempos de Lenin, es también palabra precisa del arte militar. Ahora bien, en lo íntimo de esa concepción no existe solamente la idea formal de la Revolución como combate, sino también, y sobre todo, la idea que ella es cosa del pueblo y el partido revolucionario tiene que ser el pueblo y no puede dejar de serlo. Y en ello coinciden aun cuando para Martí el pueblo sea un concepto social vertical y para Lenin sea horizontal, esto es, formado por la clase obrera y sus aliados. En este sentido, la agrupación partidaria encarna y consolida y fortalece todas las posibilidades y las reservas revolucionarias de un pueblo.

A la organización política dispersa, atomizada y contradictoria que caracterizó a la revolución de 1868 dentro y fuera de Cuba, Martí le sustituye el PRC, con estructura apropiada, programa y unidad formado por miembros que pertenecen siempre a un club u organización de base. Lenin, sobre las ruinas del populismo terrorista, de carácter clandestino y excluyente, y en lucha con los círculos de gente “selecta” que se aísla de la masa obrera, como sucedía con el grupo Emancipación del Trabajo, creado por Plejanov en 1883, construye teórica y prácticamente el POSDR con un programa diáfano, una disciplina firme y una composición popular sólida, formado por militantes que deben estar integrados a un organismo de base.

9. No es cosa de sorprenderse si, habiendo entre esas organizaciones históricas —el PRC y el POSDR— el hondo nexo de lo popular, se puedan apreciar en su realización concreta convergencias

significativas. En efecto, la concepción del partido como dirigente y vehículo de la *guerra necesaria* implicaba que este tuviera características apropiadas a su tarea. Para Martí, el PRC requería dos ramas, una pública, de propaganda y movilización del pueblo, otra secreta destinada a transformar todo aquello en insurrección concreta. La totalidad de la actividad estaba sometida al objetivo básico: la lucha armada. Para Lenin, el POSDR dirigía la acción revolucionaria, en todas las formas que ella pudiera revestir, aprovechándolas, en suma, para preparar la victoria cuando se produjera el choque decisivo; también en este caso, todo debía servir a la consigna de la toma del poder. Un partido tal demandaba especiales métodos y contenido como lo precisa Lenin en muchas de sus obras, particularmente en *¿Qué hacer?* (1902).

10. Es de máxima entidad subrayar que en ambos hay una negación radical de todo espontaneísmo. Si no hubiera —como hay— innumerables fragmentos de la obra de Martí y de Lenin en que se manifiesta de un modo muy claro la tesis de la revolución como proceso orientado y organizado en abierta contradicción con todo espontaneísmo, la posición de ambos acerca de lo que era el partido en sus respectivos medios y circunstancias sería prueba suficiente de la analogía que los une. ¿Qué quiere decir Martí cuando expresa que la revolución cubana no es un mero “estallido del decoro”? Indudablemente expresa que se trata de algo previsto, organizado y dirigido diáfananamente hacia un objetivo. Lenin, por su parte, cuando rechaza el “economismo” por conducir precisamente al espontaneísmo o, aún más claro, cuando fustiga la teoría de la ineluctabilidad de la caída del sistema capitalista por el simple desarrollo de las fuerzas productivas, como pretendía el desviado Kautsky, sostiene un principio semejante al de Martí, aunque, como es lógico, con supuestos e implicaciones diferentes. Y, desde luego, no nos engañemos: el espontaneísmo a que ellos se refieren no es el desarrollo *natural* del espíritu revolucionario en el pueblo y en las masas; ese espíritu existe siempre, y aún más, preexiste a toda organización revolucionaria, de la cual constituye un supuesto ineludible. Ellos combaten la tesis de que basta con dejarse llevar por lo

que hagan las masas en el propio desarrollo inorgánico de sus combates; en suma, dirigían sus tiros contra el espontaneísmo que consiste en abandonar al pueblo al azar de su suerte, la cual, por otra parte, se encuentra condicionada por la fuerza bruta y la propaganda sutil del enemigo, sea una clase o sea un poder imperialista.

Ahora bien, la oposición entre espontaneísmo y organización no es sino un aspecto material de la oposición entre los partidarios del automatismo del desarrollo revolucionario y los propugnadores de la conciencia como motor irrenunciable de la revolución. Al cabo, mientras los primeros, en la práctica, niegan la capacidad de los pueblos para comprender sus propios intereses y posibilidades, los otros la afirman. Martí y Lenin, cada uno en su momento, consideraron necesario que la conciencia asumiera su papel dirigente en el desarrollo de lo que en forma objetivamente espontánea brotaba del seno de las masas.

11. Si, para Martí como para Lenin, la revolución y el partido son el pueblo, la base de la acción tiene que ser un llamado a todo el pueblo. Martí unió a todos los elementos de la revolución cubana de entonces, aún cuando alguno que otro careciese de una total comprensión del objetivo. A cada cual daba una función y asignaba un servicio en la obra de conjunto, si bien, lo esencial —lo grave y decisivo— pesaba sobre los revolucionarios consecuentes, y, en primer término, sobre él mismo. Este llamado a todos y este separar a los cubanos imperfectos de los patriotas cabales no implicaba reducir u ocultar el programa máximo, pues ello hubiera constituido una concesión ideológica innecesaria. Léanse sus discursos, artículos y cartas de 1889 a 1895, y se verá cómo subraya diferencias, cómo caracteriza a los que no son revolucionarios, cómo orienta a los sinceros que aún no comprenden bien el carácter de la Revolución.

Lenin, a su vez, no rechazó las alianzas en la medida que ellas favorecían a la Revolución. Se vinculó con los llamados marxistas legales, con los marxistas “selectos” del tipo de Plejanov, más tarde con los socialdemócratas europeos contrarios a la guerra, aunque no fueran consecuentes en la conferencia de Zimmerwald ni en la de Kienthal; más tarde, ya en el poder, comparte en alguna medida con los social-revolucionarios la

actividad política. Pero, tales alianzas o coincidencias no llevan consigo un ocultamiento de las diferencias que los separan; por lo contrario, la hercúlea batalla que libra desde 1898 hasta 1917 se debe a que, por encima, de todo él mantiene de un modo irreductible su deber, su necesidad y su libertad de crítica de los amigos y aliados ocasionales. Como Martí, él no hacía concesión ideológica. La diferencia entre uno y otro consiste en que esta condición de claridad política se produce en diferentes medios sociales, pues la Revolución rusa era proletaria y campesina y no podía ser otra cosa.

12. Ese llamado a todos no sucede por azar. Los grandes revolucionarios ven lo que hay, de verdad, en la masa de su pueblo y saben que en ella existen incontables posibilidades de acción. Por consiguiente, para desencadenar el movimiento no buscan exclusivamente a los que ya están en el camino de la Revolución. Martí conoce a los veteranos de la revolución de 1868 y de inmediato no puede concertarse con ellos pues los separan graves diferencias que él expresa en su famosa carta a Máximo Gómez el año 1884. Se vuelve entonces para su acción integradora a la masa del pueblo, a los revolucionarios sin fama; sobre todo, a la gente nueva que no ha heredado prejuicios y se siente con ánimo de hacer grandes cosas, y las hace. Por eso desde entonces en la emigración y en Cuba, Martí asocia a su obra a los obreros, a los hombres de campo. Con ellos, como formando una base indestructible, articula el Partido, difunde el programa, penetra en todas partes; en suma, transforma en ambiente revolucionario, lo que era solamente una idea dispersa en cientos de miles de cubanos, y, de este modo, incorpora a los veteranos de una manera firme y diáfana. Para hacerlo, Martí, al igual que Lenin más tarde, no se plantea la cuestión como un deseo o un proyecto personal, sino como resultado de un análisis de la situación objetiva del país. Recordemos cómo hacia 1889 empieza a martillar sobre la idea del fracaso y la burla del reformismo autonomista, sobre la existencia de la crisis económica que se revela plenamente en 1892 y 1893, sobre la evidencia de la penuria del pueblo trabajador. Lenin desde el inicio de su actividad de gran organizador allá en Petrogrado hacia 1894, abre las puertas de los grupos marxistas a la gente nueva, libra una batalla ideoló-

gica contra los “veteranos” ahitos de teoría pasiva y penetra en las fábricas, suma trabajadores a la organización que él dirige, la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. De modo que esta representa en el proceso de organización del Partido bolchevique, un tanteo similar a lo que fue para la formación del PRC, la Comisión Ejecutiva creada en 1887, cuyo carácter y objetivos definió Martí en carta escrita a Juan Arnao precisamente el 5 de diciembre, el día exacto en que Lenin cayó preso por primera vez en Kazan.

13. Martí y Lenin fueron excepcionales dirigentes por la poderosa conjunción de la acción, la teoría y la profunda fuerza de su convicción. No desfallecen en cuanto han emprendido el claro camino de la revolución. Las derrotas parciales los proveen de mejores armas para volver al asalto, no los desvían de la gran tarea que se han impuesto. Con más decisión retorna a la pelea Martí, tras de su discrepancia con Gómez y Maceo en 1884; como lo haría Lenin, durante su intenso batallar contra los desviados y reformistas —los mencheviques— en los años tan llenos de alternativas en que se celebran los primeros congresos del POSDR (1903-1907).

Para sus enemigos o para los que simplemente no comprendían, ambos aparecieron como hombres inflexibles, sordos al razonamiento, y severos con los indecisos y los tibios cuya timidez o malicia se revestía de supuesta ciencia o de aparente fidelidad a los sentimientos del pueblo.

A Martí, un cubano digno aunque de corta visión —me refiero a Enrique Trujillo—, lo acusó de dictadura interna, por su sólida posición ideológica y el poder que tenía en la estructura del PRC; a Lenin, los Martov, los Trotsky y otros social-demócratas inconsecuentes, lo acusaban igualmente de inflexibilidad y de ambición de poder. Ni los cubanos que tal hicieron en su momento, ni los rusos en el suyo, comprendían lo que es esencial en los guías como Martí y Lenin: su propia, íntima e irrevocable convicción de que solo hay un camino, que ellos lo han emprendido correctamente y que si fuere preciso, solos contra todos, librarían la lucha ideológica hasta vencer las incomprendiones, las vacilaciones y las trampas que se les oponen. Dirigentes de esa categoría tienen una confianza muy sólida en su propia visión

y aún más que confianza, puesto que esa visión se confunde e identifica con toda su vida y su pensamiento. Y para la vida y el pensamiento de hombres como Martí y Lenin no hay obstáculo, no hay derrota, solo hay realización de la verdad que ellos han descubierto por debajo de la costra engañosa de las apariencias.

14. Esa confianza en el propio pensamiento y acción trasciende del marco de lo actual y del porvenir inmediato. Porque ven lo más hondo, avizoran también lo más lejano, pues en la hondura de lo social y lo humano se hallan los cimientos de la historia que habrá de ser. Martí, en la pugnaz creación revolucionaria, traza líneas de lo que será el futuro de Cuba y, aún más, de América. Afirma que la independencia de Cuba restablecerá el equilibrio del mundo, quebrado por la irrupción del imperialismo yanqui, y, al par, servirá de escudo a la América Latina que debe plantearse la tarea de su segunda independencia. Para abordar con mano firme las exigencias del futuro él pensaba unir a toda la América Latina en torno a la revolución cubana. Y si fallase la democracia en la tierra pequeña que le movía la vida, entonces, desde la República injusta habría que continuar la lucha —como él ofrecía a Carlos Baliño— en la que los trabajadores, la masa “conmovera”, despreciada por la gente oligárquica, conquistase su derecho a una existencia decorosa. Hay toda una promesa y una anticipación genial de la historia en esa visión martiana del futuro.

Como la hubo en Lenin. Cuando comenzó la Guerra Mundial de 1914, frente a su carácter depredador y criminal ocultado por una fraseología patrioter, Lenin afirmó que ella terminaría con grandes revoluciones destructoras del poder del capitalismo. En el periódico *El Social Demócrata*, 1º de noviembre de 1914, o sea, pocos días después del inicio de las operaciones militares en Europa, dijo: “Si no es hoy, será mañana, si no es en el curso de la guerra presente, será durante la siguiente, la bandera de la guerra civil del proletariado devendrá el punto de reunión no solamente de centenares de miles de obreros conscientes, sino también de millones de semi-proletarios y de pequeños burgueses hoy burlados por el chovinismo”.

Lenin comenzaba a elaborar entonces su obra sobre el imperialismo que representa junto con *El Estado y la revolución* la parte culminante de su creación teórica marxista. Aquella explicaba que el imperialismo era el último reducto posible del capitalismo, de la burguesía, de la propiedad privada; la otra, presentaba a los pueblos —como posibilidad real— la nueva organización que surgiría de la crisis final del sistema capitalista. En su profunda previsión del futuro Lenin no se limitaba a declarar la existencia de una forzosa y definitiva crisis del sistema, sino también proponía una de las formas de superarla y analizaba vigorosamente los fundamentos de la sociedad que nacería de la crisis. La crisis la observó en la guerra imperialista a lo largo de los años 1914 a 1916; la organización futura la conoció en la propia realización de la gran Revolución Socialista de Octubre, como culminación de la Comuna de París y la Revolución Rusa de 1905.

15. Una consideración última. Para quienes estaban tan inmersos en el ser y la conciencia históricos de su pueblo, la tradición, no ya política y revolucionaria, sino cultural desempeña un papel decisivo. Martí es el único cubano que, en su tiempo, examinó con máxima agudeza —a veces reduciendo su dicho a pocas frases— a los compatriotas de más alta significación en la cultura, tanto a los que le precedieron como a sus contemporáneos. Como es sabido, ello no era un simple ejercicio intelectual, sino una tarea patriótica de primera importancia. Lenin, además de sus juicios profundos sobre los grandes nombres de la cultura rusa, salpicaba sus trabajos, sobre todo los más polémicos, con citas de frases y de personajes —como arquetipos— de las obras maestras de la literatura nacional. En este caso, la raíz historicista del pensamiento de ambos se revela con fuerza pareja a los análisis que realizan sobre el pasado, como condición fundamental en la génesis y fortalecimiento del movimiento revolucionario de su tiempo.

16. Así vemos a Martí y a Lenin en este año del Centenario.

Otros pueden hallar mejores términos para aproximarlos, quizás algunos disientan de nuestro análisis, por temor a que se considere aventurado o impreciso reunir a dos genios tan específicos como ellos. Siempre habrá quien aspire a más, y lo deseamos,

para que prosiga el esfuerzo de comprensión de ambos hasta lo más íntimo de la historia.

Cuando dos grandes personajes de la historia se conocen en alguna medida o tienen fuentes de inspiración comunes bien definidas, cualquiera aproximación es posible y hasta necesaria. No es el caso de Martí y Lenin, aunque nos parece evidente que hay significativas coincidencias entre ellos.

Quizás, los hemos puesto juntos, porque el destino de los grandes revolucionarios es ese: aproximarse, pese a las diferencias, confundirse, pese a su especificidad, reunirse, pese al tiempo y a la experiencia que los separa. Saltando más allá de nuestro propósito en este esbozo, podríamos decir que los revolucionarios de todos los tiempos desde Espartaco hasta Marx se asemejan en los fundamentos de su acción transformadora.

Quizás, este afán nuestro de verlos juntos no sea más que un reflejo del fenómeno histórico que los reúne en nuestra Revolución, donde los tenemos con válido orgullo como maestros. Por haber sido ellos mismos expresión plena de un pueblo en momentos de creación, en la “hora de los hornos” nuestro pueblo y otros pueblos, los ven juntos de un mismo lado de la pelea secular del hombre por su liberación.

Quizás los hemos reunido porque desde Julio Antonio Mella, se han juntado con claridad sin par el ejemplo de Martí y de Lenin en cuya huella encontramos a Rubén Martínez Villena, a Jesús Menéndez y a tantos otros, que jalonaron el camino de la liberación hasta la victoria de Playa Girón.

Este aspecto, tocado aquí de pasada, ameritaría un laboreo particular, porque implica nada menos que un examen a fondo —todavía no realizado— de la tradición ideológica revolucionaria cubana; de inmediato digamos que los entronques ideológicos de este tipo son posibles, claro está, porque existen en la sociedad que los acoge condiciones propicias, si bien con decirlo no resolvemos la cuestión, pues lo que debemos ver, como elemento mucho más importante para el análisis y la comprensión históricos, es cómo se emparentan por su forma, su estructura, y, en el caso, por su contenido histórico, las corrientes diversas que en un momento dado se conjugan en la conciencia y en la acción de un pueblo. Históricamente, no es posible la conjunción

interna de teorías, principios y actividades contradictorias; combaten, pero no se conjugan para un fin común. Alguna de estas cuestiones hemos intentado dilucidar en las presentes cuartillas provisionales y tentativas limitándonos con deliberación ostensible, a los aspectos formales y de estructura del pensamiento y de la acción de Martí y de Lenin en su calidad señera de dirigentes políticos.

En verdad, no sería posible comprender la pareja significación de su pensamiento y de su acción, si no fueran diferentes. Lo que permite ahondar en la historia es precisamente lo general y común que se encuentra en el análisis de lo diverso. Aquí en Cuba, en medio de nuestras afanosas labores, bajo lemas que no reflejan coyunturas anteriores, nos podemos dar cuenta de lo mucho que nos une a las grandes tradiciones y las revoluciones precedentes. Como Martí y como Lenin, para cumplir nuestras específicas tareas de constructores, seremos incansables, no haremos concesiones, sabremos discernir quiénes son nuestros compañeros de armas y quiénes no lo son. Volveremos a la carga, una y otra vez, cuantas fueren necesarias, para vencer al enemigo que se nos oponga, sea el imperialismo, sea el subdesarrollo, sea la conciencia equívoca. Martí y Lenin, en verdad, lo hicieron solos en muchas ocasiones. Nosotros no estamos solos: millones de hombres de todos los continentes con la vanguardia vietnamita al frente se hallan igualmente en el camino de Martí y de Lenin.

Bien ha valido poner a Martí y a Lenin juntos, cada cual en su tiempo y quehacer, porque nos ilustran de modo más preciso sobre la historia, nos ayudan a comprender aún más que el camino nuestro es el de los grandes ideales, los héroes perdurables y las realizaciones imperecederas de la humanidad.

## EL HISTORICISMO MARTIANO EN LA IDEA DEL EQUILIBRIO DEL MUNDO\*

En la cuantiosa obra de Martí, plena de conceptos nuevos, de expresiones inusitadas, de atisbos geniales sobre graves cuestiones, a veces sustanciados con un trazo luminoso, hay rasgos de síntesis, inadvertidos en la lectura primera. A partir de un momento dado ellos son reiterados, matizados y retenidos por su inescapable jerarquía dentro del pensamiento histórico-social deducido y elaborado de su varia experiencia. En ocasiones, una idea brota para integrarse con las líneas fundamentales de su acción revolucionaria estratégica, siempre a través de un proceso de sucesivas formulaciones en las cuales asoman, para quedar, elementos no contemplados o solamente implícitos en su origen.

Una de las indagaciones necesarias para la comprensión cabal de esa dinámica, en la cual aparecen contraponiéndose de modo dialéctico —en sentido lógico e histórico— conceptos y comprobaciones, consistiría en precisar los momentos de irrupción de esas líneas e ideas y proceder a su análisis, así sea, como en el caso de estas páginas, una simple aproximación, por el rastreo de vínculos sucesivos con los contextos —condiciones y circunstancias— en que la fórmula martiana se movía como parte de toda la gestión liberadora. Apuntamos aquí un paralelismo, sincronismo más bien, entre la biografía de sus ideas básicas y la biografía total de su acción. Por la riqueza de ambas podemos asegurar,

\* Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, n. 2, 1979.

desde ahora, que la producción y el crecimiento de sus conceptos —a veces, reducidos al empleo de una o dos palabras en determinado lugar y no en otro— es cosa de laboriosa aprehensión. La palabra, aún más si es una frase, no posee en Martí una exclusiva o frecuente función de color o descriptiva sino de contenido, de conocimiento. A veces la palabra usual no le basta para la sustancia e inventa o desentierra o traduce el vocablo de fuerza expresiva. A modo de ejemplo así nacen los adjetivos *lamerricos*<sup>1</sup> y *ultraaguilistas*<sup>2</sup> para designar a los servidores de la plutocracia y de los imperialistas; o *bibliógenos*<sup>3</sup>, para calificar a los repetidores ineficaces de sabidurías aprendidas; o *gubernívoros* y *buró-manos*<sup>4</sup> para motejar el carácter parasitario de la gente aficionada al botín de empleos administrativos.

Es obvio que un estudio tal debería realizarse para todas y cada una de sus ideas, conceptos y, eventualmente, vocablos básicos, matrices de su acción. Pongamos por caso la fórmula de la autenticidad político-social: no imitar o calcar “modelos”: insertar lo universal en el tronco propio. Aparece temprano, en su carta a Macal (1877), para volver una y otra vez, refinada, ceñida y fortalecida a lo largo de su batalla sin tregua por la liberación. Pareció surgir de su precoz experiencia latinoamericana, se incorporó a su pensamiento continental y desembocó en el programa de la revolución cubana como un elemento principal de rechazo a los proyectos anexionistas e imperialistas.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> José Martí: “La excomunión del Padre McGlynn”, Nueva York, 20 de julio de 1887, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 11, p. 244. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

<sup>2</sup> JM: “A Gabriel de Zéndegui”, Nueva York, 21 de octubre [1882], *OC*, t. 20, p. 303; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 17 p. 350. [En lo sucesivo, *OCEC. (N. de la E.)*]

<sup>3</sup> JM: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *Nuestra América*, *OC*, t. 6, p. 19; *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ta. ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 11.

<sup>4</sup> JM: “Un día en Nueva York”, 7 de octubre de 1888, *OC*, t. 12, p. 73.

<sup>5</sup> JM: “Carta a Joaquín Macal”, 11 de abril de 1877, *OC*, t. 7, p. 97; *OCEC*, t. 5, p. 83. En 1893, glosando las ideas de Bolívar, diría: “La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando:—¡ni de Rousseau ni

De pareja importancia, y con muy directas derivaciones en la génesis y desarrollo del movimiento revolucionario de 1895, es el de la *unidad revolucionaria*; derivado de su reflexión y análisis de la revolución cubana de 1868, se depura en el movimiento de 1879-1880 y reaparece con fuerza y forma superior en 1888-1889 cuando ya su acción práctica le revela el ineludible carácter instrumental del concepto y la necesidad de mantenerlo vivo por glosa o reiteración simple y por aplicación en todos y cada uno de los momentos de la etapa final (1889-1895) de su magna empresa.

Para reafirmar la necesidad de un ejercicio tal mencionemos una de sus tesis más sostenida y de profunda categoría histórica, aún hoy día. Se trata de la *unidad entre la guerra y la paz*, a la luz de la relación entre la revolución liberadora y la república democrática futura, todo ello conciliado en virtud de su recíproca dependencia.<sup>6</sup>

No podría emprenderse un laboreo tan complejo, sin tener en cuenta que a ese nacer de ideas corresponde el morir de otras tantas que sepultadas o relegadas a una función simbólica, le sirven cada vez menos para la acción, y lejos de ayudarlo a comprender su mundo histórico con la misión que se asigna en él, le entorpecen. Obvio es que una investigación de esa categoría no está al alcance de un hombre o de algunos, indefensos, puede afirmarse sin exageración, ante el torrente de sus ideas

---

de Washington viene [...] sino de sí misma!" (Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893, *OC*, t. 8, p. 244.)

<sup>6</sup> "A prepararnos para la paz, en medio de la guerra, sin debilitar la guerra: a esto ha ido". (JM: "Proclamas. El Comité Revolucionario Cubano de Nueva York", *OC*, t. 1, pp. 150-157, *OCEC*, t. 6, pp. 171-179.) Lo precisaría por última vez en sus testimonios finales, horas antes de morir. ("Carta a Manuel Mercado", campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *OC*, t. 4, pp. 167-170; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 5, pp. 250-252). [En lo sucesivo los textos que remiten a esta edición serán representados con la inicial *E. (N. de la E.)*]. También es un resultado de su reflexión sobre la revolución de 1868.

en relampagueante renuevo. Se requeriría todo un equipo. Como invitación preliminar a un proyecto semejante vayan estas notas sobre el equilibrio del mundo, idea que surge y permanece en el pensamiento de Martí durante los años en que arriba a la cima de su acción revolucionaria.

## ¿CUÁNDO Y CÓMO APARECE EL CONCEPTO?

Martí aborda la idea del equilibrio del mundo en 1889, esto es, en el punto de partida de su tercera y ascendente etapa revolucionaria, esta vez como líder y organizador de crédito y prestigio sumos. Recordemos que en el año 1888 escribe a Juan Arnao y a Máximo Gómez las imperecederas cartas en que llama a “organizar la guerra que se aproxima”. En la formación general de sus conocimientos e ideaciones políticas este del equilibrio se nos presenta como un concepto algo tardío; no lo es, y, por el contrario, nace a punto, en la raíz de la definitiva expresión de su programa revolucionario. Puede suponerse que esa idea venía gestándose a través de una reflexión latinoamericanista, pues de años precedentes son muchos los artículos en que revela su conocimiento de las ambiciones imperialistas, entonces a la búsqueda de tierras nuestras donde emplear sus dineros en exceso y verter la producción ya sobrante de sus fábricas.<sup>7</sup> Había seguido, paso a paso las campañas públicas oficiales para la anexión de Canadá o la de México, Santo Domingo, Haití o de países centroamericanos. En carta a Serafín Bello el 16 de noviembre de 1889<sup>8</sup> afirma que para Estados Unidos ha llegado “la

<sup>7</sup> JM: “Noticias de los Estados Unidos”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881, *OC*, t. 9, p. 34; *OCEC*, t. 9, p. 26 y “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *OC*, t. 7, p. 20; *OCEC*, t. 18, p. 14.

<sup>8</sup> JM: “Carta a Serafín Bello”, Nueva York, 16 de noviembre de 1889, *OC*, t. 1, p. 255; *E*, t. 2, p. 160. En “El general Grant”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1855, *OC*, t. 13, p. 81; *OCEC*, t. 22, p. 153, había subrayado que Grant, “miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y solo por el mar y la lejanía no miraba con ansia igual al Oeste asiático”. Advuértase la fórmula: “con ansia igual”.

hora de sacar a la plaza su agresión latente”. Frase que es como un testimonio del nacimiento del imperialismo en acción sojuzgadora; porque los intereses yanquis comprendían que no podían apoderarse de Canadá o de México, lanzaban su ambición sobre las Antillas.

Su mirada vigilante descubría los peligros de expansión que acechaban a Cuba y Puerto Rico. Ya había dicho, además que para los fines de dominación no había diferencia alguna entre los partidos que alternaban en el gobierno de Estados Unidos, con lo cual penetraba un poco más en la búsqueda de los mecanismos ocultos del fenómeno que contemplaba.<sup>9</sup> Si el impulso de apoderamiento de tierras y riquezas ajenas no se debía a programa de partido específico alguno o a la voluntad de un grupo político sino que se manifestaba como carácter común de los gobernantes, entonces solo podría tener raíces más allá de personas, grupos banderizos y voluntades electorales. Por otro lado, tampoco era cosa de malignidad del pueblo norteamericano, ya que en más de una ocasión explica que lo crían para el lucro y la dominación.

Tanto la Conferencia llamada Panamericana como la Monetaria le aportaron muy expresas razones para situar el fenómeno; imperialista en otras profundidades sociales. Profundidades que no ignoraba, aunque las conocía solo de modo parcelado, cuando nos dice que el Senado es de los millonarios, de los propietarios de ferrocarriles y de bancos, lo que le lleva a cuestionar las elecciones, pues si la masa de los electores no es igualmente propietaria hay algo que desvirtúa el proceso de votación, para entregar ese órgano a la plutocracia. En enero de 1889 ha dicho que los ricos también tienen puesta su mano en la prensa; aun antes lo había dicho de las iglesias. Limitémonos a señalar aquí

<sup>9</sup> JM: “En los Estados Unidos”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de febrero de 1889, OC, p. 12, p. 135. En 1883 había dicho que demócratas y republicanos eran lo mismo, pues decidían siempre los “productores poderosos”. (“Cartas de Martí”, *La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883, OC, t. 9, p. 358; OCEC, t. 17, p. 48.) Poco después afirmaba que los representantes eran “siervos de las empresas colosales y opulentas”. (“En comercio, proteger es destruir”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, OC, t. 9, p. 382; OCEC, t. 18, p. 18).

cómo, por uno y otro flanco del análisis social-político, define el carácter clasista del gobierno norteamericano. Y ello nos bastará para apreciar que su concepto del equilibrio del mundo no es, ni podría ser, una conclusión solitaria e inconexa.<sup>10</sup> No olvidemos su dicho de 1883: “Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso”.<sup>11</sup> Este tema, solo esbozado aquí, podría ser objeto de otro estudio apenas comenzado, sobre lo profundo de su pensamiento antimperialista.

No es por azar que la formulación de la idea del equilibrio del mundo coincida con la Conferencia de 1889. Los magnos artículos que escribió entonces revelan la claridad de su pensamiento. Veía él la agresión generalizada y el desafío que el expansionismo yanqui lanzaba a la comunidad de los países desarrollados.<sup>12</sup> Subrayemos y no perdamos de vista este último: la lucha entre los colonialistas, ahora que los intereses yanquis se sienten del tamaño y fuerza de las potencias predominantes tradicionales. En una de las crónicas sobre ese Congreso, fechada el 2 de noviembre de 1889, señala que esa reunión permitirá saber quienes defienden “la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo”.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Bastaría señalar que numerosos juicios de Martí se encuentran reiterados en obras de nuestros días como, por ejemplo, *The Politics*, por Matthew Josephson, en la que se evidencia la inspiración marxista. El énfasis de Martí en su denuncia de la política de Blaine concuerda con lo que dice ese interesante historiógrafo norteamericano: el agresivo Secretario de Estado, después de 1880, “parecía más y más el portavoz, amigo y profeta de una recién llegada y todopoderosa clase: los capitales de industria”.

<sup>11</sup> JM: “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *OC*, t. 7, p. 22; *OCEC*, t. 18, p. 16.

<sup>12</sup> No una vez, sino varias, expresa su idea de que la ambición imperialista se encamina a un enfrentamiento global con Europa. Véase lo citado en la n. 121 y también una frase de 1889, en “Congreso Internacional de Washington”. II, *La Nación*, Buenos Aires. 20 de diciembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 57.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 62-63.

El día 19 de diciembre en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana a la cual asisten los delegados a dicha conferencia dijo: “¿Y preferiría [la América Latina] a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobos ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo [...] o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible?”.<sup>14</sup> Digamos que si bien la crónica estaba escrita un mes antes, la fórmula del discurso es de superior importancia, por matizada y explícita y apropiada al público que le escuchaba. Desde luego, es la continuidad de la visión bolivariana<sup>15</sup> avizorada por el Libertador, en tanto en cuanto se precisa la misión y destino de la América Latina. También la expresa a manera de contradicción del “otro mundo” –de lobos y sacristanes– cuya “riqueza temible”, por riqueza y por riesgosa, no se necesita ni debe ambicionarse. Hay una vinculación entre nivelar “apetitos y odios” y lo de ganar “riqueza temible”, que, a nuestro ver supera la fórmula genial del Libertador de Sudamérica, pues no en vano había transcurrido más de medio siglo al cabo del cual se planteaba, a diferencia de 1815-1825, una contradicción entre el desarrollo independiente y una nueva dominación económica. Hay más: Martí a diferencia de Bolívar, silenciaba toda unión con la Europa democrática frente al imperialismo. Diría en 1891: “La unión, con el mundo, y no con una parte de él”.<sup>16</sup> Obvio es que la marcha objetiva del mundo requería introducir nuevos contenidos en la concepción de Bolívar, guar-

<sup>14</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, el 19 de diciembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 139.

<sup>15</sup> *Obras completas de Simón Bolívar*, ed. Vicente Lecuna, t. 1, p. 137; t. 3, p. 871; carta a Wellesley, 1815.

<sup>16</sup> JM: “La conferencia monetaria de las repúblicas de América”, *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891, *OC*, t. 6, p. 160, y añadía, “no con una parte de él, contra otra”, como si el equilibrio logrado por la liberación lo garantizara todo, aunque se refería particularmente a no alinearse con Estados Unidos en la batalla que aspiraba a librar contra Europa por el dominio del mundo. (JM: “Congreso Internacional de Washington”. II, t. 6 p. 57.) Lo dice más claramente en 1894: (JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución,

dando lo esencial de su dimensión, o sea, la conexión específica de la independencia latinoamericana con la correlación de fuerzas en escala global. Véase, lo que dice respecto de la invasión napoleónica a México,<sup>17</sup> dando a entender que era otro aspecto de la lucha entre grandes potencias.

La América Latina deberá alzarse contra los odios y los apetitos. Si Martí ha dicho que Estados Unidos intenta desplazar el comercio inglés,<sup>18</sup> tampoco puede sentirse satisfecho en andar de brazo del británico que está a su textual decir con “un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos”.<sup>19</sup> La coherencia de su pensamiento en esos años, en cuanto atañe a la “segunda y definitiva independencia” de nuestros países destaca la necesidad de una alianza interlatinoamericana con exclusión de cualquier otra coalición.

Así aparece de modo bien articulado esta tesis de equilibrio, que en 1889 servía, además, como de resonancia a una ruidosa contienda internacional, la de Samoa, donde se enfrentaban desde 1878, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Incidentes diplomáticos, guerras episódicas en aquel rincón del Pacífico,

---

y el deber de Cuba en América”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, OC, t. 3, p. 142.)

<sup>17</sup> De paso aclara en un artículo sobre el Congreso de 1889: “al francés, traído acaso por el deseo de levantarle valla al poder sajón en el equilibrio descompuesto del mundo, cuando el francés de México, le amenazaba por el sur”. [JM: “Congreso Internacional de Washington” (II), t. 6, p. 62. La cursiva es nuestra, (*N. del A.*)]. Sobre la libertad y la independencia implicadas en el equilibrio bolivariano puede apreciarse lo dicho por Francisco Cuevas Cancino, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, 1955, t. 1; aunque hemos de preferir siempre una interpretación que sitúe ese equilibrio en lo exterior y no en lo interior de América Latina. Acosta Saignes, en su magnífica obra, *Acción y Utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, 1977, p. 380, reproduce un claro pensamiento de Bolívar que relaciona “el equilibrio del mundo” con “la reunión de toda la América meridional bajo un mismo cuerpo de nación”.

<sup>18</sup> JM: “Crónica norteamericana”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de febrero de 1889, OC, t. 12, p. 115.

<sup>19</sup> JM: “De Nueva York”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1889, OC, t. 12, p. 240.

declaraciones amenazadoras y alardes de buques de guerra, durante más de una década habían terminado con un “buen” acuerdo de división del archipiélago entre los contendientes, aunque para Martí “por la supremacía en Samoa contendrían los Estados Unidos”,<sup>20</sup> si fuera necesario. Y no era la única vez que mencionaba el conflicto. En el asunto —que no se le escapaba— estaban las dos caras del problema: el desafío yanqui y el reparto del botín entre los “apetitos y odios del mundo”.

## LA PAZ Y LA JUSTICIA UNIVERSALES

Una segunda formulación aparece en 1892. El matiz es cubano y latinoamericano. En un documento dirigido a los presidentes de Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano (Cayo Hueso, Tampa, Nueva York), explica que la organización “da poder expreso para contribuir, con la independencia de los últimos pueblos esclavos de América [...] al equilibrio y crédito necesarios a la paz y justicia universales, de las naciones de la lengua castellana en América”.<sup>21</sup> Si el nivelar es cosa de dimensión universal, este “contribuir” se refiere al destino de Cuba y Puerto Rico, una vez lograda su independencia, en el seno de la comunidad latinoamericana. Hay pues para Martí una doble necesidad de equilibrio. En otras palabras el equilibrio universal requiere ineludiblemente una acción de las naciones y los pueblos latinoamericanos, encaminada a la igualdad de condiciones (libertad, independencia de todos ellos). Como hemos dicho, el concepto es abordado desde otro horizonte; y se enriquece, porque ese aporte de nuestros países tiene que ser, debe ser, la independencia de dos de sus pueblos estratégicamente decisivos. Frente a la amenaza, la unidad en la liberación.

En este momento, la evolución de las relaciones entre Estados Unidos y los países del continente se va definiendo. Recordemos

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>21</sup> JM: “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 439; *E*, t. 3, pp. 87-88.

que “la agresión latente” a punto de manifestarse en los hechos el año 1889, unos tres años después o sea en el mismo 1892, cobra certitud en la República “que se declara ya agresiva, y nos comprende, como puesto de defensa necesaria en su plan de agresión”.<sup>22</sup> La paz y la justicia universales de las repúblicas hermanas no dependen solamente del curso de su desarrollo particular y de la independencia de todas ellas, sino también de la presencia de “apetitos y odios”, sobre todo de Estados Unidos, que intenta dominarlas, fomenta entre ellas, celos, recelos y conflictos, tema este del cual aparecen atisbos datados de 1875 desde México; y se encuentra más definido en la década de los años ochenta a lo largo de numerosos artículos y crónicas, especialmente las relativas a la Conferencia de 1889, desde luego, aún más lo hallamos años después. Como una de las primeras manifestaciones de esta preocupación recordemos su comentario sobre la disputa entre Estados Unidos y Gran Bretaña acerca de la neutralidad del futuro canal de Panamá. “¡Dolorosa cuestión, preñada, ay!—y no para los españoles—de amenazas!”.<sup>23</sup>

En suma, el equilibrio constituye un objetivo de la América Latina para no caer víctima de los “apetitos y odios”, entonces en presencia contradictoria a lo largo y ancho de nuestras tierras. No concierne a la estabilidad interna de la comunidad latinoamericana, elemento que tampoco se hallaba en Bolívar, puesto que uno y otro partían de la idea de la unidad. La inestabilidad implicada en el concepto de equilibrio no proviene de nuestros países sino del exterior. Como es sabido, lo que se deba a causas internas ocupa la atención de Martí en numerosas de sus páginas; por consiguiente, no lo desconoce ni lo oculta. Ciertamente en su antológico recuento histórico-socio-lógico titulado “Nuestra América”, él explica con fina y real penetración los caracteres y raíces de los problemas políticos, sociales y culturales engendrados por la tenaz supervivencia de las oligarquías coloniales. Pudiera ilustrarnos sobre el sentido interno continental del equilibrio y la paz

<sup>22</sup> JM: “El remedio anexionista”, *Patria*, Nueva York, 2 de julio de 1892, OC, t. 2, p. 50.

<sup>23</sup> JM: “España”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de diciembre de 1881, OC, t. 14, p. 257; OCEC, t. 10, p. 181.

y justicia universales, el discurso de 1889 ya citado. Allí, pone, como otras tantas maneras de negar la misión niveladora de la América Latina, las siguientes desdichas propias de la historia de nuestros países desde 1825: “desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia”.<sup>24</sup>

La América Latina, una, integrada, fundamenta el equilibrio continental y mundial en el sentido martiano. Bien mirado, el concepto en la sucesiva formulación que hallamos hasta 1892, se aproxima a una contemplación actual, sin que debamos atribuir a Martí aunque fuese de soslayo, una visión como la nuestra. El “desmigajarse”, “el desintegrarse” y el enfrentarse “por celos de vecindad” apuntan diáfananamente a fenómenos de esencial origen de clase e imperialista frente a los cuales el movimiento revolucionario plantea el desarrollo propio e independiente, la unidad del pueblo, la unión de los países en haz solidario y la paz y respeto mutuo. Todo ello resuena en lo que podría ser hoy la búsqueda de un equilibrio real, basado en la instauración y vigencia eficiente de la igualdad de los países y Estados en todos los aspectos de la actividad y existencia social interna e internacional, sobre todo en la verdadera autodeterminación. Esta exégesis tiene en cuenta, obvio es, la división entre los países, promovida por la agresión norteamericana dominadora, definida por Martí desde 1889 y aun antes; acerca de lo cual no es preciso recordar aquí cuántas veces y con qué fuerza, escribió entre los años 1876 y 1890. De no menor gravedad era la lucha interna del viejo colonialismo contra el progreso o entre las élites (oligarquía y burguesía) afrancesadas o britanizantes, entre los cuales destaca como ejemplo cubano a los anexionistas y a los autonomistas, con sus prolongados suspiros por el modelo canadiense de autonomía; o también el enfrentamiento de los hombres naturales, o sea, la “masa mestiza, hábil y conmovedora del país” y la gente amonedada que haría su oficio de celestina

<sup>24</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, el 19 de diciembre de 1889, *OC*, t. 6, p. 139.

cuando viera la oportunidad de entregar la tierra al extranjero mejor postor en la salvaguardia de sus caudales.

Todas esas características, elaboradas durante años, se condensan en su pasmosa síntesis de “Nuestra América”,<sup>25</sup> y plantean, con lujo de frases y adjetivos incidentales precisos –que no debemos reproducir aquí– un análisis de clase, de pugna social, al nivel de su tiempo y lenguaje. No hay duda alguna de ello. Y, en consecuencia, apuntan hacia las flaquezas de la América Latina que vinculan la suerte de ella con las ambiciones imperialistas.

Entre la historia absurda que sobrevive desde el siglo XVI a la futura historia en que eventualmente se superpondrá, si no lo detienen, el absurdo imperialista, las repúblicas y naciones de la América Latina tendrán un camino único: andar entre sí y con el mundo en el goce de su liberación real por la senda de una autenticidad que no puede existir sin igualdad e independencia.

## LA REVOLUCIÓN CUBANA EN EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Hubo, y a ella legamos, una tercera elaboración del concepto. Aquí se revela a modo de desarrollo táctico, la importancia que atribuye Martí a su fórmula de inserción de la América Latina en el devenir del mundo, a diferencia de todo el pasado que la sumió en una parte del mundo y amenaza en el porvenir ahogarla en las fauces de otra parte ahora crecida para la dominación. En su artículo sobre el tercer año del PRC<sup>26</sup> glosa la idea del equilibrio en tres ocasiones. Véase cómo, según hemos dicho, hay momentos de irrupción ideológica reveladora. En 1889 aparece la primera versión de esta fórmula estratégica. En esta que calificamos de tercera etapa, final por cierto, pues falta menos de un año para el

<sup>25</sup> JM: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *OC*, t. 6, pp. 15-22; *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ta. ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, pp. 7-16.

<sup>26</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *OC*, t. 3, pp. 139-143.

comienzo de la guerra necesaria, añade un elemento hasta entonces más bien implícito y ahora de ineludible manifestación, aunque hubo en nuez ese pensamiento desde 1875.<sup>27</sup>

Se trata nada menos que del engarce y coherencia de la liberación de Cuba y Puerto Rico con la misión equilibradora de la América Latina. Y al fijar de qué modo ve el entronque histórico inmediato de lo particular y lo general del problema confiere a la revolución que organiza y configura ideológicamente un marco universal. A su manera y en su tiempo, Martí no ignora la correlación de fuerzas, la tiene en cuenta y la explica deduciendo de ella, en forma limpia, que debemos asimilar, la significación de un acontecimiento aparentemente limitado o secundario. Lo genuino del pensamiento martiano, en este caso, es la capacidad de revelar el sentido trascendente de lo que ocurría en su ámbito colonial y que precisamente los colonialistas de Estados Unidos y Europa desposeían de valor alguno. Bien poco y desnaturalizado, se decía entonces de la resistencia de todos los pueblos agredidos en África, Asia y Oceanía. Todavía hoy, con peores características, la información circula, principalmente, contra los países dominados o dominables o liberados.

En el artículo mencionado dice: “antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo”.<sup>28</sup>

No se extravía Martí en el análisis. Entre la crisis de 1893 percibida como empuje decisivo hacia la insurrección y el cerco imperialista que se cierra y define —recordemos la Ley Mac-Kinley de 1890 y el Tratado de Reciprocidad de 1893— considera inexcusable la acción.

Subrayemos el adverbio “aún” que deja un margen de futuro muy reducido para la oportunidad histórica de tener jardín propio florecido y cumplir el destino nivelador de “apetitos y

<sup>27</sup> JM: “México”, *OC*, t. 19, p. 21. Refiriéndose a México dice que sus vecinos crecen para la codicia y a sus puertas se ha de “librar la batalla del mundo”.

<sup>28</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *OC*, t. 3, p. 139.

odios". Pero, y ello no es cosa de poca entidad, debe hacerse *antes* de que se ahonde la distancia (desproporción) entre el desarrollo de Estados Unidos y el de nuestros países. Y valga, aunque sea al paso, sugerir que en este párrafo Martí ve esa desigualdad como un proceso de creciente dimensión, lo contempla con verdadera profundidad histórica. En nuestro tiempo, se habla mucho de eso, de los desniveles en desarrollo característicos de la concentración de la riqueza en algunas pocas trasnacionales que funcionan como garantía de que el proceso de explotación imperialista irá acentuándose más y más. Desde luego, los golpes crecientes del socialismo en expansión representan el freno que Martí demandaba en su coyuntura histórica, si bien continúa vigente la necesidad de unión inmediata contra el imperialismo.

Se dirá que vamos más allá de su pensamiento. No es válida la observación. Tómese sin prejuicio el comentario y se verá que, en verdad Martí comprueba entonces, porque se trata del surgimiento del imperialismo, de modo incipiente y a la altura de su sabiduría y expresión, fenómenos que la historia de tres cuartos de siglo ha comprobado. Y lo hizo sin conocer la obra de Marx, pero armado con un pensamiento histórico en el cual la actividad política dio vida por la vía del "idealismo práctico" a elementos dialécticos de indudable importancia y peso.<sup>29</sup>

No ha sido ociosa, sino muy pertinente la glosa de Fernández Retamar que sugiere la aproximación, sin confundirlos, de los conceptos martianos a la actual connotación ambigua si se quiere,

<sup>29</sup> No excluye, sino incluye forzosamente digamos, por la vía de la praxis, los elementos materialistas del pensamiento martiano, a nuestro modo de ver, fortalecidos en los componentes dialécticos de la que él denominó filosofía de relación. Viene a punto recordar que Medardo Vitier en su obra principal, *Las ideas en Cuba*, La Habana, 1938, t. 2, p. 75, dice justamente, en réplica a las imágenes peyorativas del pensamiento martiano: "Y hay, todavía gente —no enterada, claro está— que conciben a Martí como un iluso, distante de la realidad. Es el más falso de los juicios que sobre él puedan formarse". Esta fortaleza de su pensamiento está constituida a nuestro ver por esos elementos materialistas salidos de una praxis que lo acercaba a "la realidad".

pero de progresiva inteligencia e inteligibilidad y eficacia del llamado Tercer Mundo.

Pero si esos elementos, para nosotros claros y precisos, explican su insistencia en la acción —se trata del año 1893, recuérdese— hay otros más en ese párrafo que llaman a una observación adicional.

Se trata, en primer término, de que la desproporción del desarrollo advertida en “la sección más poderosa de la América” ha de convertir en “teatro de la codicia universal” a la América Latina. También en este punto la historia le daría la razón. Prefigura la lucha antimperialista, ya que él logró analizar de modo excepcional para su época y circunstancias la naturaleza e implicaciones del capitalismo monopolista. Aparte de que la política norteamericana no ocultaba su expansionismo como desafío a las potencias colonizadoras tradicionales.

Además, no podía faltar una vuelta a la idea del equilibrio (“el fiel del mundo”) que es fórmula más directa de expresar aquello de la nivelación de “apetitos y odios” que, por concesión quizás a sus oyentes de 1889, empleó después de escrita su crónica final sobre la Conferencia donde, por cierto, está la versión sin rodeos del concepto del equilibrio del mundo. Martí no era, en cosas de tan significativa importancia dentro del cuadro general de sus ideas y programa, hombre que determinaba fórmulas o las matizaba, por olvido de lo que hubiera dicho o por lograr frase más rotunda o más bella. Aseguramos, como lo hizo Gabriela Mistral, que en sus textos las palabras no están situadas sin concierto o sin jerarquía ni figuran ajenas a toda función de conocimiento o de comunicación.<sup>30</sup>

En 1894, además de un concepto incidental nuevo como el de “cruce del mundo” que sustituye con profunda connotación la consagrada expresión, “llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales” —donde se implica una consideración geopolítica de Cuba— la referencia al “fiel del mundo” responde adecuadamente a los hechos que jalonan la estrategia norteamericana para apoderarse del istmo (canal de Nicaragua, canal de Panamá, en manos europeas entonces, bahía de Samaná, en

<sup>30</sup> La gran chilena dijo que Martí conservaba “bajo la floración el hueso del pensamiento”.

Santo Domingo). Si el “fiel”, como es evidente, constituye el punto de equilibrio, en ese lugar geográfico exacto se hallan Cuba y Puerto Rico.

## LA GARANTÍA DEL EQUILIBRIO

Más adelante, en el artículo citado, al volver sobre el tema, cuya valoración debe tener en cuenta que se trata de un momento de recuento de la acción para proseguirla en tensión final (abril 1894), sus ideas adquieren una coherencia total e integración vigorosa. Dice él:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ella abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.<sup>31</sup>

Solamente la independencia de las Antillas puede garantizar el equilibrio necesario. De ser esclavas, servirían de apoyo a la “república imperial” para desafiar al “mundo celoso y superior”. Véase como en germen la idea de la carta a Mercado del 18 de mayo de 1895: los Estados Unidos caerían con esa fuerza más sobre el continente latinoamericano. Esta idea del “pontón” apareció en

<sup>31</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *OC*, t. 3, p. 142. De 1892 (“Carácter”, *Patria*, 30 de julio de 1892, *OC*, t. 2, p. 76) es un texto en que habla de enfrenar “la codicia ajena ante las naciones vigilantes [...] equilibrar el desdén histórico”.

un artículo antianexionista de 1892, unida también a la de la capacidad de los cubanos para impedir que tal sea la función subalterna de su patria en el futuro.<sup>32</sup>

¿Cómo excusarnos de recordar las palabras del ilustre precursor del socialismo en Chile, Francisco Bilbao? Decía él, en 1865:

Los Estados Des-Unidos de la América del Sur empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Ya empezamos a seguir los pasos del coloso [...] cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que cree en su imperio como Roma creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marea creciente que suspende sus aguas para descargarse en catarata sobre el Sur.<sup>33</sup>

Es la misma metáfora del “caer con esa fuerza más”, pues Bilbao daba especial atención como Martí, refiriéndose a Cuba, al avance norteamericano por América Central y el Istmo. Para el gran pensador chileno, allí está el punto de desequilibrio porque era el “pontón estratégico” para asaltar a la América del Sur. O sea, que la amenaza norteamericana a fines del siglo requiere la posesión de las Antillas, algo que muchos no consideraban necesario en los años 1850-1860.

Y vaya esta simple referencia para sugerir cuán fuerte era la continuidad del pensamiento bolivariano en las nuevas, apenas esbozadas, condiciones históricas de la segunda mitad del siglo. Aún más para advertir cómo Martí integrándose a ella, la renueva, enriquece y supera. Algún día, especialmente en cuanto a

<sup>32</sup> JM: “El remedio anexionista”, *Patria*, 2 de julio de 1892, *OC*, t. 2, pp. 49-50. En 1893 (“Otro Cuerpo de Consejo”, *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, *OC*, t. 2, p. 373) se refiere a “los vecinos de habla inglesa [que] codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur”. [La cursiva es nuestra, (*N. del A.*)].

<sup>33</sup> Francisco Bilbao: “Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las Repúblicas”, *Unión y Confederación de los Pueblos Hispanoamericanos*, Panamá, Ediciones de la revista *Tareas*, 1976 (1ra. edición, Santiago de Chile, 1862), p. 283.

Bilbao y otros latinoamericanos que andaban en la senda de la unidad continental contra las ambiciones norteamericanas, habrá que contrastar y comparar textos para que se vea un estilo político y a la par literario en desarrollo desde 1850-1860, lo cual se corresponde con el inicio de la Reforma democrático-burguesa encabezada por el benemérito indio Benito Juárez.

Volviendo al centro de nuestro tema, hay algo más: a la par de la idea sobre la misión equilibradora de América, la independencia de los países garantizaría igualmente “el honor de la gran república del Norte”. Por desdicha ella es “feudal ya” y en vez de proseguir su desarrollo interno proyecta conquistar países pequeños, de escaso poder material. Esto de renunciar al desarrollo interno para salir de bandido por el mundo nos recuerda los comentarios de Lenin sobre la falsedad del concepto de “capitales excedentes” como fundamento del imperialismo. El pensamiento de Martí viene bien definido, aunque su envoltura verbal parezca indicar solamente un puro y simple entendimiento entre las dos secciones adversas del continente.

Veamos al respecto su dicho:

Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizado de América y el mundo coaligado contra su ambición!<sup>34</sup>

Si Estados Unidos por la evolución malsana de su sistema económico ha perdido aquella autonomía que necesitaba para realizar una política internacional justa, de principios, lo único posible para salvarlo —ya que no puede hacerlo por sí mismo— es oponerle

<sup>34</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *OC*, t. 3, pp. 142-143.

naciones y pueblos libres, conscientes de su independencia y capaces de ganarla por sí. En aquella encrucijada de la historia, lanzarse a la cabeza de un pueblo en pos de la independencia era la mejor manera de impedir los proyectos imperialistas. Y si debe haber coherencia entre la acción, —el quehacer— y la idea, —la concepción— este ejemplo de Martí es elocuente.

En consecuencia, ese texto de Martí no expresa, como parecería a primera vista, una superficial invocación de paz y amistad futuras puesto que hay un hecho político sustancial —la independencia— previo a toda nueva relación entre las “secciones adversas” del continente; la “amistad” en este caso no podría sino equivaler a la soberanía plena y mutuo respeto entre ellas.

Hemos dicho que en las ideas de Martí hay como una anunciación de las luchas interimperialistas. En el texto comentado podrían originarse dudas sobre esta vertiente poco estudiada de su concepción de las relaciones internacionales.

¿Por qué hablaría del mundo “celoso y superior” que se presentaba a enfrentar las apetencias yanquis? Lo de “celoso” está claro, pues se trataba de rivalidades internacionales —ya había hablado de “odios” y “apetitos”—, pero lo de “superior”, no se explica, a menos que consideremos, a la ligera, que él se alinea con Europa Occidental. Sería trasponer los límites que él mismo nos traza (“con el mundo, y no con una parte de él, contra otra”). En otro momento anterior había dicho: “Que continuamos la revolución para obtener la independencia y libertad de Cuba y Puerto Rico, sin tratos peligrosos con los pueblos de composición diversa, en América o Europa, de quien no pueda venirnos una ayuda desinteresada”.<sup>35</sup>

Tampoco debemos olvidar que por muchos párrafos de sus obras corren expresiones de repudio al colonialismo europeo. Refiriéndose a la agresión colonialista de Gran Bretaña en Egipto y a su corolario, la lucha con Francia, escribió en 1881 un artículo totalmente anticolonialista que subraya los “pingües beneficios” que reporta esa dominación a “los grandes banqueros

<sup>35</sup> JM: “Recomendaciones”, *Patria*, Nueva York, 3 de septiembre de 1892, OC, t. 2, p. 155.

de Inglaterra”.<sup>36</sup> Más tarde, volvería a la cuestión refiriéndose al pretexto que “unos ambiciosos que saben latín” tienen para “robar su tierra a unos africanos que saben árabe”, todo bajo la especiosa idea de la civilización, “nombre vulgar” del estado de los europeos que sirve para justificar el apoderamiento del suelo ajeno pertenecientes a “la barbarie” nombre que dan los ladrones a los dueños de las tierras ambicionadas.

Y como de pasada, obsérvese qué tratamiento da, como lo hizo anteriormente ciñéndose a nuestra América, a la oposición entre civilización y barbarie, conceptos que la sabiduría latinoamericana, extranjeriza o simiesca, tomaba de modelos más o menos lejanos en el norte del continente o allende el Atlántico.

Prosiguiendo el análisis del mundo “superior” a que se refería Martí, justo es decir que él no veía al conjunto de la sociedad y la cultura norteamericanas como auténticamente superiores, por más que ensalzado a Emerson, a Whitman, a Twain, a todos los creadores que aún en medio de la forja de un orden viciado por la codicia y la violencia, tenían a su juicio un mensaje excepcional. Conforme a su diagnóstico eran superiores las cualidades del hombre natural latinoamericano, detenido en la espera de su autodefinición, o las de las culturas europeas, que los latinoamericanos gustaban de imitar sin asimilar lo útil de ellas (recordemos su llamado a la búsqueda de la autenticidad) o repudiaban solo para exaltar el “modelo” norteamericano.

A nuestro ver, en aquel párrafo la visión de Martí enfoca la cuestión según el diferente papel de las fuerzas que amenazan a la América Latina. Ni Francia, ni Gran Bretaña entraban entonces, como Estados Unidos, a tambor batiente en la América Latina; aquella, después de la intervención en México, había renunciado a ese género de aventuras, y preferiría hacerlo en África porque seguía pesando la vieja pugna por la hegemonía continental y allí se enfrentaba con Gran Bretaña y el Imperio Alemán, mientras la otra —poco dispuesta a dejar abandonadas sus posiciones europeas— se veía forzada, a cambio de una neutralidad oportunista, si no ambigua, a pactar con el expansionismo norteamericano. Ninguna

<sup>36</sup> JM: “La revuelta en Egipto.—Interesante problema”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 10 de octubre de 1881, OC, t. 14, p. 116; OCEC, t. 10, p. 72.

de esas dos potencias más lejanas constituía para Martí, con precisión del momento, el enemigo principal de Cuba, de las Antillas, de la América Latina.

De modo muy objetivo veía Martí el papel de Europa en la lucha de Estados Unidos contra las restantes potencias. Cuando habla del mundo “coligado” contra la nueva ambición deja entrever —por razón de celos, de intereses— un ocasional aliado europeo occidental de la América Latina. O quizás habría sin dudas que profundizar la exégesis, y pensamos que en este camino se hallarían elementos significativos, la América Latina independiente, con las Antillas, constituirían una suerte de tercera fuerza equilibradora de su mundo, pues a eso apunta lo del “conflicto innecesario” en escala global.

## CIMA Y RESUMEN

Fue el *Manifiesto de Montecristi* (1895), el marco oportuno para que las ideas acerca de las relaciones internacionales en sus derivaciones sobre la necesaria independencia antillana se resumiera, adquiriendo la dimensión doctrinal y programática más alta posible. Así decía: “La guerra de independencia de Cuba, nudo del núcleo de islas donde va de cruzarse en pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno q. el heroísmo juicioso de las Ant. presta a la paz y firmeza de las naciones de América, y el equilibrio aún inseguro del mundo”.<sup>37</sup> Dos observaciones subrayan el carácter funcional, de fondo y de sustancia, de las palabras empleadas por Martí en ese texto. La firmeza de las naciones americanas va unida al trato justo; lo firme en política internacional exige e implica la justicia. Y el equilibrio del mundo es aún vacilante. Ese adverbio lo sitúa siempre —lo hemos dicho— en frases decisivas que implican la idea de proceso, de acontecimientos

<sup>37</sup> JM: *Manifiesto de Montecristi*, OC, t. 4, pp. 100-101; *Manifiesto de Montecristi*, edición facsimilar, presentación de Oscar Loyola Vega y estudio valorativo de Ibrahim Hidalgo Paz, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, p. 176.

avizorados o previstos, analizados en sus perspectivas múltiples o cuando menos alternativas.

Volvía Martí a una fórmula general, precisa, clara, que hablaba por sí, sin intercalar matices ni deducir corolarios para la acción definitiva ya emprendida, aunque estos fuesen necesarios en los días de agitación o de debate público, de formación política, de convencimiento y de organización. El documento dice al mundo lo que es la revolución cubana y cuál altura de medios y fines alcanza. Advierte a quienes podrían contemplar el conflicto como uno más entre los numerosos estallidos coloniales, a modo de los que ocurrían entonces en la desesperada lucha de los pueblos asiáticos y africanos, que esa insurrección trasciende las fronteras inmediatas y las propias fuerzas enfrentadas; va más allá de las condiciones en que se genera la decisión libertadora para proyectarse hacia el futuro de la América Latina y del mundo.

No es preciso indicar que en el Manifiesto hay, además, una referencia a lo que en el futuro habrá de explicar la Revolución sobre las causas de idea e intereses que para el adelanto y servicio de la humanidad tiene la nueva guerra. Consciente, no hay que sustanciarlo, de su finalidad antimperialista, Martí transmitía su certero mensaje de modo inteligente a quienes por historia, afinidad y similitud debían compartirlo. Apenas redactado ese documento ejemplar, aquel mismo día, el 25 de marzo de 1895, en su carta de despedida al egregio Federico Henríquez y Carvajal, declara: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.<sup>38</sup>

De otro género es el manifiesto del 2 de mayo destinado a publicarse en el *New York Herald*, donde sus ideas aparecen en glosa apropiada a lo que —quizás— concibió, ante todo como una campaña destinada a destruir la propaganda maliciosa contra la naturaleza de la guerra y el carácter entero de los cubanos. Rebatte las falacias anexionistas y racistas, invoca la explotación

<sup>38</sup> JM: “Carta a Federico Henríquez y Carvajal”, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *OC*, t. 4, p. 111; *E*, t. 5, 118.

colonial; es, en suma, cuidadosamente táctico. Con todo, hay momentos como el que sigue, en el cual esboza la idea de un deber hacia el mundo. “Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y el ímpetu de su brazo, para cumplirlo; y quieren cumplirlo”.<sup>39</sup>

Porque ya mediaba la insurrección realizadora, la carta a Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, e inconclusa, a pocas horas antes de morir en el combate de Dos Ríos, sería la explicación necesaria ofrecida en el Manifiesto: todo lo que había hecho y lo que haría, sería para eso, para impedir que los imperialistas, ganadas las Antillas, cayeran “con esa fuerza más” sobre el resto del continente.

## ALGUNOS COMENTARIOS FINALES

Sin duda, Martí nos ha dejado un testimonio inapreciable sobre esa manera suya de adicionar ideas, conceptos y matices a la obra de todos los días. No podemos pasarlo por alto, pues, en este caso, lo biográfico viene sustentado en una prodigiosa serie de comprobaciones. Lo íntimo, característico de su obra, al justo decir de Marinello, la conciencia de sí mismo queda numerosamente expresada en sus escritos. Allá por 1882, cuando *La Nación* de Buenos Aires rechaza como excesivos algunos de sus juicios sobre la sociedad norteamericana, él se explica en términos de singular comprensión de su personalidad.<sup>40</sup>

Considera como suyos algunos “males”. En primer término, “no poder concebir nada en retazos”, y, en consecuencia, hace “los

<sup>39</sup> JM: “Carta al New York Herald”, 2 de mayo de 1895, *OC*, t. 4, p. 153; *E*, t. 5, p. 206. En 1893 (“¡Vengo a darte Patria!”, *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1893, *OC*, t. 2, p. 257) venían expresadas estas ideas de los deberes que imponen “la geografía, la vecindad temible y el problema del continente y de la época”.

<sup>40</sup> JM: “Carta a Bartolomé Mitre y Vedia”, Nueva York, 19 de diciembre de 1882, *OC*, t. 1, pp. 15-18; *OCEC*, t. 17, pp. 352-356.

artículos de diario como si fueran libros”. Se siente, y lo aprueban hasta la saciedad sus crónicas, impelido a rehuir toda limitación a lo concreto, parcial o parcelado; hay en su obra una inexcusable vocación de examen total de los problemas. Lo cual, tratándose de prosa al correr de los días, le fuerza a “querer cargar de esencia los pequeños moldes”, trasmutándoles en verdaderos libros, apretados, resumidos, de páginas, párrafos, frases, palabras, de lectura y consideración forzosa. Hoy, algunos dirían que sus colaboraciones periódicas son verdaderos ensayos, con olvido, quizás, de que estos son obras enteras, en sí mismas completas, mientras que los magnos y continuados artículos de Martí que él califica de pequeñas obras sucesivas, constituirían una condensación en ocasiones reiteradas, pues fueron numerosísimos los libros, que su temperamento hacedor e inquiriente no le permitió componer como tales.

Dice aún más, en esa respuesta a Bartolomé Mitre y Vedia, y es lo que nos interesa sobremanera en esta ocasión. Aquellas “pequeñas obras sucesivas”, le sirven para “ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí”. Lo que obtiene en su meditar y observar incesantes se exterioriza, tal como es, en cada momento. Es su manera de formarse, tan activa como su vida toda, y, desde luego, expresa aquel renacer y morir de ideas y conceptos a que nos referíamos en la introducción a estas páginas, lo cual lejos de asignar un precedero destino a sus artículos, nos exige tenerlos permanentemente presentes si es que aspiramos a abrirnos paso hacia la definición de su pensamiento, quizás harto difícil por razón de la copiosa adición de lo nuevo —esencia o matiz— y el abandono sin vacilación de lo anterior, inmediato o lejano.

Cuando se dice que Martí es un pensador asistemático, lo cual refleja una valoración innecesaria, por excluyente, de las “catedrales” conceptuales y se entiende que por eso no hay modo de precisarlo, renunciamos a considerar lo esencial de su obra ideológica, esto es, su característica formación constante, su construcción permanente. Lo que nos lleva a decir que es en sí mismo, un singular proceso histórico de excepcional riqueza, en este sentido convendría proseguir nuestros comentarios.

Lo histórico en Martí se entrega por todas las vías, multiplicándose en razón de la importancia de su personalidad, o sea a la luz de la forma en que él se inserta en el proceso global de aquellos tiempos. Como hombre es sujeto histórico, y por ello, todo lo que sucede en su derredor alimenta su conciencia histórica: comprendió las condiciones y las circunstancias de entonces; dentro de ellas se adueñó de sí, tanto más cuanto que asumió la cimera responsabilidad de ponerse al servicio de una tarea específica de ese momento. Ello nos conduce a verlo y entenderlo como fruto y raíz de los hechos característicos de los años (1853-1895) en que discurre su existencia.

Hemos intentado resumir la huella que dejaron en su pensamiento sus variadas experiencias sociales a lo largo de más de veinte años de viajes y pensamiento por diferentes países.<sup>41</sup> Bástenos recordar que pudo apreciar, vivir, los problemas de muy diversos niveles de desarrollo desde su patria hasta la desgarradora transición de Estados Unidos hacia el capitalismo monopolista, pasando por el capitalismo estancado de España y por los diversos grados de supervivencia del colonialismo en la América Latina. Nada de lo que constituía el *sustratum* de los cambios iniciados o simplemente avizorados entonces le fue ajeno.

En verdad, no podría ser de otra manera puesto que el talento y la cultura no son obra ni propiedad de quien los posea, dice él, por lo mismo, llamado el deber de emplearlos al servicio del mundo, de la patria, de la humanidad, “de los desamparados”.<sup>42</sup> Rasgo sustancial de conciencia de los tiempos en que se evidencia la “sociedad de masas” o, para decirlo en lenguaje martiano, el “mundo amasado por los trabajadores”. Llámese populismo, democratismo revolucionario o radicalismo democrático, como se ha dicho por algunos del pensamiento martiano, lo esencial es que reconoce el papel de las masas, sean indios, negros o blancos, pobres o marginados, y, en consecuencia, cuenta con ellas para emprender

<sup>41</sup> Julio Le Riverend: “Martí: formación de su pensamiento social” 1 y 2, *Granma*, La Habana, 11 y 16 de enero de 1978, respectivamente. [Ver en esta selección, p. 153. (*N. de la E.*)]

<sup>42</sup> JM: “La campaña electoral en los Estados Unidos”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de octubre de 1888, *OC*, t. 12, p. 43.

la liberación de Cuba, proyectar la de América Latina y de otros pueblos y prever la del mundo desarrollado.

Esto le franquea la posibilidad de analizar lo que ocurre ante sus ojos como fenómenos de conjunto, donde por cierto precisa diáfanoamente quiénes son los que intentan mantener las masas fuera de la historia. De ahí que las transformaciones socio-económicas propias de Estados Unidos, desde 1880 y sus concomitancias ideológicas y políticas no se le escapen ni en su origen, ni en su repercusión sobre Cuba, la América Latina y el mundo.

Así dice que Estados Unidos ha de construir “su política como ha construido su riqueza—sobre la ruina de tantos.—”.<sup>43</sup>

A menos que se pudiese completar por otro texto la ruta formadora de esa idea, ella parece inspirada en el espectáculo de la “Edad de los grandes negocios” (the age of big business) y del “exterminio” de los empresarios individuales por los monopolios.<sup>44</sup> En 1882 llega a la política norteamericana el grupo de los jóvenes representantes—de los intereses más poderosos, entre otros, MacKinley—. Y Martí, sumado a la acción contra esa nueva fuerza cambia el sentido de la protesta; esta deja de ser una lucha entre dos fracciones del capitalismo y se convierte, al compás de las ideologías más radicales, en arma de liberación de los pueblos latinoamericanos. Así, según él, la política internacional nace de esas empresas colosales y será en el exterior, como lo ha sido interiormente, una amenaza cierta de despojo.<sup>45</sup> Cuando muchos hombres de su tiempo no entendían o desnaturalizaban

<sup>43</sup> JM: *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 95. Es un fragmento correspondiente a los años 1885-1895.

<sup>44</sup> Desde 1880 él había de presenciar las etapas de recesión y depresión de los años 1882-1885, 1893-1895, característicos de la irrupción arrasante de los monopolios. Para N. S. B. Gras y H. M. Larson, *Casebook in American Business History*, Nueva York, 1939, p. 716, lo característico fue la quiebra de bancos como etapa final de la liquidación de los “pequeños”.

<sup>45</sup> Martí se anticipa a lo que poco después revelaría como alud de inversiones en Cuba, la prensa norteamericana. Por ejemplo, el *Louisiana Sugar Planter and Manufacturer*, de 2 de enero de 1892.

el carácter histórico del fenómeno, ya Martí lo advertía como necesario, forzoso.

Hubo, pues, en la elaboración de su experiencia —que le viene del hecho que el libro más interesante para él y que “es el de la vida [...] más se ha de consultar”<sup>46</sup>— una calidad *histórica* especial, como si el principio hegeliano de la conexión de todo con todo encarnase en él. De ahí sus artículos con vocación y sustancia del libro. Y, sin duda, el *historicismo*, como fundamento del análisis de los problemas, fue un elemento consustancial de la formación de su pensamiento y en lo particular del concepto del equilibrio del mundo. No es oportuno seguirlo paso a paso, pues ya se sabe que su programa de liberación de Cuba enraiza en el estudio y crítica de la revolución de 1868; pero acerquémonos a dos textos sumamente importantes. El primero es de 1885: “Unos ven para ahora, y son los más, y cuya vista alcanza menos. Otros ven para ahora y para luego, que es como se debe ver en las cosas de los pueblos, para quienes lo presente no es más que la manera de ir al porvenir”.<sup>47</sup> Párrafo que se entrelaza con uno de 1889 en el cual afirma que la convocatoria de la Conferencia llamada posteriormente Panamericana no puede considerarse como ajena a “las relaciones y tentativas y atentados confesos” de Estados Unidos contra la América Latina en esos mismos días. Ahí está lo actual, mas queda el porvenir de esas relaciones que “se ha de entender cómo sería y para qué” de acuerdo con el presente, lo que entronca limpiamente con su idea de que el presente no es más que “la manera de ir al futuro”. Concepción historicista de la política —como de proceso previsible si no ineludible—, porque es “cosa de los pueblos”.<sup>48</sup> Y todo lo era para Martí.

Esto se revela un poco más en el otro texto que nos proponemos destacar. En 1892 escribe a los presidentes de los Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano apenas fundado, sobre el

<sup>46</sup> JM: *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, p. 386.

<sup>47</sup> JM: “Carta al director de *El Avisador Cubano*”, Nueva York, 6 de julio de 1885, *OC*, t. 1, p. 181; *OCEC*, t. 22, p. 324.

<sup>48</sup> Ídem.

programa y las motivaciones de la organización, particularmente sobre su función integradora del movimiento patriótico. Su aspiración era que el país viera “la labor de ciencia verdadera, local y original, de ciencia histórica de la época y del continente, con que las emigraciones se preparan a salvarlo”.<sup>49</sup> Notemos, sin más exégesis, que se trata de ciencia histórica del momento y de un conjunto que trasciende a la unidad de los cubanos, pues abarca el continente sagazmente analizado y diagnosticado en su reciente publicación (“Nuestra América”, 1891). En páginas precedentes hemos señalado que ese documento de 1892 se refería a un objetivo muy preciso: contribuir por la liberación de las Antillas al equilibrio y crédito requeridos para la paz y justicia universales de las naciones latinoamericanas.

Todo esto estaba dicho —aunque ahora fuese desmenuzado para su difusión en el Artículo 3ro. de las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, aprobadas pocos meses antes.<sup>50</sup>

Una vez más se observa el ritmo histórico, de proceso de observación empírica, de producción de ideas generalizadoras que tiene su pensamiento. Si todo ello muestra cómo Martí sigue el ritmo de la realidad e identifica la previsión con la historia, también nos permite verle a él como parte de una historia que no se remonta solamente a Bolívar. No vamos a sustanciar con todo el cúmulo de información posible la tradición del pensamiento sobre la misión equilibradora de la América Latina. Señalamos solamente aquello que diferencia dos grandes momentos de la idea.

Desde mediados del siglo xvi, hay testimonios de que la América conquistada por España restablecía el equilibrio perturbado por la Reforma religiosa, juicio que, aun siendo ilusorio, pues el centro irradiador de la herejía era la propia Europa y por eso ella alcanzó durante el siglo xvii a las colonias, tenía cierto valor y eficacia de promoción en España. No es un azar que un católico decidido como Tomás Moro viese una Edad de Oro digna de

<sup>49</sup> JM: “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 436; *E*, t. 3, p. 85.

<sup>50</sup> JM: “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *OC*, t. 1, p. 279.

conjurarse como destino del hombre a través de las nebulosas noticias que llegaron de América.

Los ideólogos burgueses del siglo XVIII, enciclopedistas o rusonianos, prerrománticos, vieron en la potencialidad natural y humana de la América, incluyendo a Estados Unidos independizado, la promesa de un equilibrio restablecido por las excelencias del nuevo continente en sustitución de los vicios y excesos de Gran Bretaña y de toda Europa Occidental. Parecía, pese a los detractores de los criollos, que todo el continente se vestía de *buen salvaje*, de hombre en estado de naturaleza, puro, candoroso, sano, sobrio. Aun no siendo el único de los que tales cosas comentaron, bastaría citar al abate Raynal, para comprender ese destino como de vengadora restauración de lo humano que la supervivencia del feudalismo negaba en Europa.

Pero la independencia de Estados Unidos introdujo desde 1786 otro concepto del equilibrio. Hamilton escribía que a corto plazo el país sería árbitro de Europa “pudiendo *inclinarse la balanza* [...] de acuerdo con lo que dicten nuestros intereses”.<sup>51</sup> Nuevo y amenazador concepto que, en lo profundo y a la luz de su paladina reiteración, genera la réplica bolivariana y de un modo aun más enfático la de Martí, una y otra alzada contra la ambición secular de dominio característica de Estados Unidos.

Nos parece necesario llevar a un prolijo recuento esa tradición que vincula forzosamente la América Latina con un principio de equilibrio trascendental. Más nos interesa en el espacio terminal de estas páginas subrayar cómo la América Latina, desde el instante en que comienza con la visión y el proyecto de Bolívar a comprenderse como entidad diferente y viable, le trasfunde a ese principio un valor normativo, de aliento liberador, requerido aún en nuestros días.

Así, podemos contemplar la idea del equilibrio a la manera de Martí, en su doble carácter —de contradicción y de reafirmación superadora del concepto— propio del tiempo de los pueblos en insurgencia irreversible. Historia del pasado, historia del futuro, todo se conjuga, porque hubo, a nuestro juicio, un eslabonamiento

<sup>51</sup> Citado por Alonso Aguilar, *El panamericanismo. De la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, México, 1965, p. 2.

sólido del pensamiento martiano –en sus momentos de luminosa ascensión a las cimas del querer revolucionario– con la vida y la conciencia históricas.

Nuestro guía no fue un vidente, no se anticipó a lo esencial del momento en que crece su ideario libertador, porque aprendió el mundo justo a la cuna en que los monopolios alimentaban su horrenda criatura, el imperialismo. Como él mismo diría de otros: hombre cabal de su tiempo, fue hombre de todos los tiempos. Lo sabemos porque, cualquiera que sea el azar diario de la gran pugna por el futuro de la humanidad, somos gente que va cavando la tumba de aquella criatura, hoy en teratológica adultez, con la mira puesta en un nuevo equilibrio, el de los pueblos, de brazo, cada cual con el suyo, lo propio y apropiado para una marcha hacia tiempos de plenitud en su trabajo creador.

# MARTÍ: FORMACIÓN DE SU PENSAMIENTO SOCIAL\*

## I

Se ha dicho no poco —podría decirse más— sobre el pensamiento social de Martí. Al margen de cuanto cupiera debatirse en ese aspecto, intentamos aquí, en apretadas líneas, resumir el proceso de formación y los elementos integrantes, haciendo a un lado, como fondo un tanto diluido, las ideas filosóficas expuestas por él, o, en todo caso, reduciendo las referencias a lo esencial significativo. Desde luego, vale subrayar de inmediato el carácter depuratorio e integrativo propio de su ideario a lo largo de los años y, particularmente, en 1889-1895.

Martí se aplicó a comprender el mundo en que vivía porque lo vivía, y le era ineludible razonarlo, a modo de arma, la más eficaz, para la acción. Lo episódico aparecía en primer plano y es sabido que lo sistemático venía fluyendo detrás y más allá; sus apuntes y fragmentos revelan la elaboración ideológica de base, meditación urgente de lecturas o síntesis iniciadora de caminos. Su prosa, insólita unidad de relámpagos y flores, nos sugiere que él veía con la palabra y hablaba con los colores. Por ello, lo general y abstracto, la teoría, queda como sepultada por lo particular y concreto, lo descriptivo, que es, sin embargo, trasunto de una “práctica sesuda” preferida por él.

Puede ser, a más de difícil, riesgoso, el emprender una caracterización del proceso de maduración del pensamiento de Martí,

\* Publicados I y II en el periódico *Granma*, del 11 al 16 de enero de 1978, respectivamente.

pero conviene definir, a trazos esenciales, los momentos en que aparecen o, acaso, desaparecen, se modifican, se alteran de alguna manera sus ideas, lo que equivale a esbozar la relación entre esos cambios y las condiciones y situaciones generadoras de nuevos o más explícitos conceptos.

La nuez formativa del pensamiento social de Martí radica en el contexto cubano de la segunda mitad del siglo XIX, o sea, a grandes rasgos, una sociedad colonial, de esclavismo en descomposición, impedidor de todo desarrollo, aún más, de cualquier progreso o reforma. Como un despertar de la conciencia adolorida, recordaría él el “bocabajo” presenciado en la Hanábana.

Ahora bien, desde 1868, año en que asume su actividad revolucionaria, hasta 1886, la patria experimentó una transformación social profunda. Abolida la esclavitud y definido el proletariado, desapareció en virtud de la lógica histórica de ese cambio la clase terrateniente tradicional, reemplazada por una burguesía nueva, dependiente en mayor y decisiva medida de la economía internacional. Ambas caras de ese tránsito de una formación social a otra implican una diferente correlación de las fuerzas políticas, sus expresiones y sus objetivos.

En suma, primer componente del pensamiento social martiano fue el paso, diríamos en lenguaje de hoy, de una experiencia y razón colonial esclavista a otra, de índole colonial capitalista. Es obvio que ello resumía su conocimiento de dos variantes de uno de los grados de desarrollo más característicos del mundo en las décadas finales del siglo, el colonialismo. En efecto, no se olvide que, traspuesto el año 1850, se manifestó en África una despiadada ola de agresión militar, cuya primera fase se define como cínico reparto intercapitalista en la conferencia de Berlín (1885). Pareja penetración perturbadora se extiende por el Asia Oriental. Los contemporáneos supieron también de los primeros movimientos de resistencia y liberación que continúan hoy día, dueños de su destino.

Exiliado en España (1870), reafirma su criterio juvenil acerca de la imposibilidad de solución colonial-reformista de los problemas de Cuba y, lo que es más significativo, observa y analiza el estancamiento de una sociedad capitalista subdesarrollada. La

República española (1873-1874) murió ahogada por estructuras y grupos oligárquicos tradicionales de marcada índole precapitalista. Desde entonces, Martí comenta reiteradamente la estéril batalla de las fuerzas progresistas de España, cuya proyección de futuro carece de eficacia. Lo absurdo del caso era, usando lenguaje actual, ese capitalismo sin cambio democrático, necesario entonces.

En aquel medio Martí conoce una gran diversidad de corrientes filosóficas y científicas de característico eclecticismo en virtud de un proceso de adaptación a las condiciones sofocantes de la sociedad. No le atrajo el positivismo, más bien lo rechazó, y pudo asomarse a dos derivaciones frustráneas del movimiento obrero revolucionario, el bakuninismo y la socialdemocracia.

Solamente el krausismo, matiz algo secundario del idealismo alemán, influyó en lo íntimo de su pensamiento. Por entonces, una legión auténticamente liberal de los intelectuales españoles militaba con pasión progresista en sus filas. Sanz del Río, el iniciador del krausismo español, Azcárate, Giner de los Ríos. Salmerón eran, al decir de Martí, “espíritus severos, limpios, claros e hijos legítimos de la gran madre ciencia”, la filosofía es clara. De aquellas ideas enfatizó con afán abarcador la necesidad de combinar el idealismo y el materialismo. Por este camino, le interesó —más que otros elementos de esa corriente— la llamada “filosofía de relación” no sustanciada plenamente por él. Es posible que a través de esa posición de ilusoria hibridez arraigasen en su pensamiento rasgos dialécticos nada azarosos ni espontáneos puesto que se deducían de su búsqueda, de su decisión y de una fertilizante práctica política “sesuda” de los años precedentes a la Revolución de 1895.

De modo que, al abandonar la metrópoli en 1875, él ha adquirido por un lado, una más precisa concepción del camino a emprender para liberar a la patria. Además, y por primera vez, pudo apreciar los enfrentamientos de intereses e ideológicos que se producían en las potencias dominantes del mundo, aunque, como en el caso de la España colonialista, fuesen solamente un poder arcaizado por el pujante desarrollo capitalista en otros países de Europa y en Estados Unidos.

Armada de esa manera su dinámica comprensión del contexto contemporáneo puede abordar la experiencia latinoamericana posterior –desde su arribo a México en 1875– con una sabiduría práctica que lo situará en condiciones de dar un salto hacia lo universal del destino del hombre, de la sociedad y de su patria, que tanto le dolía.

## II

En México, Guatemala y Venezuela, José Martí ahonda su pensamiento. Comienza, para él, la fase de universalización, creciente síntesis, en la cual Cuba ha de jugar un papel primordial.

En tierras mexicanas conoció las realizaciones de la Reforma encabezada por Juárez, cuyo destino superior era la liquidación de las estructuras coloniales y el inicio del desarrollo capitalista y democrático. Ese proceso esperanzador se detenía entonces (1875-1876) y cedía el paso a un futuro de estancamiento y dependencia. Martí percibió la encrucijada, la analizó, la situó como una de sus preocupaciones mayores hasta 1895.

Desde 1875 hasta 1881, año en que sale de Venezuela para instalarse en Nueva York, se percató de que las sociedades semicoloniales –diríamos hoy– conservan poderosas estructuras tradicionales y comienzan a ser objeto de las apetencias yanquis. La aspiración a modernizaciones imitativas, remedo enano de lo británico, de lo francés o lo norteamericano, solo sirve para consolidar la marginación del indio, so color de que es bárbaro. Los caudillos terratenientes con su paternalismo ensangrentado imposibilitaban cualquier cambio. Dominaban los grandes terratenientes, el clero reaccionario, los blancos o “blanqueados” por la riqueza, los financieros y comerciantes extranjeros y sus agentes oficiales.

Al aproximarse a este otro nivel de desarrollo social, parte integrante de una expansión capitalista que no se propone reproducir sus prístinas condiciones, Martí puede apreciar las desigualdades internacionales y las internas, aprende a descubrir una proyección de futuro para la América Latina.

Semejanzas estructurales, desgarramientos políticos y sociales similares, impotencia y vasallaje culturales coincidentes,

ambiciones extranjeras simultáneas, servidumbres nacionales parecidas, todo se funde en el concepto crítico de “nuestra América”, definidor en lo fundamental de una estrategia común nacida del diagnóstico revelador. Dentro de ese marco la liberación de Cuba hallaba sentido, ganaba vocación histórica congruente con las nacedizas condiciones internacionales.

Al igual que en España, en la América tampoco se encontraba camino hacedero para las transformaciones necesarias. Es más, en aquellas décadas, parecía alejarse la oportunidad histórica avizorada desde 1810. Entonces, quizás logró comprender las fuerzas opuestas al progreso de España y de América, como dos caras de una misma frustración que podrían aparecer en el futuro de Cuba, por razón de filiaciones y parentescos sociales más o menos cercanos.

Desde 1881 se convierte en espectador y partícipe de la vida norteamericana. Llega a Estados Unidos con sus ideas democráticas en las cuales se destacan como nota dominante su amor y cuidado por las masas desamparadas (negros e indios). Allí encuentra un tipo de democracia por la cual se pugnaba en América Latina y en Cuba, donde su imagen servía de instrumento al anexionismo netamente repudiado por él. La propaganda de esa sociedad había llegado a Martí como a numerosos latinoamericanos, por medio de “sus libros de lectura y sus sermones de domingo”, diría él despectivamente años después.

Nada extraño que esa imagen de la época, de la tierra acogedora de todos, del país de las proezas técnicas, del gobierno de la libertad eficaz, de la cultura de los humildes millonarizados por su exclusivo y personal esfuerzo, se manifieste en sus crónicas hasta el año 1883. Pero se le evidencia que el idilio social no era rasgo esencial del sistema, ni los tiempos lo favorecían, antes bien patentizaban su vacuidad verbal. No tardó en saber que se educaba para el lucro individual generador de prepotencias sociales, que se reprimía a los obreros, después de atraerlos como inmigrantes rebañeros, se destruían las comunidades indígenas, se concentraba la riqueza, se tenía a soldada del gran capital a los políticos y gobernantes, se desarrollaba una irrefrenable ambición de dominio y de mercados exteriores. Todo ello fue motivo principal de sus crónicas desde 1884 y con suma nitidez a partir de 1886.

Nacían el capitalismo financiero y el imperialismo que analizó con agudeza unos veinte años antes de que Hobson publicara su obra —la primera en el mundo— sobre la exportación de capitales y sus implicaciones.

La conciencia del carácter plutocrático de esa democracia trasfunde a sus ideas una medida universal. El peligro lejano de una evolución similar en América Latina y la amenaza de dominación inmediata constituyeron temas principales de su acción política. Violencia física y dineraria en lo interno, agresión “latente” y después paladina en la esfera internacional, fueron eslabonadas por él de manera indisoluble. La lógica de aquella realidad lo lleva a querer que su pueblo empuñe las armas para restablecer el “equilibrio del mundo”.

Con “práctica sesuda” más que con “teoría ligera”, Martí incorpora elementos ideológicos del radicalismo norteamericano diverso y actuante en aquella sazón. Así encuadra las ideas que desde su formación juvenil y, a través de experiencias sociales varias, constituyen los pilares de una concepción más plena del ser y la convivencia humana. La proyección democrática adquiere un sentido popular, avanzado, que le permitía prever una revolución más profunda en el seno de la República cubana que nacería de la “guerra necesaria”.

1868, 1875, 1881, 1883, 1886. He ahí los momentos en que se precisan, ahondan, expresan diáfananamente, las líneas magnas de su pensamiento social y de la acción inexcusable para realizarlos en tierra propia. Desafío a una historia que partió del culto a la razón del hombre y a la libertad individual para convertirse en una infernal negación del destino más alto de la humanidad. En esa singular pelea que entabló, continuarla y ganarla es el homenaje más alto a su memoria.

## REFLEXIONES AL PASO: LA ACCIÓN REVOLUCIONARIA EN JOSÉ MARTÍ\*

No es nuevo el afirmar que lo que predomina en Martí, es la acción. Acción subvertidora que alcanza de modo genial a la prosa y a la poesía. Y, claro está, a la sociedad cubana de su tiempo y sus horizontes antillanos y continentales. Ya le subrayaba el eminente Noel Salomón, ese “idealismo práctico”, dentro del cual se encierran —y desbordan— numerosos pensamientos y principios materialistas. En suma, comparto totalmente el criterio —ya generalizado— de que lo fundamental en la vida y la obra de Martí es su sentido y hondura de la acción. Creo que es la primera adquisición del gran movimiento de conciencia histórica que ha provocado en todos nosotros la transformación revolucionaria de Cuba. Debíamos añadir a esto que la acción en Martí es una praxis llena de contenido, lo cual parece obvio; pero las cosas obvias con frecuencia hay que repetir las. Lo activo de Martí cumple determinadas tareas históricas a alcanzar, posee una vocación y finalidad transformadoras. No será al modo marxista, de la profundidad que plantea el socialismo científico; pero es en su tiempo, sin duda, la transformación más radical posible dentro de la estructura social, económica y política del país cubano sometido al viejo colonialismo español.

Toda la vida de Martí es acción. Martianamente, en el principio no fue el verbo sino la acción. Recordemos los versos en que él cuenta cómo la madre angustiada recorre las calles de La Habana

\* Ensayo publicado por vez primera en la edición anterior de este libro. (N. de la E.).

en su búsqueda en aquellos primeros momentos trágicos de la Revolución de la Demajagua: principios de 1869. Angustiada, repito, recorre las calles en busca de él, en medio de disturbios, peleas, disparos, encuentros entre los patriotas jóvenes de la ciudad y los servidores del colonialismo, hasta hallarlo en casa de unos amigos donde, seguramente ella sospechaba que andaba “en malos pasos”. Martí tenía apenas dieciséis años, pero ya estaba en el combate, que inmediatamente se traduce en palabras, cuando la precaria libertad de prensa que la gobernación española concede, temerosa del brote insurreccional que ha estallado en Oriente, le permite fundar un periódico con Fermín Valdés Domínguez, *El Diablo Cojuelo*. Ahí, él plantea a los señores que supuestamente representaban –o decían representar– los idearios políticos más altos de Cuba, los reformistas, la disyuntiva cubana, en estos términos: “O Yara o Madrid”. Esto es, Martí postula la obligación de definirse entre un pensamiento que no es acción –el reformismo mendicante– y una acción revolucionaria que es toda ella pensamiento: la guerra liberadora desencadenada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. A partir de entonces, y posteriormente, a partir de lo que para su formación de combatiente joven, suponen la cárcel, las heridas permanentes que los grilletes carcelarios dejan en su vida, y, a continuación, su destierro en España, Martí es plena y fundamentalmente un hombre de acción. Cuando escribe *El presidio político en Cuba* no se propone simplemente dar las memorias de quien ha sufrido la pena de trabajo forzado; produce un documento de alta calidad política. Otro tanto es su defensa de la revolución cubana ante la república española, o como él titula el folleto que publica en Madrid en 1873: *La república española ante la revolución cubana*.

Desde 1880 en adelante la vida de Martí está cada día más llena de un hacer de justicia y, desde luego, más completo y más claro en sus propósitos, pues resume sus experiencias propias y las experiencias de todo su pueblo. Este activismo que arranca de 1880 quedó sustentado principalmente –a nuestro entender– en el muy profundo análisis que hace Martí de lo ocurrido en Cuba a partir del 10 de octubre de 1868. Precisa recordar que uno de los proyectos de Martí en aquellos años en que él sufría su propia imposibilidad de incorporarse a esa Revolución fue escribir una

historia crítica, analítica, de la Guerra de los Diez Años. Aun cuando nunca llegó a componer ese libro, los datos que recogió, basados en testimonios e información directos, le franquearon la oportunidad de reflexionar sobre una experiencia decisiva como aquella y, más tarde, pudo transformarla, en una digamos, teoría de la acción que habría que desarrollar en Cuba. Son incontables las referencias a lo sucedido en 1868-1878, dispersas en toda su obra. Martí comprende, ante todo, que una de las causas —entre muchas— del fracaso de la guerra del 68 es la desunión reinante en las propias filas mambisas. De ahí que, desde 1880 hasta 1895, todo su esfuerzo se oriente a evitar que la lucha armada y la república venidera fueran, como en aquellos años, elementos ajenos, contradictorios a veces, y, cuando menos, motivación de choques fraccionales. Este anhelo de que nada enturbiara a la Revolución en su fase de lucha armada y, posteriormente, en la República, es lo que lleva a escribirle a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra en marzo de 1895, un mes antes de desembarcar en Playitas: “Yo, tal vez pueda contribuir a ordenar la guerra de manera que lleve adentro, sin traba, la república”.<sup>1</sup>

Hay una diferencia, un salto, en su participación revolucionaria, cuando muchos libertadores intentan continuar la lucha después del llamado Pacto o Paz del Zanjón, que fue pacto y no paz. La Guerra Chiquita (1879-1880) es el primer instante revelador de la condición de líder de Martí. Él es prácticamente el conductor civil de la conspiración durante su permanencia en Cuba entre 1878-1879 y en New York, como se sabe, en el orden militar lo fue Calixto García. A consecuencia de esa actividad conspirativa, Martí tiene que ausentarse definitivamente de Cuba —despedido de nuevo por el gobierno español— y no podrá volver a ella hasta que venga como combatiente para caer en Dos Ríos

<sup>1</sup> José Martí: “Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín J. Guerra”, [Montecristi], 25 de marzo de [1895], en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 4, p. 106. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martiianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 5, p. 121. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta edición serán representados con la inicial *E. (N. de la E.)*]

(1895). Pero la Guerra Chiquita es el instante en que todo el reflexionar de Martí, apoyado además en su experiencia latinoamericana extraída de los países de este continente donde había vivido en años recientes —México y Guatemala—, se concentra en su personalidad de tal modo que por primera vez fue reconocido como un jefe civil, un programador de la acción de las masas del pueblo cubano.

Conocido por muchos veteranos y por gente joven, ya de nuevo en el exilio, se incorpora al proyecto de Gómez y de Maceo desde 1882. Surgieron discrepancias, como se sabe. Esas discrepancias hay que buscarlas en el hecho que los revolucionarios de la Guerra de los Diez Años se habían formado en un medio en que la inmadurez ideológica de los elementos dirigentes de la revolución, fundamentalmente los de la clase terrateniente, impide que aquella se traduzca en la formulación de una serie de principios claros y definidos aplicables primeramente a la acción armada, y luego, una vez alcanzado el éxito de la república que habría de fundarse, como inevitable expresión de un país nuevo si de verdad se pretendía cambiar las estructuras coloniales. Martí, precisa repetirlo, se forma en el análisis crítico de aquella formidable lucha armada y en el conocimiento de los vicios de la supervivencia colonial en la América Latina. Esto último refunde en sus previsiones políticas las enseñanzas de la Revolución de 1868 y las advertencias que él deduce de la historia latinoamericana desde 1825. Ahí está la raíz de las discrepancias entre Gómez y Maceo de un lado y del otro Martí.

En la ejemplar carta —harto conocida— que le dirige a Gómez en 1884, Martí rechaza precisamente la racha aventurera, rechaza la posibilidad de que la revolución se organice, pura y simplemente —esto hay que subrayarlo—, como un hecho unívocamente militar. Y aunque en la revolución del 68, la historia parece darle la razón a Céspedes, que era partidario de organizar la guerra como una guerra, porque ello es necesario para ganarla, para Martí este requisito sin duda esencial, tenía que conjugarse con una conciencia muy nítida de que la revolución tenía que llevar en su seno a la República del futuro, e irla realizando desde el campo de batalla. Tenía que llevarla muy clara, muy precisa, muy concreta, “sin traba”, o sea sin contradicción. Por donde se ve que

no concebía la acción solamente como una fase seguida de otra sino a la manera de un hacer único. Lo que ocurrió en la Guerra de los Diez Años, y esto se deduce de los trabajos de Martí, fue que la tesis de la organización militar para ganar la guerra y la tesis doctrinaria, encabezada en un principio por Ignacio Agramonte y otros dirigentes, de que a la vez se requería organizar la república, no lograron unirse y convertirse en una sola acción capaz de desarrollar el proceso revolucionario. Martí lo comprendió así, lo analizó así, lo dijo en algunos de sus escritos y, por ello, sustentándose en esa experiencia, concibió la organización de la guerra como tal, como una guerra para ganarla; pero al mismo tiempo la concibió como una guerra que llevara dentro de sí unos principios pragmáticos, un contenido teórico, que definieran a la revolución en su mismo proceso y garantizaran el establecimiento de una república futura que esa revolución quería realizar, desde las propias filas del Ejército Libertador y del pueblo.

Todo ello queda como revelado y, por decirlo mejor, confirmado, cuando funda el Partido Revolucionario Cubano. No cabe duda que el Partido Revolucionario Cubano es la más alta expresión de su pensamiento dentro de la acción práctica y teórica revolucionaria. Y hay que decir que esta idea —la de crear un partido que aglutine a todas las fuerzas revolucionarias— no es nueva en él. En 1882, cuando le pareció que se avecinaba el combate final, pues Gómez y Maceo preparaban un vasto plan, Martí idea un proyecto general de organización que le comunica por carta a Máximo Gómez. A su entender “si no está en pie [...] un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus proyectos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país—¿a quién ha de volverse [el país], sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces?”<sup>2</sup> Aquí está ya la tesis esencial de Martí: no hay revolución posible sin la existencia de un partido revolucionario. Debe subrayarse que una revolución en aquellos momentos, solamente sería tal si perseguía y lograba como objetivo estratégico inmediato una república cabal, independiente y soberana.

<sup>2</sup> JM: “Carta al General Máximo Gómez”, Nueva York, 20 de julio de 1882, OC, t. 1, p. 170; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Marianos, La Habana, 2010, t. 17, p. 329. [En lo sucesivo, OCEC. (N. de la E.)]

Desde luego, hay una aproximación visible a las ideas de Lenin sobre la naturaleza y la función de un partido revolucionario, en condiciones diferenciadas, claro está. Pero además, hay lo siguiente: en primer lugar, la experiencia había demostrado que la falta de unidad entre las fuerzas revolucionarias era un vicio que conducía a la derrota. El Partido Revolucionario Cubano, aspira a unir a todos los elementos revolucionarios. En segundo lugar, el Partido no es solo una agrupación política destinada a ejecutar actividades de propaganda o de preparación de la guerra, sino que —y quizás muy especialmente— una organización que busca educar a los cubanos en la concepción de un programa revolucionario, programa expuesto por José Martí, a lo largo de toda su trayectoria, pero señaladamente de 1890 en adelante. Por otra parte, el Partido se divide en dos ramas muy definidas: la rama secreta o militar, de preparación directa para la guerra, dirigida personalmente por Martí, elemento sobre la cual se ha preparado poco. Y aunque Martí tiene la suficiente perspicacia para darse cuenta de que en este aspecto de la guerra se necesita de los viejos combatientes, como Máximo Gómez, por ejemplo, solicitando y obteniendo de ellos su ayuda práctica, no obstante, esa rama secreta, militar, está totalmente en sus manos; la dirige, al mismo tiempo que dirige los trabajos conspirativos dentro de Cuba a través de cartas y emisarios que lo ponen en contacto con los grupos conspiradores. Esta es una faceta de la actividad de Martí que posiblemente no se pueda rastrear en su totalidad pues la información era ultrasecreta y los documentos, si escritos, fueron destinados a ser destruidos inmediatamente después de su conocimiento por los interesados. Pero hay que subrayar, una vez más, que aún en el terreno de la organización de la guerra como tal, Martí es el jefe. Apoyándose, claro está, en la experiencia, los consejos, la ayuda toda de los veteranos, él esboza una concepción estratégica y táctica de la guerra, a la vez que, de hecho, acopia los elementos materiales —adquisición de armas, de medios de transporte, etc.—, como se evidencia de su extraordinario plan de Fernandina.

No es totalmente exacto, ya que hablamos de la función del Partido Revolucionario Cubano que se estima, como lo hacía el eminente Ezequiel Martínez Estrada, como una “agrupación para

la acción directa y violenta” orientada a la independencia de Cuba y Puerto Rico. Quizás don Ezequiel, por su experiencia —como la nuestra— en el seno de sociedades de supuesta “democracia representativa”, donde desarrolló su vida y sus actividades, cae un poco en la trampa de darle a la palabra partido una connotación que para nosotros los marxistas no debe tener. Porque, si recordamos la lucha de Lenin por organizar el Partido Socialdemócrata Ruso, que por cierto —y esta es una idea muy generalizada— tiene grandes afinidades con el Partido Revolucionario Cubano (y no por vinculaciones directas entre el pensamiento marxista y el pensamiento martiano, sino como producto ambos de circunstancias históricas genéricas) veremos que el POSDR se organiza desde el principio como un partido que tiene como objetivo la toma del poder, lo cual es también, digamos, una acción de tipo militar, pues la insurrección popular —como la perseguía el POSDR— es sin duda una actividad bélica. Por eso, se ha dicho que el partido bolchevique era una vanguardia, y si esta palabra parece un tecnicismo de la ciencia militar, quizás, implique una conexión muy íntima entre el concepto ese Partido, tal como existía en el PRC, y la acción militar o insurreccional. Además, lo mismo que ocurría en el POSDR ocurría en el PRC: eran partidos para educar y organizar al pueblo.

La otra rama en que se dividía el PRC era la pública, que se encargaba de la propaganda, de la recaudación de fondos, de la movilización política. Señalemos que, en el caso de la propaganda, por ejemplo, esta no se encaminaba simplemente a obtener una contribución monetaria de los tabaqueros, los pequeños burgueses o los burgueses que en el exilio estuvieran de acuerdo con promover la revolución. En este sentido, hay otro aspecto de la acción de Martí que no ha sido bien estudiado. Muchas cartas suyas a sus amigos y colaboradores en los Cuerpos del Consejo —como se llamaba a las instituciones que a escala local reunían a distintos clubes—, son de gran importancia para entender cómo Martí concebía la propaganda. Así, a José Dolores Poyo le dice en una oportunidad: “Muévame en junto a su ejército; no le deje tiempo para fruslerías intestinas. Úrdameles una buena conferencia sobre “El carácter cubano probado en la guerra y en el destierro”, sobre “Los elementos sociales en Cuba” (...) Preparémosles una fiesta

vistosa, dramática, toda de asuntos revolucionarios”.<sup>3</sup> Es decir, que hay en el Partido que Martí funda una política educativa, de creación de conciencia. Por mencionar otro caso, es fácil ver cómo saluda las Conferencias o Conversaciones políticas del Club “José Martí”, nada menos que sobre el tema: ¿Ha sido o no oportuna la actual organización de las emigraciones? Asunto entonces debatido, requerido de esclarecimiento previo, para mostrar cómo se superaban las antiguas querellas entre libertadores y emigrados, y entre estos mismos, como lección unitaria y eficaz.

Es obvio que todo ese contenido del Partido Revolucionario Cubano, su programa y su acción diaria revela una ideología de la que nace y sobre la cual, a su vez, actúa. Tendríamos que entrar en una serie de disquisiciones acerca de lo que es o no es una ideología, o más exactamente una ideología de clase, lo cual nos conduciría por sendas más bien teóricas. De todas maneras, lo primero que hay que decir es que el Partido fundado por Martí no era un partido de clase. Por consiguiente si algo tuvo de ideológico tiene que haber sido —según explicaré— un principio muy genérico capaz de ser admitido por una totalidad de gente que no fuese simplemente burguesa o simplemente pequeño burguesa o simplemente proletaria, aunque hay que subrayar el gran contenido que ideológicamente tiene el pensamiento martiano respecto de la clase obrera. Pero, a mi entender, el fundamento, el objetivo central del PRC es lograr la liberación de Cuba, sacarla del dominio del colonialismo español para crear una república democrática, soberana, limpia.

Ahora bien, ¿cómo piensa Martí alcanzar este objetivo? Se podría especular un poco. Nos lo permite el saber que cuando Martí se entera de ciertas actividades que los anarquistas están realizando en Tampa, que ponen en peligro la unidad de los obreros cubanos y españoles, les dice que en modo alguno, se debe, adelantar lo que será obra del desarrollo de la futura República. Hay más: se lo reitera a Fermín Valdés Domínguez, su amigo, su hermano, que era socialista, quizá un poco nebuloso, utópico; pero de ideas socialistas. A Fermín le dice más o menos: “Usted verá

<sup>3</sup> JM: “Carta a José Dolores Poyo” [agosto, 1892], *OC*, t. 2, p. 126; *E*, t. 3, p. 164.

lo que usted y yo vamos a hacer en aquella república una vez liberado el país”. Claro está, que por razón del tiempo que vivió en Estados Unidos, por razón de haber visto nacer en ese país el capitalismo financiero y de haber penetrado mucho más de lo que sospechamos en su mecanismo—aunque, por supuesto, no llegó a definirlo con la exactitud y lucidez que cincuenta años de experiencia y su sólida fundamentación marxista le permitieron hacerlo a Lenin—, se puede afirmar que a pesar de que la tarea esencial de Martí fue la liberación de Cuba, él vio claro que ya en ese emprendimiento histórico estaban presentes, si se quiere en germen la una y más evidente la otra, dos tareas que tendría inevitablemente que afrontar la futura República: la lucha contra una posibilidad de neocolonización yanqui y un determinado enfrentamiento clasista. Cuando tratemos sobre el autonomismo esto se verá más claro.

Sí se quiere, y no sería excesivo decirlo, la ideología era democrático-burguesa, con elementos superadores del “modelo” tradicional nacido de la Revolución Francesa, y, a fines del siglo XIX, cuando Martí piensa y actúa, en proceso de descomposición y estancamiento. No por azar ya se conocía el socialismo, y lo conocía, en medida no fácil de apreciar, el propio Martí. La democracia, en su connotación más popular de la época, imperaba en el PRC.

La cuestión es bastante compleja, muy llena de detalles, sembrados en cuantiosos documentos (cartas, artículos y discursos) desde 1890 y reiterados, como que se trata de algo esencial en una sociedad salida del régimen esclavista e inmadura, desde 1892. No hay duda que el PRC está concebido por Martí como una estructura que partiendo de una base —amplia, vasta— llega hasta una cima. En un lenguaje técnico o gráfico, se podría decir que está organizado en una forma vertical, abarcadora, casi como una pirámide, en la cual los clubes componen la base, los Cuerpos de Consejo la zona media y el delegado su tope. Y toda la pirámide, regida por la práctica de una democracia integral. Las asociaciones de base, o clubes, se constituyen con plena libertad. Están formadas, predominantemente, por obreros, pequeños burgueses, profesionales, etc., de acuerdo con las iniciativas de fundación o las peculiaridades de la localidad. Muchos, por cierto, eran mixtos,

integrados por cubanos, y gente de otras nacionalidades latinoamericanas —y aun hubo clubes puertorriqueños— pues no hay que olvidar que el PRC perseguía no solo la independencia de Cuba, sino la de Puerto Rico también. De los responsables o dirigentes de estos clubes surgía el llamado Cuerpo de Consejo, que a su vez elegía al delegado con la ratificación de todas las asociaciones. Tal como Martí concebía al Partido hay en esto una intención por desarrollar en el cubano la conciencia del sufragio. Pero hay al mismo tiempo, dadas la perspicacia política y la hondura del pensamiento de Martí, una garantía de que esa democracia y ese sufragio no serán desvirtuados y se corra el peligro de que la Revolución, pueda caer en manos de un dirigente que aunque sea partidario., eficaz incluso, de la liberación de Cuba, no sea capaz de imprimirle a la propaganda y a la acción preparatoria de la guerra la dirección requerida.

Mas esto mismo, no es toda la verdad. En mis palabras puede haber una exageración. Porque Martí es algo así como una imposición de la historia. Veamos. Si por azar se hubiera dado el caso de que los cubanos no eligiesen a Martí, entonces tendríamos que llegar a la conclusión de que Martí no era Martí. O sea, que no podía ser otro que Martí el que dirigiese la revolución cubana de 1895. Porque aquellas mismas figuras que en un momento dado —Máximo Gómez y Maceo en 1884, y otros anteriormente, entonces y después— tuvieron reservas de aquel joven que —como decían, suponían, sospechaban o murmuraban, incluso lo confesaban paladinamente— no había tomado las armas durante la Guerra Grande, ahora frente a todas las divisiones heredadas de la contienda del 68, y que se mantenían en la emigración, frente a la inmadurez general del pensamiento político cubano, veían surgir a Martí como la fuerza unificadora. Maceo, nada menos que Maceo, que precisamente había tenido discrepancias con él años atrás, dirige, a fines de 1893 o a comienzos de 1894, una carta encendida de indignación a Enrique Trujillo, ¿Y qué dice Maceo? Refutando las acusaciones de despotismo, de gobierno unipersonal y hasta de dictadura que Trujillo echaba a volar sobre Martí —y Enrique Trujillo era un sincero y honesto simpatizante de la independencia, pero que tenía algunas sospechas injustificadas e inexplicables respecto de las intenciones de Martí, consecuencia

tal vez de alguna cuestión de índole personal—; Maceo le escribe diciéndole que Martí es un patriota, que hay que respetar su obra y que cese en su campaña de acusaciones. Y es que Maceo ya ha acatado la política de unidad que preconiza Martí, política de confianza en el veteranismo, de apoyarse en los veteranos, porque son estos los que van a poner en condiciones de pelear en la manigua a los pinos nuevos, educados por Martí partiendo de la situación presente.

Desde luego, la gente real, los patriotas firmes, los hombres que miraban ante todo a la obra y al objetivo comunes, esos, como Gómez, Maceo, Sánchez, Roloff y cientos, miles de otros veteranos, no se perdieron en disquisiciones, de suspicacia y parálisis política, sino que vieron lo cierto de la preparación de la guerra y aceptaron esa jefatura que reconstruía y superaba toda la historia revolucionaria precedente. Una revolución verdadera, conforme vive y crece, une las generaciones, borra las querellas personales, echa al cesto de la historia muerta, todo lo episódico, lo mínimo y lo inútil. Así fue, ante la obra de Martí. Muchos documentos lo atestiguan.

Se ha asimilado esta conducción martiana con el centralismo democrático, propio de los partidos marxistas desde la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y, particularmente, del Partido Bolchevique. Habría que andar con pies de plomo en esta cuestión, porque la dirección no era colectiva sino la consulta, la constitución de la base, la propaganda, mas no lo era la preparación de la guerra, la designación de los agentes confidenciales y la centralización de la información que obtenían los patriotas agrupados en la Florida y en Jamaica. Sin embargo no era por lo mismo, un mando unipersonal y absoluto: de ese lado, también se consultaba y se analizaban los criterios. Quizás hubo “un estado mayor” invisible, a primera vista, separado del resto de la organización.

Respecto de todos esos documentos, habría que añadir una frase que dice mucho, pero que a la vez nos deja insatisfechos: esa posibilidad de reconocer la magistratura de otro creador revolucionario con el cual se pudo tener en algún momento ciertas discrepancias, es propia y necesaria de la grandeza de esos hombres. Pero siguiendo un poco la línea de pensamiento que se

sustenta en la carta de Maceo, en documentos de Gómez y de otros, se puede ver otro hecho: aquel joven casi desconocido, que no había adquirido grados en la Guerra Grande (1868-1878) que, sencillamente, “hablaba bonito” —como se decía en aquella época y se siguió diciendo en otras—, que hacía unos verbos muy bellos o muy profundos, empezó a revelarse ante los veteranos como un verdadero líder. Cuando ellos comprobaron esto y comprobaron además que se había ganado la adhesión de la gran masa de la emigración cubana, sobre todo de la parte trabajadora —que empezaba a desempeñar un papel decisivo en el panorama social de Cuba—, y aun la adhesión de los pequeños burgueses proletarizados por el exilio o a causa —en el interior de Cuba— de las expropiaciones realizadas por el gobierno español al concluir la guerra del 68, comprendieron que la dirección del PRC debía estar en manos de Martí. De modo que en Gómez, en Maceo, en Serafín Sánchez, en Enrique Collazo, hay la comprensión —por la forma en que Martí organiza el Partido unificando a todos los cubanos, evitando que su dirección pueda caer en malas manos, por la labor que despliega en la propaganda y la organización de la guerra, por el apoyo unánime que le da la emigración— hay la comprensión, repito, de que objetivamente en Martí está el verdadero jefe de la revolución. Este sentimiento llegó, como resultado del “estilo” (o las concepciones) de la época a identificar a Martí con la totalidad del PRC.

Acerca de esa idea de unipersonalidad que aparece, por ejemplo, en Enrique Collazo, hay mucho que decir. A mi entender, esas afirmaciones, por supuesto, no estaban cargadas, como las de Enrique Trujillo, digámoslo así de malevolencia política. No, las de Enrique Collazo y de otros no tienen, ni mucho menos, ese matiz. Hay tal vez en ellos la idea de que, aun cuando Martí ha demostrado en la práctica ser un líder capaz y un extraordinario organizador, debido a la magnitud de la tarea que se ha echado sobre sus hombros, no le sea factible conducir al pueblo de Cuba a la meta que él mismo, el propio Martí, le ha fijado; pero esto no sería lo esencial. Más bien, la tarea realizada por Martí, que, sin duda, a ellos y a muchos más les parecía imposible, los condujo a conclusiones de atribución unipersonal en las cuales la atracción del líder y la profundidad de sus ideas, borraba la existencia de

un pueblo, dentro y fuera de Cuba, que se transfundía en él, y lo seguía. Sin embargo, Martí en ningún momento deja de poner en primer plano y claridad mayor los sentimientos, la entereza y las virtudes democráticas de los cubanos. Lo curioso es que Enrique Collazo es uno de los hombres de confianza de Martí para organizar el alzamiento en el occidente de Cuba. Por lo tanto, tenía que saber cómo Martí empleaba, así como a ellos, a muchos otros colaboradores para la tarea de dirigir la revolución. Pues aun cuando Martí era el dirigente, el responsable fundamental en la conducción de la revolución, utilizaba para organizarla y promoverla todas las fuerzas posibles. Es más, de su vasta correspondencia, de sus entrevistas con toda suerte de cubanos ligados a la acción separatista o simples transeúntes en Estados Unidos, de toda la enorme labor que desarrolla, se desprende, hay que repetirlo, un Martí que consulta, un Martí que ausculta, un Martí que se reúne con los clubes, que visita las casas de los trabajadores, que conoce su pensamiento, que recoge sus ideas. Esto lo perdieron de vista Collazo y otros, pero nosotros estamos en el deber por lo menos de profundizar en este aspecto de la vida y de la obra de Martí para arribar a una conclusión que resuma al hombre y a las masas.

Hay otro análisis que tener en cuenta. La distancia ideológica y la capacidad de previsión de Martí, previsión que, como es lógico, se basa en un conocimiento inmediato del proceso histórico que está sucediendo, desborda con mucho la capacidad de todos sus contemporáneos. La prueba está en que podemos afirmar que Martí vive hoy día y que una gran parte de su pensamiento está viva. Por otro lado, el propio Martí trazó fines limitados al PRC, digamos a ese primer PRC pues yo me pregunto —y estoy en un terreno totalmente especulativo— hasta qué punto Martí previó la posibilidad de transformar ese PRC una vez instaurada la República en otro partido, con otro contenido, pero como una continuación del PRC. O sea, hasta qué punto Martí atribuyó a su propio hacer una vigencia transpersonal.

En la carta a Mercado hay algo muy interesante. No lo que todos justamente conocemos de que su quehacer fue eminentemente antimperialista y debió realizarlo en silencio. No, me refiero a otro momento de su carta, aunque hay que tenerlo muy en

cuenta, porque se relaciona a modo de unidad con otras ideas de su carta que voy a citar. Hablando de la clase rica —vamos a decirlo en términos no marxistas— Martí escribe que esta se “contenta solo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, la masa inteligente y creadora de blancos y negros”. La idea que expongo es, claro está, una especulación. ¿Preveía Martí una República en la cual se enfrentarían la masa “hábil y conmovedora”, y el celestinaje de la clase rica? Que ello fuera posible lo prueban sus referencias numerosas a las posiciones y reticencias contrarrevolucionarias de la gente con arraigados intereses económicos. La historia ulterior habría de confirmar ese curso de los alineamientos político-sociales. Si esto es así, lo cual se puede apoyar en el hecho de que Martí muere a los cuarentidós años, en pleno desarrollo creciente de su pensamiento social, entonces puede colegirse que Martí concibe el Partido como un partido que debe cumplir diferentes etapas: una pre-insurreccional, otra en la guerra y una tercera en la República; las tres como una continuidad y siempre hacia fases de un desarrollo superior, conforme a lo que les dice a Carlos Baliño y a Fermín Valdés Domínguez.

¿Sería posible que Martí, por un lado, fundase un partido para organizar la guerra por el poder independiente y que, a la par, de acuerdo con sus propias palabras, estaba destinado a poner las bases de una República en que los libertadores no fuesen únicos beneficiarios, ni una clase sobre otra, ni unos oportunistas sobre la numerosa gente de mérito y “de cintura”? Permítaseme añadir ¿sería posible que el partido de la primera fase dejara el poder a quienes quisiesen disfrutarlo en daño y renuncia a los principios del propio Partido? Habría que rebuscar mucho dentro de su obra, sacando poco, harto poco que acredite que él pensaba disolverlo.

Pero volvamos atrás y unamos eso con la idea martiana de que la República futura debía estar en el seno de la acción militar, como germen y en proceso de desarrollo. De aquí se deduce que el Partido se prolongaba en la formación del gobierno revolucionario partiendo del Ejército Libertador de Cuba, y a eso responde

el sistema electoral que se establece en las filas mambisas. En otras palabras, se producía una especie de transfiguración del Partido. Martí tenía una sabiduría política lo suficientemente profunda como para darse cuenta de que no podía existir un partido en el exterior, lejos del campo de batalla, dando consejos u órdenes políticos o determinando tácticas y estrategias. Esas directrices tenían que surgir de la lucha concreta, de la misma actividad bélica. Esto, creo yo está muy claro en el pensamiento martiano, como lo está asimismo que la guerra se ha de organizar democráticamente. De ahí, la necesidad de un proceso electoral, del ejercicio del sufragio universal en el Ejército Libertador para la designación de sus representantes a las asambleas, a la Constituyente, etc., proceso que se realiza no con la hondura que hubiera podido tener de haber estado Martí presente, pero que de todos modos se realiza. En síntesis: hay aquí una transfiguración del Partido. El Partido deja de dirigir, a favor de la función conductora del Ejército Libertador.

Que la Asamblea de Jimaguayú supone que esa conducción, muertos Martí, y Maceo y absteniéndose Gómez de “hacer política”, cae en las manos inexpertas y las ideas superficiales de un grupo de libertadores, no todos insignes, hace años lo demostró nuestro colega Ramón de Armas, (*La Revolución pospuesta*). Pero ello no reduce la justeza de los principios de Martí acerca de la función del Partido entre el 24 de febrero de 1895 y el día de la liberación, que él no podía prever, ni presenció; tampoco los niega el hecho que Tomás Estrada Palma, traicionaba aún más esos principios pactando con los imperialistas por detrás de las autoridades radicadas en Cuba. Sí bien se mira, era precisamente eso, lo que Martí quería evitar, transfiriendo todo el poder de conducción a los combatientes reales. Tomás Estrada Palma es el personaje que tipifica el viraje antimartiano. De hecho, pasa dos años en el exterior concertándose con cuanto norteamericano se le acerca para negociarlo todo, hasta la propia independencia y soberanía futuras.

La cuestión, pues, se plantea en estos términos: por un lado, el Partido Revolucionario Cubano reclama para sí, como es lógico dentro de la dinámica histórica, la conducción del proceso de preparación revolucionaria y la fundación de la República; pero,

por otro, hay una suerte de golpe de estado que aburguesa toda la organización. No le cambia el programa, pero modifica el contenido que le había dado Martí: un contenido democrático, popular, con vistas a la constitución de una República de respeto equilibrado a todos los cubanos. Y claro está, se produce un alejamiento de la masa humilde, de la masa proletaria de la gente que por razón histórica estaba llamada a ver más claro que los demás en cuanto a la “dignidad plena del hombre”.

Fue precisamente en la Constituyente de Jimaguayú donde se adoptaron disposiciones que llevaron a este cambio de contenido y de relaciones entre el Partido y la dirección del Consejo de Gobierno de la Revolución. A partir de ese momento, el Partido se convierte en un aparato que no se tiene en cuenta. Y el primero que no lo consulta es el propio Estrada Palma, que había heredado la Delegación al morir Martí. El elemento popular no puede llevar su voz al Partido, y esto lo expresaron así algunos humildes emigrados cuando, liquidado el periódico *Patria*, empieza a publicarse *La Doctrina de Martí*, o cuando Sotero Figueroa, en 1903, al conmemorarse el primer aniversario de la República neocolonial, se refiere a la obra de Martí. Todos estos hombres humildes, de extracción popular, se duelen de la muerte de Martí, muerte que ha conducido a la sustracción del contenido ideológico del PRC y de los objetivos de la República.

Es obvio que los hombres-instrumento de ese cambio, no son responsables exclusivos o excluyentes de otros contemporáneos o de ciertas condiciones sociales que malconducen a la revolución. Los elementos burgueses, ciegos o conservadores, los pequeños burgueses que sueñan con erigirse en burguesía, los que no confían, y hasta desprecian las calidades del pueblo, los escasos de fibra para pelear, los que ignoraban la grandeza del programa de Martí, todos ellos coinciden, por acción o por omisión. Hay rechazo o incomprensión. Recordemos que uno de los párrafos del *Evening Telegraph*, en un artículo, obra de un corresponsal a la paga de los colonialistas, que Martí refuta, lanzaba en 1892, la especie de que él era un poeta visionario. Esa propaganda de los enemigos pudo haber calado más allá de lo que hemos investigado hasta hoy. Lo de Jimaguayú y de Tomás Estrada Palma es el primer paso para deshacerse de las “ilusiones” martianas y alejarse del

pueblo verdadero. Pero esta incomprensión —llamémosla así apelando tal vez a un eufemismo— del pensamiento martiano se da en muchas otras figuras. Implica lo que decíamos anteriormente: la incapacidad de número de los contemporáneos de Martí para calar la profundidad de su programa y de su visión.

Nicolás Heredia, a quien no se le puede negar que fuera un hombre culto y que tuvo la oportunidad de conocer si no la totalidad por lo menos una parte de la obra de Martí, llegó a decir, que la intervención norteamericana en Cuba, era nada menos que la culminación de la obra de Martí. Parece increíble, pero es así. Aún más tarde y con un desenfado increíble, porque ya se habían publicado textos básicos, Caraballo Sotolongó dice en un folleto de los años quince que Martí hubiera rechazado las manifestaciones antinorteamericanas que ya entonces se reiteraban por numerosos cubanos. Al desvirtuarse el contenido de la revolución, al hacer a un lado o echar en el olvido lo que tenía de verdaderamente revolucionario el ideario martiano, todo Martí se desvirtúa también o sencillamente se le ignora. Hay quien después de su muerte lo declara muerto definitivamente, en todos sus aspectos. Lo dice Ponce de León y lo dicen otros. Para ellos, que no habían logrado penetrar la ideología de Martí y su programa, porque en definitiva, eran demócratas burgueses al uso —independientemente de las cualidades y hasta de la grandeza que pudo haber en algunos de ellos— les fue muy fácil, a veces hasta inconscientemente, transformar aquella revolución, que era la primera revolución de vocación antimperialista y popular de la América Latina, en un nuevo colonialismo. Los tiempos les ayudaban.

Martí que, a no dudar como prueba Cantón Navarro, excluía la lucha de clases aun cuando se daba cuenta de su existencia, previó sin embargo, porque lo vio, que los ricos no querían la revolución. Para añadir alguna referencia concreta recordemos que hay un artículo de Martí que refleja esas posiciones de clase. Se titula “Autonomismo e independencia” y fue publicado en *Patria* el 26 de marzo de 1892. Entre otras cosas, les dice a los reformistas ineficaces: “No es la caja solo lo que hay que defender, ni es la patria una cuenta corriente, ni con poner en paz el débito y el crédito, o con capitanear de palaciegos unas cuantas, docenas de criollos, se acalla el ansia de conquistar un régimen de dignidad

y de justicia”.<sup>4</sup> Como se ve, este párrafo refleja un pensamiento clasista muy marcado. Martí advierte nítidamente cuál es el mecanismo económico y social que detiene a los autonomistas. Y lo dice no solo en ese artículo, sino en otros publicados igualmente en *Patria* y en muchos de sus discursos. En todos ellos, Martí ve muy claramente la raíz social y económica de la posición autonomista. Y es notorio que observó también con gran claridad la fuerza histórica que ya se estaba desarrollando en Cuba: la de los trabajadores. No obstante que para él el primer deber de los cubanos era liberarse del colonialismo español, intuía la verdad de su propia frase: “Se viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo”.<sup>5</sup> Si lo vio y previó ¿cómo es posible suponer que se propusiera abandonar al Partido y a la revolución al juego libre de todas las ambiciones? Y, además, en primer término, ¿aceptaría librarla a las apetencias inveteradas de los anexionistas de aquí y de allá?

La posición de Martí frente al anexionismo es clara, aunque no hemos de considerarla como fuente exclusiva de su visión del futuro; es obvio que Martí señala reiteradamente que la organización social, económica y política de Estados Unidos, la educación de su juventud, la ambición, el afán de riquezas que mina a esta nación, es un cambio indeseable para nuestras repúblicas. Además de todo esto, en ese pensamiento antianexionista hay una coherente raíz cubana. Y digo que es cubana porque si hurgamos un poco en el desarrollo del pensamiento político de Cuba en el siglo XIX nos encontraremos con un gran pórtico, el de Varela, que dijo: “Yo quisiera ver a mi patria tan aislada en lo político Como lo está en lo geográfico”. Hasta donde cabe, esto se prolonga en la concepción global que del problema de Cuba tiene José Antonio Saco.

Quizás no se ha visto claramente esta continuidad; quizás nuestra gente estudiosa, inteligente, esforzada —que la hay mucha y cada día en número mayor—, no se ha puesto a analizar lo que

<sup>4</sup> JM: “Autonomismo e independencia”, *Patria*, 26 de marzo de 1892, *OC*, t. 1, p. 355.

<sup>5</sup> JM: “Carta a la república”, Nueva York, 8 de julio de 1886, *OC*, t. 8, pp. 22-23.

significan las ideas de Saco en 1851 acerca de la política y la organización interna de Estados Unidos. Martí las conocía.

De la misma manera que Martí vincula su pensamiento sobre el destino independiente de Cuba y la crítica de la sociedad norteamericana de entonces, Saco es antianexionista basando también su pensamiento a una crítica incompleta, porque escribe medio siglo antes, de la sociedad norteamericana. Si Saco defiende la “nacionalidad blanca” (esclavista) frente a Estados Unidos anexionistas, esto solo significaría que, en este punto, prefería la formación de una burguesía cubana antes que la desaparición de la nación en germen, como había sucedido con la población francesa de Louisiana. Dígase cuanto se quiera, esta era una posición justa entonces (1850-1851) y, además, tendía a debilitar el esclavismo que se hubiera redoblado bajo la dominación norteamericana. Que Saco no lo comprendiera de esta manera o no fuese capaz de escribir contra la anexión *por esa razón precisamente*, no nos exime de analizar objetivamente aquellas perspectivas y verlo a él como un hombre que, a lo menos, vislumbró un hecho esencial en el futuro. Salvando diferencias ¿podemos atribuir a unas ideas justas en su momento, todo —y el único— origen de una triste historia posterior? Si se analizan cuidadosamente las ideas de Saco lo vemos como el primer cubano que estructura todo un pensamiento político —independientemente de la significación perspectiva histórica que hoy pueda tener ese pensamiento— en tomo al concepto de la nación cubana como nación posible, como entidad que tiene la obligación de realizarse a sí misma. No es que él fuese —como por una confusión casi tipográfica se planteó hace años— el fundador de la nación o de la nacionalidad cubana; pero sí es el primer cubano que desenvuelve todo un pensamiento político alrededor de ese concepto. Cuando Saco critica el anexionismo de sus amigos, como Gaspar Betancourt Cisneros, les dice: ¿Pero qué se creen ustedes: que los norteamericanos van a establecer aquí un estado norteamericano, utilizando sus hombres y sus recursos para el disfrute de ustedes? ¿Y qué le ha pasado a la minoría francesa de Louisiana hoy ahogada y en desaparición? Eso les dice Saco. e intenta hacerles ver que Cuba tiene otro deber, otra tarea histórica. No lo dirá con estas palabras, pero, en esencia, su pensamiento es que Cuba debe aspirar a fundarse como nación, a crear su propia nacionalidad.

Todo lo que he dicho va enderezado a señalar que en la posición antianexionista de Martí, no hay solo una experiencia histórica, concreta y personal suya, sino, a mi entender, una continuidad del pensamiento cubano frente a la anexión. Además Martí veía todos estos fenómenos con suma objetividad. Así, cuando habla de la bandera de Guáimaro, que es la bandera de los anexionistas, dice que ya está saneada por la sangre de Narciso López. Sin embargo, él sabía muy bien —lo dijo— que López había venido a Cuba enviado por los norteamericanos anexionistas. Y no obstante, por un curioso y nada excepcional funcionamiento de la dinámica histórica, Martí puede apreciarlo, objetivamente: enjuiciaba a los anexionistas como enemigos irreconciliables de la nación cubana, pero dice al mismo tiempo que la sangre de uno de ellos, derramada por los colonialistas españoles ha saneado la bandera que usan los libertadores. Dicho en otros términos sumarios: la víctima de mi enemigo es *objetivamente* mi amigo.

Todo eso, lo que hemos reseñado pensando en alta voz, y lo que hemos dejado en el camino, se nuclea desde la década de los ochenta en un antimperialismo cada vez más consistente. Martí fue partidario desde muy temprano de que no se copiasen modelos de otras naciones para los países hispanoamericanos. Se lo dice en una carta a un notorio hondureño en 1879. Y el modelo que “funcionaba”, no solo para la América Latina sino para el mundo entero, era el de la supuesta democracia representativa norteamericana. Martí desalienta a los pueblos latinoamericanos, a través de infinidad de medios —artículos, discursos, cartas privadas, etc.—, a que copien este modelo, denunciando la naturaleza rapaz del capitalismo financiero, la metalización de la sociedad norteamericana, la injusticia social que impera en su territorio. La guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico, pues él concebía la liberación de estas dos islas como una acción coordinada, era, como se sabe, porque él mismo lo dijo, un valladar que debía contener el desbordamiento yanqui sobre nuestro continente. Para ello, a mi entender, pensó la guerra como una acción a cumplirse en sucesivas etapas: una inicial que era la emancipación del colonialismo español, otra la instauración de la República, de verdad libre y soberana, y por tanto antimperialista, y una tercera en la que los pueblos de América Latina establecerían un frente común

contra el imperialismo. Desde luego, todo eso es un poco hipotético. Pero hay documentos de Martí que nos permiten conjeturar que este era su propósito.

De otra parte, en un proceso revolucionario cada paso que se da genera la posibilidad de nuevos pasos consecuentes. Un proceso revolucionario puede empezar, digamos, con la visión ideal de un hombre —aunque esa visión ideal es siempre, forzosamente, el reflejo de un desarrollo histórico, de algo que está objetivamente en la sociedad— y conducir a realidades concretas. El proceso revolucionario, si lo es de veras, va cambiando en su avance la conciencia de los hombres, llevándolos a nuevas y cada vez más audaces posiciones, y esto lo sabemos nosotros por experiencia viva, directa.

Así pues, nada habría tenido de sorprendente que la guerra de independencia convocada por Martí —y dada la hondura con que él la concebía— hubiera arrastrado a sus distintos componentes a posiciones insospechadas, insospechadas para muchos, menos para él, el propio Martí. Todo esto lo frustra, claro está, primero la muerte de Martí, luego la de Maceo y por último la intervención norteamericana de 1898.

Cuando revela en su carta a Mercado que toda su acción ha sido guiada por el ant imperialismo, no dice más que una verdad revelada anteriormente en numerosísimas de sus páginas. Ni exagera, ni reduce. No me atrevo a afirmar que Martí magnificara o simplificara su acción ant imperialista, pues es obvio que él fue muy paladino en sus expresiones al respecto, esto es, en cuanto a los peligros que representaba para nuestros países. Por mi parte, creo que la carta a Mercado hay que estudiarla teniendo en cuenta el personaje a quien va dirigida. Mercado es una figura de gobierno. Es un mexicano que no ha abandonado los ideales de la Reforma —la Reforma democrático-burguesa, profunda que Juárez llevó a cabo—, pero vive en un momento crítico para su país. Con el porfirismo se ha producido una regresión en el proceso de democratización de México. Por lo tanto, a mi ver, Martí parece estar indicándole a Mercado que ha llegado el momento de revelarle lo que hasta entonces había tenido que mantener oculto: el carácter ultra-antillano de la revolución, afirmado en el *Manifiesto de Montecristi* (1895). Al subrayar esta categoría de nuestra

guerra de independencia le estaba indicando también el sentido que ella tenía como lucha contra las ambiciones norteamericanas, en el ámbito latinoamericano. Imagino que por ahí podría venir alguna aclaración para esta simplificación de su idea —si queremos llamarla así— que Martí hace de su acción antimperialista. Además se supone que es el momento en que Martí se decide a salir de Cuba para juntar a toda la América Latina en torno a la revolución cubana, por consiguiente es el momento en que tendrá que hablar francamente a los latinoamericanos con los que tiene posibilidades de hablar sin ambigüedad; no lo haría por carta. Y uno de ellos, esos latinoamericanos, el primero, es su hermano Mercado. Martí, aun con sus dudas inscritas en el *Diario*, saldría de Cuba para actuar en el exterior. ¡Quién sabe qué geniales condiciones de líder militar hubiera mostrado en los campos de batalla! Pero dejemos las hipótesis o las suposiciones. No hay que olvidar que una acción continental la tenía prevista Martí desde años antes. Juntar a la América Latina, crear la conciencia de una nueva y definitiva independencia de América Latina fue siempre idea y propósito medulares en Martí. No es de creer que su desembarco en Cuba se diera ante la posible calumnia, insinuada años atrás, sobre su ausencia de los campos de batalla e influyera en él, generando esa duda fugaz acerca de su partida. Cabe la posibilidad de que deseara permanecer en los campos de batalla hasta que se constituyera el gobierno revolucionario, pero se veía, por otro lado, compelido a cumplir un acuerdo o, a lo menos, una recomendación, nada arbitraria, del mando militar, que conocía su capacidad movilizadora.

No debemos darle mucho peso a ese factor —las calumnias que sobre él pudieran verter sus enemigos— al analizar la actitud de Martí. Reconociéndose a sí mismo como jefe de la revolución —como es obvio que se reconociera— sabía que entre sus deberes tenía que estar el de combatir. Si no, no hubiera sido Martí. Él tenía que combatir, vino a combatir, pero en definitiva tenía también otra tarea. La prueba está en que tras de su caída en Dos Ríos (19 de mayo de 1895), en el extranjero se deterioró todo el aparato que él había creado. Pero, además, repito, Martí tenía otras tareas, pues su acción entroncaba también con otros objetivos. Recuérdese que en las bases del Partido Revolucionario Cubano la independencia

de Cuba y la de Puerto Rico están unidas. Y ya desde el famoso artículo “Nuestra América” se ve claro que en Martí hay una concepción ultracubana de los problemas. Puede ser que cuando él se pregunta, si este desistimiento de permanecer en Cuba sería lo más razonable o lo más oportuno, hubiera en Martí alguna vacilación. Pero aquel su otro destino —que era solo uno— lo llamaba. Y el hecho que la carta que deja a su muerte sea una carta a su amigo mexicano Mercado, a un hombre que tenía, aunque fuese en pequeña escala, prestigio y poder en México, país donde él había dejado una huella, y que seguramente era uno de los primeros que iba a movilizar o a tratar de movilizar en torno a la revolución cubana, nos permite creer que, aún teniendo esa duda que registra en su *Diario*, Martí sabía que ante él se abría otra misión: juntar a los países latinoamericanos en un haz de pueblos en torno a la revolución cubana y frente al imperio norteamericano. Eso era, tal vez, el destino que a esas alturas más le llamaba. Sin duda, el más eminente que pueda caberle a hombre alguno en este continente.

1980-1981



# APÉNDICE



DEL XIII SEMINARIO JUVENIL NACIONAL  
DE ESTUDIOS MARTIANOS\*  
(Discurso de clausura)

Damos término en estos momentos a la decimotercera sesión anual del Seminario Juvenil de Estudios Martianos. Trece años de trabajo asiduo, empeñoso y eficaz constituyen, sin más palabras, un singular logro, tanto más cuanto que ha crecido el número de ponencias, el de participantes —en grupo o individuales— el de temas y la calidad de los debates, supremo éxito y resumen de esta añosa labor. Quienes hemos podido asistir a las sesiones desde los días iniciales y, tras de alguna que otra ausencia, volvemos a ellas, podemos afirmar que estos Seminarios han logrado su objetivo. Aún más, cada paso preanuncia nuevos éxitos y más altos propósitos.

Cuan necesarios son, cómo es de profunda y duradera su labor de conciencia, en qué medida estimulan la reflexión de los jóvenes —y aún de otros no tan jóvenes, pues todos aprendemos en ellos— hasta qué punto, ilimitado por cierto en sus perspectivas, enraiza el ejemplo martiano, no es cosa que debamos subrayar en este momento. Los que nos reunimos hoy día y los que desde hace más de una década lo han hecho, saben que el conocimiento de la obra de Martí forma parte inseparable de la transformación total de nuestra vida, y la fortalece. Leer y reflexionar, inclinados todos sobre los textos martianos, sobre lo dicho y lo hecho por él, ilustra, enriquece nuestro

\* Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, n. 7, pp. 197-208, La Habana, 1984.

quehacer actual. No estamos en un ejercicio de historia centenaria y sepultada, sino en el de ayer y de hoy, pues si hubo pensamiento y acción en nuestro siglo XIX que pudieran, como ha sido, entroncar sin rupturas mayores con las previsiones geniales de Marx, Engels y Lenin, esos fueron los de José Martí. Bien dijo Mella en el año 1926 en sus *Glosas* sobre él que, de vivir en nuestro tiempo, encarnaría los nuevos requerimientos sociales.

Martí, compañeros, es nuestro contemporáneo.

Desde los días iniciadores de la tercera década y del nuevo movimiento revolucionario, cuando Mella escribía aquellas luminosas páginas —aún antes, en la publicación del libro de Julio César Gandarilla titulado *Contra el yanqui* (1913), si bien en este caso faltaban referencias profundas a los fundadores del socialismo—, hasta la hazaña del 26 de Julio de 1953, del brazo y en la voz de Fidel y sus compañeros, la juventud cubana asumió la honrosa tarea de conferirle a Martí la dimensión cabal de Maestro y de Héroe Nacional, ejemplo e inspiración de la nueva vida que pugnaba por abrirse paso a través de la “costra tenaz del coloniaje”, como dijo Rubén Martínez Villena.

Los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos son los continuadores de esa historia de rescate creciente y amoroso de la significación permanente de Martí. Maestro en el decir, inspirador en el combate, él es el mejor amigo, el más sagaz y firme aliado de la juventud nuestra a la que corresponde construir, día a día, la patria y la dignidad recobradas en el socialismo, honrando en ello, y ennobleciendo, superando, su herencia. Martí, joven revolucionario, entero desde su adolescencia brutalmente reprimida, viene a ser por el imperio inexcusable de las leyes del desarrollo social, el símbolo unidor de las juventudes del pasado, del presente y del futuro.

Un año tras otro se ha debatido acerca de la totalidad de su obra, mas no hemos agotado el conocimiento y el juicio acerca de la insondable riqueza que ella contiene. A medida que nuestra experiencia —quehacer inmediato y reflexivo— se agolpa en la conciencia colectiva, descubrimos nuevos temas siempre apasionantes y fructíferos, porque, siendo suyos, nos mueven de su tiempo al nuestro, evocando problemas acuciantes de la humanidad.

Esto no ocurre porque queramos verlo con los ojos de hoy, lo cual al cabo se explicaría pues los de ayer están como sin vida. No, todo nace del propio Martí, porque el multiplicado acervo de sus dichos y sus hechos delinean, definen direcciones orientadoras del esfuerzo de cada uno de nosotros en el seno de la Revolución o nos las dan en germen fértil. Lo que estaba en Marx como ciencia y certeza, puede hallarse en Martí como espíritu y humanía. Lejos de contradecirse, su obra y la de nuestro tiempo son coherentes en la común vocación de futuro.

Tan cercanos a nosotros son sus tiempos —nacía entonces a fines del siglo XIX el imperialismo y la acrecida explotación de las masas— que podríamos afirmar, al modo que lo vamos sabiendo por el laboreo crítico actual, que no falta en sus textos problema ni interrogación alguna planteada en nuestros días. Claro está que los expresó a su nivel de experiencia social, pero allí estaban como premisas del programa independentista propugnado por él.

Martí, y este es uno de los tantos ejemplos que podrían sustentar lo que decimos, observó significativamente los progresos, de la técnica, y dijo de ellos desde 1881, al comenzar su vida en los Estados Unidos que, cuando “todas estas maravillas, y las nuevas que las sucedan, sean sabidas,—se sentará el hombre, triste, desconocedor de sí como los primeros días,—a preguntarse por sí mismo”.<sup>1</sup>

¿Qué es este llamado a la recuperación del ser humano sino el afinado sentido suyo de una indeseable alienación? Acaso, ¿no es tal nuestro objetivo revolucionario mayor? Esto es, hacer de la máquina y de la ciencia el medio de salvar la humanía, entonces ya perdida. Con evidente intención añadía que se había ganado “la batalla de la tierra”. Había otra. Si en aquella sazón él veía lejos “el lugar de estación en que [el hombre] ha de trocar al fin sus pies en alas”, aquí estamos nosotros, con él, cada día más cerca que lejos de esa arribada; esencial continuidad y respuesta a su angustiada previsión.

<sup>1</sup> José Martí: “Noticias de los Estados Unidos. La luz eléctrica”, Nueva York, 16 de septiembre de 1881, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 9, p. 45. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

En el año citado comenzaba su vida en el seno de la sociedad norteamericana, cuya entrega deshumanizadora a la lucha por la fortuna personal y el lucro, él denunciaba plenamente años después. En las frases transcritas más arriba, hay una metáfora revestida de conceptos morales, que no oculta —él no lo quería— la referencia a un sistema social. Solo dos semanas antes, en artículo corto como relámpago, había comentado el “lujo pecuniario” y el “exceso de capitales” norteamericanos en las relaciones con la América Latina.

Aún más, previó un momento en el que el genio sería colectivo y las grandes cimas de la creación humana estarían rodeadas de otras cimas, no de llanos estériles, analfabetizados y segregados por la injusticia social. ¿Qué hemos hecho, qué hace el socialismo sino rescatar todo el talento que hay en las masas? ¿Hemos de negar, para simple gusto de los grandes intereses explotadores de hoy, sin duda antimartianos, que estamos realizando sus conscientes visiones sociales y éticas del futuro?

Busquemos en sus textos y actitudes. El antimperialismo, el internacionalismo, la percepción de la función histórica de la clase obrera, la organización política popular, el compromiso humano en la cultura, la intención de una revolución necesaria en la República que él proyectaba, la capacidad de ver y discriminar virtudes de pueblos e intereses dominantes desnaturalizadores, el propósito de establecer una sociedad donde los más gocen del equilibrio de la justicia, todo eso, y mucho más, ha sido visto en su extraordinaria obra. Parafraseando su última carta, la que escribió a su hermano mexicano Manuel Mercado el 18 de mayo de 1895, inconclusa y completa a la par, digamos que cuanto hizo y quería hacer, era para eso, para que las ideas matrices y la construcción material de su hondo proyecto histórico reinaran en esta tierra y florecieran como tránsito hacia lo que alguna vez llamó la “cuarta etapa de la historia”.

Hace ya algunos años que los debates de los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos contribuyen a revelar nuevos temas, advertidos con una seriedad alentadora: la ciencia, la estrategia, la filosofía, la economía. No los concentró como los de índole política militante; en ellos, y no precisamente como simple referencia ocasional, aparecen sus ideas y atisbos futuristas integrados

a la totalidad de aquellos citados más arriba, pilares indudables de su grandeza imperecedera. Mas no alienta a los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos una aspiración permanente a la originalidad temática, que carecería de legitimidad por virtud de subjetivismo o de “culto” martiano, como he oído decir alguna vez fuera de Cuba por quienes encubren su desamor a la Revolución Cubana con advertencias supuestamente científicas. Quienes nos imputen tamaños vicios ejercen una triste crítica que revela la propia crisis de ellos: no han leído a Martí, y si han conocido su obra, nada, entienden de ella. La originalidad está en él, vive en su imagen y se realiza en condiciones nuevas que nos la ofrecen en creciente dimensión.

Si Martí vio las masas y las llamó así, por su nombre, ¿por qué no habríamos de subrayarlo? Sobre todo si no le dio al vocablo un énfasis peyorativo, sino de porvenir que se forja en su tiempo. Volvamos la mirada a sus artículos de México, año 1875; en esa tierra hermana aparece una primera experiencia suya de las masas en movilidad creadora. Manifiesta entonces su preferencia por “aquella doctrina [económica] cuyos frutos alcanzan a una clase más numerosa”. Rechaza, no sin ironía, “el patriotismo de los proteccionistas”, porque este se resume en “la ganancia para los fabricantes sobrepuesta al beneficio de la gran masa de la patria”.

Glosa otra vez el concepto cuando, refiriéndose a un incidente de aquellos días, explica que la *Revista Universal*, donde colabora, “quiere hombres para su patria: no quiere [...] una esclavitud moral, perniciosa porque vive en las masas *esenciales y constituyentes* en grado principal, de la nación”. Subrayemos eso de las masas esenciales y constituyentes de la nación, donde no por nuestro “culto”, sino por su honda comprensión se abre un camino de pensamiento y conducta sociales que llega a nuestros días.

Pasaron años, no muchos, y allá por 1893 caló en las virtudes de su gente cubana. Habló de “estas admirables masas cubanas, levantadas en el destierro a rara cultura, que de un jornal infeliz sacan porción principal para dar patria a los que las desconocen y desdeñan”.

Hay aquí un matiz de identificación entre masas y clase obrera. Y, en consecuencia, ¿quiénes podrían ser los que las ignoran

y menosprecian? Si en su participación social y política, allá en México, vislumbró que “los más” no eran los fabricantes y su ganancia, parece lógico que esté apuntando a un conflicto de clase tenido en cuenta por él, aunque no acentuado en la obra de levantar una guerra de liberación sin ocultar, por otro lado, ciertos contenidos sociales del momento.

Por entonces, refiriéndose a los tiempos de Bolívar, tal como lo expresó en su trascendente ensayo “Nuestra América” (1891), afirma que “para la seguridad de los pueblos”, no debió haberse contado más, “con el ejército ambicioso y los letrados comadrones que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural”.<sup>2</sup>

En su carta póstuma que hemos mencionado, refiriéndose a “cuanto hice y haré”, apunta, con más claridad si cupiera a los hombres “desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros”.<sup>3</sup> Desdén que en esos “despreciadores de los pobres” venía indisolublemente unido al deseo de mantener “la posición de prohombres”, a sus beneficios e intereses, en lo que se revela la existencia de clases o más bien de grupos sociales clasistas, enfrentados a los sentimientos de lo mejor de las masas.

Muy conocida es una de las frases significativas de Martí donde él anuncia que se nos viene encima, un universo amasado por los trabajadores. Quiere decir, a la par, caracterizado por la presencia de las masas y hecho por ellas. Es válido afirmar que Martí veía el futuro como obra de la participación de los desposeídos en masa.

Hablamos de conflictos de clases, de enfrentamientos, de diferencias y oposiciones de intereses que siendo, como son, el hecho social mayor de nuestros días, ya despuntaban presagiantes

<sup>2</sup> JM: “La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, *Patria*, 31 de octubre de 1893, *OC*, t. 8, p. 252.

<sup>3</sup> JM: “Carta a Manuel Mercado”, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *OC*, t. 4, p. 168; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 5. pp. 250-251. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta edición serán representados con la inicial *E.* {*N. de la E.*}]

al nacer el capitalismo financiero y extenderse sus garras por las tierras de la América Latina. Nuestro colega José Cantón Navarro ha situado nítidamente el hecho de que Martí percibe esas contradicciones sociales, pero no cree necesario que haya un choque violento e irreversible. Eso corresponde al nivel de la realidad y a las posibilidades colectivas en que se realiza su proyecto de independencia de Cuba. ¿Olvidaremos, acaso, que la burguesía y el proletariado cubano se definen por vez primera en 1886 al abolirse la esclavitud? Las condiciones en el resto de nuestra América eran similares.

Valdría subrayar que, precisamente porque su proyecto es de liberación nacional, Martí enfatiza esos enfrentamientos en torno al patriotismo. La gente amonedada, salvo pocas excepciones, no quería patria alguna sino reformismo colonial o anexión a los Estados Unidos, a diferencia de los que él llamaba “pobres de la tierra”, que sí la querían. Hoy día sabemos que la burguesía, para explotar al pueblo de su tierra y al de otros continentes, ni quiere ni tiene patria.

Pero en la obra de Martí, también otras ideas se concentran en relación con la patria.

En todo momento él subraya los elementos morales de su ideario político-social, sea como crítica de la sociedad, de las clases o de grupos clasistas, sea –y esto es sumamente importante– como objetivo revolucionario. No hemos caído en confusiones acerca de este énfasis. Forma parte indivisible del proyecto e historia de futuro que él concibe y prepara. ¿Podría haber transformación subvertidora de un sistema sin que, por fuerza, ella implique una nueva ética? Inclinar la balanza de su juicio hasta el punto de asignarle un objetivo puramente moral o una revolución simplemente política, carente de la unidad entre lo uno y lo otro, sería tanto como cercenar su integridad de pensador y actor principal de una obra de pensamiento.

Que esa unidad, como han querido tiempo atrás Medardo Vitier y Noël Salomon, llegue a él por la vía tradicional del senequismo y el Siglo de Oro españoles o que sea cifra y resumen de su experiencia de un mundo sobre el cual se ha volcado con pasión reivindicadora desde los dieciséis años; incluso que fuera un trasunto más acabado de la prédica de Luz y Caballero, dicha en tiempos

en que no eran de tomar las armas, y de las lecciones de vida que le dio Rafael María de Mendive, maestro e inspirador de su sensibilidad temprana, es posible. Aún más, afirmemos que todo se reunía y se sintetizó en él. Si nadie escapa totalmente a la herencia mayor de la cultura, mucho menos escaparía Martí, pues de un golpe de reflexión sabía resumirla.

Pero esa síntesis lleva un sello personal, real, comprobado: la acción (la conducta) transformadora de la sociedad cubana de entonces y el barrunto de cambios sustanciales en otras sociedades tanto o más desiguales y empobrecedoras de la condición humana.

A una conciencia moral, bien avenida con la esclavitud en Cuba, con el desprecio al indígena en la América Latina y el esquilmo de la clase obrera en los Estados Unidos, Martí preveía sustituirle principios reparadores del maltrato secular y promovedores de la dignidad plena del hombre; principios eliminadores, vale recordarlo, de la alienación del hombre enraizada y creciente. Bien lo dijo en 1882, cuando anunciaba el tránsito “de una civilización bárbara y corruptora, señalada por el enflaquecimiento de las naciones en provecho de las castas favorecidas, a otra civilización dignificadora y pacífica, que los hombres han de señalar como la edad en que han entrado al conocimiento y ejercicio de sí propios”.<sup>4</sup>

Valga insistir en que tal “conocimiento y ejercicio de sí propio” constituye precisamente el fundamento de un proceso desalienador, que solamente darse en lucha abierta por destruir los poderes sociales y políticos tradicionales, y en su efectiva destrucción. ¿Sería esta la “cuarta época de la historia” de la que habló en alguno de sus apuntes?

Sus principios éticos de honda raíz e implicaciones político-revolucionarias son claros. En muchas de sus crónicas sobre los Estados Unidos describe fenómenos de alienación propios de la irrupción inmisericorde del capitalismo financiero. Habla y

<sup>4</sup> JM: “Francia”, Nueva York, 4 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 370; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, t. 11, pp. 83. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta reedición serán representados con las iniciales *OCEC*. (*N. de la E.*)]

enjuicia sin reserva acerca de la educación para el lucro, para el éxito dinerario a cualquier precio, de la explotación fabril que llena de odio justo y de furia a los obreros perseguidos y hambreados, de todo lo que, a la sazón —infortunadamente también hoy— transforma al pueblo norteamericano noble y ciego en un rebaño conducido por pastores aviesos e inescrupulosos. Trabajar este tema de la alienación económico-social puede dar resultados interesantes. ¿Fue Martí el primer gran latinoamericano que describió con sentido de futuro, ese fenómeno? Posible es, aunque no podamos afirmarlo sin ambages. ¿Fue él quien dijo que no quería tal desgracia para el pueblo cubano? Sí, lo fue; pero debemos apreciar aspectos, matices y conclusiones, relacionándolos con su previsión republicana independiente.

Si no viéramos estas cuestiones, podríamos parecer en contradicción con la esencia práctica y teórica de nuestro quehacer diario. No las expresa él solamente como normas de conducta individual sino también a modo de *praxis* colectiva de clases o de grupos totalmente ajenos a los objetivos de “los ambiciosos”, “los letrados comadros”, “las castas privilegiadas”, “los desdeñosos de la masa”, los fabricantes de “ganancia sobrepuesta al beneficio de la masa”, los “mendigos más o menos dorados” que “mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos”; donde apreciamos, digámoslo sin vacilación, como lo veremos en sus conceptos del trabajo, su percepción de la sociedad de clases en tiempos que no exigían a la Revolución por él proyectada un primordial contenido clasista. ¿Pues no dijo él “no se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres?”<sup>5</sup> No eran, ni podían ser radicales los que defendían sus intereses y beneficios contra los de las mayorías. Esos no querían ni podían ver “el fondo de las cosas”. ¿Acaso exageramos cuando decimos que un hombre capaz de ver lo íntimo de la sociedad detrás de sus apariencias circunstanciales es nuestro contemporáneo?

Para él, la noción del servicio a los demás es soberana de la conducta: “Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo

<sup>5</sup> JM: “A la raíz”, *Patria*, Nueva York, 26 de agosto de 1893, *OC*, t. 2, p. 380.

que yo quiero es servir más”, dice, y añade: “Vengo a ahogar mi dolor [...] en los consuelos de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vigoroso”.<sup>6</sup>

Eran los días (1877) de la crisis de su permanencia en Guatemala, donde en zonas brumosas de la reforma liberal del presidente Barrios se le veía quizás como difusor excesivo de lo que entonces llamó “las nuevas doctrinas”. Así lo veía en otros. Refiriéndose a las inconsecuencias políticas de Espronceda, diría: “Los hombres que la Naturaleza favorece especialmente”, no tienen derecho a ser menos de lo que pudieron ser”; y, también: “Los genios se deben a la virtud y al perfeccionamiento de la humanidad”.<sup>7</sup> Tal servicio le venía impuesto sin remisión al gran poeta español, y lo renunció: he ahí su falta.

En la batalla por la independencia, lo necesario será “el cumplimiento triste y áspero del deber [donde] está la verdadera gloria. Y aun ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno [...] La fuerza está en el sacrificio”.<sup>8</sup> No era la primera vez que lo decía, pues de mucho le había servido la experiencia en los Estados Unidos, donde todo era puesto a la orden del medro personal, mal profundo en que los cubanos no debían caer. Decía en 1888, refiriéndose a un inteligente político norteamericano, “quien emplea su conocimiento del ser humano para reducirlo a su servicio, y no para servirle, más culpable es mientras más hábil sea, y debe ser mirado por la nación como un enemigo público”.<sup>9</sup>

En lo profundo, nos dice que el sacrificio es una forma social del servicio. Sin embargo, esta palabra de tan subido valor no la dice una y otra vez como mérito, sino a modo de requerimiento ineludible; no invoca el sacrificio con nostalgia de todo lo demás

<sup>6</sup> JM: “Carta a Joaquín Macal”, 11 de abril de 1877, *OC*, t. 7, p. 97; *OCEC*, t. 5, p. 83.

<sup>7</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, *OC*, t. 21, p. 40.

<sup>8</sup> JM: “El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, *Patria*, 22 de septiembre de 1894, *OC*, t. 3, p. 266.

<sup>9</sup> JM: “La presidencia de los Estados Unidos”, 27 de febrero de 1888, *OC*, t. 11, p. 410.

que pudiera o deseara hacer, puesto que, siendo revolucionario, forma parte de su vocación esencial:

En esta tierra, no hay más que una salvación:—el sacrificio.—No hay más que un bien seguro, que viene del sacrificarse:—la paz del alma.— Todas las desventuras comienzan en el instante en que,—disfrazado de razón humana,—el deseo obliga al hombre a separarse,—siquiera sea la desviación imperceptible,—del cumplimiento heroico del deber.<sup>10</sup>

Pero también hay otro deber, el de quienes no entienden de sacrificio alguno: “Los que no tienen el valor de sacrificarse han de tener, a lo menos, el pudor de callar ante los que se sacrifican”. Y continúa en ese texto advirtiendo que, a lo menos, han de “elevarse, en la inercia inevitable o en la flojedad, por la admiración sincera de la virtud a que no alcanzan”.<sup>11</sup>

Sabido es que esas palabras, como otras, siempre han de evocar en nuestros sentimientos la heroica batalla que libra para esquivar el camino del conformismo propuesto por quienes, cercanos a él, le recordaban obligaciones de familia o de hogar o de menudo bienestar, sin comprender la grandeza de su deber primordial, ni el desgarramiento —he ahí lo heroico— que sufría por la contradicción entre uno y otro requerimiento, el de la patria y su historia y el de sus propios amores.

Nada de su persona, nada del hombre, será un definitivo patrimonio que se emplee contra los demás o para sí solo. En este punto, no se refiere él a lo que llamaríamos propiedad personal —que solo de imaginarlo, rebajaríamos su altura y la nuestra—, sino a las más valiosas cualidades humanas. Así, “la inteligencia, dado que se la tenga, es un don ajeno, y a mis ojos, mucho menos valioso que la dignidad del carácter y la hidalguía del corazón”.<sup>12</sup>

Volvería, con precisiones de una fuerza y originalidad impresionantes, a glosar esas ideas. El ejemplo negativo en este caso, lo

<sup>10</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 138.

<sup>11</sup> JM: “El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, OC, t. 3, p. 263.

<sup>12</sup> JM: “Carta a Valero Pujol”, 27 de noviembre de [1877], OC, t. 7, p. 112; OCEC, t. 5, p. 192.

serían también los políticos venales o los escribas a sueldo o los clérigos aliados a los nuevos millonarios en Norteamérica:

El talento [dijo], es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados. Por ahí se mide a los hombres [...] El talento viene hecho, y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no nos lo dimos [...] La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos.<sup>13</sup>

Todo ello coronado por la rotunda frase: “La inteligencia se ha hecho para servir a la patria”.<sup>14</sup> No estamos muy lejos, y aun si lo estuviéramos no le haría, de las palabras con que había puesto su índice en la frente de Espronceda.

Al privilegiar la cultura comprometida con la patria, Martí se nos aproxima, nos tiende su mano. Hemos de sentirnos más seguros y alentados en la compañía de un contemporáneo de su magnitud. Sus previsiones han sido realizadas. Como si revelara poco a poco el sentido subyacente de toda la vida que no podemos considerar como simple intuición, que en él fuera genial, dirá al entrar en su tercer año el Partido Revolucionario Cubano (abril de 1894): “A su pueblo se ha da ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país”.<sup>15</sup>

Sería ocioso explicar que ese texto muestra su ética cargada de un nuevo sentido y vocación social, a medida que definía su ingente labor de guía y organizador de una Revolución patriótica popular. En verdad, se acercaba la hora en que debía explicar y difundir lo más hondo de su proyecto histórico.

<sup>13</sup> JM: “La campaña electoral en los Estados Unidos”, 30 de agosto de 1888, *OC*, t. 12, pp. 43-44.

<sup>14</sup> JM: Fragmentos, *OC*, t. 22, p. 142.

<sup>15</sup> JM: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *OC*, t. 3, p. 139.

La angustia por la patria amenazada de conquista desde el Norte, nos lleva a unas observaciones finales sobre el trabajo. Después de referirse a esa política dominadora, en carta a su amigo uruguayo Estrázulas, afirma: “Me consuelo con mi curapenas de siempre que es el único que cura las penas reales, y las imaginarias, y lo deja a uno respetable ante los demás y ante sí propio,—el trabajo”.<sup>16</sup>

Hay que pagar el precio del beneficio social o personal que se recibe, dijo en alguna ocasión. Ello no es posible sino por el empleo útil de un esfuerzo de trabajo, que si es curapenas, también puede considerarse deuda por cumplir como servicio. Precisa que “cada hombre aprenda a hacer algo de lo que necesiten los demás”,<sup>17</sup> pues, si bien se mira, “la holganza es crimen público. Como no se tiene derecho para ser criminal, no se tiene derecho para ser perezoso. Ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella”.<sup>18</sup>

El reino del trabajo es la gran escuela del hombre, porque “cría justicia”. Las virtudes del trabajo son incontables: “el trabajo es romántico [...] El trabajo es piadoso [...] ¿quién tiene el corazón más blando que los trabajadores?”<sup>19</sup> Aún más: “Es peligroso para un pueblo que nace el espectáculo y el contacto de una agrupación de hombres inactivos que no crea ni aspira”. Y para que no reste duda alguna de la peligrosidad añade: “Lo que se ve, se tiene en la mente. La mente se habitúa a lo que ve; y no debe tenerse delante de los ojos lo que no se quiera que esté en la mente”.<sup>20</sup>

Si cupiera una observación filosófica, permítasenos decir que es una frase merecedora del calificativo de clásica para la teoría materialista del reflejo. Una vez más observaremos que no hay

<sup>16</sup> JM: “Carta a Enrique Estrázulas”, 15 de febrero de [1889], *OC*, t. 20, pp. 203-204; *E*, t. 3, p. 72.

<sup>17</sup> JM: “Escuela de artes y oficios”, *La América*, Nueva York, noviembre de 1883, *OC*, t. 8, p. 285; *OCEC*, t. 18, p. 217.

<sup>18</sup> JM: “Inmigración italiana”, *La América*, Nueva York, octubre de 1883, *OC*, t. 8, p. 379; *OCEC*, t. 18, p. 194.

<sup>19</sup> JM: “Un día en Nueva York”, 7 de octubre de 1888, *OC*, t. 12, p. 72.

<sup>20</sup> JM: “Inmigración italiana”, *La América*, octubre de 1883, *OC*, t. 8, p. 379; *OCEC*, t. 18, p. 194..

textos de Martí en que se sustancie una idea aislada; por lo contrario, nos llevan siempre a entronques y relaciones de fondo como si las conexiones entre pensamiento y realidad se agolpasen súbita y luminosamente unidas en su decir. Y nuevamente (diciembre de 1894), cuando se acerca al momento decisivo, expresará con diáfana intención antimperialista:

Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.<sup>21</sup>

Fue lo que sucedió desde 1898, a raíz de la intervención yanqui y de su posterior dominación económica, política y cultural.

Sesenta años después, de la mano y la palabra de Fidel, la herencia martiana servía de avanzada a una Revolución que, al recrear su programa, vería abiertos los nuevos horizontes humanos enriquecidos por las experiencias colectivas, cubanas y universales, avistadas por él como quehacer inexcusable.

¿Quién de los que estamos empeñados en la creación de una nueva vida no reconoce en los textos de Martí a nuestra Revolución que los exalta y cumple, acrecidos, expandidos? Nos los dio como siembra, de fruto imposible entonces; nosotros cumplimos, debemos cumplir con el deber colectivo y personal para que el fruto, posible hoy, sea digno de estos tiempos de réplica viril a las amenazas nucleares; y lo sea del homenaje que a él debemos porque anunció certeramente los proyectos y realidades del imperialismo, abriendo, sí, mostrando el camino que conduciría al socialismo en irreversible confluencia con el marxismo-leninismo.

Digamos, como homenaje a esta décimo tercera sesión de los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos y a Martí, que se realizaron sus principios éticos, su aspiración a la dignidad del

<sup>21</sup> JM: "Honduras y los extranjeros", *Patria*, Nueva York, 15 de diciembre de 1894, *OC*, t. 8, p. 36.

trabajo, su rechazo a la alienación del hombre, su respeto y confianza en las masas, su antimperialismo.

Que la juventud de hoy se inspire en su ejemplo de conducta y sus palabras ejemplares y que los más añosos comprendamos que todos los días podemos ser algo jóvenes, por la senda de su claridad extraordinaria permanecida en el cielo de la conciencia socialista, sería, la única, quizás, la mayor, sin duda, conclusión de los trabajos del Seminario Juvenil de Estudios Martianos.

## MARTÍ EN LA HISTORIA. MARTÍ HISTORIADOR\*

Cuando el imperio de la razón individual comenzó a resquebrajarse en el siglo XIX se vio cómo esa historia hecha por otros también podía ser regresada, remendada, detenida o transformada por quienes la hacían. Comprenderlo en una dimensión exhaustiva esa fue la genial ideación de Marx; mientras él revelaba lo más hondo, intentaron los positivistas, desde Ranke, por caminos de una asepsia social negadora, abstenerse de todo juicio, lo que equivalía a tener uno, previo e irreprimible, discretamente ocultado. Sin embargo, ni siquiera el más antimetafísico de ellos pudo escapar a las afirmaciones metafísicas. Por su camino la historiografía se trasmutaba en los contenidos entresacados de documentos, como si estos no fuesen también obra de hombres con sus intereses, no siempre confesables pero conocidos, sus simpatías bajo apariencias de objetividad, sus odios nacidos de lo irracional o sus ignorancias inevitables. Pareció a los de esa escuela suficiente para que cada cual resolviera el juicio histórico o adquiriera por sí una visión de los tiempos idos, al transcribir lo leído combinándolo con lo demás, leído igualmente, todo desde un gabinete al cual llegaban a pesar de todo los vientos populares huracanados que oían o los perfumes cortesanos que los embrujaban.

\* Palabras pronunciadas por el doctor Julio Le Riverend el 4 de enero de 1985 en el acto de distinción con el título de Profesor de Mérito por la Universidad de La Habana, reproducidas en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 8, p. 174, La Habana, 1985. (N. de la E.).

Alguno que otro pulía con ahínco sus hallazgos como si fuese un minero afortunado que pone resplandores dorados en cualquier pedazo de roca. Hubo grandes iniciadores y epígonos menores y aburridos. Tras de todo ello había una exacerbada intención de reafirmar la razón individual, ya bajo sus primeros quebrantos. No hay que decirlo: se conducía la historia por un camino reductor, pues poco a poco ella desaparecía de su existencia real y cognoscible para transformarse en un recuento, a ocasiones admirablemente minucioso, de algo que había ocurrido entre otros algo, y que el lector lego o especialista podía a su gusto reducir aún más a su propia razón individual. Todo ello, señoreado por la idea que se había llegado al máximo de sabiduría posible.

De ahí a la llamada crisis del historicismo transcurrió apenas un siglo. Pero el reconocimiento de la acrecida esterilidad del camino emprendido, condujo a la elaboración de tesis y modos de historiar que negaban toda ley del desarrollo social, exaltaban la intuición como creadora de la historia o disfrazaban el positivismo con el ropaje de un llamado cambio social que reproducía con fórmulas verbales diferentes la antañona seguridad del progreso lineal, continuo y apacible.

Todo ello salía de cuatro o cinco centros o países desarrollados y se trasmitía, como una mercancía más, a los países retrasados, así llamados para implicar que ellos también podrían desarrollarse. Solo tenían que recuperar el atraso. Fácil fórmula como comprendemos todos. Pero en estos se iniciaba desde fines del XIX una reacción nacida de la mirada sobre sí mismos. Es curioso que la democracia “clásica” —la de 1789— penetraba allí donde se habían asentado los poderosos intereses colonialistas resultantes de los paradigmas democráticos iniciales. Llegaban esas ideas para servir a un fin contrario, pues a la sazón, se notaba que dentro de ese contexto ideológico único surgía otra contradicción porque él no respondía a identidades e intereses propios de los países dominados.

Cuba no podía ser una excepción. Ya sabemos que el anexionismo exportado desde los Estados Unidos bajo vestiduras democráticas se transformaba en una tendencia irreductiblemente antinacional, regresiva.

Fue la hora en que se alzó la figura eminente de José Martí. ¿Es, o no, cierto que en su obra toda se evidencia una superación

contradictoria de la democracia “clásica” comparada con sus resultados reales?

Sobre este punto no hay discrepancias. Todo lo que salió de él lo prueba; eran su decir y su hacer algo integrado a una nueva realidad social revelada como fuerza promisoría desde aquellos días. La abolición de la esclavitud al definir las condiciones capitalistas del país, imponía la necesidad de inteligir de otra manera nuestra historia y de actuar en consecuencia. Martí en la historia y Martí historiador son una misma expresión de su tiempo; representan la historia de ese tiempo personalizada en un extraordinario poder de comprensión. No se adscribió a escuela o modo de historiar de los de más predicamento en esos días. Hombre de una transición, su función fue de entrecruce crítico de una herencia ideológica –latinoamericana y universal– en crisis. Precisaba traducirla a los términos de una sociedad, de un presente colonial, donde no todo lo adquirido tenía igual valor, ni pareja pertinencia y eficacia para el futuro. De un lado, Martí proseguía como cresta enardecida, la iniciación bolivariana y, de otro, avizoraba y probaba que el futuro no sería, ni podría ser, ni él quería que fuera, un retorno al punto de partida. Nació en nuestra cultura la más auténtica conciencia histórica como aprehensión fundamental de la coherencia entre el pasado, el presente y el porvenir con sus continuidades y rupturas necesarias. Para él no había un progreso lineal, continuo, apacible o forzoso. En Martí como en Marx si los hombres hacen la historia esto requiere una conciencia y voluntad capaz de hacerla. Se trata de una aproximación no deliberada claro está pero de significación congruente con esos días de transición. Pudo decir alguna vez que la Revolución es una evolución que en el “choque súbito” de lo viejo o envejecido y lo nuevo se creaban nuevos ajustes sociales. Por esta vía hallamos que excluyó de lo social el evolucionismo darwiniano, que adoraban los historiadores biologizantes y los sociólogos primigenios, entonces a la búsqueda de un modo de deshistoriar la historia, para encontrarle puntos de referencia fuera de su campo esencialmente humano colectivo. La mutación de un grupo abigarrado de aventureros en empresarios todopoderosos nada tiene que ver con las mutaciones biológicas milenarias.

Fue Martí, no hay que decirlo, un pensador asistemático de suma fuerza, escritor no fácilmente comparable, actor estricto

de su pensamiento e ideador vigoroso de sus actos, resonador e impulsor de su pueblo. Precisamente, el medio siglo en que se forma y participa constituye uno de los giros históricos más significativos de la humanidad, cuyas consecuencias exacerbadas, obvio es, nosotros enfrentamos desde el otro extremo del proceso iniciado entonces.

Nada mejor para resumir su vida que este dicho inmortal: “No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre”.<sup>1</sup> Lo que ello implica como síntesis de la personalidad histórica y las condiciones en que esta se genera y brota, no precisa subrayarlo, aunque si vale que, como al paso, digamos que esa afirmación supone un rechazo «de la razón individual pura y simple para insertarla en la racionalidad social.

Fue, sin lugar a dudas, historiador, aunque no nos legara una sola monografía, ni intentara expresar de un tranco mental el meollo de sus ideas. Lo de esencial importancia va repetido, glossado, matizado continuamente en su experiencia de hombre hacedor. Basten su comprensión y la hondura de sus pensamientos sobre los tres tiempos del ser humano y de su sociedad. Los que somos humildes, y hay que serlo no solamente ante él, y aceptamos que el oficio o la profesión de historiar no es ociosa ni estéril, también hemos de convenir en que ella no nos da de sí forzosamente la perspicacia que otros adquieren, dedicados a tareas mayores o menores en la práctica de la vida. No sería vano recordar que desde el Renacimiento y, aún más, desde la Ilustración dieciochesca, en medio de sus dispares y diversas elaboraciones, se exigía como pre-requisito de toda obra historiográfica el más sólido y múltiple conocimiento del hombre.

Martí, como se puede apreciar en sus textos, vivió, sufrió y vio lo suficiente para salir al mundo historiográfico con una experiencia superior. La pobreza del hogar, el choque doméstico de aspiraciones contrapuestas, la cárcel y sus heridas, el horror de la represión generalizada, la dolorosa existencia del esclavo y de su

<sup>1</sup> José Martí: “La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, *Patria*, Nueva York, 31 de octubre de 1893, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 8, p. 251. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

pueblo todo, el exilio en el país dominador, abonaron una fértil inteligencia y un firme carácter.

No abundan en su escritura las síntesis de aspiración teórica. Más bien las hallamos en sus apuntes que más tarde se dispersan en el análisis de cuestiones concretas. Quizás sea la más explícita aquella que resume la historia de la humanidad en las invasiones, de las cuales deduce cuatro eras:

A lo uno por la tiranía [¿Antigüedad?]. A lo vario por la ambición [¿Edad Media y Moderna?]. A la libertad por la independencia [¿Siglo XIX?]. A la justicia por el respeto y por la paz [¿El porvenir?]. Ya pasamos quizás [subrayemos esta duda] aquellas dos primeras eras [...] ha empezado el mundo a realizar como efectiva la tercera [...] ¡Quién sabe; nadie aún puede saber, cuando la cuarta venturosa época iluminará y revivirá!<sup>2</sup>

Si esta visión de la historia como hija de la violencia y de una recurrente libertad a la manera posterior de Croce, no reaparece como tal en su obra, sí la hallamos cuando dice:

Hay como un despertamiento universal; como si todas las frentes se hubieran cansado de los yugos; como si la fuerza, que ha sido durante tanto tiempo señora de la libertad, fuese ahora su esclava. Los pueblos han crecido, y se sienten ya fuertes; [...] magnífica portada abren los hombres a la época que nace. El látigo se declara bueno para castigar las espaldas del flagelador.<sup>3</sup>

¿Podría sorprendernos su ulterior anticolonialismo generalizado? En esas últimas palabras la idea matriz se observa contorneada al nivel y en la observación de su momento.

No refleja él una objetividad al modo de los positivistas, aunque coincida con ellos en otros aspectos. La historia ha de ser “concienciosa” y “examinadora”, ha de tener “sereno juicio”, “desconfiado

<sup>2</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 76.

<sup>3</sup> JM: “Carta de Nueva York. Gran batalla política”, 15 de octubre de 1881, OC, t. 9, pp. 63-64; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martiianos, La Habana, 2004, t. 9, pp. 78. En lo sucesivo los textos que remiten a esta reedición serán representados con las iniciales OCEC. (N. de la E.)

ánimo”, “lógica rectitud”, “habilidad y comparación y fino escrúpulo”; “lo que pasa en algo queda”, y añadiría más tarde: “Lo pasado es la raíz de lo presente, porque lo que fue está en lo que es”.<sup>4</sup> Volviendo a su concepto del modo de historiar recomienda: “Analícese en la narración el carácter del que narra, y para hallar la verdad de lo narrado, quítese de ello lo que le pone la naturaleza y punto íntimo de vista especial del narrador”.<sup>5</sup>

Si aproximamos estas ideas a lo que exponen las obras clásicas de Langlois y Signobos o de Bermheirn se ve claramente que la crítica del testimonio es la misma o similar. Aproximación que se debe más a la necesidad de un sano análisis de lo pasado que a una convicción de escuela.

Es técnica que elimina aquella reducción de la historiografía a una simple adoración del documento; o como se ha dicho en pleno siglo xx, a la pura intuición o a la libre percepción, si acaso es libre, del historiador. No niega Martí la intuición pero la limita cuando dice que carece de autoridad quien no ponga de acuerdo “su intuición de lo verdadero con el conjunto de hechos históricos”.<sup>6</sup> En todo caso, la ciencia, sería lo que confirme la intuición. Es que Martí considera que el suceder histórico tiene un contenido objetivo explicable. También en sus apuntes escribió: “el tiempo es la sucesión de los instantes en que existen las cosas y se verifican los actos”.<sup>7</sup> Las cosas, esto es, lo que no aparece como obra del hombre y los actos que son, sin duda, hechos del hombre: he ahí lo objetivo. Cosas y actos. A la par que afirmaba ese suceder objetivo, pone la vida, que es tanto como decir la experiencia, por encima de cualquiera otra fuente del saber histórico. “El libro que más me interesa”, dijo, “es el de la vida, que es también el más difícil de leer y el que más se ha de consultar en todo lo que se refiere a la política”.<sup>8</sup> Ya había afirmado que ella, la vida, “es la relación constante de lo material con lo inmaterial”<sup>9</sup> en un arranque de penetración en la

<sup>4</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 75-76.

<sup>5</sup> Ídem.

<sup>6</sup> JM: *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 143.

<sup>7</sup> JM: *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 67.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 386.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 42.

complejidad –natural, espiritual, individual y social– del hombre. Más tarde y en ocasión de anécdotas de Víctor Hugo y Wendell Phillips diría que el cochero “lee los periódicos, va y viene, tiene sin cesar los ojos sobre el libro completo de la vida, el libro horrible a veces y a veces consolador, de la verdad”.<sup>10</sup> La vida se sintetiza en la experiencia histórica que viene de lejos y del presente vivido. Y, ya sabemos, lo vivido es, ante todo, lo objetivo, lo real. La vida no era para Martí pura biología, ni espíritu inmanente dueño absoluto de los seres humanos, ni invención del historiador. En sus menciones aparece diáfano que, para él, había una “filosofía de relación” que implicaba los múltiples vínculos históricos y naturales entre sujeto y objeto de una manera no hegeliana, pero cercana a ella. Recordemos que Lenin en sus *Cuadernos de apuntes* dijo que el gran descubrimiento de la lógica dialéctica de Hegel era “la conexión de todo con todo”.

No vayamos más lejos, pues la especulación no era su modo de expresarse. Su obra historiográfica está en el análisis del suceder cubano y universal donde se gesta la realidad que él aspira a rehacer de otra manera. Parte de una idea central: no puede desconocerse lo que viene del tiempo y de la historia, pero no puede aplicarse, sin más lo de “una sociedad distinta para distintos intereses”.<sup>11</sup> Es idea que fórmula antes de 1880, pero la reitera, matiza y relaciona con el acontecer concreto y, a la par, la universaliza. En el caso de Cuba, bastaría recordar sus críticas al anexionismo y, en cuanto a la América Latina, el texto total de su ensayo y manifiesto “Nuestra América” (1891), gira en torno a la imitación de los “modelos”, al cosmopolitismo banal, al repudio y desconocimiento de los elementos –llamados por él una y otra vez naturales– de las sociedades latinoamericanas en formación. Es famoso el párrafo que comienza: “Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sиейés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india”.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> JM: “Juntos y el secretario”, *Patria*, 21 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 451.

<sup>11</sup> JM: *Fragmentos*, *OC*, t. 22, p. 247.

<sup>12</sup> JM: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 6, p. 17. [En lo sucesivo, *OC*. (*N. de la E.*)]; *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación

Político de América es el que conoce de qué elementos está hecho su país, para llegar por métodos e instituciones apropiados a un gobierno nacido del país. Se anticipaba por una vía propia a ese movimiento positivista de indagación del ser nacional que rebasa las primeras décadas de nuestro siglo. Aclaremos que esta corriente temática no anduvo clara en sus proposiciones futuristas. Martí, en este sentido, la superó.

Es que, después de la iniciación bolivariana, primera revelación de sí, la América nuestra necesitaba repensar sobre lo acontecido con instrumentos y conceptos propios y nuevos para hallar el camino del porvenir. La imitación ahondaba su crisis de supervivencia y de renovación colonial, desarmaba, por ende, la independencia, y consagraba el poder oligárquico excluyendo de la sociedad a las masas desposeídas.

Sabido es que reunió información acerca de la Revolución de 1868. Al parecer proyectaba un libro. Cuando se refiere a su contenido lo expresa así:

Desentrañar los elementos de la población cubana, desfibrarlos de hito a hito, ver lo que resultará de ponerlos en juego común: prever los resultados: señalar los medios probables de irlos dirigiendo bien y de atenuar los males que surjan de los varios choques. Ver lo que es posible y natural de esa mezcla. Valerse en el estudio de los resultados prácticos que ha sacado a la luz la Revolución. La Revolución ha venido a enseñar a Cuba cómo está constituida, y qué puede esperar o temer del porvenir [...] Entre otras cosas, fue causa necesaria de la muerte de la Revolución, el modo teórico y la tendencia nacional con que se vino a ella sin conocimiento de elementos que no se podían conocer, puestos que vivos y reales como eran, no se habían revelado aún, no por tener antes ocasión de revelarse, hasta que una conmoción nacional los sacó, de la calma en que se oscurecían, a la superficie.<sup>13</sup>

Unamos este pensamiento cubano a las ideas recogidas en los párrafos precedentes y podremos afirmar que fue un crítico social

---

y notas de Cintio Vitier, 5ta. ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 9.

<sup>13</sup> JM: *Libros, OC*, t. 18, pp. 284-285.

capaz de subrayar la especificidad nacional dentro del marco más general de un proceso histórico.

De sus conclusiones acerca de esos temas mayores dicen mucho los volúmenes *Cuba, Política y revolución* en sus *Obras completas*. Descubrió que las tesis antagónicas en la Revolución de 1868 —concepción estrictamente militar vs. organización republicana parlamentaria— podían avenirse; de ahí su proyecto de organizar una guerra que llevara en su seno la República democrática, como la semilla va en la fruta. Ni simple ejército y campamento, ni puro debate parlamentario. También dedujo la necesidad de un partido, instrumento de unidad para que el pueblo se insertase democráticamente en el órgano preparador y orientador de la nueva Revolución. A lo que llamó “democracia campestre y levantisca”, no muy diferente de la de los tiempos bolivarianos, sustituyó la preparación de los cubanos para la vida republicana, continuando el “espíritu de Guáimaro”, pero con un Ejército Libertador que se rigiera dentro de sí por ese espíritu.

Muchas veces habló de la historia pasada y sus conclusiones inspiradoras. Bastaría recordar su afán de que el pueblo viese “la labor de ciencia verdadera, local y original [vocablos muy definidores] de ciencia histórica de la época y del continente con que las emigraciones se aprestan a salvarlo”.<sup>14</sup> Todo se descubrió después de años “de expurgación y reforma revolucionaria y el estudio y codeo de los factores vivos del país”.

Aquí quedarían eliminadas las “perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas” y “las jefaturas espontáneas, tan ocasionadas a rivalidades y rencores”<sup>15</sup>, al modo que subrayaba en su carta de 1882 a Gómez.

<sup>14</sup> JM: “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *OC*, t. 1, p. 436; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 3. pp. 85. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta reedición serán representados con la inicial *E.* (*N. de la E.*)]

<sup>15</sup> JM: “Carta al General Máximo Gómez”, Nueva York, 20 de julio de 1882, *OC*, t. 1, p. 168; *OCEC*, t. 17 p. 327.

Habría que mover al país con “recursos distintos y mayores”, no con aquel “entusiasmo fácil y rudimentario de la primera guerra”. Sus conclusiones eran resultado “del profundo estudio de las fuerzas y vicios de nuestra Revolución”. Si el pueblo la deseaba, la próxima Revolución sería una “conmoción necesaria”. De esa manera lo objetivo —la necesidad— y lo subjetivo —la conciencia de esa necesidad— se identificaban en la hora decisiva.

Digno de subrayarse es el hecho de que todo su juicio va a la entraña de la Revolución de 1868, pero no rebaja sus héroes. Hay en ello, la objetividad del crítico que ve las fuerzas sociales ideológicas y morales como un conjunto que desborda las expresiones personalizadas de aquella inmadurez y novedad. Llega a afirmar que la primera guerra fue “un fracaso aparente y no verdadero”.

Para que haya una posibilidad mayor de análisis esta ha de ser la más refinada elaboración marxista. Su objetivismo no es abstención ni ocurrencia momentánea ni documentismo superficial, sino conocimiento sagaz de las cambiantes condiciones cubanas, pues el juicio se produce desde adentro del suceder.

No sería menos aguda y rica su observación de la historia de los Estados Unidos que, nacidos para la libertad, comenzaban prepotentes, “con palabras que parecen garras”, a negarla. Su libertad, tal es la salvedad que subraya Martí, fue por la Constitución que reconocía la esclavitud, al decir de Garrison y Wendell Phillips un “pacto con el infierno”. Dijo mucho de aquella historia, pues, ante todo, tenía que informar a la América Latina y a Cuba de la verdad de un proceso que solamente se conocía por “sus libros de lectura y sus sermones de domingo”. Su visión se afina especialmente cuando trata de la Guerra de Secesión, sus objetivos y sus consecuencias, temas que para desmedro de la historiografía norteamericana han llenado miles de páginas con pueriles tesis e interpretaciones. Veamos un problema principal. La abolición de la esclavitud requirió una guerra de arquetípica devastación del sur, pero Martí afirma que ella “se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud. Las causas menores que aceleraron la guerra dependían de esa causa esencial que la produjo”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> JM: “El monumento de la prensa”, 10 de junio de 1887, *OC*, t. 11, p. 199.

Sin embargo, en nuestros días, se difunde la peregrina tesis de que la esclavitud era productiva (o rentable) atribuyéndose, además, ese tautológico descubrimiento a las computadoras, víctimas de lo que uno o varios hombres ponen en su memoria. ¿Hay acaso quien crea que los esclavistas eran benefactores que mantenían sus esclavos a costa de una bolsa repleta milagrosamente de beneficios? Los explotadores, ¿lo eran por espíritu deportivo, para alimentar y vestir a los explotados? También en Cuba, los esclavistas explotaban a los esclavos por pura y ejemplar beneficiencia, ¿no es cierto? Entonces, ¿para eso querían conservarlos? ¿Y los capitalistas que, en medio de la desocupación, conservan centenares y miles de asalariados, serán también apóstoles en la nueva historia computarizada?

Más razonables son otros historiadores norteamericanos que no hacen del ingreso empresarial puro y simple el santo y seña de la abolición. Bien señaló Marx que había en ese país un capitalismo anómalo porque conservaba la esclavitud en medio de un mercado libre de trabajo que crecía en el propio Sur del país y ya dominaba el Norte y gran parte del Oeste. Contradicción entre dos sistemas, más que entre cuantías de ingreso. Contradicción entre perspectivas y proyectos históricos de dos clases dominantes diferentes.

Aún más lejos van los que, a despecho de rasgos progresistas, ven solamente en aquella guerra una lucha por el control del Senado y el gobierno Federal. No se preguntan, claro está, cuál era la raíz movedora de ese enfrentamiento. Aún más atrás llegan los llamados *paternalistas* que añoran o evocan la etapa anterior a la guerra. La era de Horacio Greely que con su *Westward ho!* anunciaba una mayor democracia en la medida que los inmigrantes y fronterizos adquiriesen tierras libres. Pero da la triste casualidad de que las leyes de tierras de 1860 y, sobre todo, de 1862 solo sirvieron para favorecer a los millonarios ferroviarios y a los especuladores.

La esclavitud tenía que abolirse para incorporar plenamente el Sur al molino triturador del Norte capitalista, para que el algodón nutriese las industrias nacionales protegidas, no las de Gran Bretaña, para romper la esclerosis social del esclavismo. Martí tenía razón, lo demás, fue lo que él denominó “causas menores”. Todo se generaba en la antítesis sustancial capitalismo/esclavismo.

Nadie atribuiría a puro azar que el Partido Republicano, en tiempos de Lincoln, llevara en su seno a los grandes empresarios emergentes y sus portavoces, a los agiotistas, a los enriquecidos por la guerra, a los logreros de toda laya que darían vida al capitalismo financiero. Martí lo dice. El negocio fue todo un éxito: más territorio, más recursos naturales y humanos que explotar y más beneficios incluso en medio de la cruzada popular para conquistarlos. Miles de hombres morían, para que un grupo de aventureros con suerte y malicia se enriquecieran. Así, la apología del nuevo Sur capitalista empieza en 1870. Bien vio Martí cómo la guerra acrecentó el poder monopolístico y la sumisión de la política a su voluntad. Y aclaró que esas fortunas “insolentes” eran producto del fraude y del disfrute privado de los recursos nacionales. Son pocos, y los han silenciado o excluido, los historiadores norteamericanos que dicen con paladina claridad las verdades de esa historia.

Lo diría Martí más de una vez: “lo real es lo que no se ve”<sup>17</sup> (o se oculta, decimos nosotros). Completó su idea con esta frase rotunda: “cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso”.<sup>18</sup> Se refería a lo que llamó “lujo de fuerza pecuniaria”<sup>19</sup> que mostraban los Estados Unidos en sus relaciones con México; otra vez habló del “exceso de capitales” que se pretendía invertir con más beneficio en el extranjero que en su propio país, necesitado, sin embargo, de inversiones. Vislumbró la mecánica de las inversiones directas.

¿Cómo no hemos de ver la relación de todo ello con las ambiciones y proyectos imperialistas expresados, sin ambages, en tribunas y periódicos? Y, finalmente, revelar esa relación equivale a explicarse su batallar antimperialista y su constante repudio al anexionismo antinacional. Visión real de un proceso hasta la

<sup>17</sup> JM: “La conferencia monetaria de las Repúblicas de América”, *OC*, t. 6, p. 158.

<sup>18</sup> JM: “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *La América*, marzo de 1883, *OC*, t. 7, p. 22; *OCEC*, t. 18, p. 16.

<sup>19</sup> JM: “Noticias de los Estados Unidos”, 3 de septiembre de 1881, *OC*, t. 9, p. 33; *OCEC*, t. 9, p. 25.

afirmación de sus consecuencias futuras para la América Latina, en general: para Cuba, en particular. En todo su pensamiento, el pasado y el presente, son los elementos de donde extrae la raíz anunciadora del futuro. Poniéndose al compás de lo que sucedía diariamente, proyectó también para el futuro como lo concebía. Y que su contemplación activa era global lo prueban sus referencias al cambio, al tránsito de su tiempo, no solo en Cuba o en los Estados Unidos sino igualmente en África, en Europa, en Asia. No creía que fueran “hechos casuales” los trastornos del África del Norte islámica. Es una verdadera hazaña, el descubrir una transición profunda y sus nefastos caracteres cuando se está produciendo en medio de exaltaciones y apologías del progreso.

Quizás por esto logró penetrar en una cuestión de su tiempo aún más escondida tras las ambigüedades visibles. Me refiero a los problemas de la alienación del hombre, de la cosificación y el retorno al primitivismo del ser humano. Los políticos que venden pedazos de su patria a empresas extranjeras, los anexionistas y autonomistas que identifican la patria con “la caja” de caudales o con una “cuenta corriente” o creen que basta con poner en paz “el débito y el crédito”, los que “mirándose el oro” se ríen de los que mueren por ellos, la ira de los magnates españoles ante la posible pérdida de su monopolio comercial en Cuba, la educación para la fuerza, el lucro, el abandono y la soledad, la persecución y la violencia policíaca en los Estados Unidos. Diría más: “en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esa es la enfermedad de su grandeza [...] lo está trastornando, afeando y deformando todo”.<sup>20</sup> Bien dice un historiador norteamericano que “el éxito se medía considerablemente en términos del grado en que el individuo derrotaba y escapaba a la amenaza de la pobreza”.

Cuando se refiere a los éxitos tecnológicos puestos al servicio de los empresarios, explica:

Y ¡pensar que cuando todas estas maravillas y las nuevas que les sucedan, sean sabidas, —se sentará el hombre, triste desconocedor de sí como en los primeros días,—a preguntarse

<sup>20</sup> JM: “Cartas de Martí. Un domingo de junio”, 7 de junio de 1884, *OC*, t. 10, p. 63; *OCEC*, t. 17, p. 228.

por sí mismo; y moverá su ira al ángel rebelde, encarado al Señor, el manojo de espadas con que ha ganado la batalla de la tierra, y el haz de luces a cuyo resplandor no alcanza ver el lugar de estación en que ha de trocar al fin sus pies en alas!<sup>21</sup>

Volviendo a la transición afirmará que se sale

de una civilización bárbara y corruptora, señalada por el enflaquecimiento de las naciones en provecho de las castas privilegiadas, a otra civilización dignificadora y pacífica que los hombres han de señalar [—oigamos bien lo que continúa—] como la edad en que han entrado al conocimiento y ejercicio de sí propios.<sup>22</sup>

Búsquese en su tiempo alguien que vea la alienación a la luz del futuro y no de sueños regresivos. Se encontrará a Marx que lo planteó a plenitud. Conciencia histórica real y futurista, pensamiento dialéctico en medio de su idealismo quizá en retirada, decir y hacer como dos caras de la praxis social, batallas de ideas y de armas por transformar su tierra y su América Latina, todo eso lo hay en Martí. Su expresión moral que nos parece, a veces engañosamente, una predicación de superficie, estaba también integrada a ese cuadro de hondo calar.

Citaba al padre Velasco, en su *Arte de sermones*, y lo leía —dice— “como cosa del día”. Según ese autor, “las palabras que no dicen algo, no las digas; las cosas que no hablan, no las traigas”. No hay palabra que no implique un acto, decía Martí. “Lo que se ve, se tiene en la mente. La mente se habitúa a lo que ve; y no debe tenerse delante de los ojos, lo que no se quiera que quede en la mente”.<sup>23</sup> Los pueblos alienados solo podían ver lo que sus amos —empresarios, colonialistas, tiranuelos latinoamericanos— les mostraban. ¿Puede hallarse una mayor defensa del hombre, un

<sup>21</sup> JM: “Noticias de los Estados Unidos. La luz eléctrica”, 16 de septiembre de 1881, *OC*, t. 9, pp. 45-46; *OCEC*, t. 9, p. 37.

<sup>22</sup> JM: “Francia”, 4 de febrero de 1882, *OC*, t. 14, p. 370; *OCEC*, t. 11, p. 83.

<sup>23</sup> JM: “Inmigración italiana”, *La América*, octubre de 1883, *OC*, t. 8, p. 379; *OCEC*, t. 18, p. 194.

más tajante repudio de las mentes pobladas de ilusiones perdidas, de sueños frustrados, por un orden social alienante?

Como él lo quiso, vio para el mañana. La historia le dio la razón en su tiempo y después. La Revolución Cubana se la dio como réplica a los excesos y abusos que él denunció en su tiempo, con mirada transtemporal siempre alentadora.

En la víspera de un aniversario más que biseccional de esta casa, de la que soy hijo, he venido, más honrado por ella que meritorio, a recordar a uno de los cubanos que dijo —y dijo bien— cómo habrían de ser la educación y la universidad en nuestra tierra recobrada: creadoras de hombres útiles con vocación de servicio a su tierra y sus contemporáneos.

José Martí vive y vivirá por su visión transhistórica de los principios de la formación de nuestros jóvenes; vivirá más allá del próximo nonagésimo aniversario de su caída hacia lo más alto de la historia.

Largo camino, a fe, se ha hecho. Flaquezas de tiempos olvidables y grandeza de años y hombres siempre recordados forman una tradición que hoy, por la voluntad y el afanado quehacer de todo un pueblo, anuncia y realiza tiempos mayores; ciencia y conducta, saber y conciencia de ilimitados horizontes.

## GÉNESIS DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO: LA COMISIÓN EJECUTIVA DE 1887\*

Visto a la distancia, el Partido Revolucionario Cubano parecería surgido en un momento de alza de la conciencia revolucionaria cubana, en el interior del país y en las emigraciones por razón política y económica. Ciertamente es que se manifestaba un giro de la nación, toda ella marcada por la Revolución de 1868-1880, dadas las condiciones propias de la situación colonial y del cambio histórico del capitalismo hacia su etapa final, la financiera, nada ajena sino determinante en aquellas condiciones intrínsecas, como veremos más adelante. Pero se trataba del paso a un nivel superior de los objetivos del pueblo cubano, no de una súbita revelación del camino a seguir. La existencia social tiene como la naturaleza horror al vacío y lo proscribía. Nada surge sin un proceso previo en la conciencia de la sociedad y de las capas y clases que la caracterizan. La nación germina, a veces, en tiempos más o menos lejanos hasta que su presencia irrumpe y se revela como un fenómeno de creciente fuerza y de identidad precisa: necesita de nuevas condiciones, ajustadas a las experiencias de una vida social que se le opone y la frena. En este caso desde 1850-1851 tenía que abrirse paso a una respuesta eficaz acerca del futuro. Ya lo había

\* Ponencia presentada al Encuentro Nacional de Estudios sobre José Martí, publicada en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 11, pp. 206-211, La Habana, 1988. [En este ensayo incluimos, además, los comentarios de los doctores Eduardo Torres-Cuevas e Ibrahim Hidalgo Paz y la nota de agradecimiento del doctor Le Riverend durante el evento (*N. de la E.*)].

dicho en relámpago iluminante el propio Maestro, en 1869: “O Yara o Madrid”, saludando en afirmativa disyunción la Revolución iniciada por Carlos Manuel de Céspedes unos pocos meses antes (10 de Octubre de 1868).

Sin embargo, en Cuba —glosemos a Enrique José Varona— no había existido un partido como tal, esto es, orgánico, con programa definido y movilización nacional, más allá de sus grupos originarios. Se hablaba de “partidos” como facciones, sectas o agrupamientos ocasionales. Algo así como mini-movimientos de ideas. Fue el caso de los *piñeristas*, los *orreilinos*, los *bárre-tinos* de los períodos constitucionales, lo cual no es un azar sino una coherencia histórica, y después hubo un “partido” reformista (1860-1865), cuya existencia se evidenció mucho más en las páginas del periódico *El Siglo* que de algún otro modo. En todo caso, eran grupos más bien cerrados, o replegados alrededor de figuras representativas de una coyuntura política. Solamente hubo partidos (Liberal Autonomista y Unión Constitucional) después de 1878, y su *status* orgánico y proyección ideológica, partían de una misma condición —la conservación del colonialismo— y de la oportunidad constitucional española (metropolitana) que aceptaba la representación de la colonia en las Cortes de Madrid. De modo que, como había ocurrido en casi todos los países más desarrollados —primero en Gran Bretaña y, después en otros (siglos xvii y xviii)— la formación más orgánica y programática se hallaba vinculada a la vigencia de Constituciones, a la movilización electoral, selectiva, claro está, y a la necesidad de trascender más allá de las fronteras de la inscripción oficial en las filas de cada uno de ellos. Pero, realmente, la consulta y el interés de los seguidores dispersos no desempeñaban papel alguno, salvo en cuanto esos partidos representaban ideologías más o menos enraizadas de propietarios y comerciantes cubanos y españoles o hispano-cubanos. Los que no podían seguir sus programas se hallaban desposeídos de voz propia. Recordemos que solamente en las vísperas de la Revolución de 1895 se reconoció por vía judicial, la licitud de la difusión pública del independentismo, lanzada por Juan Gualberto Gómez. Pero, en ese momento ya el Partido Revolucionario de Martí, existente en Cuba como organización militar-política para la nueva guerra

liberadora pesaba demasiado sobre los temores y la ambigüedad del movimiento político español. Prácticamente, la Restauración navegaba entre la derecha y el centro-derecha y no entre aquella y el liberalismo neto. No es preciso referirse a esa insistencia de gobernar con las mentalidades enraizadas en el parasitismo mercantil, señalado unos ochenta años atrás por Álvaro Flores Estrada. Pero los partidos (o agrupamientos) revolucionarios, exceptuando a los anarquistas y los anarco-sindicalistas, impolíticos por esencia, no eran concebibles en las Constituciones y las elecciones, ni siquiera en los países más desarrollados. No es un azar, pues se dividió en dos alas, que la Socialdemocracia accediera a la condición de partido autorizado (o soportado) en las últimas décadas del siglo XIX.

1. Lejos de disminuir o vulnerar la importancia del PRC de Martí, esta somera historia lo exalta y define, porque, siendo revolucionario en las condiciones coloniales de Cuba, lo fue de nueva forma por masivo y en consecuencia, unidora manera, en las condiciones de quiebra del sistema colonial español. Pero la idea de un partido no se abrió paso en el propio Martí, ni en los cubanos, dentro del país y fuera de él, de un golpe, de una impetuosa corazonada, pues la intuición, dijo Martí, ha de ser comprobada en los hechos. Durante años, él analizó el acontecer, participó, sufriendola, en la lucha independentista de los cubanos, y su intuición, su poder de previsión en cada momento, hallaba la síntesis de una experiencia social al nivel de comprensión actual y futura harto difícil de comprobar en otros hombres de su época.

2. En cuanto a Martí, esa experiencia, si bien atañedora a la posibilidad general de la democracia en la América Latina, había comenzado en la Metrópoli, cuando salió de su grave condena en 1871. Los republicanos-federalistas de la primera República española habían fracasado por carecer de fidelidad sustancial a su programa y no movilizar las fuerzas sociales dormidas. En México, el juarismo, después de su proeza, estalló en pura repetición del caudillismo más o menos tradicional o traicional. En uno u otro lugar de la América Latina, aún repitiéndose —en pequeño sin duda— el reformismo transformador de don Benito, todo se resolvía en términos de jefaturas incontrastables y sin futuro de

patria. Y, para culminar, ya observaba que en los Estados Unidos, las *maquinarias* políticas, la incontrolable constelación de muñidores y compradores de votos, aproximaban los dos partidos con la natural inflorescencia de perversión democrática de los “gubernívoros” y los “burómanos” al servicio de los millonarios, como dijo Martí al paso alguna vez.

Pero, ante todo, el hecho de que la Revolución cubana de 1868 se perdiera por la “democracia campestre y levantisca”, por la formación de grupos y facciones, tanto peor si las componían los héroes de cientos de combates durante diez años, fueron una reflexiva evidencia de que se requería algo más que núcleos decisivos o instituciones formales. No hubo entonces un haz apretado de pueblo, tema que mencionaremos más adelante. De su meditación, apoyada por lo que conoció en estrecha convivencia con los emigrados, no podía Martí salir sin la conclusión básica de la necesidad de un partido.

Sin embargo, habiendo comprendido la razón del reflujo revolucionario, al que se añadió —porque la hubo— la esperanza del autonomismo o la expresión reformista como una manera de mantener el enfrentamiento anticolonial, Martí, convencido de que el camino era otro, se concentró en la prédica de los principios y en la formación de conciencia. Era necesario partir de la raíz, más que sembrar un árbol ya crecido.

3. Las ideas críticas que halló fuera de Cuba durante varios años de residencia en los Estados Unidos le mostraron cómo muchos compatriotas mantenían enhiesto el pensamiento libertador. Mas, igualmente, lo que presagiaban las reformas, contra las cuales se mantuvo los años 1879-1880, se revelaba como realidad de un nuevo tiempo.

Por un lado, el desgaste del autonomismo, que no podía conquistar a las nuevas generaciones, ni obtenía cambio alguno. Con discursos inspirados en el ejemplo de Canadá o pletóricos de inculpaciones verbales, las esperanzas menguaban y crecía el descontento. Además, los liberales se veían forzados a denunciar la represión, la sutil hostilidad y los fraudes de toda índole.

Por otro, la política norteamericana en su desatado proteccionismo y la monopolización de los mercados azucareros principales, creaban barreras al producto cubano. Fue precisamente, la década

de los años 80, el tiempo en que bajaron como tendencia histórica permanente los precios del azúcar, requerido de la polarización que convenía a los refinadores dueños de los grandes mercados. La llamada *centralización* de los ingenios, esto es, la etapa decisiva para eliminar las fábricas anticuadas o de menor productividad, proceso comenzado tres décadas antes, desplazaba como un implacable alud creciente las propiedades de los industriales nativos, carentes de reservas y de créditos sustanciales. Para estos, el enemigo ya no podía ser la corrosión esclavista de su riqueza sino el capitalismo financiero en plena y sostenida pujanza.

En este contexto la fase final de la abolición de la esclavitud (1880-1886) venía a satisfacer los intereses extranjeros aun cuando implicaba un cambio decisivo de las estructuras de clase, pues se constituía, en lo fundamental, la clase obrera y se definía una burguesía de vocación no nacional, sino dependiente. A partir de estos años y así lo vio con temor el propio Martí, se corría el riesgo de caer en manos de un colonialismo mucho más poderoso y refinado que el de España, pero para evitarlo, ya desde 1885-1886 —fechas que responden a las nuevas condiciones y no por puro azar— Martí acentuaba y, sin embages procedía a denunciar al imperialismo, como el carro tradicional hindú de Juggernaut que trucidaba a quien no supiese o pudiese montarse en él con los demás elegidos.

Al compás de esas experiencias, también giraba hacia la claridad final el pensamiento martiano. Ahora, en terreno más firme, Martí se desvivía más que antes si cupiera, por la unión de los patriotas de 1868 y las nuevas promociones, por la reivindicación de los derechos humanos de los cubanos negros y mestizos. Le secundaba desde Cuba Juan Gualberto Gómez, en cuyas páginas de 1885 aparecía la primera demanda mayor: trabajo para los libertos. Todo se combinaba para iluminar el momento propicio de crear una organización política adecuada a las características del país y de su población. Que no eran cosa reciente las ideas de Martí, que habló siempre de unión, desde *El Diablo Cojuelo* (1869), no ideas de conciliábulo murmurante sino paladinas y precisas, se puede observar en su carta a Máximo Gómez del 20 de octubre de 1884. Recordémoslo: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos

preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia sino [...]"<sup>1</sup> ¿A qué seguir? Toda la carta es una glosa contra la "tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas".<sup>2</sup> Párrafos netos, ardidados, que no pueden ocultar su angustia por tenerlos que escribir a quien siempre conceptuó como el más limpio de los libertadores, "noble y [que] merece que se le haga pensar".<sup>3</sup>

No era nuevo, no, el natural criterio de que la Revolución debía organizarse más allá de la acción militar. Hay una filiación de los juicios de la carta a Máximo Gómez y algunos de los conceptos que le expresó a Emilio Núñez el 13 de octubre de 1880, cuando este le consultó si debía o no continuar la lucha en Cuba. Sobre todo, su rechazo a la aventura, "a la guerra mezquina y personal" para la cual ni todos los jefes hallaron manera de "trabajar de acuerdo"<sup>4</sup>; a la cual, por demás, había dado escaso apoyo el pueblo. Por eso, pudo decir a José Antonio Lucena el 9 de octubre de 1885: "Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adonde va, y qué le ha de venir después".<sup>5</sup> Nuevamente en carta a Ricardo Rodríguez Otero del 10 de mayo de 1886 reitera parte de esas ideas matrices.

<sup>1</sup> José Martí: "Carta al General Máximo Gómez", Nueva York, 20 de octubre de 1884, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 177. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 17, p. 384. [En lo sucesivo, *OCEC. (N. de la E.)*]

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 179.

<sup>3</sup> *Ídem*.

<sup>4</sup> JM: "Carta a Emilio Núñez", 13 de octubre de 1880, *OC*, t. 1, p. 162; *OCEC*, t. 6, p. 223.

<sup>5</sup> JM: "Carta a José Antonio Lucena", 9 de octubre de 1885, *OC*, t. 1, p. 186; *OCEC*, t. 23, p. 174.

4. La carta que recibió de Juan Fernández Ruz el 1ro. de octubre de 1887, contestada el 20 de ese mes, abre una etapa tras el silencio que se impuso después de su alejamiento del proyecto de Máximo Gómez y Antonio Maceo en 1884, pues sacar a luz pública una polémica cuando parecía que aquellos y otros llevarían de nuevo la guerra al suelo patrio, no era propio de un patriota. Ahora, había otra iniciativa que podría renovar el peligro de una acción prematura, sin visibles posibilidades de éxito. “El esperar”, escribe a Fernández Ruz, “que es en política, cuando no se le debilita por la exageración, el mayor de los talentos, nos ha dado la razón a los que parecía que no la teníamos. El gobierno español ha demostrado su incapacidad para gobernar a Cuba conforme a nuestra cultura y necesidades, y aun para aliviarla”.<sup>6</sup> Añade que ya todos desesperan. Hay tiempo, le dice, aparte de que se necesita tiempo “para dar a la revolución desde aquí tal carácter, y entereza, por los *actos públicos y los trabajos y acuerdos privados*”<sup>7</sup> que servirían para remover obstáculos personales. Para todo comentarista ya bullía en su pensamiento el proyecto unidor de ese año, si juzgamos por esas expresiones.

Se desata la idea en carta a José Dolores Poyo del 29 de noviembre de 1887: “Mucho tiempo hemos perdido, muy contra mi voluntad, que siempre fue la de tener organizadas en unión importante y con un programa digno de atención las emigraciones, al mismo tiempo que los trabajos en la Isla [...] Nuestro país piensa ya mucho y nada podemos hacer en él sin ganarle el pensamiento”.<sup>8</sup>

El 5 de diciembre escribía nuevamente a Juan Arnao y el 16 dirigía una carta a Máximo Gómez, esta con las firmas de todos los iniciadores del proyecto de Comisión Ejecutiva. En esos textos

<sup>6</sup> JM: “Carta a Juan Ruz”, Nueva York, 20 de octubre de 1887, *OC*, t. 1, p. 201; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 1, pp. 416. [En lo sucesivo los textos que remiten a esta edición serán representados con la inicial *E. (N. de la E.)*]

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 203. [El subrayado es del autor (*N. de la E.*)]

<sup>8</sup> JM: “Carta a José Dolores Poyo”, Nueva York, 29 de noviembre de 1887, *OC*, t. 1, p. 212; *E*, t. 1, p. 430.

se indicaban las grandes líneas de la organización de los trabajos revolucionarios, de la siguiente manera:

Acreditar en el país, disipando temores y procediendo, en virtud, de un fin democrático conocido, la solución revolucionaria.

Proceder sin demora a organizar, con la unión de los Jefes afuera,—y trabajos de extensión y no de mera opinión, adentro,—la parte militar de la revolución.

Unir con espíritu democrático, y en relaciones de igualdad, todas las emigraciones.

Impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra.

Impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria.<sup>9</sup>

Bien se cuidaba de explicar a Gómez que se trataba de un movimiento cuyas ideas “tomaban forma” entre los emigrados de Nueva York y de Cayo Hueso. Al invitarlo para que cooperara, no dejaba de subrayar: “El país no tiene ya, como debiera tener estando la lucha ya tan cercana, un plan que lo una y un programa político que lo tranquilice”.<sup>10</sup> Mas, igualmente, expresaba: “La disposición benévola de Vd. a un plan como este es esencial a la eficacia de la obra revolucionaria”.<sup>11</sup>

Aun cuando en su correspondencia con Francisco Carrillo, Gómez manifiesta su simpatía por Martí, entremezclada con algunas interrogaciones, resultantes de observaciones malévolas de un tal Albuquerque o de otros, la respuesta a esa carta no podía ser más que una: su disposición a seguir combatiendo

<sup>9</sup> JM: “Carta a Juan Arnao”, Nueva York, 5 de diciembre de 1887, *OC*, t. 1, p. 214; *E*, t. 1, pp. 432-433.

<sup>10</sup> JM: “Carta al General Máximo Gómez”, Nueva York, 16 de diciembre de 1887, *OC*, t. 1, p. 220; *E*, t. 1, p. 442.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 222.

por la independencia de la Patria. La dimensión heroica de los dos no podía menos que unirlos en la grandeza de esa tarea común.

5. Estaban dadas las condiciones para crear un partido nuevo y eficaz, sobre cuyas características innovadoras en la historia política de Cuba y de la América Latina, se ha dicho lo esencial. Desde aquellos días finales de 1887 y hasta noviembre de 1891, Martí se dedicó con sabio ahínco a preparar la fundación del Partido Revolucionario Cubano, partiendo de la base popular de las emigraciones de Tampa, Cayo Hueso y Nueva York y del crecimiento dentro del país de la conciencia revolucionaria.

Nada empee a que afirmemos que Martí tenía vínculos en La Habana, en Guanabacoa, con viajeros de fiar que ocasionalmente le hablaban en Nueva York, o con personalidades, caso de Néstor Ponce de León, que le daban una visión general, más certera y menos circunscrita a sentires y quererres de grupo, de la que otros carecían. El tono apremiante de los documentos relativos a la organización, digamos intermedia, que recordamos hoy día parece indicar que había llegado la hora de superar con sentido histórico profundo la inmadurez de los veinte años transcurridos desde la proeza de 1868.

## COMENTARIOS

EDUARDO TORRES-CUEVAS: Escuchar un trabajo del doctor Julio Le Riverend siempre es fuente generadora de ideas. En este que hoy comentamos, “Génesis del Partido Revolucionario Cubano: la Comisión Ejecutiva de 1887”, está presente esa característica del historiador que penetra en el mundo de la acción y el pensamiento políticos con la sólida base de quien domina la terrenalidad económica, social y cultural del hacer y del pensar. Siempre hemos creído en la imposibilidad de entender la magnitud de la teoría martiana sin conocer su práctica política; de igual forma, es imposible juzgar su práctica política sin el dominio de los factores históricos, permanentemente en movimiento, que la condicionan. La genialidad martiana, sin duda, está en su capacidad para

interpretar su mundo, en lo universal, en lo particular y en lo singular, desde las posiciones del movimiento de liberación nacional y de los sectores y clases oprimidos, dentro de una cosmovisión revolucionaria. Como componente esencial de esa cosmovisión está la integración, en su sistema de ideas, de los elementos revolucionarios que el pensamiento universal ha producido y que son válidos para la transformación cubana. Todo este arsenal de ideas le permitió proyectarse hacia el futuro y sentar las bases de la sólida cultura política cubana.

El trabajo que comentamos penetra en el proceso histórico de desarrollo de los partidos políticos. Y ese proceso es de suma importancia para entender el origen del Partido Revolucionario Cubano y su verdadero sentido en José Martí. La historia de las organizaciones políticas en Cuba tiene su correlato con el proceso universal. Aquí se observan dos tendencias, en lo referente a organización política, hasta 1878. La primera es la que se puede encontrar en el movimiento reformista, especialmente entre 1862 y 1867. Esta se caracteriza por reunir, alrededor de un programa político, “a los partidarios de una idea”, pero se carece de organización y de militancia activa. La otra tendencia, muy utilizada por el liberalismo, el nacionalismo y el independentismo, tanto en Europa como en la América Latina, era el sistema de asociaciones en organizaciones secretas, al estilo de las logias masónicas, que tenían su fuerza en la “selección” y “conjuramentación” de hombres “elegidos” y que bajo un programa de acción intentaban lograr los fines propuestos. Este fue el caso de las logias lautarinas en América del Sur y del casi desconocido Gran Oriente de Cuba y Las Antillas, fundado por el olvidado Vicente Antonio de Castro, y donde militaron y conspiraron los hombres del 68.

Cuba, España, la América Latina y los Estados Unidos sirven a Martí para conocer el mundo político de su tiempo en sus más variadas formas organizativas, fines y programas. En su tiempo ya han decaído las sociedades secretas por la entrada, cada vez mayor, de las masas en la vida política. Las ideas no tienen posibilidades de realización sin estar sustentadas en organizaciones que tengan planes de acción, programas, direcciones, órganos de

propaganda capaces de lograr la conquista del poder político por medios políticos.

En Cuba, 1878 significa el surgimiento de los dos primeros partidos políticos en su sentido moderno, el Liberal-Autonomista y el Unión Constitucional. Nacidos, según el general español Camilo Polavieja, para propalar la idea —falsa— de que se podía lograr por la *evolución* lo que no se había logrado por la *revolución*, y, según Martí, para ir contra esta última. Eran, en fin, un medio para ofrecer al pueblo cubano la visión de que existía una *solución no revolucionaria*.

En contraposición a ello, el movimiento independentista ofrecía la dispersión, la falta de unidad, los intentos aislados por reiniciar la contienda armada y la falta de un programa coherente que recogiese las aspiraciones nacionales más allá del intento militar. Sin embargo, ¿cuándo nace en Martí la idea de crear un partido revolucionario que ofrezca al pueblo cubano la *solución revolucionaria*? En nuestra opinión, aunque todavía no lo podemos precisar, en estos años ya Martí comienza a pensar en esa dirección. ¿Era posible un movimiento revolucionario fuerte y coherente sin un partido organizado cuando las ideas en contra de la Revolución tenían dos partidos políticos, uno de los cuales, el autonomista, no dejaba de presentarse como el partido de los intereses cubanos? Cabe entonces la pregunta, ¿por qué Martí no intentó materializarla en esos años? Pensamos que por dos razones: todavía no era la figura política descollante entre tantos generales de la pasada contienda, y las condiciones, tanto en la emigración como dentro de la Isla, le eran adversas al proyecto partidista. Afianzamos esta idea en cartas como la que le dirige al general Emilio Núñez el 13 de octubre de 1880, donde le pide que “deponga las armas”. Mucho más clara aparece la intención martiana cuando en 1882 le escribe al general Máximo Gómez: “solo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado aparezcan unidas por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable, todos aquellos hombres abnegados y fuertes”.<sup>12</sup> Años después llamará al Partido Revolucionario

<sup>12</sup> JM: “Carta al General Máximo Gómez”, 20 de julio de 1882, *OC*, t. 1, p. 168, *OCEC*, t. 17, p. 327.

Cubano “cuerpo apretado” y “alma visible” de Cuba. El político que sabía que su oficio implicaba la “resolución de ecuaciones” tuvo que esperar pacientemente y a su vez pedir paciencia. Para él, la palabra de orden era organizar. Ese momento, después de la larga paciencia, parece abrirse en 1887. Un conjunto de factores históricos apoyan la decisión. Las cartas martianas de ese año, tan bien comentadas dentro de su contexto por Julio Le Riverend, muestran el cambio de condiciones y muestran, también, al hábil político que ya inicia los pasos para la realización de la idea partidaria.

Un mérito sobresaliente del trabajo que comentamos. La idea de un partido revolucionario cubano no fue el resultado de un momento, de una coyuntura específica. Fue un proceso de larga maduración en la mente de Martí, de una sabia espera y de la selección del momento oportuno para iniciar el camino creador. Las cartas de 1887 son de suma importancia para entender el complejo proceso de creación del Partido Revolucionario Cubano. Otro aspecto no puede pasarse por alto. El PRC nace como respuesta a la necesidad de un partido moderno para enfrentar la reacción interna y la externa, que impedían la realización del ideal nacional, pero ello lo llevó a un nuevo contenido político. No es un partido para el rejuego político, sino para hacer la Revolución, un partido de nuevo tipo.

IBRAHIM HIDALGO PAZ: Desde que recibí el trabajo del doctor Le Riverend, aun antes de leerlo, ya pensaba en la excusa que daría al autor y a los demás, pues el tiempo disponible para elaborar el comentario era muy breve. Pero al leerlo quedé convencido de que aun disponiendo de más días sería imposible abordar la totalidad de asuntos tratados en la ponencia, verdadero ejemplo de una síntesis que llega a lo esencial, a los hitos fundamentales en la evolución de la concepción martiana acerca del partido para la independencia. Solo nos referiremos, pues, a dos asuntos que han llamado particularmente nuestra atención.

El primero de ellos se ubica en el período formativo de José Martí. Poco se ha mencionado lo que Le Riverend destaca —en las líneas iniciales del segundo apartado de su trabajo— con respecto a las experiencias que harían germinar en el joven revolucionario

criterios acerca de los primeros partidos políticos que conoció. Fue en España, en la capital de la metrópoli primero y luego en una de sus regiones más bravías, donde pudo ver a diario cómo la cúpula dirigente de los republicanos enarbolaba programas que luego contradecían sin pudor, cómo esos federales excitaban las justas aspiraciones de las masas populares para luego, desde el poder alcanzado a costa de esas fuerzas, reprimir toda acción democrática. Agradecemos al autor esta indicación, que llega en momento oportuno para el estudio que realizamos actualmente.

Sin dudas, hay una continuidad conceptual y práctica entre la Comisión Ejecutiva y la organización proclamada el 10 de abril de 1892, lo que se destaca en esta ponencia, que ha puesto de relieve a nuestro entender, una faceta del Partido Revolucionario Cubano poco estudiada y cuyos antecedentes se hallan en las grandes líneas de labor de la comisión de 1887. Nos referimos a la particular atención que ambas organizaciones—en la primera como proyecto y en la segunda como realidad— confieren al trabajo conspirativo dentro de la Isla. Como dice el Maestro, se trata de organizar “la parte militar de la Revolución” mediante la unidad de los jefes que se encuentran en la emigración “y trabajos de extensión, y no de mera opinión, adentro”.<sup>13</sup> El Delegado, en otras condiciones históricas, pero con iguales propósitos, dio vida en Cuba a extensas redes conspirativas, tan eficaces que lograron burlar —a pesar del exceso de locuacidad indiscreta— tanto la traición como el espionaje.

Terminamos nuestra intervención, pero seguiremos meditando acerca de esta entrega del autor de “Teoría martiana del partido político”.

[...]

JULIO LE RIVEREND: Pedí la palabra para devolver las gentilezas al amigo Torres-Cuevas, quien, además, hizo dos observaciones sobre aspectos que se me escaparon al escribir la ponencia. Tiene

<sup>13</sup> JM: “Escuela de mecánica”, Nueva York, septiembre de 1883, *OC*, t. 8, p. 279; *OCEC*, t. 18, p. 148.

toda la razón al referirse, primero, a la importancia que para el tema tienen las cartas martianas de 1882; y, después, al servicio brindado por algunas logias masónicas a la conspiración independentista en los primeros pasos de la guerra de liberación. Al amigo Ibrahim le doy las gracias por su gentil juicio, y porque estoy seguro de que el día menos pensado paso por aquí, por el Centro de Estudios Martianos, y él está como un tirador franco, esperándome para decirme: “Oye, he reflexionado sobre esto, y esto no es así”; porque de él se pueden esperar tantas y más cosas buenas que las que hemos leído de él hasta ahora. Muchas gracias a todos.

# LA COMISIÓN EJECUTIVA DE 1887 A LA LUZ DE SU ENTORNO Y DE LA EXPERIENCIA POLÍTICA DE JOSÉ MARTÍ\*

Cierto es que el pensamiento político martiano constituye por sí un sustancial proceso de condensación y de respuestas a los desafíos —teóricos y prácticos— de su existencia en tanto que parte nada desechable de una etapa nueva del desarrollo social del mundo, acaso no tan diferente de nuestro tiempo; de ahí la riqueza de sus ideas y su acción. Se intenta en estas páginas mostrarlo a través del análisis de lo que otrora denominé teoría martiana del partido político, entendiendo que lo teórico se manifestó siempre como originalidad de la práctica.

1. Hace años, en 1987, tuve la ocasión de hablar en el Centro de Estudios Martianos sobre ciertos antecedentes del Partido Revolucionario Cubano de Martí, sin entrar, desde luego, en el proceso final de su fundación y de acción. Desde aquel momento me quedaba una cierta amargura porque no había intentado, siquiera fuese, como será el caso de esta tarde, una historia sumaria de los agolpamientos humanos que llamamos Partido. Desde hace milenios ha habido movimientos colectivos y algunos trascendieron tanto en su momento que conocemos por lo menos su cabeza descollante, todos en torno al poder, al listado y a la forma de manejarlo, de representarlo y de organizar el gobierno; por lo general no se sabe bien si tuvieron algún carácter orgánico o si dieron corrientes con determinado objetivo puntual o general.

\* Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 15, pp. 187-198, La Habana, 1992.

Hubo debates públicos en Atenas y en Esparta, que marcaron diferenciaciones y etapas en la Grecia Antigua. En los tiempos de Roma, la lucha de los plebeyos contra los caballeros y otras capas, que además de bienes disponían de poder o tenían acceso a él; los desposeídos y marginados (la plebe) bajo la dirección de sus más decididos caudillos —los hermanos, Graco— lograron que su voz y sus reivindicaciones fueran escuchadas. Respecto a este combate político hay más información. Fue una acción callejera, urbana, en la antigua Roma; además del debate público constituyó un movimiento de reforma en favor de una masa de habitantes excluidos de participación; y de acceso al poder.

Siglos después, en la Edad Media en el período inicial del tránsito del feudalismo al capitalismo y aún antes, se sucedieron motines, conflictos, sublevaciones campesinas o urbanas. Bastaría mencionar la sublevación de la población en París dirigida por Etienne Marcel, que algunos consideran y califican simplemente de burgueses, pues eran elementos formados en el burgo —en la ciudad—, aunque seguramente participaron gente de distintas capas sociales (comerciantes, maestros y aprendices de artesanía y oficios, habitantes sin ocupación precisa). Como ese hubo movimientos similares en las ciudades de Flandes e Italia sobre los cuales se tiene un poco más de información, pero de todos modos orgánicamente no eran movimientos muy individualizados, con caudillos y una organización de tipo de milicia, porque hubo enfrentamientos violentos pero no sabemos de sus objetivos salvo, por ejemplo, en el caso de los “ciompi” que demandaban acabar con la usura que destruía a todos: a las capas medias, a las capas burguesas y al pueblo más llano.

Solo empiezan a aparecer corrientes más o menos permanentes a partir de la Revolución Inglesa en el siglo xvii, cuando se alza una parte importante de la *gentry* (propietarios terratenientes) de naturaleza capitalista. Cromwell la encabezó y pudo adquirir el poder para establecer relaciones más nuevas, aunque no totalmente, con la masa de la nación. Whigs y Tories, liberales y conservadores o moderados ocupan la escena política; había diferencias religiosas que intervenían en todo esto. De modo que, si sabemos algo, tampoco sabemos nada real de su organización. ¿Por qué? Porque ya esos “Partidos” se manifestaban en relación

con asambleas de representantes de las regiones (Parlamento) y sobre algún problema debatido se formaban las dos alas, que eran muy móviles. En definitiva, eran agrupaciones en torno a un debate público, especialmente en el Parlamento inglés. Cuando el rey Carlos I fue vencido y decapitado cristianamente se debió a que el pueblo de Londres, las capas medias, que no eran *gentry* ni comerciantes ni poseedoras de bienes, participaron activamente desde fuera del Parlamento. Cromwell liquidó el ala izquierda de esas capas medias, los llamados *niveladores* y los *cavadores* que sostenían una especie de pre-socialismo utópico.

Durante la Revolución Francesa (1789-1794) surgió un movimiento liquidado en 1794 –los Jacobinos– que no solo tenía reuniones diarias públicas para discutir los problemas y escuchar a los líderes y a todos los que quisieran opinar, sino también filiales en todas las regiones del país, pero siempre la manifestación de su programa dependía de lo que se estaba discutiendo en las asambleas que se constituyeron a lo largo de esa Revolución. Los Jacobinos, desde el punto de mira orgánico parecen aproximarse más a lo que después fueron los partidos políticos.

Esta manera de organizar y debatir un programa popular fue una situación que duró prácticamente hasta fines del siglo XIX. Con razón ha dicho Gramsci que la Comuna de París de 1871 hizo lo que excepcionalmente habían hecho los Jacobinos y otros “partidos” semejantes”: movilizó al pueblo de París y en todo el arco iris de su radicalidad ideológica, fueran socialistas utópicos, demócratas de izquierda, socialistas de la Primera Internacional y social-demócratas. Es decir, que el año 1871 marca un momento en que los postulados, las prácticas, las estrategias propias de las revoluciones anteriores, cambian; se plantea una nueva situación, que en cierto modo borra los programas o los principios generales enunciados por la Revolución Francesa, o sea, los derechos del hombre y del ciudadano, que sí son derechos para todos, pero a los que las masas –principalmente la clase obrera– desean acceder efectivamente a partir de la Comuna de París.

En este momento surgen lo que se pudieran llamar las “izquierdas”, pero lo mismo que el liberalismo se constituyó como un liberalismo de muchas corrientes, pues se era liberal revolucionario o liberal moderado, las izquierdas se van transformando de

inmediato porque una parte de ellas no siguen con fidelidad ni los principios de Marx ni las advertencias de Engels, e, inclusive, al someterse al proceso electoral tienen que entrar en el juego y rejuego de las leyes que emanan de un poder burgués e incluso de una monarquía burguesa constitucional que lima sus aristas transformadoras de la sociedad. Especialmente después de la Primera Internacional se crean Partidos nacionales con filiales regionales y toda una jerarquía de dirección del Partido y enuncian y difunden programas sobre cada una de las cuestiones que movilizaban al pueblo.

El año 1871 da inicio también a la formación del capital financiero que se define en toda Europa y en los Estados Unidos durante los años ochenta; o sea, hubo una confluencia de concentración de poder en esos parlamentos sometidos a previas reglas de juego, y de generalización de las demandas populares justamente, cuando aparecen realmente los Partidos modernos, los Partidos que movilizan a la gente en una forma o en otra desde fuera de los Parlamentos. Después, los conservadores adaptaron la táctica y la estrategia de las izquierdas a sus propios Partidos, sin dejar de ser Partidos en que siempre se destacaba un caudillo nacional y unos cuantos caudillos o caciques de tipo regional.

2. Podríamos decir que, por lo menos desde 1884, Martí se daba cuenta de este cambio y expresa en sus textos, cartas y artículos, que los partidos políticos suelen ser mera agrupación más o menos numerosas de hombres, que aspiran al triunfo de determinado modo de gobierno, y que debían dejar de ser —dice él— reunión espontánea para levantar un pueblo con la conciencia y la justicia. Aquí había un elemento notorio, un juicio en el que Martí expresa que los “Partidos” ya no pueden ser como habían sido antes, lo cual se demuestra también por ciertas notas que él escribió sobre las obras de Tocqueville y Bryce, que anunciaban como mala la evolución norteamericana.

En esas ideas de Martí entra todo el contexto global, toda una historia y toda una experiencia internacional y cubana coincidente con el capitalismo financiero, que acentúa por un lado el abandono real —en el contenido aunque no en la letra— de ciertos principios clásicos emanados o manifestados en la Revolución Francesa. Por otro lado, continuaba parejamente la ola de neocolonización del

mundo, iniciada en 1830 más o menos —aunque ya Inglaterra había realizado proyectos de ese carácter—, en una serie de regiones del mundo, hasta llegar al reparto de África (1884-1885) en la Conferencia de Berlín. Asimismo se manifiesta el cambio político en los choques que surgen entre las grandes potencias europeas, pues están apareciendo el imperio alemán, los Estados Unidos y la Rusia zarista; esto es, se define todo un contexto en el que los Partidos van respondiendo ya no a una transición del feudalismo al capitalismo sino a un giro del propio capitalismo industrial aliado ahora con el capital bancario, mientras las naciones en formación —“países nuevos”, los llamó Martí— débiles en su economía e inmaduros políticamente gobernadas por caudillos más o menos portadores de ideas conservadoras o liberales, y representantes estas últimas de una burguesía comercial o industrial naciente y de las capas medias. Todo ello configura una larga coyuntura en donde aparecen movimientos políticos que representan la necesidad de reformas bien para mantener el poder, bien para transformarlo o para ganarlo.

En cuanto a nuestra América, a mediados del siglo XIX maduran las condiciones de organización de este tipo de Partido; Martí lo conoció. Me refiero a que desde 1825, en medio de una serie de golpes de Estado y con la aparición de fracciones de la burguesía y de capas medias, e, incluso, un difuso avance de las masas, se definirían programas de acción, y, desde luego, a partir de 1857 aparece, como el movimiento más significativo político, la Reforma encabezada por Juárez; no solo porque él era un limpio, genuino, total indígena zapoteca sino porque, además fue el dirigente del país contra la intervención francesa auspiciada por Napoleón III. Sin excesos, se sentaban las bases democráticas para un progreso sostenido y, en consecuencia, se frenaba la perduración de las viejas estructuras arqueocoloniales.

3. Hubo una mayor precisión de las direcciones conservadoras frente a las del liberalismo, y hasta en algunos países de nuestra América brotan grupos llamados radicales, todo esto hasta la década final del siglo, en que ya está claro, aun cuando hubiera retornos de golpes de Estado, pero que ya no eran como los anteriores. Martí relacionó esta larga historia cercana a la Guerra de los Diez Años (1868-1878), a la democracia “campestre y levantisca”, ya inducida por otras fuerzas de creciente carácter internacional

fuesen de Gran Bretaña o de los Estados Unidos. La experiencia de Cuba la formaba un conjunto de acontecimientos a partir de las conspiraciones desde la segunda década y a lo largo de todo el siglo, y algunas corrientes que no pueden llamarse propiamente conspirativas, no identificables como Partidos; eran grupos, núcleos o facciones de nombre muy específico, reformista colonial y anexionista a los Estados Unidos. Pero si partimos de que es una época en que la América Latina está formando su Estado nacional de futuro, podemos decir que los anexionistas constituían más bien una contra-corriente pues no creían en —ni, de cierto modo, deseaban— la posibilidad de organizar a Cuba como nación.

Lo cierto de todo esto es que tanto la primera guerra de independencia cubana como su experiencia en México, en Guatemala, y en Venezuela, dieron a Martí la oportunidad de valorar la importancia de un programa, el objetivo que debía coronarlo —la independencia nacional—, y de percibir también la necesidad de organizar la acción liberadora. Esto es muy conocido y no vamos a insistir. Además, su experiencia en España al serle conmutada la pena de trabajos forzados, le permitió hallar un país en que los federalistas y los liberales —y él era un liberal radical— lograron tener el gobierno pero no pudieron ejercer el poder; aquel país se había estancado frente a las experiencias más modernas de la lucha política. Martí presencié esa coyuntura y participó en Zaragoza en las actividades populares masivas frente al golpe de Estado contra la República.

4. A corta diferencia de horas de la carta que Martí escribió a Juan Arnao el 5 de diciembre de 1887, cayó preso por primera vez Lenin, entonces de dieciséis años como Martí cuando lo condenaron a trabajos forzados. Esa coincidencia trae a colación ciertas aproximaciones entre uno y otro, aproximaciones divergentes entre las concepciones del Partido Obrero Social-Demócrata Ruso (1890-1892) y las de Martí respecto del PRC: también Lenin salió de Rusia y visitó todos los países en los cuales estaban los marxistas y revolucionarios emigrados para unirlos en el Partido Obrero Social-Demócrata; y se ha visto una cierta similitud entre el hecho de que este Partido concebido por Lenin tenía lo que pudiéramos llamar —al estilo de Martí— una rama secreta y una rama pública, pues ambos estaban ilegalizados. Encontramos elementos de

aproximación formal que yo llamaría vínculos de época entre los dos agrupamientos, cercanía en la manera de inserción de cada uno en un movimiento histórico general, cada cual de acuerdo con sus condiciones.

Martí sustentó sus ideas progresivamente más claras en la experiencia cubana de la Revolución de 1868, e independientemente de la magna clarinada que fue la Protesta de Baraguá (1878), escribió en 1880 su expresiva carta, al último patriota que no se había rendido, cuando la Guerra Chiquita, el coronel Emilio Núñez, texto de suma importancia para el estudio de su pensamiento.

Además, participó en el Comité Revolucionario que apoyaba el proyecto de Calixto García (1879), a pesar de que ya él tenía algunas ideas formadas, como vemos en la carta dirigida a Máximo Gómez (1877) donde indaga acerca de qué argumentos, qué cargos hubo contra Céspedes, qué razones podían darse para su defensa, y añade: escribo para defender. Ahí parece haber implícita una concepción fundamental, la de organizar la guerra como guerra; por lo pronto, no como ocurrió en la Asamblea de Guáimaro (1869), donde la acción quedó sujeta a un parlamento deliberante. Esto no significa en modo alguno que se rebajara la calidad heroica de los hombres de Guáimaro, pero Martí no fue en realidad el único que vio el maligno carácter de las discrepancias de la primera guerra, ya que también en 1877 es la carta de Maceo a Vicente García, en respuesta a aquella en que el general tunero lo invitaba a pronunciarse contra la república constituida en la manigua, lo que el Titán rechaza porque lejos de significar ello la unión —palabra clave— para combatir al enemigo común, los hombres amantes del orden y obedientes al gobierno legítimo y a las leyes se indignarían contra García y sus adictos. Es posible que en este momento las ideas de Maceo se basen en un sentido de disciplina y fidelidad exigida por una actitud, un juramento, un compromiso y el formar parte de un ejército, pero de todos modos creo que la palabra unión frente al enemigo común es fundamental.

Después de todas sus experiencias universales y de Cuba Martí adquiere, por su participación en el Comité Revolucionario de 1879, por su contacto con las emigraciones, una definida manera de pensar sobre la organización revolucionaria y no podemos

sorprendernos que desde los primeros momentos Martí, además de hablar de la democracia “campestre y levantisca”, se refiere también a las reservas, las objeciones, las suspicacias, las abstenciones, las querellas, las delaciones, que se manifestaron frente al movimiento de Calixto García.

Toda esa dolorosa historia lo lleva a la convicción de que hay un reflujo revolucionario, aunque dijera que las armas no las quitó el enemigo, sino que la dejaron caer los propios cubanos. Eso es lo que se puede apreciar en la carta a Emilio Núñez del 13 de octubre de 1880, Martí confiaba en su pueblo, pero es un momento en que realmente hubo —incluso en epónimos veteranos de la guerra de independencia que no fueron traidores al ideal—, ese fenómeno de reflujo, agotamiento, estabilización de un bando y de otro, pues ninguno de los dos puede vencer, y todo esto supone que Martí, pienso yo, no habla del país que deja abandonado a sus defensores por una especie de gran desilusión, pues aclararía que no era lícito ni útil ni honroso una tenaz campaña, si todos los jefes de la Revolución no habían hallado manera de trabajar de acuerdo ni siquiera en pleno movimiento revolucionario, ni era natural suponer que *ahora* hubiera de lograrse; menos aún, sacrificar vidas nobles al sostenimiento de un propósito —la independencia— único fin honrado en Cuba, cuyo triunfo no era probable. Después añade su juicio sobre las esperanzas que se tenían acerca de los proyectos elaborados a anunciados en Venezuela por Vicente García, y aclara Martí que cualesquiera que fueran las causas —él las expresa como hipotéticas— no debía esperarse que el patriota de cuyas ideas surgieron crisis durante los años 1868-1878 tuviera ahora la capacidad o la posibilidad de desencadenar la Revolución.

Por esa constelación de experiencias, la carta a Gómez de 20 de octubre de 1884 es toda una concepción del qué y el cómo dirigir la Revolución: primero, no renovar las camarillas de grupos de las guerras pasadas ni sus jefaturas espontáneas; segundo, formar siempre un cuerpo visible y apretado, donde se unan todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de refrenar su impaciencia; de ahí que la Revolución no pueda ser para Martí en aquel momento un mero estallido del decoro o una

racha aventurera, porque abundaba en Cuba la gente de pensamiento y había que enseñarles cómo la Revolución tenía fundamentos sesudos que correspondían a una organización adecuada a su objetivo.

Difícil sería, y más bien propio de una honda indagación, precisar las posibles influencias que estas ideas tuvieron en el generalísimo, como así se llamó al héroe dominicano de nuestras guerras, porque siguiendo los textos de Gómez después de atribuir a Martí parte del fracaso de su proyecto, que ya se da por liquidado en el 86, hablará en su *Diario de campaña* de unidad de acción y lamentará la esquividad de los colaboradores, los fallos de jefes y la falta de cumplimiento de los encargados de mover al pueblo en Cuba. Mientras tanto, crecía entre los emigrados anteriores o posteriores al 68 una nueva conciencia unificadora, pues muchos de ellos recibían informes de Cuba y sabían que el Pacto del Zanjón era una burla, y la eficacia del Partido Autonomista se mostraba como una trágica comedia.

Martí, muy diáfano, volverá a referirse a esto; él ve la unión como unidad *nacional*; incluso lanza frases en las que abre las puertas al autonomista que sinceramente —como fue el caso de Miguel Figueroa— tuviera el decoro patriótico, e invita incluso a los españoles —como diría el *Manifiesto de Montecristi*— y los movilizó siendo tabaqueros emigrados en el sur de los Estados Unidos, anarquistas u otros. Es decir, Martí, cumplió claramente con el llamado a la liberación nacional, y por eso dijo alguna vez refiriéndose a los que tenían propiedades que si temían por estas, era más importante fomentar el carácter del pueblo y de la nación, que es el que propicia las propiedades, y que si estas se destruyen y se define el carácter, podrán mantenerse bajo las nuevas condiciones de la independencia.

¿Qué ocurrió después de la carta a Gómez? Martí decidió silenciarse, solo aceptó un desafío de los murmuradores que veían en él al que había destruido aquel proyecto, para asistir a una reunión de emigrados cubanos en Nueva York celebrada en 1885. En carta del 6 de julio de ese mismo año a Enrique Trujillo aclara las líneas marcadoras de su argumentación en aquel acto público, pero el apretadísimo resumen de ella que incluyó Trujillo en sus *Apuntes históricos*, solo dice, textualmente, que la reunión

terminó “en completa armonía y el señor Martí muy aplaudido”. Sin embargo, mantuvo su sabia y oportuna discreción, su silencio, salvo la carta a Lucena del 9 de octubre de 1885, en la que dejaba entrever que declinaba la invitación para hablar acerca de la Revolución de 1868 para no oponerse a los planes de nadie ni levantarlos por sí mismo, subrayando que no se debía poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo. Y continuaba con una de sus frases antológicas de muy transparente contenido: “un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después”.<sup>1</sup>

Durante dos años (1884-1886), escribió sobre la América Latina y los Estados Unidos donde reveló el mayor y progresivo espíritu crítico acerca de la podredumbre del Partido Republicano y del Demócrata en artículos que circularon en México y Argentina. También comenzó entonces su gestión consular en representación de dos o tres países latinoamericanos. Fue aquella época de repliegue para enjuiciar y analizar la situación de Cuba, para conocer más a los emigrados, para acercarse a los veteranos de la guerra; fue un tiempo de acopio y organización de sus ideas para dar los saltos decisivos que lo transformaría en dirigente incontrovertido de los patriotas.

Hasta donde indican sus *Obras completas*, el silencio cesó en ocasión del 10 de octubre de 1887. Había durado trágicamente tres años y entonces volvería Martí la mirada a Cuba, a los acontecimientos, pues desde el Pacto del Zanjón había transcurrido un lapso suficiente para decidir el camino, y conoció la situación crítica del país acentuada por una serie de fluctuaciones económicas en que se destaca la baja tendencial del precio del azúcar. Y, desde luego, comprendió las repercusiones político-sociales de la abolición de la esclavitud (1880-1886), que implicaba un paso decisivo en la formación de la clase obrera y crearía más dificultades a la industria entonces en proceso acelerado de concentración y expansión productiva.

<sup>1</sup> José Martí: “Carta a José Antonio Lucena”, Nueva York, 9 de octubre de 1885, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 186. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 23, p. 174. [En lo sucesivo, *OCEC. (N. de la E.)*]

Debe recordarse en este punto el iluminante ensayo de Juan Gualberto Gómez (1885) en el cual afirmaba que los emancipados solo pedían trabajo y salarios. Martí en carta a Juan Fernández Ruz decía que los cubanos no encontraban trabajo y veían cerca el hambre, que el campo estaba inquieto y que no era necesario aguardar más para plantear la organización de la guerra frente a los improvisadores tradicionales, que, como el mencionado destinatario, creían que ellos debían ser los jefes, y querían dóciles seguidores, pero no colaboradores. Martí le advertía a Fernández Ruz que todavía no era tiempo apropiado para iniciar la lucha armada, que Cuba habría de admirar a los hombres valerosos y sagaces que supieron refrenar su heroísmo hasta que la desdicha del país fuera mayor que la que habría de llevarle la guerra; para él no podía haber razón más poderosa de actuar que la propia maduración de las condiciones para el estallido.

El mismo Trujillo después de valorar en exceso la fuerza movilizadora del autonomismo, dice que pronto vio el señor Martí la ineficacia de ese movimiento para echar firmes raíces. Reflexión que a la altura del año 1887 debe analizarse teniendo en cuenta: *primero*, que el pueblo cubano se asía de la perspectiva reformista, inmediata para enfrentarse de alguna manera a la dominación colonial, pues se sabe que no pocos veteranos y patriotas fieles iban a los mítines autonomistas para aplaudir las parrafadas a veces incendiarias de algunos oradores; *segundo*, que precisaba presentar a los cubanos una solución alternativa y realmente decisoria de la crisis, puesto que estaban descontentos del reformismo; y *tercero*, que tal situación requería una instrumentación política adecuada.

Vale indicar, algo muy interesante cuando se sigue la evolución de las emigraciones de 1885 a 1887 van reconstituyéndose los núcleos de cubanos, emigrados políticos y económicos, todos más o menos mezclados, que mantenían su ardor patriótico en secreto contacto con sus familias y sus amigos en Cuba, y recibían además a los que andaban de tránsito captando elementos que también por su parte acumulaba Martí. Todo ese conjunto de hechos revelaba y formaba una base popular y objetiva que no existía aún en 1879 después del Pacto del Zanjón.

El acto de conmemoración del 10 de Octubre en 1887 se realiza bajo la presidencia de don Tomás Estrada Palma y con discursos de Emilio Núñez, Enrique Trujillo, Serafín Bello, Rafael de Castro Palomino, Rafael Serra, Ramón de Armas y José Martí. A despecho de las ofensas verbales que algunos fanáticos del plan Gómez-Maceo, o quizás proclives a las posiciones hipercríticas de Trujillo que algunos le enrostraron, no faltaron en las palabras de Martí aquello que correspondía aplicar a quienes antes le habían agredido, pues afirmó que nadie anteponía más que él la patria a los desvíos de algunos cubanos. Allí dijo: “¿Qué es ponerse a murmurar unos de otros, a recelarse, a odiarse, a disputarse un triunfo que sería efímero si no fuera unánime, de todos, para todos”<sup>2</sup>, porque unos han vivido acá y otros allá [en Cuba, claro está]. Pensamiento, una vez más, unitario, juntador de todos los amantes de la patria. En este discurso, no menos ejemplar que otros, resumía su experiencia sobre los proyectos anteriores y decía además: “agitar, lo pueden todos: recordar glorias, es fácil y bello: poner el pecho al deber inglorioso, ya es algo más difícil: prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público: y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo en acuerdo con lo que se prevé”.<sup>3</sup> Véanse las ideas que después serían expresadas respecto del Partido Revolucionario Cubano. Al finalizar este discurso, sintetizando el compromiso necesario de los patriotas, llamaba a velar por la patria sin violentar sus destinos con personales pasiones, a preparar la libertad de modo que fuera digno de ella.

El 9 de noviembre de ese año se citaba a un grupo de esperanzados patriotas para el día 11 en casa de Trujillo. Ese día allí quedó constituida una comisión para decidir cómo habrían de conducirse los trabajos revolucionarios, los principios de acción fueron aprobados. En su carta a Juan Arnao del 5 de diciembre reproduce los acuerdos siguientes: *primero*, acreditar en el país, disipando temor es y procediendo en virtud de un fin democrático conocido, la solución revolucionaria; *segundo*, proceder sin

<sup>2</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868 en Masonic Temple, Nueva York”, *OC*, t. 4, p. 219.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 221.

temor a organizar con la unión de los jefes afuera y trabajos de extensión y no de mera opinión adentro la parte militar de la Revolución; *tercero*, unir con espíritu democrático y en relaciones de igualdad todas, las emigraciones; *cuarto*, impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo ni para la preponderancia de una clase social, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra, y finalmente, *quinto*, impedir que con la propaganda de ideas anxionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria. Si se analizan las implicaciones de esos acuerdos de la Comisión Ejecutiva se observará de inmediato que se hallan explicitados, concentrados, directos en las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, al cual abrieron un camino firme.

Ni corto ni dubitativo escribió Martí a Máximo Gómez llamándolo a cumplir con lo más noble de su corazón el sagrado compromiso contraído desde 1868 y firmaban la carta todos los que participaban en ese momento en la comisión. Máximo Gómez, en su correspondencia con Carrillo, mantiene cierta distancia frente a esa carta, pero tampoco reniega de ella como Martí le explica a Emilio Núñez. El general Carrillo, quien había asistido a una entrevista con Martí y Flor Crombet, había propuesto que no se tuviera a un lado la jerarquía de Máximo Gómez, de modo que ahí se veía quizás una anuencia condicionada no expresada en letras por Máximo Gómez; en realidad había que hacerlo también con respeto al general Maceo, Flor Crombet y otros héroes de la primera guerra. Por su parte, Gómez diría que la lectura de esa comunicación había modificado un tanto sus ideas sobre proyectos revolucionarios, pero que era prudente esperar un poco. Reticencia, es posible, pero no sobre lo principal, porque no se niega él, ni después lo haría a seguir luchando por la independencia de Cuba: en verdad, empezaba a comprender los empeños de Martí para marchar de acuerdo con la historia. No mucho después, Gómez se mostraba totalmente unido al programa, al proyecto democrático y a la vez civil y militar republicano que había presentado Martí.

La Comisión Ejecutiva duró aparentemente hasta la reunión de Tampa (1891) donde se aprueban las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*. Lo esencial estaba logrado en 1887. No hay duda

que Enrique José Varona vio claro y así lo dijo en la velada conmemorativa del primer aniversario de la caída de Martí:

Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana saben que venció todas esas dificultades y logró hacer de grupo dispersos y descorazonados y casi hostiles un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto a los mayores sacrificios, se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba a la misma una creencia, cundía el mismo ideal que todos aquellos hombres ciertamente; pero en él todos sus estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograban de tal modo exteriorizarse que se imponían a los demás como una fascinación, ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza, ellos creían en Martí porque Martí sentía con ellos y era sincero.

Y añade, “no hay grandes hombres sin una gran sinceridad”. Varona en 1899 publicó un artículo llamado “Atomización”, donde intentó hacer un análisis teórico general sobre los movimientos políticos, los que dividió en esa oportunidad en grupos caudillescos o caciquiles, núcleos a base de cabecillas políticos y Partidos, es decir, agrupamientos orgánicos con estructuras y principios estables y claros. Es casi ineludible pensar que la acción realizadora y el pensamiento de Martí propiciaron ese análisis teórico de Varona. Desde la palabra de Martí se observa que Cuba no puede y no quiere, que está decidida a no ser objeto o apéndice de la historia de otros países, sin sujeto y objeto de su propia historia, realizada por su pueblo, querida por él, soberanamente autodeterminada por él. Idea que nos aproxima a su texto *La República española ante la Revolución cubana* en el cual dice que Cuba al salir de una Revolución (se estaba desarrollando la Revolución de 1868) no volvería a ser después de ella lo que había sido antes. Martí pensó siempre, y estaba en lo cierto, que una revolución justa y ajustada, profunda, cambia a un pueblo y no muere ni morirá.

## JOSÉ MARTÍ EN EL GIRO HISTÓRICO DE SU TIEMPO\*

Cuando Martí cayó en combate el 19 de mayo de 1895, apenas iniciada la segunda guerra de independencia, cuyo trascendente programa y organización a él se debieron, tenía cuarenta y dos años, durante los cuales se habían revelado o consumado procesos de suma importancia tanto internacionales como propios del país nativo. Si unos y otros coincidían, para los contemporáneos no era fácil, dentro de su revestimiento ideológico, discernir los vínculos internos del conjunto. A él le estaría reservada la oportunidad y la sesuda perspicacia de explicarlos y expresar la coherencia entre todos aún dentro de su aparente desarticulación.

En verdad, no es tan hacedero abordar la totalidad de aquel contexto cambiante. Ante tal obstáculo para la aprehensión del movimiento histórico en su diversidad, se impone una organización de los acontecimientos que permita seguir el paso y la relación entre todos, en sus textos donde con frecuencia él subraya esa intrincada sucesión, los hechos, las motivaciones que los conforman y las consecuencias derivadas de ellos.

Ocurre al comentarista actual que el objetivo del análisis o la simple y directa exégesis no pueden sino sistematizar, tanto en el orden cronológico como en el temático, su quehacer y su decir partiendo de lo que él contempló en abarcador haz y cómo podríamos especificarlo hoy día dada la experiencia histórica de

\* Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 16, pp. 32-40, La Habana, 1993.

nuestro tiempo. En este sentido, como necesidad ineludible de tal examen, precisase remitir la cuestión a una selección de su pensamiento acerca del presente en que actuaba sin dejar a un lado que las referencias textuales podrían ser en cada caso numerosísimas y matizadas conforme a la cuestión que aborda si se aprecia que su obra escrita alcanza veintiséis volúmenes y en toda ella hay un meridiano inesquivable: la más pura y sólida independencia de Cuba.

1. Partiendo de la situación de la patria vale señalar su nacimiento en 1853, cuando todavía resonaban los episodios separadores de los tiempos cubanos, o sea, los enfrentamientos provocados por las expediciones infructuosas de Narciso López (1850-1851) que él habría de atribuir con sagacidad a la ambición dominadora de la política norteamericana. A la sazón se hallaba en su primer paroxismo la predestinación o Destino Manifiesto que alentado por la guerra sucia de Texas (1848) y su éxito se lanzaba a una nueva ofensiva expansionista seguida de proyectos y propuestas de compra del país cubano como si fuera un conjunto de cosas mercadeables y de bestias objeto de negociación dineraria. Sin embargo, siguió de inmediato a esas repercusiones, una cierta atonía de todos los proyectos de los intereses conspicuos de las clases o fracciones de clases dominantes internas —anexionismo a los Estados Unidos y reformismo colonial— mientras los hechos conducirían entre los intersticios de la formación nacional a la apertura del camino hacia la conciencia independentista.

De modo que su niñez discurre en años de transición hacia una forma superior de la ideología cubana. Recibió de su entorno y, particularmente de la implícita vocación de cambios, presente en la acción educadora de José de la Luz y Caballero, fallecido en 1865, y la no menos patriótica enseñanza de Rafael María de Mendive, que fue su maestro y pudo calar en las grandes cualidades del discípulo, una formación primera de pensamiento moral y político capaz de resistir y superar las condiciones coloniales adversas a la expresión netamente cubana, acendrada desde la condena y prisión de trabajos forzados (1869-1871) en el alborar de su madurez cuando tenía solo dieciséis años. Precocidad coincidente con la aceleración del proceso que se trasmuta, de inmediato y progresivamente, en fuerza promotora de nuevos

impulsos hacia la enérgica autodeterminación de la nación. En este aspecto no puede caber duda que en él más que en muchos de sus coetáneos juveniles, la insurrección de 1868-1878, fue una chispa decisiva. Tanto lo fue que iluminó y ahondó por siempre la inquietud trascendente de su juventud.

No faltarían en su vida otros momentos que fortalecieran y diafanizaran sus emprendimientos libertadores. De un lado, su permanencia en España cuyos gobiernos no podían, como veremos, dar a Cuba lo que ellos mismos no eran capaces de propiciarle a la Metrópoli. La transición termina en lo inmediato con los años que siguen al Pacto del Zanjón (1879) y la abolición oficial de la esclavitud (1880-1886) hasta entonces obstáculo mayor a la unidad revolucionaria del pueblo y al desarrollo pleno de la capacidad cubana en una sociedad bipolar moderna. No hay que reiterar el hecho sabido que en esas décadas ya los intereses económicos norteamericanos dominaban la exportación de azúcar del país.

2. Lo que era en esa sazón la Metrópoli más política que económica de Cuba, o sea, España, no se hallaba propiamente en una transición o, en todo caso, solamente su movimiento histórico revelaba la alternancia de las contradicciones político-sociales entre liberales y conservadores, mientras se producía un auge limitado a la industrialización de algunas de sus regiones que, por cierto, no podían competir en los mercados europeos. Durante los años en que Martí inició su quehacer mayor, apenas se salía de las guerras carlistas y de un lento crecer del liberalismo, primero bajo la señera figura del general Prim, caído en 1866, en las vísperas de nuestra primera guerra de liberación, cuando subyacía en cubanos reformistas la ilusión de un futuro más digno encabezado por aquel. Y, como intermedio en la desgarrada historia del pueblo español, surgió en 1873-1874 la primera República que gana el gobierno por elecciones después de la abdicación del rey Amadeo I, pero no alcanza el poder, carente de apoyo verdadero en las clases y capas de más peso, dentro del vacío creado por las fuerzas moderadas y conservadoras incapaces de encaminar una solución estable en las grandes contradicciones del país, que la República tampoco logró. Martí vivió esa experiencia intensamente tanto respecto de Cuba como de la propia España. En 1876 se consumó la Restauración

monárquica, como transacción asentida para esquivar las fuerzas carlistas reaccionarias y los liberales moderados y republicanos.

3. Respecto de nuestra América o Hispanoamérica, como él también diría, aún dentro de sus desgarramientos e inestabilidades posteriores a la independencia (1825), deben valorarse como momentos de una *transición* de su nivel de crecimiento algunos acontecimientos y procesos que Martí pudo conocer por sí o por sus alertadas lecturas y observaciones. Situáramos, en primer término, la Reforma juarista (1857-1874) de cuya continuidad constructiva supo por su activa residencia en México durante el gobierno de Lerdo de Tejada, en la que halló inspiración y certeza para sustentar sus juicios sobre los proyectos endógenos de desarrollo. Además, perduraban estructuras, ideologías y modos de gobierno de origen arqueocolonial, principalmente la explotación y marginalización de los indígenas y su desposesión progresiva de tierras comunales, la incesante propensión de los agroexportadores a entregar todo el país a cambio de mercados así como las expediciones y las guerras. No menos conoció las ojerizas, incidentes y conflictos bélicos entre países del Sur, la América desmigajada, imitativa o copiadiza de la política europea y norteamericana y todavía en buena medida tiranizada por caudillos, caciques y otros autócratas que acudían demagógicamente al pueblo empobrecido para no servirlo. Si bien esos obstáculos al desarrollo no se manifestaban en igual grado en todo el Continente, también después de 1860-1890 se diluían gradualmente las turbulentas corrientes centralistas y federalistas —liberales y conservadoras— como oportunidad para el logro de la unidad nacional. Sin embargo, todas coincidían en sujetarse a las reglas frustráneas del comercio libre con los países más desarrollados lo que acarrió una creciente lucha entre estos (Gran Bretaña y Estados Unidos y otros) y constituyó, un freno adicional más duradero para el progreso material propio. Finalmente, tanto la invasión a México por los ejércitos de Napoleón III, derrotados por el pueblo mexicano encabezado por Juárez y la reconquista de Santo Domingo, vencida España por los patriotas dominicanos, intentos de recolonización ocurridos a principios de la década de 1860-1869, mostraron que los peligros de perder la independencia eran reales y formaban parte de una nueva ola de dominación por

parte de países más desarrollados. Fenómeno que se enlaza con las pertinaces apetencias de expansión de los Estados Unidos, a lo que contribuiría la victoria de los estados no esclavistas contra los del Sur esclavista en la guerra de Secesión (1860-1865) que repercutió, estimulándola, sobre la formación del capitalismo monopolista industrial-bancario.

4. Si bien se miran esos momentos de transición, se comprenderá por qué la etapa imperialista en su pujante inicio desde 1880, que constituye un giro trascendente en el pensamiento y la acción de Martí se nos presenta, de inmediato, como un complejo coyuntural en el cual queda sumida sin perspectivas fértiles nuestra América ya que, por demás, Europa (Gran Bretaña, Francia, el imperio de Alemania, Rusia zarista, Italia y la propia España) participó con variantes o desfases económicos mas no políticos en el proceso de nuevas colonizaciones desde la década de 1830 hasta la distribución abusiva de África en el Congreso de Berlín (1884-1885). Con una particularidad, que en Europa se enfrentaban grandes potencias, mientras en América los Estados Unidos quedaban más libres de manipular los países, todavía inermes y desunidos con olvido del proyecto bolivariano de alianza y defensa. Aún más, aparecía ya esa especie de confabulación que intenta aquietar a los Estados Unidos para que no interfirieran más allá de una simple preferencia diplomática en las contradicciones europeas extendidas por los restantes continentes. Se configuraba lo que en las primeras décadas del siglo xx sería la gran batalla por una redistribución del mundo colonial y colonizable. Había mucho más en aquella madeja enmarañada, pero estas páginas no lo tienen como objetivo principal.

Bastaría este esbozo para entrar en el análisis de la reacción de Martí al conocer las condiciones del giro en los Estados Unidos, donde residió con pocas ausencias durante quince años. Vale decir que en los precedentes años había logrado calar personalmente y por lecturas en los diferentes niveles de capitalismo inmaduro y preterido en varios países, España, México, Guatemala y Venezuela, además de conocer profundamente a su patria; pues dejó textos explícitos acerca de ellos.

5. No es de olvidar que se aproximó, sin involucrarse plenamente en alguna de ellas, a las grandes corrientes filosóficas,

científicas, sociales, de la segunda mitad del siglo, lo cual no es poco importante, pues deja huellas de su reflexión aún cuando, por un lado, solo parecía inclinarse a lo que fuera instrumento de su proyecto cubano, no como ecléctico sino a la manera de un liberal superador de la democracia “clásica”, la de 1789-1794 en Francia, en un sesgo de democratización radical, más profundo. Positivismo, repuntes hegelianos en algunos reformistas liberales de Cuba, krausismo de acción educadora en España, pragmatismo axiológico de Emerson, marxismo, socialismo y anarquismo que escindían el pensamiento universal, fueron objeto de sus juicios con diverso énfasis. Por donde se puede apreciar hasta qué grado de conocimiento y reflexión alcanzó en el análisis crítico adecuado a la formulación de su programa de liberación nacional ajustado a su presente y al porvenir previsible. Combinación excepcional de las realidades entornantes, sus augurios y promesas, con el pensamiento que pretendía explicarlas partiendo de condiciones que no eran las de Cuba. A este respecto ya veremos su conclusión acerca del gran giro coetáneo. No sería juicioso dejar al margen que uno de sus pertinentes y más decisivos laboreos fue la comprensión y la difusión razonada de los vicios e insuficiencias de la primera y heroica guerra revolucionaria cubana por razón de inmadurez del pensamiento político que no tendría eficacia alguna en el estado cambiante de sus días de acción, tanto en el orden global como en el interior cubano; se requería replicar a los desafíos de las nuevas circunstancias ajustándose críticamente a ellas.

6. Martí al cabo de sus primeras experiencias en los Estados Unidos definiría su concepto de giro histórico trascendente en dos direcciones, ambas expresadas en 1882. La una señala “el tránsito de una civilización bárbara y corruptora [...] en provecho de las castas favorecidas, a otra civilización dignificadora y pacífica” en que los hombres “han entrado al conocimiento y ejercicio de sí”,<sup>1</sup> que no es simple reflexión objetiva sino atribución de un

<sup>1</sup> José Martí: “Francia”, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 14, p. 370. [En lo sucesivo, *OC*; *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2005, t. 11, p. 83. En lo sucesivo, *OCEC*. La cursiva es del autor de este trabajo. (*N. de la E.*)]

sentido superior a la época en inicio por razón de las posibilidades reales del ser humano para imponer su afán de transformación social-moral y política. En la otra referencia dice que los pueblos de Europa se hallan en una “época de tránsito, en que no cabe medro sin ocultar la verdad de lo que se desea”<sup>2</sup>, se notaba “la pereza, entendible de los poseedores de antaño, en dejar de poseer, y la pereza, meramente humana, y tal vez útil, de los poseedores venideros”<sup>3</sup>, de modo que explícita dos caracteres del momento, la máscara de lo que se anhela, fenómeno que hoy días los “poderosos” han transformado en elemento principal de su retórica, sobre lo cual volvería en la frase refiriéndose a Estados Unidos (“la libertad que lleva de disfraz con la conquista que lleva en el corazón”<sup>4</sup>, y la insuficiente participación de las grandes masas desposeídas. No tardaría en recalcar que en los Estados Unidos, “se está en [...] un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de la América”.<sup>5</sup> Asomaban las garras imperialistas. Cupiera relacionar “el ejercicio” humano de si ya citado, en nuestra América creada como pueblo mestizo por “la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso”, frente al cual se impone “la reconquista de su libertad” (el ejercicio de sí) para desenvolver y restaurar “su alma propia”<sup>6</sup> en lo cual hallamos por demás como en germen lo que ha de mover a los pueblos hacia un nuevo tiempo, dentro de una concepción en que el tránsito de nuestro gentío aparece como oportunidad de ser sujeto y objeto de su propia historia y no objeto apendicular de la historia de otros. Y como la revolución de Cuba es lo presente de su lucha histórica pues vive en ella “el espíritu hispanoamericano, el espíritu de B.A. [¿Buenos Aires?], el espíritu del Perú, el espíritu de Bolívar, el espíritu de [...] que muchos hispanoamericanos, parricidas por la fuerza o por interés, comienzan

<sup>2</sup> JM: “España”, *OC*, t. 14, p. 460; *OCEC*, t. 11, p. 145.

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> JM: “¡A Cuba!”, *OC*, t. 3, p. 48.

<sup>5</sup> JM: “Cartas de Martí”, *OC*, t. 8, p. 90; *OCEC*, t. 22, p. 26.

<sup>6</sup> JM: “Carta a Joaquín Macal”, *OC*, t. 7, p. 98; *OCEC*, t. 5, p. 84.

a avergonzarse”<sup>7</sup>, no se trata de una predestinación sino del recobro de una continuidad real. En estos textos martianos se puede observar el encadenamiento que conduciría a una insistente necesidad de replicar apropiadamente a las nuevas condiciones gestadas dentro del giro mayor.

7. La observación participativa en la vida norteamericana desde 1880 lo conduce a serias preocupaciones, ahítas de sugerencias en nuestros días. Ante todo dice que

este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro,—el de los placeres intelectuales— pueril y pobre; este colosal gigante candoroso y crédulo; estas mujeres, demasiado ricamente vestidas para ser felices; estos hombres, demasiado entregados a los asuntos de bolsillo, con notable dejación de los asuntos espirituales,—todo viene al mismo tiempo a mis labios y comienza a organizarse en este breve relato de mis impresiones.<sup>8</sup>

A este respecto no tardaría en insertar la percepción del carácter alienante de la vida colectiva cuando se refiere a que “cuando todas estas maravillas y las nuevas que las sucedan, sean sabidas,—se sentará el hombre, triste, desconocedor de sí como en los primeros días,—a preguntarse por sí mismo” y una vez ganada la batalla de la tierra no alcanzará “ver el lugar de estación en que ha de trocar al fin sus pies en alas”.<sup>9</sup> A la obsesiva preferencia por todo lo material, aunque sea “maravilla”, él replica con una necesaria dilucidación del ser humano como valor trascendente.

No era, por cierto, enemigo o despreciador del pueblo norteamericano, como no lo fue de ningún otro, sino de un sistema o régimen que imponía a la masa de la nación su demasiada entrega “a los asuntos de bolsillo”, tema que concentraría al analizar la educación para el lucro y la fuerza dada a los jóvenes, a la mayoría de la sociedad. Más de una vez se revela en él la huella de los norteamericanos insatisfechos de esos tiempos como

<sup>7</sup> JM: *Fragmentos*, OC, t. 22, pp. 15-16.

<sup>8</sup> JM: “Impresiones de América”, OC, t. 19, p. 109; OCEC, t. 7, p. 138.

<sup>9</sup> JM: “Noticias de los Estados Unidos”, OC, t. 9, pp. 45-46; OCEC, t. 9, p. 37.

Emerson, Wendell Phillips, Thoreau, de León, George, “los críticos y cruzados” de que es objeto la obra de Charles Madison.<sup>10</sup> De las realizaciones materiales apreció lo conocido para dar relieve al contraste que representan los valores morales abandonados ante lo grande, lo colosal, en verdad, lo no grandioso como quehacer único excluyente de la actividad multicreativa del ser humano.

8. Pero si en la base del pensamiento de Martí hallamos estas definidas cuestiones, no dejó al margen, y, por el contrario, mantuvo en presencia continua de los textos, un conjunto de características de la acción y creciente propensión a la conquista. Así logra abordar toda una serie de consecuencias de esa alienación que reviste formas y modos diversos, políticos, económicos, sociales, educacionales y culturales. La arrasante vocación por las conquistas, además de la expansión dentro de su territorio actual se cebó sobre México, y pretendió hacerse de Cuba por fuerza o compra y fracasó en Centroamérica; antes de la guerra de Secesión agredía pero después de esta no cesó sino se acrecentó la voracidad conquistadora. Más bien la política de los Estados Unidos, miró hacia los demás cuadrantes de la Rosa de los vientos, al este, al oeste y más al norte, y al sur. Añadamos la predestinación puritana de los primeros colonos que se convierte en el Destino Manifiesto en el cual no creían, como no creen hoy en su “misión” civilizadora.

En los tiempos de Martí y más adelante, ese mendaz Destino reaparece como inversión de capitales aceleradamente acrecidos. Desde 1883, ponen los Estados Unidos “inmediatamente en circulación, con un interés *subido*, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones agitadas y antipáticas de bolsa [...] se crea un cuantiosísimo mercado para muchos frutos que les sobran”.<sup>11</sup> Subraya él la riqueza “sobrada” y que son “sobranceros de caudales”. Nada menos dice dando en el punto

<sup>10</sup> Charles A. Madison: *Critica and Crusaders*, New York, Henry Holt and Co. 1947.

<sup>11</sup> JM: “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *OC*, t. 7, p. 20; *OCEC*, t.18, p. 14. [El subrayado es del autor].

exacto al centro animador del expansionismo (tema reiterado desde 1881).<sup>12</sup> Lo confirmaría a lo largo de la década, identificando ese fenómeno con la política conquistadora que promovió la convocatoria y reunión del Congreso continental de 1889, porque se evidenciaba “lo que desde años vengo temiendo y anunciando”<sup>13</sup> dijo por entonces a su amigo uruguayo Enrique Estrázulas.

Reveló el secreto de la correlación histórica de sus temores durante la citada reunión; de la cual dice: “no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América [...]; en estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras”, y “habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convieneen [...] si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos”.<sup>14</sup>

Paso a paso veamos perfilarse toda una gama de observaciones sobre el contenido amenazante del giro de su tiempo. Helos aquí: la *continuidad* de la conquista por medios aparentemente consensuales como disfraz de la dominación política y económica, la necesidad de reflexionar y enjuiciar si ello es bueno o no para nuestra América, según sea libre o sujeta a una potencia disímil que intenta desequilibrar el mundo. Una y otra vez el proyecto norteamericano, al decir sagaz de Martí, constituía un peligro total de concentración de poder a expensas del mundo y, en consecuencia para nuestra América y particularmente para Cuba.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Cf. estos artículos suyos: “Noticias de los Estados Unidos”, “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *OC*, t. 9, pp. 33-34; t. 7, p. 20 y 23; *OCEC*, t. 9, pp. 25-26; t. 18, p. 14 y 16, respectivamente.

<sup>13</sup> JM: “Carta a Enrique Estrázulas”, *OC*, t. 20, p. 203; *Epistolario*, compilación, ordenación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 2, pp. 71-72. [En lo sucesivo, *E. (N. de la E.)*]

<sup>14</sup> JM: “Congreso Internacional de Washington”, *OC*, t. 6, p. 53.

<sup>15</sup> Cf. estos artículos suyos: “Congreso Internacional de Washington. II” y “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa

Concretamente, ya los Estados Unidos buscaban “el modo de echar de nuestra América el comercio inglés”,<sup>16</sup> a la sazón su más eficiente competidor.

Con motivo del Congreso de 1889, seguido de una nueva vestidura de conquista y aislamiento de Europa en la Conferencia Monetaria de 1891, lanzaría como síntesis de esa certera visión la verdadera imagen del proyecto: nuevo “sistema de colonización” ante el cual no podían nuestros pueblos seguir “desmigajados” ni mendicartes en pos de una riqueza temible”.<sup>17</sup> Lo nuevo del sistema provenía de la utilización de una fuerza hasta entonces no revelada diáfananamente en los planes de colonización; los capitales monopólicos “sobrantes” y su resultado, ya conocido en los propios Estados Unidos por la lucha implacable de las corporaciones: la “ruina de tantos”,<sup>18</sup> evidente cuando se trataba de las relaciones con países de menos desarrollo.

Nuevo sistema de colonización que va desde el asalto piratesco, las sinuosas manipulaciones diplomáticas, la compra de territorios con sus recursos y las “bestias” humanas que lo ocupaban; las inversiones con la idea en germen desde la Doctrina Monroe (1823), de la “seguridad nacional”. Precisa observar que la alienación generalizada en el texto de Martí ha dado un salto hacia la revelación en escala internacional de su hasta entonces oculto contenido. Hacia 1880 se agolpaban en las previsiones de los monopolios y sus gobiernos, los medios y las tretas antaño empleados por otras potencias entre las cuales, una —las inversiones— propia del giro contemporáneo se definía como arma principal.

Todo al servicio de las “ligas’ de fabricantes” y “los agiotistas”, pues “ya es de los ferrocarriles y millonarios el Senado”.<sup>19</sup> En ese mismo texto señala respecto de nuestros países los elementos

---

y Nueva York”, *OC*, t. 6, pp. 62-63 y *OC*, t. 1, p. 439; *E*, t. 3, pp. 87-88, respectivamente.

<sup>16</sup> JM: “Crónica norteamericana”, *OC*, t. 12, p. 115.

<sup>17</sup> JM: “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana”, *OC*, t. 6, p. 139.

<sup>18</sup> JM: Fragmentos, *OC*, t. 22, p. 95.

<sup>19</sup> JM: “Elecciones”, *OC*, t. 12, p. 95.

implícitos de esta situación: a) “imponer sus precios inicuos en la casa ajena”; b) “ajustar por entusiasmo frívolo o por intimidación, tratados rapaces de comercio”, c) “compra forzosa” de los productos yanquis. Era el aprovechamiento exhaustivo de la desigualdad de desarrollo entre Estados Unidos y los “países mínimos” de nuestra América.

9. Frente a esa ofensiva, ¿cómo expresó la réplica necesaria? No desechó el ganar batallas conforme cada episodio lo requiriera, si bien nuestros países se habrían de salvar por los principios (programas) de alcance sustancial, objetivos magnos de la estrategia coherente con los acontecimientos y los procesos que todos podían observar y someter a un juicio acertado. No por cierto, con “entusiasmo frívolo” o “intimidación” pues el arrebató sin razón o el temor, carecerían de fuerza suficiente para enfrentar a los imperialistas. En esos años formuló en síntesis su respuesta adecuada al giro transcurrente. “¡No hay como volverse de frente para echar atrás a los que nos pican las espaldas!”<sup>20</sup>; poco después: “Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico”.<sup>21</sup> Pero nada más profundo que su apotegma tajante: “¡El hábito de ceder embota la capacidad de osar!”<sup>22</sup>

¿Osar? ¿En qué medida y por qué? Ahí está lo esencial. El tránsito de la América nuestra, que comenzaba a sentir los apremios de un desarrollo propio, exigía el logro pleno de la independencia ante el nuevo “sistema de colonización”. Parte mayor del contragiro. A las intrigas para aislarla de otros continentes y separar unos países de otros, la unión, en el reconocimiento de la futilidad de querellas y prejuicios subalternos respecto de los riesgos acarreados por la neoconquista, pues al decir “en igual continente, de iguales padres y tras iguales dolores y con iguales problemas,—se ha de ir a iguales fines”,<sup>23</sup> todo lo aclara respecto de la América nuestra.

<sup>20</sup> JM: “Los delegados argentinos en Nueva York”, *OC*, t. 6, p. 108.

<sup>21</sup> JM: “La conferencia monetaria de las Repúblicas de América”, *OC*, t. 6, p. 167.

<sup>22</sup> JM: “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York”, *OC*, t. 4, p. 262.

<sup>23</sup> JM: Cuadernos de apuntes, *OC*, t. 21, p. 164.

A lo imitativo la reafirmación de sí y de su capacidad creadora conciente y tenaz. Aunque las fauces auguraran zarpazos mayores, era justa la resistencia. Quien como Martí se encontraba fortalecido por la autodeterminada voluntad de soberanía del pueblo cubano, elaboró un programa para todos; no se abandonó a la desesperanza, ni a la incapacidad de responder ni a la búsqueda de soluciones fáciles, cargadas siempre de contingencias catorbadoras de su cabal camino. En suma, fundió la historia aparentemente dispersa en un programa adecuado a la transición de nuestra América que permitiría corroer el giro indeseable de la gran potencia cercana.

Quien lea estas páginas y, ante todo, se adentre en la nuez del programa martiano y sus fundamentos, convendrá en que la historia real le mantuvo sus válidas previsiones, le dio y dará la razón porque a medida que un proyecto de dominación global se esboza y define se alzarán nuevas y también más válidas contradicciones que las de su tiempo, pues el destino de la humanidad no puede permanecer al azar de quienes no han sabido, ni podido, ni en verdad, deseado, resolver las que esconde en los entresijos de sus vísceras bancadas.

México-La Habana, abril-mayo 1992

## JOSÉ MARTÍ: ESTILO Y POLÍTICA (1880-1888)\*

Al abordar el tema, lo primero que preocupa es su contenido esencial. Si fuese solamente un análisis estilístico, como tal, en su estructura y modos, no sería el que escribe estas páginas quien pudiera hablar con exacta pertinencia. ¿Por qué no intentar poner de alguna manera en relación los dos términos —expresión y contenidos— aun cuando solo se alcancen impresiones más que precisiones? Por el intenso laboreo acerca de la obra total del Maestro hasta hoy, se sabe que, aun siendo legítimas, las compartimentaciones parecen insuficientes. Todo gira en torno o apunta hacia los objetivos centrales de su existencia, lo que escribe y lo que hace, lo que piensa y ejecuta; para alcanzarlos, asumió cuanta observación, experiencia y reflexión le producía su mirada al mundo rodeante —hombre y sociedad— por medios diversos, fuera prosa, poesía, oratoria, hechos y realizaciones materiales van siempre de consuno. Sin embargo, la suya no fue una vida lineal, porque no en todos los momentos era necesaria una forma u otra de expresar lo que le andaba por dentro. Y ya sabemos a cuál principio respondían los cambios implicados en las precisas etapas de su expresión: bastaría recordar, sin más, el papel referencial o explícito del concepto de *necesidad* como algo objetivo que él percibe, y lo guía. No por azar la *necesidad* de precisión se ajustaría al apotegma del padre

\* Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 17, pp. 24-35, La Habana, 1994.

Velasco que reproduce en sus *Cuadernos de apuntes*: “Las palabras que no dicen algo, no las digas; y las cosas que no hablan, no las traigas”.<sup>1</sup> Economía, sin ahorro confundidos y aspiración a que los hechos, lo real, hable por sí. Natural selección de palabras y de cosas significantes para darse entero a los demás.

Sus objetivos mayores le vienen dados desde los dieciséis años de edad, pero los medios y los elementos significativos de ellos, no fueron siempre los mismos. Cada etapa en que lo nuevo de su comprensión aparece mientras desaparecen otras significaciones o se alteran al compás de su experiencia, supone, también y ante todo, un paso inequívoco más allá de sus realizaciones precedentes. Ese fenómeno de maduración, en modo alguno lineal, viene de su vivir en el tiempo histórico que lo envuelve, a tal punto que lo dispara hacia el futuro. Va conociendo, a través del presente, lo que caracterizó el pasado y pudiera ser —debería ser— el porvenir.

Si reparamos en los contextos sociales de los años en que se manifiesta su obra se percibirán cambios sustanciales —verdaderas transiciones que revelan, por igual, lo nuevo de su obra; a la luz de su biografía la lógica histórica está presente en sus propias, personales transiciones: resonancia fiel del macro-mundo. Veamos cómo este fenómeno de paralelismo o emparejamiento —en su caso, crítico— se presenta en 1880-1888.

I. No tendría especial valor que rememorásemos lo sabido: en 1881-1888, Martí presencia y objeta el último salto del capitalismo. Lanza su primer proyecto de unidad revolucionaria cubana (1887) que se completaría en su máxima labor liberadora (1890-1895) como el contrario, uno entre otros, del movimiento hacia el monopolismo financiero y político de los Estados Unidos. Las transiciones, aunque íntimamente relacionadas, se presentaban en Cuba con otros caracteres: giro inevitable hacia la modernidad (abolición oficial de la esclavitud en 1880-1886); continuidad de la crisis general de la dominación española acentuada

<sup>1</sup> José Martí: *Cuadernos de apuntes en Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 21, pp. 321-322. Por lo que dice en este Apunte, se comprende por qué dijo que las máximas de Velasco parecían “cosa del día”. [En lo sucesivo, OC. (N. de la E.)]

por la Revolución de 1868-1880; período de paz que disfrazaba esa crisis y la imposibilidad de una solución de ella sin independencia, tema que ya había esbozado con claridad en uno de sus primeros textos.<sup>2</sup> En octubre de 1880 diría al general Emilio Núñez, con sagaz comprensión del momento, que cesara sus operaciones “cuyo triunfo no es *ahora* probable”.<sup>3</sup> Las nuevas condiciones, externas e internas —él *ahora* lo avala— debían madurar.

II. El estilo político y el literario, nos interesan aquí en sus relaciones; si los viéramos por separado, de todas suertes se aproximarían, si pretendiésemos solamente medir sus cercanías quizás nos olvidaríamos de interpretarlos como un carácter unitario del período. No podríamos escoger más que el primer camino —de la interrelación— pues lo dijo bien Gabriela Mistral: “Martí conserva siempre bajo la floración, el hueso del pensamiento”.<sup>4</sup>

No podría escapársenos que esos años inician la etapa en que todo habrá de ser sesuda espera y acción, reflexión y decir diáfano; conciencia de la complejidad situacional en la cual ha de perfeccionarse su magno proyecto de liberación. Instante revelador de experiencias que requieren una expresión nueva —o, si se quiere, más apropiada— de su contemplación, su meditación y la difusión de sus ideas, hasta entonces no previstas, en la intensidad súbita que cobran en él o solamente limitadas a una formulación “desde afuera”, porque en estos ocho años las expresará desde “adentro” de la sociedad norteamericana. El conocimiento de la América Latina (México, Guatemala, Venezuela), de España, claro está, y de otras tierras y gentes en visitas como de paso, mostraba, desde su arribo a los Estados Unidos, que no había sentido por sí el peso de una sociedad en desarrollo pleno. Desde luego, lo adquirido antes de 1880, incluso acerca de este

<sup>2</sup> Ver JM: *La República española ante la Revolución cubana*, OC, t. 1, p. 89; *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, t. 1, pp. 101-102. [En lo sucesivo, OCEC. (*N. de la E.*)]

<sup>3</sup> JM: “Carta a Emilio Núñez”, 13 de octubre de 1880, OC, t. 1, p. 161; OCEC, t. 6, p. 224.

<sup>4</sup> Gabriela Mistral: “La lengua de Martí”, conferencia pronunciada el 28 de julio 1934 en la Institución Hispanoamericana de Cultura. Ver Jorge Benítez: *Gabriela anda La Habana...*, La Habana, Ediciones LOM, 1998, p. 77.

país, no se perdía totalmente; se integraba a la percepción y el juicio del *otro* mundo. No hubo una ruptura, sino acumulación, ni, en muchos casos, se produjo abandono, sino perfeccionamiento, matización, conexión íntima, a veces entrañada con lo nuevo que la oculta.

De ahí esa trama de admiración, de interrogaciones o de comentarios críticos esbozados sin insistencia que se observa en sus “Impresiones de América” (julio a octubre de 1880). De súbito, “la actividad dedicada a los negocios» le deja “sorprendido”. Explica: “Los apresurados hombres de negocios [...] comprando, vendiendo, sudando, trabajando, medrando”<sup>5</sup> deben haberle mostrado aún más que el ritmo de la vida concreta exige una prosa, un estilo de decir galopante cuanto más se aproxima a 1889, de relámpago y de síntesis conceptual de todo lo que aquello significa. No es de azar que añadiera más adelante, “todo viene *al mismo tiempo* a mis labios y comienza a *organizarse* en este breve relato de mis impresiones”.<sup>6</sup> Valga suponer, como indicación más que a modo definitorio, que la prosa de Martí en el apremio por aprehender el suceder complejo que contempla y de explicar, con matices numerosos, lo que se halla como oculto en esa agitada vida, se corresponde con una expresión difusa y de vivaz lenguaje que sugiere un aire de barroquismo –pictórico por demás– casi inescapabl. Es la huella que deja la lectura de sus crónicas sobre los Estados Unidos, más de mil páginas si descontamos la correspondencia. He dicho crónicas en un sentido tradicional, si bien de modernidad evidente, ya que también recuerdan los más antiguos cronistas-historiógrafos, pues atraen y penetran como las de estos en la realidad evocada, le dan vivacidad y sustancia, sabrosa sustancia en moldes incitadores a la reflexión. Desde luego, no es fácil seguirlo.

Claro está que su aplicación a escribir e informar a los lectores latinoamericanos, es de tal fuerza y dimensión que pudo crear no solamente ese grado mayor de su prosa, sino darle un aliento tal de unidad y conocimiento que nos lo presenta –si a

<sup>5</sup> JM: “Impresiones de América. (Por un español muy fresco)”, *OC*, t. 19, p. 107; *OCEC*, t. 7, p. 135.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 109; *OCEC*, p. 109. [El subrayado es del autor].

ello vamos— como un ejemplar historiador de los Estados Unidos; ausculta aquella sociedad como reflexivo espectador. Observamos cómo lo que venía de golpe a sus labios, halla dónde insertarse y, aún más, de qué modo esas primeras impresiones se transforman en certitudes. La admiración y la sorpresa dejan de provocarle interrogaciones, les da respuesta sin que, por lo mismo que cala hondo y lo da todo en conjunto, desaparezcan: quedan sumergidas en el ritmo acelerado del ir y venir social y de su crítica; y sin embargo, reaparecen a ocasiones, como parte de las crónicas o en semblanzas de personajes. Hay en todo ello, una magistral capacidad de no tomar lo episódico como intrascendente.<sup>7</sup>

III. Martí nos ha de servir en tanto que guía consciente, sapiente de su quehacer. Pocos han hallado, con la fuerza que él lo dijo, una forma certera de revelar por qué su obra era así. Nos bastaría, además de las citas del padre Velasco ya mencionadas recordar lo que acota en su conocida respuesta a Bartolomé Mitre y Vedia cuando le censuró uno de sus artículos de *La Nación* de Buenos Aires. Vale mencionarlo:

Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario *como si fueran libros*, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente *en lo exterior* la obra previa hecha ya en mí.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> JM: “Carta de Nueva York. Hechos, juicios, tributos y noticias varias a propósito de Garfield”, *OC*, t. 9, p. 59; *OCEC*, t. 9, pp. 75-76. Véase la carta de un ciudadano al periódico *The Sun* de New York sobre los presidentes asesinados o procesados o llegados al poder por fraude (1881). Aunque fuera de las fechas de este ensayo, el epitafio que propone para Simón Camerón que tendría “su veta de oro”, “cuando Lincoln lo quiso”. “Pero en la fosa le pueden poner esta frase terrible. Este, de la política hizo negocio”. JM: “Cartas de Martí. El verano en Nueva York”, *OC*, t. 12, p. 216.

<sup>8</sup> JM: “Carta a Bartolomé Mitre y Vedia”, 19 de diciembre de 1882, *OC*, t. 9, p. 16; *OCEC*, t. 17, p. 353. [Los subrayados son del autor de este trabajo].

Acaso sus artículos acerca de los Estados Unidos, ¿no son resúmenes de libros? La respuesta huelga, pues dentro de una trama aparentemente *inorgánica*, se ve el *hueso* que sustenta todo lo que dice. Acaso, todos ellos, a su vez, ¿no constituyen una crónica? Hoy se diría, quizás, que es como un relato de vida diaria de la gente o, mejor aún, una descarnada historia de la mentalidad y las hazañas predatorias de los monopolistas despuntantes y sus amanuenses, de grande y de ínfima categoría. Dejemos a un lado que no todo, ni siquiera lo más, fue conocido por él directamente aunque al escribir muestra su cercanía o lejanía de los hechos, acreditémosle que quien escribe “como libros” tuvo la magnífica y certera perspicacia para incluir en sus textos las palabras que dicen, y se traen, y las cosas que hablan, y se ponen. Precisamente, lo que debe hacer quien se aventure a componer un libro, cualquiera que fuese su fuente inspiradora.<sup>9</sup> Si en el caso de Martí solo la prensa y buenos informantes personales bastaron, su sagacidad le proporcionaría el comentario crítico.

IV. Es curioso observar cómo en esa baraúnda social hay efectivamente un punto de giro. En 1882 irrumpen en la política norteamericana los “héroes” del expansionismo virulento Aldrich, McKinley, Reed y otros que abandonan la retórica de “las espadas y las rosas” y los temas militares (de la Guerra de Secesión y la *conquista del Sur*), cambio que Martí vio en sus “Impresiones” como síntoma de antimilitarismo. No obstante, comenzaban a imperar los “grandes negocios” (*big business*) con sus Reyes, como les llamarían más tarde (del azúcar, del petróleo, del acero, de los ferrocarriles, del carbón). El principio “político” del despojo (*spoils system*) era sustituido por el apoderamiento descomedido de las riquezas naturales del país a favor de los que subvencionaban a uno y otro partido (Republicano y

<sup>9</sup> En un ensayo anterior hemos subrayado la coincidencia de episodios y de juicios de Martí, con los de Mathew Josephson en su interesante obra *The Politics*, aun cuando este dispuso de fuentes de información no editadas o poco conocidas cuando el maestro publicaba sus crónicas. La prensa coetánea serviría a ambos, pero, ¿solo eso tendría a su disposición Martí? Un estudio de la bibliografía norteamericana en 1880-1888 pudiera aclarar, a lo menos en parte, esa coincidencia.

Demócrata) por igual. Ambos grupos, con sus respectivos “capitanes” (*bosses* o jefes) libraban un combate sin cuartel, pero con posibilidades de comprarse unos a otros. Claro está que ese vuelco generó varias contradicciones tácticas: proteccionismo contra librecambio (que nunca lo fue, ni lo sería); patrón plata contra patrón oro; expansión agresiva contra penetración pausada, temas que no precisa mostrarlos, figuran abundantamente en los textos de Martí. Surgió, pues no podía ser diferente, el Martí que no solo llegó a negar toda esa sociedad enrumbada hacia el lucro, sino por igual, planteó serias dudas sobre el sufragio llamado universal y sus reiteradas desnaturalizaciones.

Por otro costado, le vino la suntuosidad pertinente de su prosa. Apreciando este carácter, se puede notar que no le faltaron elementos de tal forma de ser y expresar la realidad en años precedentes. Aunque, por su índole, *El presidio político en Cuba* era apropiado a una prosa florecida, para él insoslayable, su estallante lenguaje primera obra anuncia lo que vendría en la madurez de su oficio de escribir, entre otras razones, a mi entender dignas de recordarse particularmente, porque tanto las páginas que se refieren al anciano Castillo como las que trazan las desventuras del adolescente Lino Figueredo son episodios que valen por sí y por la nobleza del estilo. Más que un relato, si bien lo es, destaca el grito, una llamada perentoria a la sensibilidad, tanto como a la razón de justicia. Otro tanto podría decirse de *La República española ante la Revolución cubana*, donde el peso de todo el lenguaje recae en tonos diversos sobre una argumentación en que los elementos morales se revisten de un enjuiciante análisis de orden social, jurídico que lo hay y político. En este caso, se inicia lo que vendría a ser, años más tarde, la prosa y sustancia del período que abordamos.

Desde esos momentos, salvando por cierto lo más ceñido de su expresión en México, Martí revela una forma que después se adaptaría al periodismo propio de su modernidad, de la cual no había ejemplo en lengua española. Martí, sin duda, y ello abona el criterio rector de su oratoria, por ejemplo, tenía en mente al momento de iniciar su escritura, quién era el destinatario del mensaje. No sería acertado lo que se ha comentado a veces,

respecto a la comprensión por quienes leían sus nutridas páginas o escuchaban sus buidos discursos. Infortunadamente, no lo leía el gaucho sumido en las pampas o el indio, peón de hacienda. No llegaba a ellos o solo por excepción era un gentío analfabeto, mas de oírlo, como sucedía con los obreros cubanos transterrados, lo entendieran. La historia nos dice que, a ocasiones, son los *letrados*, los que no llegan a la sustancia de lo leído u oído. Valga esta digresión acerca de la *apropiada* modernidad del periodismo martiano. De este modo, nos parecerá oportuno que no reduzcamos su prosa escrita o su oratoria a una pura consideración formal. Si emplea para un mismo concepto o idea o suceder, diversos nombres o adjetivos, no encontramos una simple riqueza de vocabulista sino una coherencia entre estas alteraciones y la época y su mundo humano. Cada variación intenta llegar a la diversidad de quienes lo leen o lo oyen, pues al compás de alguna de ellas llegarán al fondo del pensamiento. En su glosa a las ideas del padre Velasco, lo señala: “Solo que, como con temor de que no se entienda, presenta una misma idea de diversos modos, aunque todos claros”. Esto es posible suponerlo, con abstracción de que le sirve, sobre todo en los artículos, para matizar o enriquecer las ideas centrales de su texto. En la búsqueda de esas especificidades de sus textos se hallan palabras por él creadas y, hasta donde sabemos, algunas poco usadas, como “lamerricos” y “ultraguilistas” para calificar por modo visual, diríamos a los serviciales partidarios de los millonarizados magnates y corporaciones e, igualmente, frases como “con palabras que parecen garras”<sup>10</sup> y “son serpientes que parecen toros”, alusión evidente a los medios sinuosos, solapados que se emplean a la sombra para lograr ostensibles actos o hechos de fuerza *miurinos*.<sup>11</sup> Como al margen, véase su preocupación por una versión alegórica, inteligible vale decirlo, de la zoológica raíz de los intereses dominantes.

V. En los párrafos iniciales hemos mencionado las transiciones. Lo señala el año 1885 en particular respecto a los Estados

<sup>10</sup> JM: “El parte de ayer”, *OC*, t. 12, p. 114.

<sup>11</sup> JM: “Cartas de Martí. Un día de elecciones en Nueva York”, *OC*, t. 10, p. 108; *OCEC*, t. 17, p. 259.

Unidos. Sin más perifrasis califica el cambio de “grave”<sup>12</sup> para la América Latina. Lo explica, aún antes, en 1881, al tratar de los colonialistas en Egipto, mencionando a “las comarcas africanas”,<sup>13</sup> al par lo repite en 1882, llamándola en cuanto a Europa “época de tránsito en que no cabe medro *sin ocultar* la verdad de lo que se desea”.

También en él se produce una transición. Si sus “Impresiones” dejan como en suspenso lo que piensa, en sus artículos<sup>14</sup> reseñando el asesinato del presidente Garfield (1881) donde lo hallamos sensible al crimen inexplicado y, quizás, arrastrado por una masiva emoción, sobre lo cual volveremos, aludiendo a Carnegie y a Blaine, no tardaría en revelar su propia transición, a la que hemos mencionado como fenómeno nacional, social, universal. ¿Cuándo situar un cambio, casi un vuelco de neta claridad? No ha de ser fácil poner de acuerdo a los que han abordado la obra martiana en su desarrollo. Algunos lo situarían a partir de 1889 e, incluso, 1891. Cabe hacerlo, pero parece más acertado, dado el caso, hablar de lo que pudiera considerarse como una nueva, y final, transición en esas fechas. En consecuencia, a la luz de su experiencia en los Estados Unidos, el cambio de primera importancia se reveló en los años que reseñamos. Hay indicios inexcusables.

Sus juicios benévolos de Blaine, se convierten en precisiones de rechazo enfático entre 1881 y 1884.<sup>15</sup> La atención que dedica

<sup>12</sup> JM: “Cartas de Martí. En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos”, *OC*, t. 8, p. 90; *OCEC*, t. 22, p. 26.

<sup>13</sup> JM: “La revuelta en Egipto”, *OC*, t. 14, p. 115; *OCEC*, t. 10, p. 72.

<sup>14</sup> JM: “España. La calle de Florín”, *OC*, t. 14, p. 460; *OCEC*, t. 11, p. 145-146. Quizás no conoció a la sazón las palabras de ese presidente en 1876: “Soy contrario a la anexión de territorios situados al Sur de nosotros [...] en modo alguno [deseo] que esa gente deteriorada venga a formar parte de nuestra población”. Es posible que lo brutal del asesinato —todos lo son— produjera un ocultamiento y otras ideas para dar rienda suelta al mensaje de sensibilidad hacia la América Latina, donde hechos como ese no eran pocos en el hervor de la política caudillista. El texto de Garfield lo reproduce J.I. Rodríguez en su obra sobre la anexión de Cuba.

<sup>15</sup> JM: “Carta de Nueva York. Mejoría de Garfield”, *OC*, t. 9, pp. 25-26; *OCEC*, t. 9, pp. 17-18, y “Cartas de Martí. Nueva York en manos de rufianes”, *OC*, t. 10, p. 41; *OCEC*, t. 17, p. 41 (1881); “Cartas de Martí.

al movimiento obrero antes de 1883 no es mucha por cierto, pero entre el artículo en que comenta las ideas y la muerte de Marx en 1883 y los relativos a los obreros, supuestos terroristas, de Hay Market (en 1886) y a los indios, teniendo en cuenta los que precedieron en 1885, se observa una calidad de comprensión superior. Su definición progresiva contra el monopolismo no podrá seguirse sin riesgo de abrumar al lector, pero va muy al ritmo de sus criterios sobre la política interna, los programas de los dos partidos, las relaciones de prepotencia con la América Latina. No es excesivo afirmar que la crisis de 1883-1884 solo superada entonces por la de 1875-1878 marca un límite general que no podía dejar afuera la obra martiana volcada sobre el vivir diario, aunque la miremos hoy con instrumentos sistemáticos que él no poseía, bastándole sus ojos y su razón.

Lo que, sin duda, se mantiene y acrece en su forma aforística de subrayar ciertos conceptos.<sup>16</sup> Viene de lejos, en ciertas ocasiones textuales como imprecación o condena. En estos años, aparecerá con gran variedad de objetivos: políticos,<sup>17</sup> económicos,<sup>18</sup>

---

Grupo de sucesos”, *OC.*, t. 17, p. 220; “Cartas de Martí. Las elecciones de otoño”, *OC.*, t. 11, p. 91 (1884-1886); “¡Elecciones!”, *OC.*, t. 12, p. 95, juicio crítico, aunque hay en sus textos mucho más. Algo parecido sucedió con el *others made man*, Carnegie.

<sup>16</sup> JM: “Noticias de los Estados Unidos”, *OC.*, t. 9, pp. 25-26 (1881); J.M.: “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *OC.*, t. 7, p. 20; *OCEC.*, t. 18, p. 14 (1883). Donde por cierto, aparecen subrayados el “exceso de capitales”, de caudales y productos “sobranceros” que, en una gama apreciable de variantes, da las primeras ideas acerca de las inversiones directas, diríamos hoy.

<sup>17</sup> “Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear”, JM: “La Escuela de Artes y Oficios de Honduras”, *OC.*, t. 8, p. 15; *OCEC.*, t. 19, p. 222. “Azuzar es el oficio del demagogo y el del patriota es precaver”, JM: “Carta a Ricardo Rodríguez Otero”, *OC.*, t. 1, p. 192; *Epistolario*, compilación, ordenación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 2, p. 28.

<sup>18</sup> “El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres”, JM: “Cartas de Martí. La procesión moderna”, *OC.*, t. 10, p. 84; *OCEC.*, t. 17, p. 244.

de moral y deber sociales;<sup>19</sup> y encadenados a modo de unidad definitoria.<sup>20</sup>

VI. Las páginas precedentes se han concentrado en una tentativa de discernir los vínculos entre estilo y política circunscritos a la prosa de las *Escenas norteamericanas*. Su correspondencia en estos años no constituye una excepción, pero ha de tenerse en cuenta que la expresión se individualiza mucho en los dos sentidos del intercambio. No podía escribirse, ni se podrá, sin la presencia ausente del destinatario y, en no pocos casos, será necesario pasar de un tono confidencial y armonioso a otro de enfática afirmación o de polémica. Ese mar inmedible de la prosa martiana se muestra en la correspondencia, donde salvo en aquella de suma importancia, domina la frase breve y precisa como pudiera apreciarse de modo cabal durante el período 1890-1895.

La especificidad de las relaciones personales y de los temas que motivan sus cartas, y de ambos, generalmente apretados en haz, es un dato ineludible, el único que pudiera conducir a diferenciar su prosa para publicar, de aquella destinada, no más, a comunicar. Desde luego, hay en los años que corren hasta 1891, un elemento a considerar: sus responsabilidades consulares por designación de tres gobiernos de América Latina (Uruguay, 1887, Argentina, 1890 y Paraguay, 1890, estos dos más allá del límite cronológico de este ensayo), que coinciden en particular la primera con una etapa de giro en su actividad revolucionaria pública

<sup>19</sup> “[...] quien emplea su conocimiento del ser humano para reducirlo a su servicio, y no para servirle, más culpable es mientras más hábil sea”, JM: “La presidencia de los Estados Unidos. Blaine y Cleveland”, *OC*, t. 11, p. 410; “El talento, es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados”. “El talento viene hecho y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no se lo dimos [...]”. “La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra [...] sino es principalmente de nuestra patria que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos”, JM: “La campaña electoral en los Estados Unidos. Blaine contra Cleveland”, *OC*, t. 12, p. 43-44.

<sup>20</sup> “El trabajo es romántico. La vida es romántica. Solo la necesidad no lo es. El que seca el romance, seca la vida”. JM: “Un día en Nueva York”, *OC*, t. 12, p. 72.

requerida solo de trabajos personales de difusión de ideas unitarias y de organización entre los emigrados residentes en los Estados Unidos. No se trata, en consecuencia, de un silencio total, ni de la conjunción de esas obligaciones internacionales con un momento en que se dan las condiciones para la acción política paladina; mantiene relaciones epistolares con Cuba, lo que siempre fue para él cuestión esencial, y con algunos emigrados dispuestos a colaborar siempre con los proyectos independentistas.

Su correspondencia transita por una etapa en que los pasos han de ser medidos, solo dirá lo que corresponde al tiempo inmediato.

He 1880 en su luminosa y certera carta a Emilio Núñez,<sup>21</sup> aconsejándole, dado el análisis de las experiencias precedentes, de la llamada Guerra Chiquita (1878-1880), que cese su combate, solitario ya, “cuyo triunfo no es ahora *probable*”. En esta carta aparece una precisión, táctica si se quiere, que volverá diáfana y expresada en su no menos perdurable carta a Máximo Gómez de 1884.<sup>22</sup> Dos años antes había informado al eminente jefe del Ejército Libertador acerca de lo que él realizaba a la sazón como base de una posible y renaciente organización revolucionaria “con elementos nuevos, y en acuerdo con los problemas nuevos”.<sup>23</sup> En ese momento ya podía afirmar: “Nuestro país abunda en gente de pensamiento y es necesario enseñarles que la revolución no es ya un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar”, concepto básico surgido del análisis crítico de todos los esfuerzos anteriores que se manifiesta claramente en la carta a Núñez, mencionada. Por donde vemos que era certísimo que escribía para expresar lo que había previamente, precisado en él, como dijo a Mitre. El 20 de octubre de 1884 en otra carta, por igual y, aún más que en todas las

<sup>21</sup> JM: “Carta a Emilio Núñez”, 13 de octubre de 1880, *OC*, t. 1, pp. 161-163; *OCEC*, t. 6, pp. 222-225.

<sup>22</sup> JM: “Carta al general Máximo Gómez”, 20 de octubre de 1884, *OC*, t. 1, pp. 177-180; *OCEC*, t. 17, pp. 384-387.

<sup>23</sup> JM: “Carta al general Máximo Gómez”, de 20 de julio de 1882, *OC*, t. 1, pp. 167-171; *OCEC*, t.17, p. 326.

precedentes, rompe con el proyecto de Gómez y Maceo, al cual había unido sus propios desvelos y logros. En sus pocas cuartillas, este texto muestra la fuerza y fidelidad de su lenguaje respecto del problema de la organización revolucionaria. Lo aforístico, que en la premura de la situación se requiere, se manifiesta con espléndida nitidez: “un pueblo no se funda General, como se manda un campamento”; luego no podía avenirse con la organización puramente militar y autoritaria que —dice él en su texto— le había mostrado Maceo, después de “un arranque importuno” del propio Gómez. “La patria no es de nadie”, añadía: “y si es de alguien, será, y esto solo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”; no menos decía: “Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza”. Lo aforístico, precisa. Pero si los términos de su texto pueden parecer duros, su respeto por Gómez no es menos explícito en más de un párrafo. Tono polémico, esbozo crítico, exposición de sus observaciones basadas en más de quince años de participación reflexiva en el proceso revolucionario y sus varias incidencias; carta, en suma, que escribió como un libro, el de toda su vida y sus realizaciones. Todo complementado, explícito en una carta posterior a J. A. Lucena con frase rotunda y como de previa advertencia: “Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va y a donde va, y qué le ha de venir después”, nueva expresión de sus juicios nacidos de la observación y la práctica, nuevo aforismo de política necesaria.<sup>24</sup> Al decirlo en carta, evita tener que darlo a conocer públicamente, que él no considera apropiado a tal punto que en carta posterior a Ricardo Rodríguez Otero<sup>25</sup> explica y silencia a la par, sus razones, mal murmuradas o conocidas, aunque fue escrita en 1886, año y medio después de la separación del proyecto de Gómez. Lo ceñido de esta corres-

<sup>24</sup> JM: “Carta a J. A. Lucena”, 9 de octubre de 1885, *OC*, t. 1, pp. 184-188; *OCEC*, t. 23, p. 174.

<sup>25</sup> JM: “Carta a Ricardo Rodríguez Otero”, 16 de mayo de 1886, *OC*, t. 1, pp. 191-196; *E*, t. 2, pp. 27-32. [Aunque el autor de este trabajo se guía por la fecha que aparece en *OC*, las investigaciones realizadas por Luis García Pascual en el *Epistolario* martiano (La Habana, 1993) sirven de argumento para reubicar la carta como perteneciente al 10 de mayo de 1888. (*N. de la E.*).

pondencia revela que su estilo epistolar-político tiene caracteres semejantes al resto de su prosa, pero está más sujeto a la coyuntura en cuestiones que atañen a la patria. Comparémoslas con la que dirige a Enrique Trujillo,<sup>26</sup> donde sus discrepancias se resuelven en un sentido de difusión de sus ideas y no de división de los cubanos. Y si esta comparación no bastase, recordemos su afirmación —negativa implícita de aquel episodio— que escribió al constituirse la Comisión Ejecutiva de 1887<sup>27</sup> incluyendo entre otros correspondientes una al propio Máximo Gómez. De sus trabajos y planes patrióticos, aunque no ocultos en el tono de su correspondencia hasta 1890 y después, aún más, vale traer a primer plano sus cartas a Gonzalo de Quesada cuando se celebra la Conferencia Americana de 1889, donde la premura por decir, la irremisible necesidad de prever, el afán de orientar el juicio de su destinatario, entrecorta, sugiere, resume en frases por momentos visiblemente, deliberadamente omisas, cuanto debe por razón del motivo que le mueve: que la América Latina hable por sí y por Cuba. Y no se trata de ocultar sino de responder a un objetivo muy preciso, lo que nos sugiere aquel decir posterior. “Hay que decir en cada momento lo que en cada momento es necesario”. Otra evidente razón para que esa regla de oro política nos parezca uno de sus aforismos mayores. Una vez más, hemos de partir de las condiciones, tales como son en un instante dado, para comprender las variantes de su prosa para publicar o solamente para tomar posición en un acontecimiento extraordinario. Seguía, aún más en la correspondencia lo que ocurría en esos hitos y cambios históricos; andaba a la par de estos.

VII. No cabrían conclusiones, se ha dicho, en un esbozo de impresión como el presente. Si las hubiera, serían muy generales. Caben otros caminos de acercamiento; muchos más, sin duda, porque lo suyo es insondable y, por ello, pleno de posibilidades analíticas el pensamiento y la acción en unidad de magno dirigente y pensador que fue José Martí. Podrá, por consiguiente,

<sup>26</sup> JM: “Carta al director de El Avisador Cubano”, de 6 de julio de 1885, *OC*, t. 1, pp. 181-183; *OCEC*, t. 22, p. 324-326.

<sup>27</sup> Ver en *OC*, t. 1, p. 199-222, período de 1887, que incluye una nota y diez cartas a propósito de la constitución de la Comisión Ejecutiva.

haber preferencias en el cómo abordarlos. No pudiera haber una desnaturalización de su carácter total y del ascenso difícil, escabroso y visible hacia las cumbres que imponía su tiempo en el andar de más de un cuarto de siglo, el de los grandes cambios históricos en el mundo y, como parte del mismo, en Cuba. En él mismo.

Vale añadir que si pareciera que las interrelaciones —suceder y expresión personal— tal como las hemos visto en estas páginas, son, a su vez, aparentemente obvias, no debe olvidarse, ni se olvida aquí que desde sus años de adolescencia, mostró una espontánea fuerza de expresión que le venía de raíces más profundas. De su sensibilidad, de su talento, que sí puso, al servicio de los demás, de su cultura previa acerca de la cual sabemos poco, aunque sepamos más de su maestro Mendive, de su capacidad de trabajo abarcadora, de la crisis política y social de Cuba que sintió como hijo de padres desposeídos y comprendió con empuje de liberación para su pueblo, pues se educó en él, para sí, sin admitir cambio alguno de principios.

## ÍNDICE

Nota a la presente edición /	5
Julio Le Riverend Brusone, maestro /	7
Prólogo /	15
Teoría martiana del partido político /	17
Martí en la revolución de 1868 /	46
Martí: ética y acción revolucionaria /	72
Martí en España /	98
Martí y Lenin: una aproximación /	107
El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo /	123
Martí: formación de su pensamiento social /	153
Reflexiones al paso: la acción revolucionaria en José Martí /	159
Apéndice /	183
Del XIII Seminario Juvenil Nacional de Estudios Martianos (discurso de clausura) /	185
Martí en la historia. Martí historiador /	200

Génesis del Partido Revolucionario Cubano: la Comisión Ejecutiva de 1887 / 215

La Comisión Ejecutiva de 1887 a la luz de su entorno y de la experiencia política de José Martí / 229

José Martí en el giro histórico de su tiempo / 243

José Martí: estilo y política (1880-1888) / 256